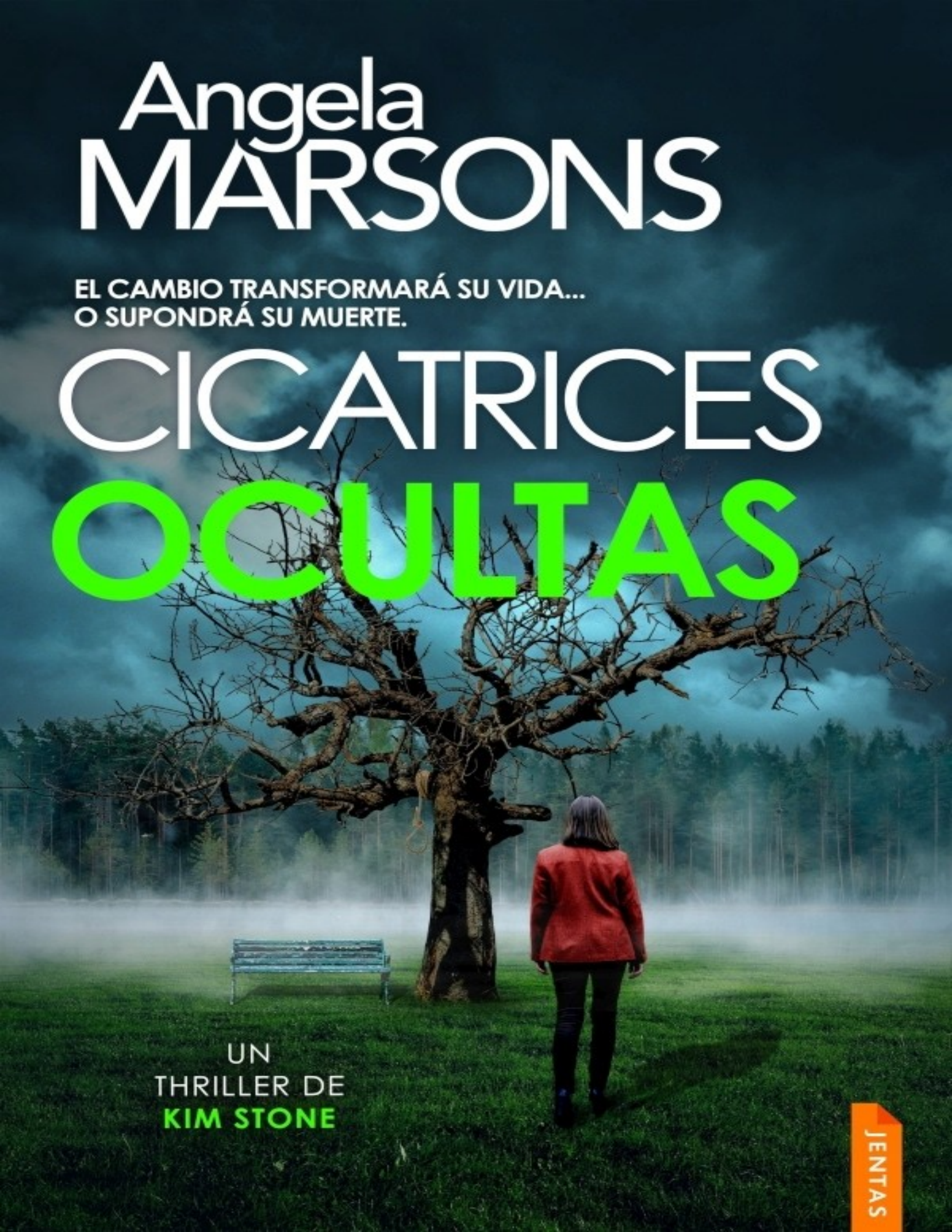
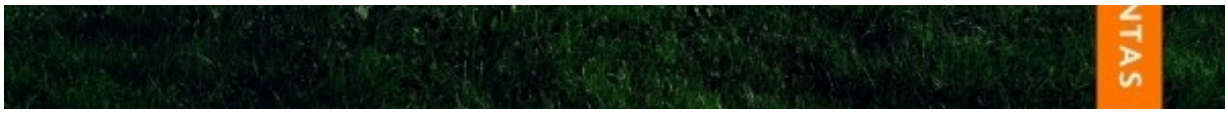

Angela
MARSONS
EL CAMBIO TRANSFORMARÁ SU VIDA...
O SUPONDRÁ SU MUERTE.
CICATRICES
OCULTAS
UN
THRILLER DE
KIM STONE
JENTAS


Angela
MARSONS
EL CAMBIO TRANSFORMARÁ SU VIDA...
O SUPONDRÁ SU MUERTE.
CICATRICES
OCULTAS
UN
THRILLER DE
KIM STONE


NTAS

Cicatrices ocultas

Cicatrices ocultas
Título original: Hidden Scars
© Angela Marsons, 2022. Reservados todos los derechos.
© 2025 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
ePub: Jentas A/S
Traducción: Daniel Conde Bravo, © Jentas A/S

ISBN: 978-87-428-1362-1

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

Esta es una historia ficticia. Los nombres, personajes, lugares e incidentes se deben a la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con hechos, lugares o personas vivas o muertas es mera coincidencia.
Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

First published in Great Britain in 2022 by Storyfire Ltd trading as Bookouture.
Este libro está dedicado a Elaine Tasker, del refugio para caballos

Equine Market Watch. Dos veces al día, sin fallar uno solo, esta mujer increíble pasa por delante de nuestra casa para cuidar de manera altruista de los diez caballos que tiene a su cargo. Contando con solo un pequeño equipo de voluntarios fantásticos, esta señora ofrece la mejor calidad de vida posible a animales que previamente han estado desatendidos o han sido maltratados, durante el tiempo que lo *necesiten.*

Su energía y pasión son realmente inspiradoras.

Prólogo

Observo a través de la ventana del salón. Está echando una cabezada; se ha convertido en su rutina nocturna, suele dormitar un rato a eso de las diez, intentando combatir el cansancio acumulado del día.

Podría apagar la lámpara y subir a duras penas la escalera hasta el mayor de los dos dormitorios, desplomarse sobre la cama y dejar que un sueño profundo la envolviera. Pero no va a hacer eso porque aún no estoy en casa, no es capaz de dormir hasta que yo haya llegado.

Un día normal, entraría por la puerta, me quitaría las botas y ella se incorporaría, abriría los ojos y fingiría no haber estado roncando con suavidad. Pero esta noche no.

—¿Estás lista? —sisea la voz a mi lado.

Por un breve espacio de tiempo, había olvidado lo que habíamos venido a hacer. Me sacude una punzada de arrepentimiento, pero no hay otra opción. Hemos llegado a un acuerdo.

Abro la puerta con cuidado, suavemente, con la mandíbula rígida por el temor a hacer el más mínimo ruido; no quiero que se despierte y me vea, porque eso lo arruinaría todo.

Avanzo por el pasillo, paso a paso, cada uno de ellos deliberado, bien calculado.

Trato de escuchar más allá de mi propia respiración, que estoy segura de que debe estar resonando por toda la casa; la despertará, lo sé a ciencia cierta.

Sobre el leve zumbido del frigorífico, que queda a mi izquierda en la cocina, oigo ronquidos suaves que proceden del sofá. Inexplicablemente, siento al mismo tiempo alivio y consternación. ¿Una parte de mí quiere que se despierte y pregunte qué coño estamos haciendo?

Pero enseguida aparto ese pensamiento de mi cabeza porque, si eso llegara a suceder, no cambiaría nada. Ella seguiría arruinándome la vida de igual modo, y obligándome a renunciar a lo que amo con todas mis fuerzas.

Mi mandíbula se aprieta de rabia; la mera idea desata un torrente de ira que me recorre todo el cuerpo. No nos va a separar, nadie podrá hacerlo jamás. Un amor como el nuestro es único, eterno; lo he sabido desde siempre, desde el momento en que nos conocimos. Nadie parece entender que esta relación significa para mí más que mi propia respiración; que, si no la tuviera, es como si estuviera muerta.

No hay tiempo para dudas. Tenemos un plan, y si no lo llevamos a cabo, no merece la pena siquiera considerar las alternativas. No nos separarán jamás.

En silencio, entro lentamente en el salón. Hago una seña detrás de mí para indicar que no hay moros en la costa.

No nos decimos ni una palabra, no hace falta, ambas conocemos el plan.

Nos colocamos detrás del sofá.

La lámpara naranja ilumina la zona que nos rodea a las tres, como si se tratara del acto final de una obra de teatro, mientras el resto de la habitación está sumido en la oscuridad.

Cada segundo cuenta.

Podría despertarse.

El martillo se eleva en el aire.

Cae sin titubear, con total firmeza.

El sonido de huesos al quebrarse llena el silencio. Después, un gemido, y un gorgoteo constante de sangre manando del agujero que se ha abierto en su cabeza, que, con la escasa luz, parece negra. La luz de la lámpara capta la riqueza resplandeciente del

líquido, que escapa como si fuera la lava de un volcán y se desliza por la superficie de su pelo.

Me horroriza lo que veo, y, sin embargo, también me siento liberada. Se acabaron las indecisiones y las dudas. Ya no hay marcha atrás; lo que se ha hecho, hecho está.

Las conversaciones, los deseos y los planes son, por fin, ya una realidad. Estaremos juntas para siempre, pues lo que acabamos de hacer nos une como ninguna otra cosa podría hacerlo.

El martillo aparece de repente delante de mi cara, y de él caen gotas de sangre sobre el cubrecamas que descansa sobre el respaldo del sofá.

—Tu turno.

Lo cojo, sorprendida por lo que pesa una vez lo tengo en mi mano. Mi palma se cierra con fuerza alrededor del mango de goma.

—Hazlo.

Levanto el martillo y vacilo ante otro gemido suave que escapa de su boca.

—Si me quieres, lo harás.

De eso no hay duda, nunca las ha habido. Haría cualquier cosa para demostrar mi amor.

Con rapidez y determinación, hago caer el martillo.

Capítulo 1

—¿Estás segura de que estás lista? —preguntó Woody, mirando detenidamente por encima de sus gafas.

Ella tenía la espalda completamente recta y las manos apoyadas en el regazo; era la viva imagen del autocontrol, y en los dos últimos meses había aprendido que las apariencias lo eran todo.

—Señor, mi evaluación psic...

—No me refiero a tus sesiones con la psicóloga del cuerpo. Tengo su informe, y no estarías sentada en mi despacho si no te hubieran considerado apta para trabajar. Quiero que me digas cómo te sientes tú.

—Estoy bien, señor. Entusiasmada y con muchas ganas de retomar mis funciones.

La miró durante unos segundos más; ella le sostuvo la mirada.

¿Se estaba preguntando, quizá, cómo era posible que hubiera pasado la evaluación psicológica?

No había sido difícil.

Kim supo desde el momento en que dejó atrás el cementerio tras detener a Symes que iba a ser mucho más difícil sanar su mente que su cuerpo. La paliza que le había propinado uno de sus antiguos enemigos había dejado cicatrices más profundas en su cabeza que en su piel. Sabía que la parte física de su recuperación requeriría al menos ocho semanas; los huesos rotos se habían curado y le habían quitado la mayoría de los clavos, todos menos uno en la cadera derecha, que ahora la acompañaría de por vida. La rehabilitación no había sido nada fácil, pero concentrarse en curar su cuerpo la había distraído de los pensamientos que tenía en la cabeza.

Había planificado su recuperación psicológica con la misma diligencia y, para escenificarla con éxito, había dividido su recuperación en cuatro periodos de dos semanas.

A razón de dos citas con la terapeuta por semana, se pasó las cuatro primeras sesiones hablando de las pesadillas que la atormentaban. Tras indagar por su cuenta, se había detectado diferentes variaciones de las secuelas típicas del trastorno por estrés postraumático. Ni una sola vez había revelado la verdadera naturaleza de sus terrores nocturnos.

El segundo cuarto de su recuperación se lo había pasado, básicamente, diciéndole a la psicóloga lo que esta quería escuchar acerca del miedo que había pasado. Durante las siguientes dos semanas, las pesadillas habían disminuido y estaba quedando de nuevo con su familia y amigos. Paseaba a Barney casi a diario y charlaba con otros dueños de perros. Para el último cuarto del proceso, las pesadillas eran escasas y durante la mayor parte del tiempo se sentía como antes.

Mentira; todo ello era una mentira absoluta y descarada, pero la terapeuta se la había tragado y se daba palmaditas en la espalda por haber hecho tan buen trabajo.

Le dieron de alta en la terapia dos días antes de que el médico la declarara físicamente apta para volver al trabajo.

Las pesadillas no habían desaparecido, y nunca revelaría la verdad acerca de su bienestar; era su batalla, nadie podía ayudarla. Siempre había resuelto sus problemas por sí misma y a su ritmo.

—¿Has estado en contacto con alguien? —preguntó Woody.

Ella negó con la cabeza.

Los mensajes de su equipo se habían quedado sin contestar. Bryant había sido más persistente; iba al menos una vez a la semana a llevarle algo de comida casera que Jenny había preparado. En esas ocasiones, se limitaba a subir el volumen de la música y a ignorarlo hasta que se marchaba.

Sentía un leve remordimiento al verlo marcharse, pero no tenía

suficiente energía para gastar asegurando a la gente que estaba bien, especialmente a aquellos que mejor la conocían.

—Supongo que sabes quién ha estado dirigiendo el equipo en tu ausencia, ¿no?

Su única respuesta fue una contracción en su mandíbula.

—Hubo una reestructuración en Brierley Hill, y les sobraba un inspector detective, y nosotros teníamos un hueco que cubrir. —Abrió las manos expresivamente.

Kim lo comprendió. Para los poderes de arriba era un simple juego de números, hay un excedente por aquí, un hueco que cubrir por allá... Estupendo. Bueno, en realidad lo sería si no fuera por el papel que ese inspector había desempeñado en la investigación de Symes.

—Sé que no me lo vas a preguntar, pero la respuesta es que el equipo ha funcionado.

Kim asintió, dejando claro que lo entendía; no había pasado nada importante y él se había encargado de mantener al equipo en marcha.

—Mantenlo cerca de ti todo el tiempo que necesites. Tómatelo con calma y limítate a hacer labores administrativas durante una o dos semanas. No estás...

—¿Hemos terminado, señor? —preguntó, poniéndose de pie.

Su expresión le decía que quería añadir algo más, pero asintió lentamente, permitiéndole marcharse.

Al llegar a la puerta, volvió a oír su voz.

—Stone, nadie espera milagros. Has pasado por...

—Gracias, señor, pero estaré bien —dijo ella, cerrando la puerta tras de sí.

Respiró hondo y se preparó para el recorrido que la esperaba: tres pasillos y un tramo de escaleras. Apretó los dientes y fue a por ello.

***

Los saludos procedían de todas partes.

—Bienvenida de nuevo.

—Qué alegría verte.

Bajó la cabeza y avanzó con determinación, abriéndose paso entre gente que normalmente no le dirigiría la palabra por miedo a que le arrancaran la cabeza. Rezó para que el revuelo que provocaba la novedad de su regreso desapareciera cuanto antes.

Llegó por fin al refugio que suponía la sala de la brigada y respiró con alivio. Le había enviado un breve mensaje a Bryant la noche anterior diciendo:

«Vuelvo mañana; no quiero alborotos».

Atípicamente, la puerta de la sala del Departamento de Investigación Criminal estaba cerrada, algo poco frecuente bajo su mando. El departamento en sí ya era una entidad independiente del resto del cuerpo; las puertas cerradas no servían para cambiar esa realidad.

Volvió a respirar hondo y se dio cuenta de que últimamente lo hacía muy a menudo.

Abrió la puerta para encontrar, de primeras, silencio, pero cuatro cabezas se giraron hacia ella.

El rostro de Stacey se iluminó al instante con una sonrisa, al igual que el de Penn; Bryant la miró a los ojos y asintió.

—Buenos días, jefa —cantaron Penn y Stacey al unísono, mientras que el cuarto ocupante de la sala, sentado en el escritorio vacío, se levantó y le ofreció su mano.

—Inspector detective Burns. Participé en...

—¿Tú eres el idiota que no quiso vincular la búsqueda de Symes con el odio que me tenía? —dijo ella, ignorando su mano extendida.

Llevaba dos meses fuera, pero lo había leído todo.

El rostro del inspector se tensó, y volvió a encoger su mano.

—Me limité a ofrecer una alternativa...

—¿Y cómo te ha funcionado? —le preguntó, pasando a su lado.

Por el montón de pertenencias que había sobre el escritorio, estaba claro que Burns se había instalado en su despacho rápidamente.

—Seguid con lo vuestro —dijo, llegando a la puerta del centro de operaciones—. Si me necesitáis, estaré borrando por lo menos veinte mil correos.

Cerró la puerta tras de sí y se apoyó en ella para recuperar el aliento. Sentía como si hubiera entrado en un lugar que ahora le resultaba completamente ajeno.

Inspector detective Ian Burns. Treinta y un años, soltero, su padre y su abuelo también habían prestado servicio. Ambicioso, motivado y con la esperanza de que la captura de Symes fuera la culminación de su candidatura a inspector jefe de detectives.

La vida de Stone había sido una oportunidad constante de ascenso; él, en cambio, lo había intentado, pero no había tenido éxito.

Kim sabía lo que había pasado. Su grave incapacidad para atar cabos provocó que lo enviaran a Siberia. Los grandes ascensos no provenían de Halesowen, y el inspector Burns se encontraba ahora solo.

Tras leer los expedientes, podía entender algunas de sus acciones, y otras no. Pero lo que no podía perdonar era lo que había utilizado para defenderse en su declaración, que a la vez era el único motivo por el que no lo habían destituido: el hecho de que ella se había entregado voluntariamente al enemigo. De algún modo, había logrado que ella pagara por los errores que él había cometido.

Dejó de centrar su atención en él y trató de deshacerse de los pensamientos violentos que se le pasaban por la cabeza. Encendió el ordenador.

«Date un poco de tiempo —le había dicho Woody—. Tómatelo con calma, recupera el control cuando estés lista».

Ahora mismo no tenía ni idea de cuándo lo conseguiría.

Capítulo 2

Kim tardó alrededor de media hora en vaciar su bandeja de entrada de circulares, notas y novedades.

Después de archivar cualquier cosa que procediera de Woody, Keats y su equipo, simplemente había pulsado «borrar todo», viendo cómo desaparecían miles de mensajes con solo pulsar un botón.

Estaba a punto de empezar a revisar los que había marcado cuando se dio cuenta de que no había oído ni una palabra en la sala de la brigada.

Miró por encima de la pantalla del ordenador y echó un vistazo más de cerca. Faltaban apenas unos minutos para las nueve de la mañana de un martes y se podía oír a un mosquito volar.

Penn terminó de transcribir una declaración y la deslizó hacia Stacey, cruzando el punto donde se unían sus escritorios. Levantó las cejas en señal de disculpa; ella se encogió de hombros en silencio como respuesta.

Kim siguió observando mientras Bryant añadía otra declaración a la creciente montaña de documentos pendientes de Stacey, a través del pasillo que los separaba.

—Bueno, gente —dijo Burns, dando unas palmas con sus manos como si sus palabras por sí solas no pudieran atraer la atención en medio de un silencio sepulcral.

Eran las nueve en punto de la mañana.

—Ahora que ya nos hemos puesto al día con el papeleo, planifiquemos el día.

Aunque estaba en su propio despacho, los paneles de cristal y los huecos que había alrededor de la puerta le permitían oír hasta el sonido de una aguja caer en la sala contigua.

—Wood, ¿puedes quitar el nombre de ese chico de la pizarra, por favor?

A Kim le fastidió de inmediato que se refiriera a Stacey por su apellido y que no mencionara el nombre del chico de la pizarra.

¿Por qué no había fotos, detalles, edad, descripción, líneas de investigación? Solo un nombre, como si lo hubieran escrito ahí para luego olvidarse de él.

«¿Quién era Jamie Mills?», quiso preguntar.

—Señor, ¿no podría merecer la pena hablar con sus padres? —preguntó Stacey, mientras cogía el papel de cocina.

—¿Por qué motivo? Los agentes ya informaron a la familia y hemos dictaminado que se trató de un suicidio. Trabajo finalizado —dijo, cogiendo un trozo de papel.

Kim pudo ver la voluntad titubeante en el rostro de la ayudante de detective.

—Pero creo que...

—Suaviza el tono, Wood —dijo con frialdad.

Kim vio cómo apretaba los dientes mientras borraba el nombre de la pizarra.

Volvió a su asiento en silencio. Kim trató de concentrarse en sus correos, pero no podía evitar escuchar lo que estaba ocurriendo en la sala de al lado.

—Sigo contigo, Wood. Anoche nos remitieron un caso de una persona desaparecida, un hombre adulto. Probablemente no sea nada, pero recopila algunos datos.

«Trabajo de fachada», como a Kim le gustaba llamarlo. No había ningún interés real en la investigación, se trataba de apaciguar los ánimos de alguien. Había que transmitir la apariencia de que el asunto importaba, quizá tomar una declaración y luego no hacer nada más.

—Bryant, durante la noche nos entró también una agresión. Echa un vistazo rápido y a ver si hay algo que nos pueda interesar.

—Lo haré —respondió Bryant sin mirarlo.

Burns ni siquiera se dio cuenta.

—Penn, revisa los registros.

Penn asintió en señal de comprensión, pero no dijo ni mu. Estaba claro que así era la rutina diaria del equipo.

Kim apenas tardó unos segundos en comprender lo que significaba «comprobar los registros». Ninguno de ellos necesitaba que le recordaran que tenían que hacer ese trabajo. Todos accedían al sistema de informes para verificar qué trabajos les habían asignado, pero supuso que Burns no se refería a eso.

Sabía que algunos inspectores revisaban los registros de otras unidades de policía local para averiguar si había algo más atractivo en su territorio. Algo más grande y más sexi, en lo que pudieran encontrar la forma de meterse. En el mejor de los casos, se trataba de hacerse con la joya de la corona de tu compañero, y, en el peor, de perseguir sombras a la espera de un nuevo desafío. Después de su cagada reciente, Burns iba a tener que hacerse con un caso espectacular para volver a ganarse la confianza de los altos cargos.

Personalmente, Kim siempre había preferido comer de su propio plato antes que coger la comida de los demás, y la expresión de Penn indicaba que pensaba igual que ella.

—Venga, va, manos a la obra —dijo Burns, aflojándose la corbata.

Stacey se puso en pie.

—Ah, Wood, antes de irte, ¿puedes poner...?

—Creo que voy a hacer café —dijo Bryant mientras se levantaba.

La sonrisa no terminó de brotar en la cara de Kim, pero había que confiar en el viejo Bryant.

Se alejó de su equipo, que se ponía a lo suyo, con una sola pregunta en la cabeza. Una pregunta que iba a necesitar una respuesta.

¿Quién coño era Jamie Mills?

Capítulo 3

Bryant siguió a Stacey fuera de la sala con la tetera en la mano. El inspector Burns solo bebía infusiones.

—Espera, Stace —la llamó. Ella se detuvo y, para mayor intimidad, él la empujó hacia la pequeña cocina que utilizaba el equipo de coordinación.

—¿Qué? —preguntó ella, con los ojos en llamas a causa de la rabia.

—He visto cómo la has guardado ahí —dijo, señalando con la cabeza la libreta que se llevaba a la sala de interrogatorios.

—Voy a pedir una reunión en cuanto termine el interrogatorio.

—Sabes que una vez presentada... —Bryant dejó de hablar cuando una de las supervisoras entró en la sala para coger algo de la nevera. Esperó a que se fuera para continuar—. Una vez que entregas la petición de traslado, ya no hay nada que hacer, no te puedes retractar sin...

—No voy a retractarme, ya no puedo seguir trabajando más tiempo con él.

—Stace, dale...

—Bryant, tuvimos esta conversación hace tres semanas. Ya es bastante difícil que tengamos que lidiar con el desgraciado que casi acaba con la vida de la jefa, pero, además, no para de menospreciarme. Que los hombres hagan de policías y yo, mientras tanto, les preparo el café, para que no se agoten sus energías.

Bryant podía percibir la amargura de su voz, y había razones de sobra para sentirla.

Para ser un hombre de treinta y pocos años, Burns tenía una actitud arcaica hacia las mujeres del cuerpo de policía. Tanto Bryant como Penn habían hecho el intento de ignorar las instrucciones de Burns acerca de los asuntos administrativos, pero eso no hizo más que empeorar su actitud.

Bryant reprimió con mucho esfuerzo la frustración que había estado acumulando durante los dos últimos meses; ahora parecía que sus esfuerzos habían sido en vano.

Woody le había dado en privado la noticia del reemplazo de la jefa el día del funeral ficticio, como si no hubiera sido suficiente con tener que fingir enterrarla. Bryant se había opuesto de la forma más enérgica en la que se atrevió a un hombre que era el jefe de su jefe, pero le dijeron que solo había otra opción debido a la escasez de inspectores. No necesitó más explicaciones; si no aceptaban a Burns, todos serían reasignados en ausencia de la jefa a otros equipos del Departamento de Investigación Criminal, y se formaría un nuevo equipo cuando esta volviera.

Se había guardado la noticia para sí mismo y se había comportado de la forma más profesional y cortés que pudo con Burns. La única razón por la que había mantenido en los bolsillos las manos que querían aporrearlo hasta dejarlo inconsciente era que el equipo permaneciera intacto.

—Stace, vamos, espera un poco más. La jefa ya está de vuelta.

—¿Seguro? —preguntó Stacey con tono incisivo—. ¿Tú has visto su cara? ¿Crees que siquiera nos reconoce?

No podía responder a esa pregunta con sinceridad. Sí, había vuelto al trabajo físicamente, pero no dejaba de preguntarse cuándo volvería a estar presente, cuándo regresaría el resto de su ser.

—Hazlo por mí, Stace, solo un poco más, ¿vale? —suplicó.

Suspiró profundamente, tratando de liberar la tensión de su mandíbula.

—Un día, Bryant. Le doy un día, y si nada cambia, lo pongo en marcha.

Asintió y la dejó continuar hasta la sala de interrogatorios.

Un día más no era mucho tiempo. Era demasiado pedir que la jefa

volviera a estar de verdad con ellos en ese plazo. Esperaba al menos haber hecho lo suficiente para intentarlo.

Capítulo 4

Stacey ya había conseguido regular su respiración cuando se dirigió por el pasillo hacia la sala de interrogatorios número uno. Estaba ya harta de tener esa conversación con Bryant.

Nunca, en casi siete años, se le había pasado seriamente por la cabeza dejar el equipo, pero ahora mismo era lo único en lo que podía pensar.

Estaba bien que Bryant siguiera animándola a no precipitarse, pero no sabía si su salud mental podría soportarlo mucho tiempo más. No podía desconectar por la noche, y no de una investigación, porque apenas hacía nada relacionado con eso. Lo que le impedía dormir era su propia ira, su ansiedad, su miedo al día siguiente. Le daban ganas de replicar al inspector cuando delegaba en ella todas las tareas administrativas y rutinarias. Era el miembro de menor rango del equipo y ahora se lo hacían sentir. Por la noche, su cerebro bullía con todas las cosas que querría decirle a Burns, pero no podía porque era su oficial superior. En su discurso inaugural les había dicho a todos que se tomaba muy en serio la insubordinación y que nadie quería que algo así figurara en su historial. Estuviera o no justificada, era una mancha negra para cualquier inspector que echara un vistazo a tu expediente en el futuro.

La única opción que podía considerar era alejarse de aquel hombre lo antes posible, y en ello andaba pensando cuando abrió la puerta ante lo que sin duda parecía ser una tarea rutinaria de elaboración de un informe.

La mujer que estaba en la mesa era delgada, con el pelo castaño y corto, casi a la altura de los hombros. Stacey supuso que andaría entre los treinta y muchos y los cuarenta y pocos.

—Señora Denton, soy la ayudante de detective Stacey Wood —dijo, ofreciendo su mano a través de la mesa.

—¿De verdad es usted detective? —preguntó la mujer.

«De nombre nada más», estuvo a punto de decir, pero se limitó a asentir mientras abrió su cuaderno con un gesto rápido.

—Tengo entendido que ha denunciado la desaparición de su marido.

—Sí, anoche llamé a la comisaría. Me dijeron que, si por la mañana aún no había vuelto, viniera a poner una denuncia.

Era la práctica habitual, pensó Stacey, al tratarse de un adulto en plenas facultades que había desaparecido durante un par de horas sin dejar rastro; con los niños y las personas vulnerables se actuaba de inmediato.

—¿Puede contarme qué ha sucedido, señora Denton?

—Beth, por favor —dijo, levantando una mano impecablemente cuidada. Los únicos anillos que en ella se veían eran el de compromiso y la alianza—. Gabriel salió para ir a trabajar ayer por la mañana, a la misma hora de siempre, las ocho y cuarto exactas. Yo me fui poco después. Estuve liada a la hora del almuerzo porque una reunión se alargó, así que no pudimos charlar durante...

—¿Es algo que hacen normalmente? —preguntó Stacey. Ella y Devon no solían comunicarse durante la jornada laboral, salvo por algún que otro mensaje lleno de emoticonos del que ninguna esperaba respuesta. No había pausas estipuladas para el almuerzo ni en su trabajo ni en el de Devon como funcionaria de inmigración.

Beth asintió.

—Sí, normalmente nos llamamos o nos mandamos mensajes para ver qué tal nos va el día, sobre todo nos llamamos. —Se fijó en la mano izquierda de Stacey—. ¿No lo hacen usted y su marido?

—Mujer —corrigió Stacey.

—Ay, Dios mío, lo siento, no he querido decir...

—No se preocupe —dijo Stacey, desestimando la disculpa. La pobre mujer parecía avergonzada—. Por favor, continúe.

—Total, no hablamos en ningún momento del día. A las seis ya estaba en casa y a las seis y media tenía la cena hecha y una copa de vino preparada. Sobre las siete empecé a llamarlo, pero me saltaba directamente el buzón de voz. Me puse en contacto con su trabajo y me dijeron que no había aparecido por allí en todo el día, y que habían dado por hecho que tendría gripe.

Stacey percibió que cada vez hablaba más rápido.

—Llamé a los hospitales de la zona, rebusqué en las noticias y luego recorrí con el coche la ruta que sigue hasta su trabajo, por comprobar que no hubiera ido a parar a alguna zanja o algo así.

Stacey estaba segura de que, de ser así, alguien lo habría visto y notificado, pero entendía también la necesidad de la mujer de hacer algo.

—¿Amigos? —preguntó Stacey.

—Pues no es que tengamos muchos. Somos bastante independientes —dijo, casi disculpándose.

—Seguro que alguien habrá... ¿Algún viejo amigo de la universidad, quizá alguien con quien salgan a tomar algo? —preguntó Stacey. Ella y Devon no eran muy sociables y no tenían grupos grandes de amigos, pero ambas habían mantenido en sus vidas a personas procedentes de diversos ámbitos: el instituto, la universidad, los trabajos a tiempo parcial...

—Bueno, supongo que, remontándonos un poco en el tiempo, algún nombre se me podría ocurrir.

—Piénselo y póngalos en mi conocimiento —dijo Stacey, deslizando una tarjeta sobre la mesa—. ¿Algún compañero de trabajo que fuera especialmente cercano? —preguntó. Tenía que considerar la posibilidad de que tal vez hubiera decidido tomarse algo de tiempo para él mismo, pero ¿a quién le habría contado sus planes?

Beth negó con la cabeza.

—¿Familiares? —preguntó Stacey.

—Su madre está en una residencia de Hagley —dijo, golpeándose suavemente la cabeza—. Tiene demencia. Tiene un hermano con el que no habla desde hace años.

—¿Puedo preguntarle por qué? —preguntó Stacey, tomando notas.

Beth se encogió de hombros.

—Discutieron poco después de casarnos, pero ambos son demasiado tercos para dar el primer paso para la reconciliación.

—¿Estaban unidos antes de eso?

—No demasiado.

—De todas formas, ¿podría darme sus datos para intentar contactar con él?

Beth asintió.

—Por alguna parte debo tener una vieja agenda con direcciones anotadas, la localizaré.

Stacey se detuvo un segundo, preparándose para hacer la pregunta más difícil de todas.

—¿Tiene Gabriel algún problema de salud mental? ¿Depresión, ansiedad, algo así?

Beth negó con la cabeza.

—No, nada de eso. Siempre ha sido equilibrado y sensato.

Stacey se tomó un momento para echar un vistazo a los datos que el sargento de guardia había tomado. Tenía una dirección, los datos del vehículo y una buena descripción. Toda esa información se introduciría en el sistema, y suponía que eso sería todo lo que Burns le permitiría hacer con ella.

—¿Podría enviarme una foto?

Beth abrió su bolso Mulberry y sacó una.

El hombre que podía verse en ella medía más o menos un metro ochenta, y tenía el pelo rubio y los ojos azules. Sonreía a la cámara ante un paisaje impresionante.

—Es de hace dos meses, en nuestras últimas vacaciones en

Croacia.

Stacey la colocó dentro de su cuaderno. Ya tenía todo lo que necesitaba.

—Señora Denton... perdón, Beth, ¿qué cree que le ha pasado a su marido?

Las lágrimas rebosaron sus ojos y se derramaron por sus mejillas. Sus manos jugueteaban nerviosamente con la correa del bolso mientras hablaba.

—Lo único que se me ocurre es que haya sufrido algún tipo de accidente. No dejo de imaginármelo vagando por ahí, aturdido, confuso y solo. Quiero que vuelva ya a casa.

Stacey extendió la mano y tocó el brazo de la mujer para tranquilizarla. No podía imaginarse cómo se sentiría si no supiera dónde estaba Devon, así que empatizó con la preocupación de la mujer.

—Lo encontraremos, Beth —dijo, preguntándose si acababa de hacer una promesa que no podría cumplir.

Capítulo 5

Mis ojos se abren, o eso creo. Siento que lo hacen, pero sigo viendo lo mismo; la oscuridad es igual de densa. Vuelvo a parpadear. Me cuesta un mundo, parpadear es un gran esfuerzo.

El pánico que siento en el estómago es instantáneo. No sé dónde estoy. La sensación de lo desconocido es lo primero que me impacta; tengo un nudo en el estómago y el corazón me late con rapidez.

Siento mi cuerpo al completo como si fuera algo ajeno. El suelo está duro. Tengo las muñecas y los tobillos esposados, y una especie de tela se encuentra dentro de mi boca. Mi cabeza está hecha un lío, atrapada en un laberinto de pensamientos confusos. Soy incapaz de razonar con claridad. ¿Dónde estoy? ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Qué he hecho? ¿Por qué estoy atado?

Trato de controlar mi respiración mientras el miedo me sube hasta la garganta. Intento redirigir el aire, que sale rápidamente por mi nariz, pues no puede escapar por mi boca. «Calma. Cálmate. Toma el control. Piensa —me digo a mí mismo—. Evalúa».

Me duele todo el cuerpo, de los pies a la cabeza. Me invade un agotamiento que nunca antes he sentido. Cada fibra de mi ser me pide que cierre los ojos, que sucumba a la fatiga que parece conquistarme por completo. Siento como si mis huesos se hubieran convertido en líquido y mi cuerpo fuera una masa blanda.

Tengo que concentrarme. He de intentar entender dónde estoy; mis sentidos deben ayudarme, tienen que ponerse en funcionamiento. Necesito encontrar una forma de salir de aquí.

Trato de alzar la cabeza para agudizar el oído. Un dolor se dispara desde mi nuca hasta la parte superior de mi cabeza. Mi cuello se debilita y mi cabeza vuelve a caer hacia delante. ¿Por qué me duele ahí? ¿Me han golpeado en la parte de atrás de la cabeza?

Nada tiene sentido. Mi cerebro no se activa para ayudarme. No recuerdo nada.

De repente, siento la necesidad de orinar. Intento tensar el cuerpo para contenerla. Me digo a mí mismo que aguante, pero la orina fluye hacia fuera de mí. Círculos de vergüenza aparecen en mis mejillas, calentándolas, mientras el líquido empapa mi entrepierna. Mi cuerpo no responde; es como si mi cerebro no fuera capaz de enviar mensajes al resto de mi cuerpo, como si sus intentos se desvanecieran en el aire. No hay camino, no hay un medio, no hay modo de que llegue la orden. No hace lo que le pido, solo quiere descansar y dormir.

Intento separar las muñecas de un tirón. Mis manos apenas se mueven. El esfuerzo me resulta extenuante; tratar de pensar me agota por completo.

Debo permanecer despierto.

Debo averiguar dónde estoy.

Debo tratar de entender qué ha pasado.

Me invade una oleada de cansancio.

Me rindo y cierro los ojos.

Capítulo 6

Penn seguía escudriñando los informes cuando Stacey volvió a la sala de la brigada, y se preparó para presenciar la confrontación.

—¿Solucionado? —preguntó Burns mientras Stacey se sentaba.

—Es todo un poco raro, señor. Un hombre normal, felizmente casado, sale de casa y no vuelve.

—No puedes saber si está felizmente casado —dijo Burns—. Puede que tuvieran una discusión por algo de los niños y se haya ido a despejarse con un amigo.

—No tienen hijos, y al parecer tampoco muchos amigos —dijo Stacey, encogiéndose de hombros.

—No te pases de lista, Wood —dijo Burns, enarcando una ceja.

—No me lo estoy inventando, es lo que me ha dicho su mujer —respondió Stacey.

Burns empezó a negar con la cabeza.

—Archiva el informe y envía la descripción.

—Señor, creo que merece la pena prestarle algo de atención, echar un buen vistazo —protestó Stacey.

Penn contuvo la respiración. Normalmente, cuando la situación llegaba a ese punto de tensión, Burns reprendía a Stacey o derivaba el asunto a otra persona. Ambas opciones la irritaban por igual.

Burns cerró la boca, respiró por la nariz un par de veces y luego se giró.

—Penn, que Wood te dé los datos y vete al trabajo de ese hombre. Haz algunas preguntas y déjalo estar.

Penn vio cómo los ojos de su compañera brillaban de pura rabia.

—Señor, me encantaría, pero tengo el estómago chungo —dijo, dándose unos golpecitos en la barriga—. No me atrevo a alejarme demasiado de un cuarto de baño ahora mismo. Está a punto de explotar de...

—Vale, Penn, suficiente —dijo Burns mientras Bryant se daba la vuelta para ocultar una sonrisa—. Muy bien, Wood, ve a recabar algo de información a su trabajo y luego se la pasas a Penn, que sí podrá continuar con el caso desde la seguridad que le brinda su escritorio.

Stacey recogió sus cosas y salió de la oficina antes de que cambiara de opinión.

Burns se frotó las manos.

—Penn, ¿tienes ya...?

—Acabo de ver algo en los registros. Una mujer encontrada muerta en su salón en Walsall; han llamado hace solo quince minutos.

Burns cogió su chaqueta, a pesar de que Walsall tenía sus propios equipos dentro del Departamento de Investigación Criminal y no tenía relación alguna con su unidad de policía local.

—Consígueme un coche, que me recoja en la puerta —dijo, saliendo de la habitación.

Penn cogió el teléfono. A su inspector en funciones le gustaba viajar con clase.

Una vez hecha la petición, colgó el teléfono y dejó escapar un largo suspiro.

—¿Soy yo o todo el mundo siente que la tensión se disipa en cuanto se larga? —preguntó.

Bryant movió la cabeza.

—Es como si esa energía nerviosa suya, esa desesperación, llenara todo el maldito edificio.

Penn echó un vistazo hacia el centro de operaciones cuando la jefa se levantó y se dirigió hacia ellos.

—Hasta luego —dijo, atravesando la sala con rapidez.

Tanto él como Bryant la vieron irse.

Bryant captó su expresión.

—Dale algo de tiempo.

Penn asintió. Todos sabían por lo que había pasado, y mantener a

su equipo contento seguramente fuera lo que menos preocupara ahora mismo a la jefa.

—¿A dónde crees que ha ido?

Bryant se encogió de hombros y volvió a su ordenador, desconcertando aún más a Penn. La mayoría de las veces su ordenador solo tenía fines decorativos.

Penn sabía que su equipo tenía una dinámica extraña y que, incluso si tenía un buen día, la jefa compartía poco de sí misma con él o con Stacey, pero con Bryant el vínculo era mayor, y si él no estaba al corriente de la situación, era porque Kim no le estaba revelando nada a nadie. Curiosamente, tanto él como Stacey se sentían reconfortados por la amistad auténtica que existía entre Bryant y la jefa, y mientras había estabilidad entre ellos, el mundo funcionaba a la perfección. Pero, cuando no la había, todo se descompensaba.

Se trataba de sus compañeros de trabajo, no de sus padres, pero a Penn la relación entre ellos le recordaba a cuando era joven. Nunca vio discutir a sus padres, ni una sola vez, pero, cuando lo habían hecho sin que él lo presenciara, siempre había sido capaz de percibirlo. El silencio entra ambos pesaba tanto que llenaba la casa, y tanto él como Jasper se quedaban con tal sensación de malestar que incluso ahora mismo era capaz de revivirla.

El sonido de la risita entre dientes de Bryant rompió el silencio.

—Acabo de leer el registro del incidente de ese caso al que has enviado a Burns en Walsall. La mujer a la que han encontrado muerta en su salón tenía ochenta y siete años y, al parecer, ha fallecido por causas naturales.

—¿En serio? —preguntó Penn con fingida sorpresa—. No habré prestado atención a esos detalles.

Bryant volvió a reírse.

En cualquier caso, les había quitado de encima al hombre insufrible durante una o dos horas.

—Buen trabajo, Penn —dijo Bryant—. Cojonudo.

Capítulo 7

Fairfield era un pueblo situado en el distrito de Bromsgrove. Contaba con una iglesia, un pub y una oficina de correos que a la vez servía de tienda de conveniencia para satisfacer las necesidades básicas de sus habitantes.

Kim se bajó de la Kawasaki Ninja y se quitó el casco.

La casa que buscaba era un adosado de nueva construcción con una pequeña valla que dividía un jardín delantero compartido, al que bordeaban unas margaritas muy coloridas. No había coche alguno en la entrada, pero se oía el ruido de una aspiradora a través de las ventanas, que estaban abiertas.

Tuvo que llamar dos veces a la puerta hasta que el sonido cesó y vio a una figura acercarse a través del panel de vidrio esmerilado.

Una mujer algo regordeta de alrededor de cuarenta y cinco años, vestida con vaqueros y camiseta, abrió la puerta. Tenía el pelo castaño recogido y un colgante con un crucifijo de plata era la única pieza de joyería que llevaba puesta. Se secó la frente húmeda mientras Kim sacaba sus credenciales por primera vez en meses.

—Inspectora detective Stone —dijo—. Departamento de Investigación Criminal de Halesowen.

La mujer frunció el ceño.

—He venido para hablar de Jamie.

—Pase, por favor.

Kim pasó junto a ella y esperó a que la dirigieran hacia algún lugar concreto.

—Ahí dentro —dijo la mujer, señalando un salón a la izquierda.

Kim sorteó el tubo de la aspiradora y entró en una sala luminosa, amueblada de forma austera, pero que captaba la luz del sol gracias a un amplio ventanal. Un haz de luz atravesaba un crucifijo que se encontraba sobre la chimenea.

—Por favor, tome asiento, aunque no sé muy bien a qué ha venido.

—Es solo un seguimiento rutinario, señora Mills —dijo Kim, que no estaba nada segura de por qué estaba haciendo esa visita. Todo lo que sabía era que habían encontrado colgado de un árbol a un chaval de diecinueve años, aparentemente sano, y que habían borrado su nombre de la pizarra antes de que nadie se hubiera molestado en averiguar qué había sucedido.

La sensación de no tener a Bryant a su lado era un tanto surrealista, pero era injusto involucrarlo en algo que se suponía que no debía estar haciendo. Estando sola, se trataba solo de hacer unas preguntas, pero, si Bryant estuviera a su lado, eso supondría una investigación. Sin él, tuvo que esforzarse por comportarse adecuadamente y pensar en lo que él podría decir a unos padres que estaban de luto.

—Señora Mills, la acompaño en el sentimiento.

—Gracias, inspectora —respondió, poniendo las manos sobre su regazo. No había lágrimas en sus ojos, solo una mirada de confusión —. Aún no entiendo bien el motivo de su visita. El agente nos dijo que no había nadie más implicado y que Jamie se quitó la vida.

—No parece sorprendida, ¿no?

La mujer respiró hondo.

—Ni a mí ni a mi marido nos sorprendió la noticia.

—¿Su marido?

—Sí, ha vuelto hoy al trabajo.

«Un poco pronto», pensó Kim. Se había descubierto el cuerpo de Jamie apenas cuarenta y ocho horas antes, lo cual significaba que su padre solo se había tomado un día libre para llorar su muerte.

—Cuando el diablo no tiene qué hacer, con el rabo mata moscas —dijo la señora Mills a modo de explicación.

—¿Sufría Jamie algún problema de salud mental? —preguntó Kim,

sintiéndose autorizada a hacerlo por el hecho de que las acciones del joven no parecieran sorprender a sus padres.

Ella sacudió la cabeza con vehemencia.

—Nada dramático. A veces se deprimía un poco, se encerraba en sí mismo, pero no sufría ningún tipo de enfermedad mental.

Kim detectó en su tono que se había ofendido ligeramente.

—¿No estaba tomando medicación alguna?

—¿Para qué? No le pasaba nada. Tenía momentos de introspección de vez en cuando.

—¿No consultaron con un especialista?

Sacudió la cabeza.

—Ni se nos pasó por la cabeza. Se dedica demasiado tiempo a hablar de todo tipo de trastornos; ahora, cualquier niño medianamente travieso parece sufrir TDAH, a los perezosos se les clasifica como disléxicos y, a los más introvertidos, los profesionales de la medicina les ofrecen medicamentos y remedios de todo tipo.

Kim se estaba esforzando mucho para no formarse una opinión negativa de la mujer que tenía delante. En los últimos veinte años, se había avanzado mucho para lograr entender mejor la salud mental de niños y jóvenes.

—Hoy en día tienen demasiado tiempo libre —continuó la señora Mills, como si Kim hubiera dado pie a que hablara del tema que más le apasiona para ponerse a criticar—. Nuestra generación iba a la escuela, volvía, hacía las tareas del hogar y los deberes, veía un poco la tele, y a la cama. No teníamos tiempo para sumergirnos en la depresión, la ansiedad o cualquier historia de esas.

Kim percibió que se encontraba ante una persona que dejaba claro que el tema de la salud mental, sobre todo la asociada a los jóvenes, seguía estando estigmatizado. Le habría gustado ponerse a debatir sobre la materia, pero no había ido allí para eso, aunque cada vez le

parecían más obvias las razones por las que Jamie nunca habría hablado con su madre de posibles problemas de salud mental.

—¿Puedo preguntarle qué edad tenía cuando empezaron esos momentos de introspección?

—No creo que sirva de nada ya, pero probablemente al principio de su adolescencia. Se encerraba en sí mismo, se quedaba en su habitación, dejaba de quedar con amigos. Supusimos que tan solo estaba pasando por una fase concreta. Intentamos que se involucrara más en la iglesia. Pensamos que se le pasaría. Hicimos todo lo que pudimos, lo enviamos a un campamento de verano un par de veces y rezamos por él todos los días, pero parecía alejarse cada vez más de nosotros.

Kim no pudo evitar sentir que la señora Mills le estaba hablando de un pariente lejano y no de su propio hijo.

—Hace un par de años se aficionó al ciclismo, se convirtió en un apasionado. Entrenaba solo, pero recorría kilómetros, incluso se adentraba bastante en Gales, iba a cualquier parte.

Kim entendía bien eso; a ella le ocurría lo mismo con la Ninja. Cualquiera sabía que se había perdido sola con su moto durante horas, y normalmente era para escapar de algo, en cierto modo para escapar de su propia cabeza, como si condujera a través de la niebla hacia la claridad y las respuestas a sus preguntas estuvieran al final de esa vuelta en moto. ¿Habría estado Jamie buscando respuestas? Si era así, ¿por qué no las había buscado en sus padres?

—¿Sería posible ver su habitación? —preguntó Kim.

—A ver, poder puede, pero ya no queda nada. Es mi cuarto de costura. Hago cojines y cortinas para la rifa de la iglesia. Jamie se mudó cuando tenía diecisiete años.

—¿Puedo preguntar por qué? —preguntó Kim, sintiendo que cada vez estaba más lejos de averiguar algo sobre el joven.

—Se fue a vivir con unos amigos porque no es que le gustaran

mucho las normas que había en esta casa.

Kim esperó.

—Estudiar o trabajar, esas son las reglas. O la universidad, o un trabajo, pero se saltó tantas clases que suspendió todos los exámenes y no pudo encontrar empleo. Después del accidente, él...

—¿Qué accidente?

La señora Mills dejó traslucir su enfado.

—Inspectora, no tengo tiempo para relatarle la vida entera de Jamie. Ha muerto, punto final.

«¿Quizá es que algún cojín urgente necesita su atención?», quería preguntar Kim, pero, incluso cuando no estaba Bryant, sabía cuándo estaba abusando de la hospitalidad de otros.

—Por favor, cuénteme lo del accidente y le prometo que ya la dejaré en paz —le aseguró Kim.

—Se cayó de la bicicleta hará año y medio. Resultó gravemente herido y estuvo dos semanas en el hospital, con una lesión grave en la rodilla derecha, que tuvieron que volver a fijar en su sitio. Se recuperó excepcionalmente, pero ya no podría volver a montar en bici. Se encerró más en sí mismo. Intentamos que reaccionara dándole un ultimátum: o dejaba de deambular apático y deprimido y conseguía un trabajo, o tendría que mudarse. Eligió lo segundo.

—¿Y cuándo lo vieron por última vez? —preguntó Kim, rompiendo su propia promesa.

La señora Mills se puso de pie.

—Nos visitó hace unos seis meses, inspectora, y ahora debo pedirle que se vaya.

Kim se puso en pie y trató de deshacerse de la sensación de malestar que le producía la aparente indiferencia de la mujer ante la pérdida de su propio hijo. Había hablado de él con la misma emoción con la que lo haría de cualquier extraño.

Kim se dirigió a la puerta y sacó una tarjeta del bolsillo trasero.

—Si necesita cualquier cosa, por favor, llámeme.

La señora Mills miró la tarjeta.

—Por favor, guárdela. No necesitamos nada. Nos tenemos el uno al otro y también tenemos nuestra fe. Jamie está en un lugar mucho mejor ahora, y en paz. Por favor, deje las cosas así, inspectora.

La puerta se cerró tras ella en cuanto puso los pies en la calle.

Kim cogió el casco del manillar, deseando haber sido capaz de hacer más preguntas. ¿Por qué Jamie había preferido la opción de mudarse cuando lo presionaron para encontrar trabajo? ¿Cuál había sido el origen de sus crisis depresivas? ¿Había influido su educación religiosa en su decisión de abandonar el hogar familiar?

La actitud de Burns era calcada a la de la madre del niño: borrarlo, hacerlo invisible.

Acababa de pasar veinte minutos con la mujer y, sin embargo, tenía la sensación de no haber averiguado nada sobre un joven que, al parecer, había decidido acabar con su propia vida.

Capítulo 8

La asesoría contable Dunhill S. R. L., situada a las afueras del centro de Halesowen, era una antigua casa victoriana convertida en oficinas. El aparcamiento contenía tanto lugares asignados para trabajadores como espacios libres. La plaza para «G. Denton» estaba vacía.

Stacey llamó al timbre, disfrutando al máximo del hecho de encontrarse fuera de la oficina. Fue su refugio en el pasado, pero ahora estaba lejos de serlo.

La puerta emitió un zumbido e hizo un clic, y Stacey entró.

La recepción formaba un semicírculo elevado, y a su frente se encontraba una mujer atractiva de cuarenta y pocos años. Su pelo negro brillaba de forma imposible y su rostro estaba maquillado a la perfección. Al verla, Stacey no pudo más que pensar en el esfuerzo diario que le supondría arreglarse para ir a trabajar.

Mostró su identificación.

—Ayudante de detective Wood. ¿Hay alguien con quien pueda hablar sobre Gabriel Denton?

—¿Está bien? —preguntó la mujer mientras la preocupación se dibujaba en su rostro.

—Eso es lo que estamos intentando averiguar.

—Hay una reunión presupuestaria justo ahora y está todo el mundo allí reunido, pero probablemente yo sea de las que mejor conoce a Gabriel.

—Vale, ¿y usted es?

—Me llamo Wendy Clark, y soy recepcionista, secretaria, encargada de la oficina..., elija lo que prefiera. —Pulsó algunos botones del teléfono—. Que el contestador se quede a cargo el tiempo que haga falta. —Rodeó el mostrador y señaló dos sofás que había alrededor de una mesita de cristal.

—Tengo entendido que el señor Denton lleva muchos años trabajando aquí —dijo Stacey.

Wendy asintió.

—Veinte. Tenemos trece ejecutivos contables y su tasa de retención de clientes es la más alta de todos.

—¿Y lo conoce desde...?

—Llevo aquí casi diez años.

—¿Algún problema con los compañeros de trabajo? —preguntó Stacey.

Wendy sonrió y negó.

—Todo el mundo adora a Gabe. Supongo que algunos piensan que es un poco aburrido, pero la contabilidad no es que sea una aventura trepidante precisamente. Es muy sincero y directo, honrado a más no poder, agradable, profesional y muy trabajador.

Eso descartaba cualquier asunto relacionado con el trabajo, pensó Stacey. Una parte de ella se había estado preguntando si se habría metido en algún lío financiero en su empleo. Había investigado muchos casos de fraude y malversación a lo largo de los años. La gente muchas veces elegía quitarse de en medio antes de que la descubrieran. No podía descartarlo por completo en este caso. Tal vez había hecho algo que no debía, y aún no se había destapado.

—Pero ¿está bien? —volvió a preguntar Wendy, mostrando una preocupación que parecía auténtica.

Stacey ignoró la pregunta y continuó:

—¿Sabe si el señor Denton sufre algún tipo de problema de salud mental?

Wendy negó con la cabeza.

—Nunca me ha dado esa impresión, y desde luego él nunca ha mencionado nada al respecto.

—¿Cambios repentinos de humor, arrebatos?

Wendy se echó a reír.

—No, Gabe no es ese tipo de persona, en absoluto. Es un hombre muy tranquilo, no se altera, nunca lo he visto perder los nervios.

—¿Le pareció extraño que no viniera ayer a trabajar?

—No demasiado. Todos los contables pueden trabajar desde casa si no tienen reuniones presenciales con algún cliente. Gabe no lo hace a menudo, y estoy segura de que cuando se queda en casa viste con traje igualmente. ¿Puede decirme si se ha visto involucrado en algún tipo de accidente?

—La verdad es que no lo sabemos, señora Clarke. El señor Denton salió de casa ayer por la mañana y no volvió. No aparece, y obviamente la señora Denton está muy preocupada por él.

—Claro —dijo Wendy, con los ojos muy abiertos—. ¿Han comprobado los hospitales y...?

—Todo cubierto —dijo Stacey—. Es importante que me diga si ha notado algo extraño o diferente en su comportamiento últimamente.

Wendy pensó durante un momento y empezó a sacudir la cabeza.

—Estuvimos ahí afuera juntos el viernes y...

—¿Ahí afuera?

Asintió.

—Hay un pequeño patio en la parte trasera de la oficina. Apenas hay un par de mesas y sillas, junto a la sala de descanso. La política de empresa no permite comer en el mostrador o en cualquier otro puesto, y a menudo salíamos a almorzar a la misma hora. A los dos nos gustaba hacerlo tarde, nos encanta esa sensación de saber que llevamos trabajando más horas de las que nos quedan por delante.

—¿Así que pasaba mucho tiempo con él?

—Bueno, si se puede llamar «pasar tiempo juntos» a que él esté con el teléfono y yo con mi Kindle, entonces supongo que sí.

—Beth Denton me ha comentado que se mandaban mensajes o hablaban casi todos los días.

Wendy asintió mientras ordenaba las revistas que había sobre la

mesa de cristal.

—Sí, creo que son muy entregados el uno con el otro.

—¿Ha conocido a Beth?

—Sí, la he visto, aunque solo una vez. Hace unos años hubo una gran fiesta para celebrar la jubilación de uno de los socios. Fue una cena formal, y hubo copas después. Beth parecía un poco incómoda durante la comida y no se quedaron a las copas.

Stacey podía empatizar con eso. La primera vez que acompañó a Devon a un evento de su trabajo, se sintió completamente fuera de lugar, a pesar de los esfuerzos de su mujer.

—¿No acudió a ningún otro evento de la empresa? —preguntó Stacey.

—No, y él tampoco —dijo Wendy.

—Así que no se le ocurre nada que pueda hacer que lo motive a marcharse así de repente, ¿verdad? —preguntó Stacey.

—Obviamente no estoy en la mente de otras personas, pero aquí no ha habido ningún indicio de que estuviera pasando algo, eso se lo garantizo.

—De acuerdo, señora Clarke; por favor, coja mi tarjeta y llámeme si se le ocurre algo más o si el señor Denton se pone en contacto...

—Bueno, no creo que se ponga en contacto conmigo.

—Me refería a cualquier compañero de trabajo —aclaró Stacey—. Por favor, distribuya mi número entre ellos y pídales que se comuniquen conmigo si hay algo que crean que puede ayudar.

—Lo haré —dijo Wendy, volviendo al mostrador para abrir la puerta.

Stacey se dirigió hacia el centro de la ciudad para recortar camino de vuelta a la comisaría. La invadió un sentimiento de angustia, pero, si tardaba mucho más en volver, Burns empezaría a llamarla como loco. Estaba segura de que tendría que hacer alguna tarea administrativa urgente en cuanto volviera.

También sabía que el inspector no tenía el más mínimo interés en el caso y que estaría encantado de dejarlo enmohecer en la base de datos. Los únicos que despertaban su interés eran los que podían ofrecerle la oportunidad de volver a brillar en su trayectoria profesional.

Sabía que probablemente tendría que dejarlo estar y olvidarse, pero estaba loca por averiguar por qué un hombre estable, felizmente casado y digno de confianza había desaparecido de repente sin dejar rastro alguno.

Capítulo 9

Era más de la una cuando Stacey volvió a entrar en la oficina, que estaba en silencio, y Penn ya sabía cómo iba a acabar todo.

La curiosidad natural de Stacey haría que quisiera seguir investigando, y ver hasta dónde podía llegar. Su colega se tomaba muy en serio cualquier caso, y quería encontrar respuestas para cada pregunta. Era precisamente eso lo que la convertía en una investigadora tan condenadamente buena.

—Señor, creo que deberíamos indagar en...

—Olvídalo, Wood. Volverá al anochecer. Discutieron, ha pasado la noche en el sofá de un amigo y aparecerá cuando tenga hambre. Es un asunto doméstico y no vamos a seguir con él.

Penn percibió las ganas de responder que tenía Stacey, y podía entenderla a la perfección. Estaba loca por investigar algo, cualquier cosa le valdría. Si les dieran la oportunidad, investigarían hasta el presunto robo de un pastel en la cafetería. En aquel momento estaban todos de brazos cruzados, esperando a que entrara un caso de los grandes. El seguimiento de agresiones comunes y robos típicos se hacía por teléfono o mediante correo electrónico. Los detectives rasos se encargaban de la toma de declaraciones mientras los demás miraban un ordenador y trataban de aparentar que estaban ocupados. Burns no quería que el equipo se quedara atrapado en un caso y que el siguiente desafío verdadero terminara en manos de otro equipo. Los mantenía constantemente en espera, hasta que apareciera uno que pudiera cambiar su carrera de manera decisiva. Penn sabía que su colega estaba desesperada por volver a sentir esa chispa de pasión en su interior; todos se sentían igual que ella. Por la expresión de su cara, se dio cuenta de que aún no se había rendido.

—Señor, de verdad que pienso que...

—Ese es tu problema, Wood: piensas demasiado.

Bryant levantó la cabeza bruscamente.

—Oiga, espere un momento...

—Cálmate. Solo estaba bromeando. No es que sea tu hermana, pero bueno, si no puede soportar una broma, seré considerado con sus sentimientos frágiles. Y, hablando de fragilidad, ¿sabe alguien a dónde ha ido Stone?

Penn hizo un gesto de desaprobación con la cabeza a la vez que Bryant se giraba para ocultar su rabia. Al sargento de modales suaves le costaba cada vez más controlar sus emociones, pero estaba decidido a no dar a Burns ningún motivo para disolver el equipo en ausencia de la jefa.

—Tal vez mañana sea capaz de intentar trabajar una jornada completa...

—¿Alguien quiere algo de la cafetería? —preguntó Bryant, poniéndose de pie.

Penn estaba rechazando la oferta justo cuando sintió su teléfono vibrar en el bolsillo.

Se apartó de Burns para echar un vistazo. Ocultó su sorpresa al ver que era un mensaje de la jefa.

> Reúnete conmigo en Leasowes Park. No digas nada a nadie.

Penn volvió a deslizar el teléfono en su bolsillo. Stacey lo miró con desconfianza.

Se llevó las manos al estómago y comenzó a quejarse.

Burns lo miró.

—Señor, estoy cada vez peor del estómago. Creo que voy a tener que...

—Vete —dijo, señalando hacia la puerta—. Y, si mañana no estás mejor, no vengas. Si es contagioso, no quiero verte por aquí.

—Vale, entendido. Le digo cuando sepa algo —dijo, mientras cogía su bandolera.

Se sentía fatal por dejar a Stacey sola con el idiota, pero a la vez, en ese momento, se sentía más vivo de lo que había estado en meses, percibiendo esa chispa de pasión en su interior.

Capítulo 10

Leasowes Park estaba situado en un área de unas cincuenta y siete hectáreas en Halesowen y constaba de una casa y jardines. El parque tenía el nivel más alto de protección en el registro del patrimonio histórico de Inglaterra.

Aparte de por el campo de golf, era conocido por su sencillez y su aspecto rural. No era la primera vez que lo visitaba por algún asunto de trabajo, y estaba segura de que tampoco sería la última.

Penn le había mandado un mensaje para decirle que estaba de camino, y ella le había contestado diciéndole que aparcara en la garita del guardabosques y se dirigiera hacia Devil´s Armchair, en la parte sur del parque. Estaba bastante segura de que Penn sabría qué era lo que quería ver, pero también suponía que no se imaginaba la razón por la cual quería verlo estando él presente.

Le sorprendió la rapidez de su llegada, a pesar de que estaban a pocos minutos de la comisaría. Debió salir a toda prisa en cuanto recibió su mensaje.

—¿Cuál? —preguntó, para ahorrarse tener que leer las declaraciones.

—Lo siento, jefa, no sé muy bien...

—¿En qué árbol encontraron colgado a Jamie Mills?

Se encogió de hombros mientras observaba la hilera de robles que tenía ante él.

—Lo siento, jefa, yo...

—¿Cómo es posible que no lo sepas? —preguntó ella, sintiendo que hablaba cada vez más alto.

—No lo investigamos, jefa. Burns acudió solo, consensuó con Keats la causa de la muerte y envió a unos cuantos agentes a tomar las declaraciones pertinentes.

—¿Así es como investigáis ahora? ¿Desde la comisaría?

—Jefa, te juro que no es porque lo hayamos elegido nosotros —dijo levantando las manos—. Todos estamos hartos de la oficina. No resolvemos nada porque no investigamos nada. Los vecinos han disfrutado tu tiempo libre más que tú.

Por «vecinos» Kim sabía que se refería a las bandas criminales.

Reprimió su irritación. No estaba siendo justa; de hecho, había oído a Stacey intentar protestar cuando borraron el nombre de Jamie de la pizarra.

—¿Qué te parece este lugar? —preguntó Kim.

Penn se encogió de hombros.

—Bastante bonito, hay buena vista desde ahí arriba. Una vez quedé con una chica en Devil´s Armchair. Yo tenía quince años; ella no llegó a aparecer.

Kim se quedó mirando y esperando. Vaya, estaba claro que su equipo estaba desentrenado, completamente fuera de forma.

Penn se puso colorado.

—Ah, ¿te referías a qué me parece este sitio como para suicidarte en él?

—No, porque obviamente me importa más tu vida sentimental adolescente. Claro que me refería al suicidio.

Penn echó un vistazo a su alrededor y empezó a asentir.

—Sí, se me antoja muy posible que este lugar le encantara por alguna razón —dijo, volviendo la vista hacia el mirador—. La gente suele caminar hasta el final del sendero, echa un vistazo y vuelve al parque. No es común que lleguen hasta aquí. Creo que la única razón por la que lo encontraron tan rápido fue porque un tipo buscaba la pelota de tenis con la que jugaba con su perro perdiguero.

Stone ya se había fijado en que no había sendero alguno alrededor de ese grupo de árboles. Su instinto le decía que se trataba de un lugar aislado, perfecto para suicidarse, si es que tal cosa existía.

—Toma, sujeta esto —le dijo, ofreciéndole la bolsa que llevaba. Era hora de ponerse manos a la obra. Sacó el teléfono y accedió a su correo electrónico. Hizo clic en la carpeta «Jamie» y fue pasando hasta llegar a las declaraciones digitalizadas. Leyó rápidamente.

—El tercero empezando por la izquierda —dijo, guardando el teléfono, y se colocó frente al árbol que Jamie había elegido. Al igual que las de los demás que lo rodeaban, las ramas de ese árbol estaban atravesando esa fase de transición otoñal típica de octubre, en la que pierden algunas de sus hojas mientras otras aún resisten.

—¿Tú crees que se puede trepar hasta esa rama? —preguntó, señalando una robusta y resistente que estaba a unos tres metros de altura.

Penn echó un vistazo detenidamente.

—Sí, creo que podría si quisiera.

Kim le cogió la bolsa.

—Supongamos que quieres —dijo, señalándola con la cabeza—. Venga, vamos allá.

Leyó su expresión para ver si hablaba en serio.

La respuesta que encontró era obviamente afirmativa y se puso en marcha. Estiró los brazos hacia arriba y utilizó algunos restos de ramas rotas para trepar, clavó los pies en la corteza del tronco y usó luego los mismos tocones como puntos de apoyo. Se tomó un buen rato, al menos siete minutos, para planear y disponer todo meticulosamente, yendo hacia delante y hacia atrás una y otra vez, antes de llegar al punto que le había indicado.

—¿Hasta aquí, jefa? —preguntó, con las piernas balanceándose a ambos lados de la rama.

—Sí, ya puedes bajar —dijo.

Se sacudió la corteza muerta de las manos mientras se colocaba a su lado.

Kim sacó la cuerda de la bolsa.

—Vale, ahora hazlo como si fueras a ahorcarte.

Levantó una ceja mientras doblaba la cuerda y se la colocaba sin apretar alrededor de su cuello.

Su jefa volvió a meter la mano en la bolsa.

—Ah, y ponte esto primero.

Cogió la rodillera y la miró detenidamente.

—Rodilla derecha —añadió.

Se colocó la rodillera en el lugar que le dijo y ajustó las tiras de velcro sobre sus pantalones.

Se acercó de nuevo al árbol, extendiendo la pierna derecha debido a la súbita rigidez que sintió en la misma.

Como antes, se tomó su tiempo para planificar su ascenso. Levantó primero la pierna izquierda y arrastró después la derecha. Se encontró con un problema inmediato: no había espacio suficiente en ninguno de los tocones para ambos pies. Debía situar cada pie por encima del otro para hacer un movimiento de subida.

Saltó desde el primer tocón y volvió a intentarlo, pero apareció el mismo problema. Lo intentó por tercera vez tratando de saltar y agarrarse a una rama para balancearse hacia arriba, pero para hacerlo tenía que doblar obligatoriamente ambas rodillas.

Regresó y se puso al lado de Kim, rascándose la cabeza.

—No creo que pueda hacerlo con la rodillera puesta. La rodilla no puede doblarse lo suficiente.

—Exacto, Penn, eso es precisamente lo que estoy pensando —dijo, dirigiéndose de nuevo hacia su moto.

Capítulo 11

Pasaban las tres de la tarde cuando Kim llamó al timbre de las puertas de la morgue del hospital Russells Hall.

Jimmy, el ayudante de Keats, la hizo pasar y la saludó con una sonrisa.

—Me alegro de verla, inspect...

—¿Dónde está? —preguntó, golpeando el casco contra la mesa de autopsias.

Señaló hacia el lavabo donde el médico forense solía prepararse para los análisis post mortem.

Kim entró en él. El hombre diminuto se estaba lavando las manos en el lavabo metálico.

—Keats, ¿en qué coño estabas pensando? —preguntó, llevándose las manos a las caderas.

—Pues mira, justo ahora estaba pensando en lo tranquila que ha estado mi vida en los últimos dos meses y estaba intentando encontrar el motivo. —Cogió una toalla y se giró hacia ella—. Y lo tengo aquí delante.

—Muy gracioso, pero, en serio ¿te has vuelto loco?

—Según mis últimas revisiones médicas, no, pero, ahora que estás de vuelta, podría ser inminente.

—Jamie Mills no se suicidó, no puedo entender cómo pudiste llegar a concluir eso con Burns.

El hombre dejó la toalla y se apoyó en el lavabo. Se cruzó de brazos.

—Por favor, sigue gritándome como si no hubiéramos tejido juntos una relación laboral basada en el respeto mutuo por las habilidades y capacidades del otro, disfrazada con una capa de humor irónico y de sarcasmo.

Kim hizo una pausa. Aquellas palabras constituían el momento en

que Keats había estado más cerca en su vida de admitir que sentía algo de respeto hacia ella, aunque fuera a regañadientes.

Su enfado se tornó en frustración.

—No pudo hacerlo, Keats. Ni siquiera pudo haber trepado al puto árbol.

—Aceptaré ese cambio de tono como una disculpa. Anda, sígueme.

Pasó junto a ella, esquivándola, y se dirigió a su despacho por el pasillo. Cogió un informe y se lo entregó.

—Ya lo he visto —respondió. Era el informe inicial de Keats, en el que se indicaba que el suicidio había sido la causa de la muerte.

—Échale otro vistazo, pero a todo el informe, al completo.

Hojeó las partes que ya había leído, pero había dos documentos más. El primero era la solicitud de reclasificación de la causa de la muerte y el segundo, un correo electrónico.

—Le he enviado este email al inspector jefe Woodward no hará ni media hora.

Lo leyó rápidamente. Se trataba de una petición oficial para que otro agente emitiera una segunda opinión acerca del caso.

—¿Has esperado a mi vuelta para enviar este correo?

—No puedo hacer comentarios acerca de la coincidencia temporal de mi solicitud, inspectora, pero sí puedo asegurar que mis sospechas, hasta entonces reservadas, se acrecentaron cuando mi examen inicial descubrió la grave lesión de la rodilla, momento en el cual no tuve más remedio que detener el procedimiento a la espera de la reclasificación.

—¿Por qué no debatisteis el tema en el lugar de los hechos? —preguntó. Se había desperdiciado un tiempo valioso, y además, y sobre todo, se habían podido perder pruebas forenses.

—Si ya has conocido a Burns, no hace falta que te diga que sus motivaciones no parecen basarse únicamente en la resolución de crímenes, y que ciertas cosas le resultan más atractivas que otras.

Además, algunos casos requieren investigar un poquito más, y no aceptar simplemente lo que tienes delante de tus narices. Si a la víctima la estuviera atravesando un cuchillo con una hoja de dieciocho centímetros, sospecho que no estaríamos teniendo esta conversación.

—¿Es tu forma de decir que es un tipo ambicioso, pero a la vez muy vago? —preguntó Kim con una sonrisa dibujada en los labios.

—Me parece que la inactividad ha hecho que se te estropee un poco el oído —respondió, conservando su actitud de profesional consumado.

—Bueno, puede que muestre un poco más de interés cuando Woody le eche la bronca y le ordene revisarlo.

—¿No te vas a hacer cargo tú? —preguntó Keats.

Kim sacudió la cabeza en forma de negación, intentando no mostrar el nivel de agotamiento que sentía. «Ve despacio», le habían dicho Woody, el médico y el psicólogo.

—Burns tiene que aprender a hacer su trabajo... en condiciones.

Keats le quitó los papeles de la mano y comenzó a agitarlos.

—Necesito una firma para la solicitud de reclasificación. Podría tener autorización para empezar mañana si...

—Trae —dijo Kim, cogiendo de nuevo los papeles y acercándose al escritorio. Cogió un bolígrafo y firmó la última página; luego, le devolvió el formulario—. Woody puede reasignar formalmente al oficial a cargo de la investigación, y puede hacerlo mañana mismo, pero para ello va a necesitar tu autorización.

Asintió mostrando su conformidad mientras ella salía de su despacho.

Cuando Kim ya estaba casi en la puerta, añadió:

—Me alegro de que estés de vuelta, inspectora.

Pero ella siguió caminando y no contestó. No estaba de vuelta aún; ni siquiera estaba cerca de estarlo.

Capítulo 12

Stacey miraba por la ventanilla del autobús con una sensación de desesperanza que había ido empeorando a lo largo del día.

Desde el momento en que Burns se había instalado en la oficina, los tres miembros del equipo se habían visto obligados a luchar contra sus emociones. Los superiores habían mostrado una falta de sensibilidad absoluta al ponerlos bajo las órdenes de la persona en parte responsable de todas las lesiones que sufrió la jefa. Burns se había negado a considerar la posibilidad de vincular la búsqueda de Symes con sus ansias de venganza contra Kim. La consecuencia más inmediata fue que, de ese modo, el delincuente pudo vigilar los movimientos de la jefa desde su propia calle. Los altos mandos detectaron que faltaba un inspector y rellenaron ese hueco poniendo a otro que estaba disponible, sin importarles las repercusiones. Por no hablar del hecho de que, para colmo, era un completo imbécil.

Cada uno de ellos había ido aceptando la situación a su ritmo, sabiendo que Burns era un mero sustituto temporal hasta la vuelta de la jefa. Penn y Bryant habían intentado adaptarse al hecho de que les asignaran tareas que no se correspondían con sus habilidades; habían asumido que Burns era un oportunista que solo buscaba reconocimiento público y que investigaba chapuceramente todo lo que no le entusiasmaba. Stacey también había aceptado todo eso, pero se había visto obligada a tragar con muchas más cosas.

Su papel había pasado a ser el de administradora del equipo y recadera en general. Cada día sentía que su intelecto se debilitaba más y más, y también percibía que su motivación iba desapareciendo a una velocidad aún superior.

Había tratado de enfrentarse a él intentando hacer valer su propia

opinión a lo largo de los meses, del mismo modo que lo había vuelto a hacer hoy.

No podía soportar que hubieran eliminado el nombre de Jamie de la pizarra sin siquiera haber hablado con un familiar o con algún amigo, sin haber tratado de llegar a comprender sus motivos para quitarse la vida. Para ella, el chico seguía colgado de aquel árbol porque nadie había hecho nada para bajarlo de ahí. Y puede que Burns tuviera razón acerca de Gabriel Denton, tal vez reapareciera con un ramo de flores y una disculpa, pero eso no calmaba el malestar que la invadía. Para hacer té y revisar declaraciones no necesitaba ninguna habilidad policial.

Como si de una prisionera se tratase, contaba los días que faltaban para el regreso de la jefa. Cuando les habían dicho que en un par de meses volvería, se lo había creído a pies juntillas y lo había marcado en su calendario con una estrella, que se había convertido en su señal de esperanza y en una meta a la que aspirar. Cada día que conseguía superar suponía uno menos para la vuelta de Kim, y, con ella, de la normalidad.

Pero el día llegó, y se fue, y las cosas no habían salido tal y como esperaba.

Tal vez había sido poco realista esperar que irrumpiera cual superheroína para salvarlos a todos. Corregir todos los errores que se habían cometido en su ausencia iba a ser un desafío considerable, pero la mujer que Stacey había visto hoy no era ni la sombra de la persona a la que había llegado a respetar y admirar más que a nadie. Le dolió profundamente ver a su antigua jefa convertida en alguien tan diferente. La pasión, el empuje, la determinación, la inteligencia brillante y el ingenio sarcástico parecían haberse quedado en el suelo del almacén donde Symes casi la mata a golpes.

Solo de pensarlo sintió un nudo en la garganta. No podía ni

imaginar por lo que habría tenido que pasar la jefa durante su recuperación, tanto física como psicológica. Pero ahora, por su propia cordura, Stacey sabía que tenía que aceptar que ese capítulo de su vida ya se había acabado y que era hora de pasar página.

Capítulo 13

Kim dejó la revista y cogió su café, consciente de que no se estaba quedando con nada de lo que estaba leyendo. Había un artículo muy interesante sobre las legendarias motocicletas británicas con dos cilindros en forma de uve, las V-Twins, pero no conseguía concentrarse.

Alcanzó su café mientras Barney dejaba a sus pies su pelota favorita.

Durante su convalecencia, los dos habían pasado muchas horas juntos en el jardín, aunque había intentado no cambiar demasiado la rutina del perro haciendo que Charlie viniera a buscarlo cada dos días para pasearlo y llevárselo a su jardín a observar ardillas. Aunque solo estaba fuera unas horas durante la tarde, siempre se alegraba de verlo volver. El tiempo a solas lo había pasado en el garaje, que no se parecía en nada a lo que era antes.

Por las tardes, se había habituado a pasar una o dos horas sentada en el exterior de la casa con una taza de café y tirándole la pelota a Barney.

Estaba segura de que sus vecinos no estaban acostumbrados a que utilizara su espacio exterior, y la posición en la que tenía colocada la mesa impedía que estos la vieran. Oía a la familia que vivía a su izquierda, en la que los padres amenazaban a sus tres hijos con que, si no se portaban bien, la «oficial de policía» que vivía en la casa de al lado se los llevaría. No conocía ni a la madre ni al padre ni a los niños.

Kim no estaba convencida de la eficacia de amenazar a los niños con la policía en general, pero, por lo que parecía, esos chicos necesitaban algún tipo de amenaza.

A su derecha, había oído conversaciones en voz baja entre el matrimonio que allí vivía acerca de casi todos los vecinos de la calle.

Así fue como supo, una semana antes de que colgaran el cartel de «se vende» en el jardín delantero, que Edna, su vecina de enfrente, no iba a volver a su casa. Una conversación entre susurros que discurrió con posterioridad le había hecho saber que Barbra, la hija de Edna, había abandonado a su holgazán marido y se iba a ir a vivir con su madre.

Su parte culpable se sentía aliviada por no tener que enfrentarse a Edna a diario. Nunca sería capaz de disculparse por el daño que le había causado a la anciana, todo porque un psicópata había querido hacerle daño a ella, y había elegido la casa de la pobre Edna como base para hacerlo. Symes la había atado y aterrorizado, la había hecho pasar hambre, todo ello con el objetivo de poder vigilar a Kim. Se sacudió la culpa; total, en nada beneficiaba a Edna.

—Ven aquí, chico, trae la pelota —le gritó mientras la ansiedad empezaba a revolverle el estómago. «*Ni lo pienses*», se decía una y otra vez mientras Barney dejaba la pelota junto a sus pies.

—Joooder —dijo en voz alta cuando sonó una notificación en su teléfono. Había conservado la mayoría de las medidas de seguridad que Leanne había instalado, pero había dado de baja el sistema ante la empresa de seguridad que recibe las alertas. No quería que aparecieran desconocidos por su casa porque se hubiera olvidado de activar la alarma, pero, aun así, las notificaciones la hacían sobresaltarse.

Su respiración se normalizó al ver el rostro familiar en la cámara de la puerta.

—¿Tú qué dices, campeón, le dejamos entrar esta vez?

Barney cogió su pelota y corrió hacia dentro de la casa.

Ahí estaba su respuesta.

Llegó hasta la puerta y se detuvo.

—¿Traes lasaña de Jenny? —preguntó antes de abrir.

—Pollo al curri —respondió Bryant.

Se tomó su tiempo antes de añadir:

—¿Y qué más?

—Una manzana para el príncipe.

Miró a Barney, cuya cola había empezado a moverse produciendo un sonido sibilante al oír la voz de Bryant.

Giró la llave y deslizó los tres cerrojos. Otra costumbre que había conservado.

—La manzana ha sido la clave —dijo ella, abriéndole la puerta, y lo dejó pasar.

Un aroma delicioso se escapaba del táper que llevaba Bryant. Ella lo siguió hasta la cocina mientras Barney empezaba a restregar su hocico contra el bolsillo delantero derecho de los vaqueros del compañero de su dueña.

—Tranquilo, amigo —dijo el sargento, sacando la manzana de su bolsillo.

Barney se sentó ipso facto y Kim se sintió satisfecha porque el perro tuviera modales.

Bryant le dio la manzana y deslizó el curri hasta la mitad de la encimera que servía de barra de cocina; ella lo arrastró hacia sí misma.

—Gracias. Ya puedes irte.

Se sentó en el taburete de la barra y echó un vistazo a la máquina de café, que estaba medio llena.

—Ni de coña. Me ha costado dos meses y un montón de táperes conseguir entrar. No pienso irme.

Un silencio denso los envolvió. Ella supuso que él esperaba una disculpa, pero eso no iba a pasar. No había querido hablar con nadie, y estaban en su casa. Su única concesión fue ofrecerle una taza de un armario de la cocina.

Se la llenó y la empujó hacia él.

—¿Tostadora nueva? —preguntó Bryant, señalando a la izquierda

de la tetera con la que la tostadora ya no pegaba.

—Sí, de un donante desconocido.

—Me pregunto qué estará haciendo ahora —reflexionó Bryant sobre la antigua escolta de Stone.

Kim se encogió de hombros. No podía decir que no hubiera pensado en el tema, porque sí que lo había hecho. Durante un breve periodo de tiempo, Leanne King se había apoderado tanto de su vida familiar como de la laboral, y una parte de ella se preguntaba si volvería a verla alguna vez. De forma perversa y tal vez algo masoquista, echaba de menos la presencia de la mujer.

—¿Qué has hecho durante tus largas y estupendas vacaciones?

—De todo un poco —dijo, cogiendo su taza y sosteniéndola contra su pecho.

—¿Has frecuentado el garaje? —preguntó, con los ojos brillantes.

—Bueno, un poco.

—Joder, sí que estás habladora esta tarde —dijo a la vez que se levantaba súbitamente del taburete—. Tenía unas ganas locas de ver cómo vas con la Vincent.

Bryant sabía que llevaba meses trabajando en la restauración de la icónica motocicleta, una Vincent Black Shadow.

Se acercó a la puerta que daba al garaje.

—¿Me permites?

Ella asintió. Iba a verla tarde o temprano.

Abrió la puerta de un empujón y encendió la luz.

—Oh —dijo al entrar en la estancia.

Ella lo siguió.

—La verdad es que no es lo que esperaba encontrarme.

Echó un buen vistazo a todas las piezas que había adquirido para la Vincent y que estaban amontonadas en un rincón del garaje. Las herramientas que normalmente estaban esparcidas por el banco de

trabajo o por el suelo estaban ahora ordenadas en el panel de la pared o en su caja de herramientas Sealey.

Caminó en dirección al centro de la habitación, hacia el espacio que quedaba entre la cinta de correr y el banco de pesas.

—No sé si me gusta mucho lo que has hecho con este sitio.

—Prioridades, Bryant —respondió, mirando a lo que en el pasado fue su refugio seguro, su escondite feliz, pero que se había convertido en un lugar para la concentración y la determinación férrea; un sitio en el que ir progresando y mejorando día a día. Un lugar donde recuperar el cuerpo que tenía antes.

Enfureció al ver la mirada de decepción en el rostro de su compañero, principalmente porque reflejaba sus sentimientos internos. Ella podía estar enfadada consigo misma, pero él no tenía ese derecho.

Salió del garaje y Bryant la siguió hasta la cocina, donde le dio un sorbo a su café y respiró hondo antes de decir:

—Oye, Kim, hay algunas cosas que deberías...

Dejó de hablar cuando sonó el teléfono de la inspectora. Era un sonido que Stone se había acostumbrado a no oír en su casa.

Frunció el ceño al ver quién la estaba llamando. Hacía un rato le había dicho todo lo que tenía que decirle.

—Stone —respondió.

Keats hizo una pausa.

—¡Anda, me he equivocado! Quería llamar a Burns, pero os tengo al lado en mi lista de contactos.

Eso solo sería posible si a ella la tuviera guardada en su agenda como «bicha»; de lo contrario, había tantas letras en el alfabeto entre la «b» y la «s» que tendría que tener muy pocos contactos registrados para que lo que decía fuera verdad.

—¿Qué pasa, Keats? —preguntó, intentando reprimir la curiosidad

natural que parecía despertarse tras haber estado dormida durante tanto tiempo.

—Posiblemente, otro igual. No lo tocaré hasta que esté presente el Departamento de Investigación Criminal. Pero no te preocupes, ya sé que no es problema tuyo. Voy a llamar a la persona adecuada, y Burns ya te pondrá al día en la...

—¿Dónde estás, Keats? —le preguntó, intentando calcular el número de resortes que acababa de activar ese hábil manipulador.

—Calle Kingfisher, en Norton. ¿Por qué quieres saberlo? —preguntó Keats.

—Sabes la respuesta. En diez minutos estamos ahí.

Capítulo 14

Penn cerró la puerta del horno tras meter las magdalenas.

—Vale, veinticinco minutos —dijo, pasándole el temporizador a Jasper.

El horno tenía uno incorporado, pero su hermano prefería el portátil que le había comprado su madre cuando empezó a cocinar.

—¿Qué te parece si extendemos un poco de masa y hacemos una pizza mientras esperamos? —preguntó Penn.

Jasper ya estaba negando con la cabeza antes de que hubiera terminado de pronunciar la frase.

—Bueno, ¿qué quieres hacer entonces?

Vio que Jasper empezaba a acercarse a la puerta.

—¿Quieres unirte con Billy y jugar con él a la Xbox?

Asintió con entusiasmo.

—Corre —dijo Penn, recogiendo todos los cuencos y los utensilios que habían estado usando.

Su hermano se dio la vuelta y, dando pasos rápidos, se acercó hasta él y lo envolvió en un abrazo de oso.

—Gracias, Ozzy, te quiero.

Penn movió la cabeza simulando desesperación mientras Jasper se encaminaba a su dormitorio.

La noche anterior lo había recogido del club de ajedrez, y el jueves por la noche había ido a una clase de baile en línea que encontró por Internet. El viernes por la noche disfrutaría de su fiesta de pijamas semanal en casa de Billy, que de alguna manera había logrado alargar en esta ocasión hasta el domingo por la mañana.

Se había asegurado de que a los padres de Billy no les importaba tener a una persona más en casa, pero estos le habían garantizado que se sentían aliviados de que Billy pasara tiempo con alguien real, y no en Internet. Él se sentía exactamente de la misma forma.

Comenzó a llenar el lavavajillas, tratando no darle demasiadas vueltas al hecho de que Jasper parecía huir de la cocina como el que escapa de un incendio.

Sentía que prácticamente había tenido que rogarle a su hermano que hiciera algo con él que antes siempre le había encantado hacer. Jasper había cedido y habían hecho las magdalenas, pero había algo que parecía inquietarle. A veces, su hermano tenía una expresión en el rostro que le resultaba familiar, pero que no era capaz de llegar a descifrar.

De repente, la verdad se le reveló; esa expresión en la cara de su hermano provenía del propio Penn.

No cabía duda de que criar a Jasper había sido una tarea familiar. Las horas extra que su padre trabajaba habían facilitado el dinero extra necesario para que asistiera a una guardería para niños con síndrome de Down y otros problemas. Su madre le había proporcionado el amor y cariño, y el propio Penn había puesto la diversión. Pero algunos días no había tenido muchas ganas de hacerlo, y habría preferido salir en bici o ir con sus amigos a conocer chicas al parque. Y era capaz de visualizar el gesto de sacrificio y tolerancia que debía haber portado en su rostro.

Puso el lavavajillas en marcha y empezó a preparar la fiambrera de Jasper para el día siguiente. ¿Era así como se sentían los padres cuando sus hijos daban los primeros pasos hacia su independencia?

Nadie se lo había pedido, pero cambió su vida entera por el bien de Jasper de un día para otro. En cuanto tuvo conocimiento de la enfermedad terminal que sufría su madre, dejó su piso, volvió a la casa familiar y pidió un traslado a la policía de West Mids. Nunca jamás se arrepintió de haber tomado aquella decisión. Había disfrutado del tiempo adicional que podía pasar con Jasper, que les había unido aún más, fortaleciendo su vínculo como hermanos. Siempre tuvo claro que la responsabilidad del cuidado y la

supervisión a largo plazo serían suyas, había crecido siendo consciente del rol que debía desempeñar. Aunque no había previsto que su hermano tuviera una vida social mejor que la suya, o que contara con más amigos que él.

Sonrió con orgullo. Jasper jamás permitía que nada lo detuviera.

Pero el futuro para Penn no terminaba de tener la forma que él mismo se había imaginado. En este momento, sentía que su vida avanzaba a cámara lenta en comparación con la de los demás.

Su hermano, hasta cierto punto, lo necesitaría siempre, pero más como red de seguridad que como padre a tiempo completo. Y nadie le había advertido de lo difícil que iba a ser adaptarse a eso. Sabía que era hora de darle cierta libertad.

Pero ¿cómo coño se suponía que iba a lograr hacer eso?

Capítulo 15

Kingfisher Street se encontraba a aproximadamente unos cuatrocientos metros de Norton Covert, una antigua cantera de arena y grava que, tras haberse reforestado de forma natural, ahora estaba considerada como un lugar clave para la conservación de la naturaleza.

Eran casi las ocho cuando Kim y Bryant mostraron sus respectivas identificaciones y entraron en el piso, que se encontraba en la planta baja.

Keats estaba en la puerta del salón sosteniendo dos pares de zapatillas azules de plástico.

—¿Los martes toca ropa casual, Bryant? —preguntó, examinando el atuendo del colega de Kim: camiseta de rugby y vaqueros.

—Sorprendentemente, no estaba trabajando —respondió.

—Ah, que estás en modo holgazán —dijo, haciéndose a un lado.

El hedor que provenía del interior del salón ya había envuelto por completo a Kim.

—¿Ha pasado mucho tiempo? —preguntó, entrando en la pequeña estancia.

—Al menos veinticuatro horas —respondió Keats mientras la inspectora se alejaba; eso significaba que debió haber muerto en algún momento del lunes.

Mitch y un fotógrafo bloqueaban la visión del cadáver. El técnico forense principal se dio la vuelta al oír su voz.

—Me alegro de verte de vuelta, inspectora.

—No ha vuelto, solo anda por aquí cotilleando —aclaró Keats antes de que ella tuviera oportunidad de hablar.

Kim no dijo nada; el forense echó hacia un lado al fotógrafo.

—¡Por el amor de Dios! —profirió entonces, mientras Bryant soltaba una exclamación a su espalda.

Una figura vestida con vaqueros y una sudadera universitaria estaba sentada en un sillón individual, con ambas manos apoyadas en los respectivos brazos. La escena era completamente normal desde los pies, calzados con unas zapatillas deportivas, hasta la zona del pecho. Pero, por encima del mismo, la cabeza estaba cubierta con una bolsa de plástico grueso transparente, cuyo extremo abierto se había cerrado con cinta de carrocero blanca.

Las manchas de humedad que había dejado la respiración de la víctima una vez aplicada la bolsa sobre su cabeza dificultaban la visibilidad, pero Kim pudo apreciar que parecía tratarse de una mujer de unos veinticinco años.

—¿Alguna idea? —preguntó Keats.

Kim estudió un poco la escena antes de hablar.

—Mi opinión inicial oscilaría entre el suicidio y algún tipo de juego sexual que terminó mal.

La gente empleaba frecuentemente bolsas de plástico en juegos sexuales extremos, en los que se suponía que el flirteo con la muerte intensificaba el placer sexual.

También se utilizaban cada vez más en suicidios, normalmente junto con un cóctel de drogas.

—Pero... —añadió Kim, caminando de nuevo alrededor del cuerpo.

—¡Vamos! —instó Keats.

—La cinta está aplicada de forma demasiado uniforme.

Las tiras de la cinta de carrocero formaban capas que estaban superpuestas casi exactamente una encima de la otra.

—Demasiado orden, mucha minuciosidad —dijo, levantando la mano derecha y rodeándose con ella el cuello—. La cinta se habría entrecruzado por todas partes al doblar el cuello para ponérsela alrededor.

—¿Algo más? —preguntó el forense.

Kim se acercó más.

—No hay marcas de arañazos en el plástico. Incluso si estás tratando de acabar con tu propia vida, siempre sobreviene un momento de pánico cuando falta la respiración. El instinto se apodera de la situación y cualquiera intentaría quitarse la bolsa aunque fuera rasgándola.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué más?

Se volvió hacia Mitch.

—Busca en sus dedos residuos de la cinta de carrocero. Si la tocó, habrá dejado algún rastro.

—Nunca se me habría ocurrido hacer eso —respondió Mitch.

—Sí, pero ¿se te había pasado también por la cabeza revisarle las muñecas? —preguntó.

Mitch bajó la mirada.

—De algún modo, habrán estado amarradas para evitar que desgarrara la bolsa.

—Ahí te ha pillado, Mitch —dijo Keats, reprimiendo una sonrisa.

Se volvió hacia el médico forense.

—¿He aprobado?

—Sí, señora; has identificado todas las razones que me han hecho sospechar.

—¿Todas?

Asintió.

—Pues, en ese caso, has pasado una por alto —dijo mientras Bryant sonreía detrás de ella.

Keats la miró con recelo.

—La cinta —explicó—. Si tomas la decisión de acabar con tu vida de esta manera, te aseguras de que la cinta que uses va a resistir todos los esfuerzos que hagas por arrancarla. La cinta de carrocero es bastante fácil de romper; la cinta americana sería una historia completamente diferente.

Mitch se rio entre dientes.

—Lo siento, Keats, pero parece que te ha pillado a ti también.

Kim salió y empezó a despojarse de las protecciones de sus zapatos; Bryant hizo lo mismo.

—¿Vas a andar acosándome a cuenta de las dos autopsias? —preguntó Keats desde atrás.

—Eso es cosa de Burns. Hazle llegar todos los detalles. No creo que te resulte muy difícil atraer su atención dadas las circunstancias.

Pudo ver la sorpresa en la cara del forense.

—Sí, has hecho lo que tenías que hacer para despertar mi interés, pero que sepas que no me voy a dejar manipular por nadie. Ya te avisaré cuando regrese.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia el coche de Bryant.

***

—¿En serio que no te vas a quedar con el caso? —le preguntó su compañero mientras salían del aparcamiento.

—Y tan en serio —dijo sin más explicaciones.

El silencio se apoderó del coche, pero percibió claramente la intensidad de la decepción de Bryant.

«Con calma —le había dicho Woody—. *Tómate tu tiempo. Empieza cuando te sientas cómoda. Deja que Burns asuma la responsabilidad»*. Y eso era exactamente lo que pensaba hacer. Las observaciones que habían hecho entre todos en la escena del crimen lo ayudarían a poner en marcha la investigación. Para ella, aún era demasiado pronto.

—Gracias por traerme —dijo Kim cuando Bryant se detuvo frente a su casa.

—No hay de qué —respondió, mirando al frente.

Salió del coche y esperó a que se alejara.

La ventanilla del pasajero empezó a bajar.

Kim se inclinó hacia abajo.

—¿Qué?

—Solo quiero decir una cosa. Cuando estés lista para volver con tu equipo, tendrás que confiar en que siga siendo el mismo de antes.

La ventanilla se deslizó hacia arriba y Kim se apartó del bordillo.

Hizo una mueca. ¿Qué coño había querido decir con eso?

Capítulo 16

Eran las siete y cinco de la mañana cuando Kim entró en la sala de la brigada. Su equipo estaba reunido y Burns estaba en el centro de la estancia.

La inspectora se dirigió hacia el centro de operaciones.

—Gracias por la visita a domicilio que hiciste anoche, Stone —dijo Burns cuando se puso a su altura—. Pero me encargo yo de aquí en adelante.

Pasó por su lado sin decir palabra. No entendía por qué jugaba a ver quién la tenía más larga, cuando ella había delegado el caso directamente en él.

Dejó el casco y sonrió al ver el café que ya tenía sobre la mesa. Llevaba bebiendo café desde las cuatro de la madrugada, cuando las pesadillas habían vuelto a ganar la batalla. Daban igual los kilómetros que sus piernas devoraran en la cinta; el agotamiento nunca era suficiente para evitar los sueños que la despertaban con el corazón desbocado y el sudor corriéndole por la espalda. Más tarde o más temprano, conseguiría escapar de ellos, o se aburrirían y la dejarían en paz.

Encendió el ordenador justo cuando Burns empezó a hablar. La decepcionó ver que aún no había nombres escritos en la pizarra.

—Bien, gente, parece que Keats cometió un error al categorizar al chico del árbol.

«Keats cometió un error».

«El chico del árbol».

Kim trató de contener la irritación que la iba desgarrando por dentro.

Cuando la cagas, tienes que admitirlo.

—Al parecer, dispusieron el cadáver y la escena de forma que el

asesinato pareciera un suicidio, así que es normal que cometiera ese error.

Por la expresión de las caras de su equipo, les estaba costando lo mismo que a ella tragarse el intento de echarle la culpa a otro.

—Además, anoche hubo un segundo incidente que puede o no estar relacionado con el asesinato del chico del árbol.

Kim sentía cómo la furia se iba arremolinando cerca de su garganta.

«El chico del árbol».

Burns se frotó las manos.

—Parece que por fin tenemos un caso que merece la pena investigar. La inspectora detective Stone brindará apoyo administrativo durante la investigación del mismo.

«Apoyo administrativo».

—Bryant, quiero que investigues los antecedentes y el entorno de Jamie Nosequé.

«Mal».

—Penn, empieza a preguntar casa por casa por los alrededores de su vivienda.

«Mal».

—Wood, acude al registro y revisa todas las declaraciones para ver qué pudimos pasar por alto.

«Mal».

¿Cómo coño era posible que, después de dos meses, ese hombre no supiera cómo utilizar mejor los recursos de los que disponía?

Un movimiento de Stacey llamó su atención. La agente se inclinó y sacó un sobre blanco de su mochila. Aunque su expresión mostraba ansiedad, parecía decidida.

Kim miró al resto de su equipo. Penn parecía confuso, pero Bryant mostraba una triste resignación.

¿Qué sabía Bryant que Penn no supiera?

Tuvo clara la respuesta en cuanto Stacey comenzó a hablar.

—Inspector Burns, antes de avanzar más, ¿podría tener una conversación priv...?

—Puedes irte —dijo Kim desde la puerta.

Burns se volvió para mirarla.

—¿Perdona?

—Gracias por mantenerme el asiento caliente durante mi ausencia, pero tomo el mando desde este momento.

Un silencio atónito inundó la habitación mientras ella permanecía con los brazos cruzados y mirándolo a los ojos.

—Estás con tareas administrativas —protestó el inspector.

—Y estoy segura de que encontraremos la forma de convertirlas en algo más productivo, pero eso ya no es asunto tuyo. Anda, coge tus infusiones y lárgate. Podemos hacerlo por las buenas o por las malas, pero el resultado va a ser el mismo: reasumo el control de mi equipo.

Su mirada se tornó más oscura.

—Este caso es mío.

—De acuerdo, por las malas. Burns, ni una sola persona en esta sala te tiene el más mínimo respeto. No conoces al equipo que te han encargado dirigir y tratas como el culo a todos sus miembros. Te pusieron aquí porque los jefes no sabían qué hacer contigo. Tu pereza y tu ambición resultan en una incompetencia total y absoluta.

La rabia que inundaba el rostro de Burns no la frenó. Le había dado la oportunidad de irse dignamente.

—No se puede encontrar la solución a situaciones complejas si no te guían apropiadamente, de lo cual puedo dar fe personalmente, y tenemos dos víctimas que tienen que ser vistas como tal, y no como meras oportunidades de promoción profesional.

—El inspector jefe Woodward no te permitirá...

—Fue él quien me instó a volver cuando estuviera lista y, adivina...

ya lo estoy.

Burns echó un vistazo al equipo y, como no le gustaba lo que veía, cogió su chaqueta del respaldo de la silla.

Se detuvo en la puerta.

—Volveré, Stone.

—Ya, ya. Andando, Schwarzenegger —dijo mientras el inspector desaparecía.

Su equipo rompió a aplaudir.

Levantó la mano y empezó a negar con la cabeza.

El aplauso se detuvo.

Centró su atención en la ayudante de detective.

—¿Contiene ese sobre algo que quieras compartir conmigo, Stace?

—No, jefa —dijo, partiéndolo por la mitad, y lo tiró a la papelera.

—Bueno, a ver, creo que ha habido demasiada laxitud por aquí durante mi ausencia. —Señaló el lugar donde el escritorio de Stacey limitaba con el de Penn—. Si no veo un táper ahí mañana, yo misma tendré que traer algo.

—Tomo nota, jefa —dijo Penn.

—Ah, y, chicos, encargaos de vuestros propios archivos, maldita sea —dijo, echando un vistazo al escritorio de Stacey.

Bryant se deslizó con su silla y cogió una pila de papeles; Penn se acercó e hizo lo mismo.

Antes de continuar, iba a tener que darle explicaciones a Woody.

—Voy a hacer café; tenéis cinco minutos para olvidaros de ese tipo. Después, a trabajar. Se acabó la diversión.

Capítulo 17

Tardó poco más de cinco minutos en resumirle lo esencial a Woody y asegurarle que estaba en condiciones de dirigir la investigación. Lo que hicieran ahora con Burns era problema de ellos, pero, poco después de las siete y media de la mañana, escuchó un sonido que provenía de su bandeja de entrada; era la confirmación de que la habían nombrado oficial a cargo de la investigación en el caso de Jamie Mills y la mujer desconocida.

Kim se llevó su café recién hecho a la sala de la brigada. El equipo había aprovechado bien el tiempo mientras ella lidiaba con la situación. El nombre de Jamie volvía a estar en la pizarra junto con las palabras «mujer desconocida», términos que quería cambiar lo antes posible. Todas las víctimas tenían un nombre; cada una de ellas había vivido una vida, por muy breve que fuera.

—Bien, empecemos. Stace, quisiste investigar la muerte de Jamie; tu instinto no te falló, quédate con eso. Según su madre, era un tipo solitario propenso a los cambios de humor y la introspección. No podemos descartar problemas de salud mental; su estado de ánimo se deterioró aún más después de un accidente grave de bicicleta hace un par de años. No estaba viviendo en casa, así que es importante averiguar dónde y con quién ha estado. De momento, no tenemos ningún móvil para el asesinato de ninguna de nuestras víctimas.

Aún no quería ahondar en la inquietud que le causaba la madre de Jamie. Puede que la hubiera juzgado injustamente, cosa que averiguaría más tarde.

—Con nuestra segunda víctima, dispusieron la escena del crimen para que pareciera que se había asfixiado a sí misma con una bolsa de plástico gruesa y cinta de carrocero. Su cuerpo ya llevaba al menos un día en ese lugar, así que vamos a necesitar que Keats nos

ofrezca una cronología de los hechos antes de hablar con los vecinos. Penn, me la juego a que Keats querrá terminar hoy mismo las autopsias de las dos víctimas, dada la posible relación entre ambas, así que te va a tocar visitar mucho la morgue durante toda la jornada.

—Genial.

Tanto Stacey como Bryant movieron suavemente la cabeza de lado a lado. Ninguno de ellos comprendería jamás la fascinación que su colega sentía por las autopsias.

—Uno de vosotros tiene que estar encima de Mitch, y luego de Keats, y otra vez de Mitch, y así todo el día. Quiero ponerle nombre a nuestra segunda víctima. Stace, averigua todo lo que puedas sobre Jamie Mills.

Hizo una pausa.

—¿Todo el mundo tiene claro lo que tiene que hacer?

—Sí, jefa —dijo Stacey con una amplia sonrisa.

—Por supuesto, jefa —añadió Penn con una sonrisa de satisfacción que apenas pudo disimular.

—Ya somos tres —dijo Bryant, levantando una ceja a sus colegas.

—No os confiéis, chicos. Esos turnos reducidos que habéis estado haciendo ya son cosa del pasado; hay mucho trabajo que hacer, así que poneos manos a la obra —dijo Kim, preguntándose cuándo se esfumaría la novedad de su regreso.

Se levantó del borde del escritorio. Estaba ya en la puerta cuando le vino a la mente. Se giró.

—Stace.

—¿Jefa?

—Ese hombre desaparecido, ¿qué te dice tu instinto, puede haber algo ahí?

Stacey asintió.

—Lo veo un poco raro.

—Vale, no dejes de investigarlo, pero obviamente...

—Claro, claro, jefa.

La ayudante de detective era consciente de que era prioritario investigar los asesinatos.

—Mueve el culo, Bryant —dijo, cogiendo su abrigo.

Eran poco menos de las ocho de la mañana, bastante temprano para hacer una visita a domicilio a juicio de cualquier persona sensata, pero no le quedaba más remedio.

En este caso, ya iban con apuros.

Capítulo 18

—¿Qué había en el sobre, Stace? —preguntó Penn cuando la jefa y Bryant ya habían salido. Aunque la ayudante de detective había compartido sus intenciones con Bryant, Penn no tenía ni idea de su petición de traslado.

—Nada importante —dijo, luchando contra el nudo que tenía en la garganta. El nubarrón que se cernía sobre ella había desaparecido y la sensación constante de pavor que sentía en el estómago se empezaba a disipar. Llevaba dos meses en los que la ansiedad no la abandonaba desde que se levantaba hasta que se acostaba.

La forma en la que la jefa apareció y largó a Burns le había dado ganas de romper a llorar. No sabía si por alivio, orgullo, admiración o respeto; lo que sí sabía era lo mucho que la jefa la había ayudado, sin siquiera ser consciente de ello.

—No todos los héroes llevan capa, Penn.

—Sabes, puede que sea la cosa más rara que me hayas dicho nunca. Pero, si te refieres a la jefa, ha sido impresionante, ¿eh?

—No creo que Burns se lo esperara —dijo mientras reía levemente.

—Es probable que aún esté llorando a lágrima viva en el despacho de Woody —coincidió Penn—. Pero se lo merecía —dijo, mirándola a los ojos—. Aunque solo sea por la forma en la que te ha tratado el muy gilipollas.

A Stacey aún le costaba creer que Burns hubiera desaparecido. Sabía que sus colegas habían hecho todo lo posible para mitigar el impacto que ese hombre causaba en ella, y lo agradecía. Se obligó a concentrarse; era hora de ponerse manos a la obra.

—¿Para qué te mandó ayer un mensaje la jefa? —preguntó.

—Quería que me subiera a un árbol —respondió Penn.

—Y soy yo la que dice cosas raras.

—Con una rodillera puesta, para refutar el suicidio.

Stacey sonrió para sus adentros. La jefa había tardado apenas un par de horas en tomar acción sobre algo que les había estado preocupando a todos; pero solo ella habría sido capaz de llevar a cabo un experimento como ese.

Uno no encuentra a un chico de diecinueve años aparentemente sano colgado de un árbol y no se toma la molestia de indagar un poco. Sentía alivio al ver que su nombre volvía a estar escrito en la pizarra. Nunca deberían haberlo quitado de ella, deberían haber estado investigando su muerte durante los últimos días.

Hora de descubrir quién era Jamie Mills en realidad.

Por la conversación que la jefa había mantenido con la madre de Jamie, Stacey pensó que averiguarlo podría no ser fácil. Si era dado a la introspección y posiblemente a episodios de depresión, cabía la posibilidad de que fuera un chico que hubiera elegido vivir su vida de forma muy privada.

Hizo una búsqueda en Facebook mientras Penn terminaba de hablar con Keats acerca de la cronología de los hechos.

—Oh —dijo en voz alta, sorprendida de inmediato por los resultados de su búsqueda.

Hizo clic y se movió por la pantalla.

—Oh —volvió a decir.

—Vas a tener que darme algo más que eso, Stace —dijo Penn, alargando el brazo hacia su pañuelo de lunares.

—No sé si su madre lo conocía muy bien, pero puede que ya haya encontrado el móvil.

Capítulo 19

—Vaya espectáculo —dijo Bryant mientras se dirigían hacia el pueblo de Fairfield—. Si lo hubiera sabido con antelación, podría haber sacado dinero vendiendo entradas para el show.

—No ha sido uno de mis mejores momentos —respondió Kim, consciente de la falta de profesionalidad que había mostrado ante su equipo.

—Tenemos opiniones diferentes sobre esa afirmación, aceptémoslo. Pero bueno... ¿estás lista de verdad para volver?

—Es un poco tarde para preguntarme eso tras haberme incitado a ello. Me diste a entender que mi equipo se estaba desmoronando.

—Hum... Me gusta cómo suena eso de «mi» equipo; yo solo te estaba advirtiendo de cómo estaban las cosas.

—¿De verdad ha sido tan difícil tratar con Burns?

—Por supuesto —dijo Bryant sin dudarlo—. Y, para Stacey, mucho peor. Me compadezco de cualquier mujer que tenga que trabajar con él en el futuro.

Siendo realistas, no tenía ni idea de si estaba preparada para dirigir una investigación de envergadura. Requería una concentración total y la capacidad de tener bajo control todos los frentes que se podían ir abriendo. Pero sí que era consciente de que tenían mucho tiempo que recuperar, dado que el cuerpo de Jamie se había encontrado hacía más de setenta y dos horas.

—La siguiente a la izquierda —dijo al pasar por delante de la iglesia parroquial—. Detrás del Toyota, del plateado —añadió, dándose cuenta de que había otros dos Toyotas en la calle.

Mientras salía del coche, Kim estaba pensando en que no tenía ni idea de cuál sería la reacción emocional de los padres ante la noticia de que habían asesinado a su hijo. De hecho, aún le inquietaba el comportamiento de Diana Mills ante la muerte de Jamie.

—Un segundo —dijo Kim cuando su teléfono sonó indicando que acababa de recibir un mensaje.

Abrió el enlace que Stacey le había enviado y trató de ocultar su sorpresa mientras la puerta se abría antes incluso de que hubieran llamado.

El señor y la señora Mills aparecieron en la entrada, vestidos de negro de los pies a la cabeza.

La señora Mills hizo una mueca que mostraba su incomodidad.

—Lo siento, inspectora, pero no he recordado nada significativo, y estábamos saliendo de casa.

La mujer dirigió una mirada incisiva hacia Bryant.

—Este es mi compañero —explicó Kim—. Nos gustaría robarles un poco de su tiempo.

Sacudió la cabeza.

—Me temo que no va a ser posible. Justo vamos a la funeraria ahora para organizarlo todo.

—Pues, en ese caso, es aún más necesario robarles unos minutos.

La mujer parecía decidida a mantenerse firme.

—Podemos hablar aquí mismo, si lo prefieren.

La señora Mills miró a través de la calle al abrirse la puerta de una casa que había al otro lado de la misma.

—Diana —dijo su marido.

—Bueno, pasen —dijo, haciéndose a un lado.

El hombre extendió su mano.

—Stuart Mills.

Bryant se la estrechó

—Les acompañamos en el sentimiento.

Stuart Mills era un hombre de gran envergadura, infinitamente más alto que su mujer.

—Vamos hacia ahí —dijo Diana, señalando de nuevo la estancia en la que Kim había estado el día anterior.

Diana se quedó de pie junto a la chimenea, pero Stuart le señaló una silla.

—Por favor, siéntate.

Los tres se sentaron, pero Diana permaneció obstinadamente de pie.

—Señor y señora Mills, me temo que tenemos novedades en la investigación de la muerte de su hijo.

—¿Qué investigación? —preguntó Diana, recorriendo con su mirada desde el lugar donde se encontraba Kim hasta su marido en plan «¿por qué no sabía yo nada de esto?».

—Cualquier muerte repentina exige una investigación —explicó Bryant—. Incluso cuando al principio todo parece indicar que se trata de un suicidio.

—¿Al principio? —preguntó Stuart, atento a cada palabra.

—Sí, siento tener que contribuir a aumentar su dolor, pero no creemos que Jamie se suicidara —confirmó Kim.

—¿Un accidente? —preguntó Stuart con recelo.

Kim negó con un gesto de la cabeza.

—Creemos que hubo otra persona involucrada en su muerte.

—¿A... Asesinato? —preguntó.

—Eso es ridículo —estalló Diana, moviéndose por fin hacia delante para sentarse—. Ayer le dije que tenía momentos de introspección, que era melancólico, imprevisible.

—Puede que fuera todo eso, pero no se quitó la vida. La muerte de su hijo ha sido responsabilidad de otra persona.

La incredulidad se reflejó en los rostros del padre y de la madre, torciéndolos, y Kim sintió que la situación era surrealista. No habían tenido ningún problema en creer que se había tratado de un suicidio, que era algo normalmente doloroso y difícil de aceptar para los familiares, pero con estos dos sucedía al contrario.

—Pero no pueden estar completamente seguros, ¿no? —preguntó

mirando a Bryant, como si él fuera a darle una respuesta diferente.

—Estamos lo suficientemente seguros como para abrir una investigación exhaustiva por homicidio —respondió Bryant.

—¿Una qué? —preguntó Diana mientras una expresión de pavor absoluto le distorsionaba la boca—. ¿No tenemos nada que decir al respecto?

En ese instante, Kim pensó en el enlace que le había enviado Stacey.

Ya no se sentía mal por no experimentar empatía alguna hacia esta mujer. Aún no podía estar segura sobre si lo mismo podía aplicarse a su marido.

—No, lo siento, pero una investigación por asesinato no es algo que puedan frenar, ni ustedes ni nadie—dijo Kim.

—Pero se trata de nuestro hijo —dijo, enfatizando el sentimiento de propiedad.

—¿Por qué no querrían saber quién lo mató? ¿Por qué no desearían que se lleve a su asesino ante la justicia? —preguntó Kim tan cordialmente como pudo.

—La prensa, los periódicos, las noticias. O sea, nada de eso no los va a devolver, ¿o sí?

Los titulares del fin de semana no habían sido sensacionalistas, su muerte solo había aparecido en noticias locales del tipo: «Encuentran a un hombre colgado de un árbol tras haberse suicidado». La noticia no había merecido mayor seguimiento, y el titular prácticamente había desaparecido a menos que lo buscaras específicamente. Ni siquiera habían identificado al protagonista de la noticia con el nombre de Jamie.

La investigación de un asesinato sería una historia completamente diferente, y a la prensa le faltaría tiempo para acudir a tirar la puerta abajo. El nombre y la cara de Jamie aparecerían en todos los

noticiarios, así como cualquier dato que los medios pudieran descubrir sobre él.

Y Kim se había dado cuenta de que justo ahí estaba el problema.

Diana se puso de pie.

—¿Quién es su superior? Han cometido un error enorme.

Kim había albergado muchas esperanzas de estar equivocada, pero, cada vez que Diana abría la boca, confirmaba sus peores sospechas.

Diana miró a su marido.

—Creo que mi mujer tiene razón. Me parece que deberíamos hablar con su jefe.

Confirmado: eran tal para cual. Pobre Jamie.

—Me temo que no hay error alguno. No es físicamente posible que Jamie pudiera haber trepado a ese árbol, pero eso ya lo sabían los dos, ¿a que sí?

Y ninguno de ellos se lo había mencionado a la policía.

Intercambiaron miradas.

El señor Mills habló primero.

—Jamie podía ser muy perseverante cuando se lo proponía.

—No lo suficiente para hacer que una rodilla dañada de forma irreversible pueda llegar a doblarse. —Hizo una pausa—. Me temo que tendrán que posponer su visita a la funeraria. Hoy le van a practicar una autopsia al cuerpo de Jamie, no sé cuándo podremos entregárselo.

—No he dado mi permiso para eso.

—No hace falta que lo haga, señora Mills. Se trata de una muerte cuyas razones no están claras, así que se pone en marcha un procedimiento legal muy concreto. Les mantendremos informados ante cualquier novedad, y por favor eviten el contacto con la prensa.

Pronunció esas palabras por la costumbre, pero en este caso no creía que eso fuera a ser un problema.

Kim se puso de pie.

—No se preocupen, ya salimos nosotros solos.

Kim estaba ya en la puerta cuando escuchó hablar a la señora Mills.

—¿Por qué no podían simplemente dejarlo tranquilo? —preguntó en voz baja.

—¿Por qué íbamos a hacer eso, señora Mills?

—Ahora está en paz. Probablemente esté más feliz ahora que ha fallecido.

—¿Quién, él o ustedes? —preguntó Kim, buscando que sus miradas se cruzaran. Los ojos de la mujer desprendían un fuego que contrastaba con el hielo que emitían los suyos—. Eligieron no aceptar la sexualidad de su hijo.

—No había nada raro en su...

—Claro que no había nada raro —replicó Kim con brusquedad—. Simplemente, era gay.

—No era gay —dijo Diana, escupiendo esa última palabra de su boca como si de veneno se tratara—. Estaba confundido. Fue una fase. Si se hubiera esforzado más cuando...

—Creo que deberían irse ya —dijo el señor Mills, de pie junto a su mujer.

Kim los miró a ambos con desprecio mientras se dirigía a la puerta principal.

Una profunda tristeza la invadió por completo pensando en Jamie. ¿Qué alternativas le habían quedado al pobre chico?

Capítulo 20

—No es exactamente la imagen que nos pintó la madre, ¿verdad? —preguntó Bryant, desplazándose por el perfil de Facebook de Jamie Mills.

Una vez dejados atrás los numerosos mensajes de condolencia que la gente había posteado en su muro, este se convertía en una muestra bien colorida de un chico gay, aparentemente bien orgulloso de serlo. Jamie tenía más de quinientos contactos y miles de fotos. Aparecía en ellas junto a grupos grandes de amigos, en fiestas, en discotecas y en eventos relacionados con el Día del Orgullo a lo largo y ancho del país. Y, en particular, en muchas ocasiones podía verse también a un joven cuyo pelo cambiaba de color y estilo casi tan a menudo como su ropa.

—Ahí está nuestro hombre —dijo Kim cuando vio el rostro ya familiar saliendo del Tesco de Cradley Heath, ya absorto en su móvil.

Su última publicación en Instagram había sido un selfie con una bandeja llena de pescado fresco, en la que decía que estaba loco por terminar su largo turno de noche a las nueve de la mañana. Se le podía reconocer muy fácilmente gracias a la llamativa melena rosa chicle que ya habían podido ver en una foto reciente.

Kim y Bryant lo alcanzaron justo cuando llegó a un maltrecho Mini blanco.

—¿River Harris? —preguntó Kim, mostrando su identificación.

—Depende de quién lo pregunte, cariño —respondió.

Le acercó aún más su identificación policial.

Sus ojos hicieron un gesto dramático.

—Sí, tengo tres iguales en casa. Ya saben, a todos nos gustan las fantasías. —Se la quitó—. Aunque ninguna es tan buena como esta —dijo, entrecerrando los ojos—. ¿Es ese su verdadero nombre?

—¿Es River el suyo? —preguntó ella, recuperando su acreditación.

—Estoy destinado a la grandeza, inspectora, y con un nombre como John es difícil lograrla.

Kim asintió en señal de estar de acuerdo.

—Entiendo entonces que por fin alguien ha hecho caso a mis tweets —dijo cruzándose de brazos.

—¿Qué tweets?

—Sí, ya sé que dicen que no monitorizan las cuentas y que debería llamar a no sé qué número, pero llevo un montón de tiempo mandándoles tweets para decirles que Jamie no se suicidó. No he recibido respuesta alguna, ni siquiera un me gusta, pero es obvio que alguien lo ha tenido en cuenta.

¿Es que ya nadie se molestaba en ir a comisaría? ¿Tenía que hacerse todo a través de las redes sociales?

—Más o menos hemos llegado a esa conclusión basándonos en las pruebas, pero ¿por qué está tan seguro de que no fue un suicidio?

—O sea... Míreme —dijo, moviendo las manos arriba y abajo, restregándolas por su propio cuerpo—. ¿Quién querría morirse teniéndome en su vida?

Kim tuvo que admirar su seguridad en sí mismo.

—¿Eran buenos amigos?

—Como hermanos —respondió.

—¿Solo amigos?

Hizo girar uno de los tres pendientes con forma de aro que tenía en su lóbulo derecho.

—Sí, lo intentamos una vez, pero no podíamos hacer otra cosa que no fuera reírnos. Decidimos que estábamos mejor como amigos. Se ha muerto de verdad, ¿no?

Kim asintió.

Respiró hondo, parpadeó para evitar las lágrimas y suspiró.

—Bueno, más vale que encontréis al cabrón que lo ha matado.

—Esa es nuestra intención. ¿Jamie estaba saliendo con alguien?

River torció el gesto.

—Jamie no solía salir con nadie. A ver, en nuestra comunidad, tienes un par de citas y ya te pones a reservar un lugar para celebrar la fiesta de compromiso. Jamie siempre se contenía. Así era él desde que lo conocí, merodeando por Spikeys.

—¿Spikeys?

—Un club en Wolverhampton que, en realidad, se llama Green Nettle, un nombre bien estúpido. Salí a fumar y lo vi dando vueltas por allí. Me fijo en la gente, nunca se sabe quién puede andar por ahí con la intención de cometer un ataque homofóbico. Volví a salir para fumarme otro cigarro y por allí seguía, caminando de un lado a otro, yendo y viniendo desde la esquina con las manos metidas en los bolsillos.

—¿Se acercó a él? —preguntó Kim.

—Sí, le hice la pregunta clave: ¿Liza o Cher?

—¿Disculpe?

—Son iconos gais, inspectora. Debería saberlo. Bueno, su respuesta fue «Cher», así que supe que era alguien que valía la pena. Lo invité a entrar, bailamos, reímos, bebimos, nos dimos nuestras cuentas de redes sociales y desde entonces somos amigos.

—¿Y cuándo sucedió eso?

—Hace casi dos años.

—¿Y Jamie no ha tenido ninguna relación en todo ese tiempo? —preguntó Kim.

River suspiró dramáticamente.

—Déjeme encender un cigarrillo. Si hubiera sabido que me iba a hacer tantas preguntas, habría insistido en cenar antes.

Kim contuvo la sonrisa mientras él sacaba un paquete de cigarrillos de su bolsillo.

Pudo percibir la expresión de nostalgia que había en la cara de su

colega. A pesar de los años que habían pasado desde que se fumó su último cigarrillo, la tentación siempre estaba ahí.

—Era complicado para Jamie. La aceptación de su sexualidad le resultaba algo conflictivo.

—Sus redes sociales no parecen decir lo mismo —dijo Kim, confusa.

—Ay, inspectora, hay una diferencia enorme entre ser gay y mostrarse como tal.

—Creo que no le sigo.

—Vale, yo, por ejemplo. Cuando tenía trece años, salí del armario. Se lo conté a mi madre tras estar varias semanas armándome de valor para hacerlo. Se lo solté de golpe y su respuesta fue algo así como «Dime algo que no sepa; anda, pon agua a hervir en la tetera». Fue la taza de té más importante que me he tomado en toda mi vida.

—Continúe —instó Kim.

—Mientras me la tomaba, mi madre me explicó que la vida sería más dura, que me enfrentaría a intolerantes, homófobos, ignorantes y estúpidos. Me dijo que tendría que estar por encima de todo eso, ser honesto conmigo mismo y no ajustarme a lo «normal» por el simple hecho de que los demás tuvieran opiniones diferentes.

A Kim le gustaba cómo sonaban las palabras de la madre de River casi tanto como el propio chaval.

—¿Y cómo salió Jamie del armario?

Dejó ver su irritación con un gesto.

—Ni siquiera existió tal cosa. Intentó contárselo a sus padres en plena adolescencia. Le cerraron la boca, le dijeron que no era gay, calificaron la homosexualidad como una abominación repugnante y un delito contra Dios, y lo enviaron a todo tipo de campamentos deportivos de verano donde le dieron de hostias una y otra vez.

Kim trató de que no se le notara la rabia en la cara.

—Una cosa es admitir que te atraen otros hombres y conseguir

formar parte de la comunidad gay. Otra cosa es actuar en consecuencia. —De nuevo, reprimió las lágrimas—. Diría que estaba haciendo sus progresos, o al menos eso me gustaba pensar, justo cuando algún puto homófobo se lo ha cargado.

—¿Eso es lo que cree que ha pasado?

—¿Ustedes no? —preguntó sorprendido.

Kim no podía permitirse pensar que el único tema controvertido en la vida de Jamie fuera su sexualidad.

—¿Estaba teniendo problemas con alguien que usted sepa?

River hizo un gesto de negación.

—No era ese tipo de persona. Jamie no era conflictivo. Una vez íbamos en tren camino de Brum y dos gilipollas empezaron a insultarnos. Jamie quiso que nos moviéramos hasta el siguiente vagón, pero yo me negué. Le dije al más alto que, por mucho que me gustara chupar una polla, no me cabía en la boca un gilipollas tan grande como él.

Kim no pudo evitar la risita que se le escapó. Le encantaban las personas auténticas.

—Jamie me sacó del tren antes de que el idiota larguirucho pudiera alcanzarme, pero la situación se cargó su noche por completo. Yo, sin embargo, con un vodka con Coca-Cola lo olvidé rápidamente.

—¿Ha habido alguna persona nueva que haya estado últimamente detrás de ustedes?

River soltó una carcajada.

Kim suspiró frustrada al darse cuenta de lo gráfico que resultaba lo que acababa de decir.

—Vale, vale. ¿Algún extraño que haya aparecido recientemente en su vida?

—Es difícil saberlo en nuestra comunidad, pero le diría que no, al menos nadie que yo sepa, y Jamie no me había mencionado a ningún tipo raro ni nada por el estilo.

—Vale, River, gracias por su tiempo, y si se le ocurre cualquier cosa, llámeme —le dijo, entregándole una tarjeta.

—Genial. ¿Les puedo llamar también si alguien me está dando una paliza?

Ella sonrió.

—¿Qué tal si evita líos?

Levantó las cejas de forma sugerente.

—Mi madre siempre dice que, si no eres capaz de ser un buen chico, al menos ten cuidado.

«Buen consejo», pensó mientras River se afanaba en meter la llave en la cerradura de la puerta del Mini. Esa reliquia no tenía cierre centralizado.

—No es alguien de quien te olvides con facilidad, ¿eh? —dijo Bryant mientras se alejaban.

—Un momento —dijo Kim dándose la vuelta. Llegó hasta River justo cuando estaba a punto de irse.

—¿Qué quiere ahora? —preguntó, bajando manualmente la ventanilla—. Esta diva necesita dormir para estar radiante.

—Ha dicho algo así como que Jamie estaba progresando. ¿A qué se refería exactamente?

—¡Ah! Bueno, últimamente estaba en contacto con una mujer que conocía de hace tiempo, por la zona de Rowley. No sé ni de quién se trataba ni dónde vivía, pero conversaba con ella cada dos semanas y siempre se le notaba más aliviado después de hacerlo.

—Vale, gracias.

Dio un golpecito en el techo para indicarle que podía irse.

¿Quién era esa mujer y qué sabía sobre Jamie?

Capítulo 21

—¿Estás listo? —preguntó Keats mientras Penn se tapaba la boca con la máscara.

Penn asintió. Se había abstenido de untarse Vicks VapoRub bajo las fosas nasales. Si lo inhalaba bajo la máscara, los ojos empezarían a llorarle a mares en cuestión de segundos.

—Tengo que decir, Penn, que es un placer que me envíen a un agente que valora el arte que existe en lo que hacemos —dijo Keats mientras comenzaba su examen preliminar antes de empuñar el bisturí. Penn sabía que el médico forense inspeccionaba cada parte de un cadáver antes de tocar una sola herramienta de la bandeja—. Y, por supuesto, cuanto más de cerca inspeccionamos, más cosas descubrimos —añadió, echando un buen vistazo al cuello de Jamie. Movió la cabeza del chico de un lado a otro.

A Penn no dejaba de sorprenderle el tacto que Keats mostraba con cada cuerpo. Incluso cuando realizaba los actos más invasivos que uno se pueda imaginar sobre un cadáver, había una gran ligereza en su forma de tocarlo, como un médico que no quiere causar más dolor a su paciente.

Había aprendido a permanecer en un segundo plano y que era mejor no interrumpir a Keats a menos que se dirigiera a él específicamente. Ese solía ser el momento en el que podía intervenir.

—Mira los hematomas causados por la cuerda alrededor del cuello.

—Vale.

—No se han producido por ahorcamiento.

—Vale —dijo Penn de nuevo, mirando la nuez del cadáver.

—Permíteme demostrártelo —dijo Keats, cogiendo una cinta métrica de su mesa de trabajo.

Penn lo miró con desconfianza.

—No voy a hacerte daño; por favor, ofréceme tu cuello.

Trepar a un árbol, que te cuelguen en la morgue. Sí, sí, estaba claro que las cosas estaban volviendo a la normalidad, pensó justo al darse la vuelta y sentir cómo Keats le ponía la cinta alrededor del cuello.

—Cuando te diga «al suelo», agáchate rápidamente, poniéndote en cuclillas.

—De acuerdo.

—Al suelo.

Penn hizo lo que le había ordenado. Sintió que la cinta métrica se tensaba, pero también que se movía, que no se quedaba fija.

—Ah, vale, lo entiendo —dijo Penn, enderezándose para acercarse de nuevo al cadáver.

—Hay dos posibles causas de la muerte: estrangulamiento o rotura de cuello. No hay duda de que estrangularon a este chico, pero tampoco la hay acerca del momento en que eso sucedió: antes de que lo elevaran hasta quedar colgando de la rama.

El cuerpo tenía dos marcas alrededor del cuello, apuntó Penn mientras señalaba hacia esa zona.

—La de abajo fue la que causó la muerte, y la superior es el resultado de haber estado colgando de un árbol durante cierto tiempo, hasta que lo bajaron —dijo Keats, haciéndole señas para que volviera a la periferia de la sala.

Penn se preguntaba qué fuerza física debía tener la persona que no solo había estrangulado a Jamie Mills, sino que también había izado su cuerpo inerte, suspendiéndolo en el aire.

Sacó su cuaderno y garabateó.

¿Un asesino o dos?

—Aprovechando que lo tienes a mano, estimo la hora de la muerte entre la una y las cuatro de la madrugada del domingo.

Penn lo anotó mientras su mente hacía un cálculo rápido. Habían

pasado unas ochenta y una horas desde la muerte del chico, y Burns había acudido al lugar donde estaba el cadáver apenas seis horas después de la misma. Eso suponía un total de unas setenta y cinco horas perdidas, que habrían sido más aún si la jefa no hubiera empezado a implicarse.

Penn se guardó el cuaderno en el bolsillo y esperó paciente mientras Keats recorría las extremidades del chico, inspeccionando primero los pies y luego las manos.

—Hum... —dijo Keats, inspeccionando de cerca la parte inferior de la muñeca izquierda.

Penn sabía perfectamente que no debía decir ni mu.

Keats se desplazó hacia la muñeca derecha, explorando también su parte inferior.

—Hum... repitió.

Penn no dijo nada.

—Acércate —dijo Keats.

Se colocó junto al forense, que seguía sujetando la muñeca derecha de Jamie.

—¿Puedes ver esa línea blanca tenue que hay ahí?

Penn tuvo que acercarse mucho para poder apreciarla, pero sí, había una línea blanca y muy fina que se extendía a lo largo de la muñeca.

—Sucede lo mismo en la otra —dijo Keats.

—¿Intentos de suicidio? —preguntó Penn. Sabían que la causa de la muerte no era el suicidio, pero eso no significaba que no lo hubiera intentado en el pasado.

—No lo creo —dijo Keats, haciendo una mueca—. Es inusual encontrar marcas en ambas muñecas, y además la línea es demasiado precisa. Pásame esa cuchilla.

—Keats, no estoy dispuesto a hacer una recreación con...

—Relájate, tú pásamela.

Penn miró a su alrededor y localizó una cuchilla Bic sobre la encimera del laboratorio. La puso en la mano de Keats como si se tratase de un enfermero que está prestando ayuda a un médico en una cirugía mayor.

El médico forense volvió a colocar la muñeca del chico en la mesa de autopsias. Empezó a afeitar suave y cuidadosamente el vello oscuro y rizado que recorría el brazo de Jamie. El proceso reveló la piel pálida que había debajo. Keats cogió una lupa y echó un vistazo. Se la pasó a Penn antes de repetir el proceso en la otra muñeca, al otro lado de la mesa, mientras Penn echaba un vistazo. Como era de esperar, la línea blanca tenue también estaba presente en la parte superior de la muñeca.

—También la tiene en la parte superior de esta —dijo Keats, dejando a un lado la cuchilla.

Penn esperó la explicación del médico forense.

—Estas marcas no provienen, en absoluto, de intentos de suicidio. Son señales de sujeción, de inmovilización, y tienen muchísimo tiempo.

Capítulo 22

Stacey había recibido dos correos electrónicos con pocos segundos de diferencia.

El primero provenía de Beth Denton, y contenía permisos firmados y claves de acceso a sus cuentas bancarias. El segundo era de Mitch, e incluía los datos personales de su segunda víctima.

Sarah Laing. 22 años.

En el correo, había adjunta una foto de su carnet de conducir.

Stacey la agrandó y se quedó atónita; tuvo que mirarla dos veces, preguntándose si se trataba de un error de algún tipo.

La chica de la foto del carné de conducir tenía una melena larga y castaña que le cubría los hombros. Un flequillo espeso y recto se extendía sobre unos ojos azules cautivadores. La ligera curvatura de su nariz añadía un toque misterioso y de interés, más que conferirle una belleza natural.

Stacey ya había echado un vistazo a las fotos preliminares que Keats había tomado del cadáver, pero volvió a comprobarlas para estar del todo segura. La joven en la mesa de autopsias tenía el pelo rubio decolorado, cortado radicalmente por encima de la oreja izquierda. Caía de forma más voluminosa en la parte superior y sobre la oreja derecha. Stacey contó siete aros a lo largo de la oreja izquierda y un piercing en la nariz.

A primera vista parecían dos personas completamente distintas, pero había señales reveladoras: la forma de la mandíbula, los pómulos, los labios carnosos, la nariz... Sin duda, se trataba de la misma persona, pero con un aire totalmente diferente.

Stacey se levantó y se acercó al escritorio de Penn, desde donde pudo alcanzar la pizarra con más facilidad. Respiró aliviada al borrar

las palabras «mujer desconocida» y sustituirlas por los datos reales de Sarah.

Se sentía tan cautivada por la diferencia entre las dos fotos que hasta se olvidó de los datos bancarios de Gabe Denton, centrándose en el caso principal.

—Venga, Sarah, vamos a ver lo que podemos averiguar sobre ti —dijo, tirando del teclado hacia ella.

Tecleó el nombre en Instagram y no encontró nada. Tampoco en Twitter, Facebook ni Snapchat; el intento con TikTok también fue fallido.

Probó a hacer una búsqueda general en Google, pero obtuvo el mismo resultado.

Stacey golpeó suavemente sus dedos sobre la mesa. No es que nunca le hubiera pasado esto antes, pero no era frecuente en alguien con poco más de veinte años.

Volvió a revisar el correo electrónico de Mitch. El único archivo adjunto que le quedaba por ver era una copia de una factura telefónica reciente. Imprimió el correo y envió un mensaje al proveedor solicitando todos los detalles.

Quizá la mujer usaba un nombre diferente. Tecleó el número de teléfono y comprobó que aparecía registrado en Vodafone, algo que ya sabía.

—¿Y qué hago ahora? —Entrecerró los ojos—. Ah —dijo, centrándose en lo único que le quedaba por intentar.

Hizo una captura de pantalla de la foto del carnet de conducir y la introdujo en el programa de reconocimiento facial.

Nada.

Se quejó en voz alta. No le quedaba más opción que hacer algo que no quería hacer. Accedió a las fotos de Keats y cogió la que contenía el retrato de la joven. Por alguna razón inexplicable, le pareció una intrusión. Stacey sabía que la chica estaba viva cuando

le tomaron la foto para el carnet de conducir, así que le había parecido bien usarla. Utilizar esta segunda, tomada después de su muerte, le pareció una violación de su intimidad.

—Lo siento mucho, Sarah —dijo mientras arrastraba la foto al recuadro en el programa. Volvió a pulsar el botón de búsqueda y vio cómo la pantalla cargaba los resultados.

—Oh, ¡por el amor de Dios! —dijo mientras cogía el teléfono.

Capítulo 23

—A ver si podemos salir del coche ya —dijo Kim mientras su teléfono sonaba de nuevo. Habían aparcado junto a la oficina de Megan Shaw en Whiteheath. Una puerta roja junto a la que había una placa con su nombre limitaba con un almacén de alfombras. No había sido muy difícil dar con la mujer con la que Jamie había estado en contacto últimamente. De los tres psicólogos que podían encontrarse en la zona de Rowley, solo una ofrecía asesoramiento sobre identidad sexual.

Nada más aparcar, Penn ya les había llamado para contarles las novedades que se habían producido en la autopsia de Jamie Mills. El motivo que podría haber detrás de las marcas de sujeción que tenía en las muñecas era un tema que tenía intención de tratar con la terapeuta, si es que lograba entrar en su consulta.

—Dime, Stace —dijo Kim, respondiendo a la llamada.

—Tengo un nombre, jefa.

Kim torció el gesto. Eso ya lo sabía; Mitch le había mandado el mismo correo electrónico y por tanto ya tenía conocimiento del nombre de la chica: Sarah Laing.

—¿Y qué más?

—Pues que ese no es en realidad el nombre por el que se hace llamar. Prefiere que la conozcan como Sarah Sizzle, al menos en los numerosos portales de citas a los que está suscrita. —Stacey hizo una pausa—. Portales gais.

Kim sintió como si el tiempo se detuviera por un instante.

—¿Estás segura?

—Y tanto. Quiero indagar un poco más para ver qué es lo que buscaba exactamente, pero estaba suscrita a un buen número de ellos.

Kim sintió que se adentraba en un terreno que le resultaba

desconocido. Nunca en su vida se había descargado una aplicación de citas.

—¿Estas plataformas están dirigidas a cualquier tipo de orientación sexual? —preguntó Kim.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Soy una mujer felizmente casada.

—Stace.

—Hay un poco de todo. Tendría que profundizar.

Bryant soltó una carcajada y, al darse cuenta de las palabras que había elegido, Stacey hizo lo mismo.

—Venga va, suficiente los dos. ¿Podrían haber coincidido Sarah y Jamie en la misma web?

—Está claro que es posible. Déjame que lo investigue.

—Ve todo lo rápido que puedas, Stace. Necesitamos saber si ha sido una coincidencia trágica o si estamos tratando con una serie de crímenes de odio.

—Me pongo a ello, jefa —dijo Stacey antes de colgar.

Kim no quería siquiera considerar la posibilidad.

—Vamos, pervertido, a ver qué podemos conseguir sin una orden judicial —le dijo a Bryant mientras se bajaba del coche. No iba a permitir que se acumulara más retraso en la investigación.

Pulsó el timbre situado junto a la puerta, y presentó a ambos a través del altavoz.

La puerta hizo clic. La empujó para abrirla, y apareció ante ellos una escalera alfombrada que conducía al primer piso.

No había puerta en la planta superior; las escaleras terminaban en una zona diáfana que era mitad oficina, mitad sala de estar. En el otro extremo del espacio, había tres puertas: en una ponía «aseo»; en la del medio, «solo personal autorizado»; y en la última, que tenía un código de acceso, «prohibido el paso».

La mujer que salió a recibirlos iba vestida con vaqueros, botas bajas y jersey de pico. Sus rizos de color castaño claro le caían bajo

la barbilla. Se había maquillado de forma impecable, con sutileza, y ello resultaba en un aspecto natural y discreto.

—Megan Shaw —dijo, tendiendo la mano.

Kim desvió la mirada mientras observaba alrededor. Las ventanas estaban en la parte trasera de la estancia y daban a un polígono industrial, lo que se cargaba el aire de loft neoyorquino que parecía querer lograr.

—Nos gustaría hablar con usted acerca de Jamie Mills —dijo Kim.

Su cara mostró una preocupación inmediata.

—¿Está bien?

Kim negó con la cabeza mientras tomaba asiento. Aún no se había hecho pública la reclasificación del caso, ni tampoco la identidad de la víctima.

—Siento decirle que Jamie ha fallecido.

—¡Oh, Dios mío, no! —reaccionó Megan, llevándose una mano a la boca. La otra se posó en el respaldo del sofá, para mantener el equilibrio.

Bryant dio un paso adelante, la ayudó tomándola por el codo y la acomodó en su asiento.

—Pero ¿por qué? O sea... ¿quién...? —preguntó, moviendo la cabeza con incredulidad.

Un minuto y esta mujer ya había demostrado más emoción que la madre de Jamie.

—Tómese un momento —dijo Kim. Llamó la atención de Bryant y señaló con la cabeza una botella de agua que había sobre la mesa. Él la cogió y se la entregó a la terapeuta antes de sentarse.

Bebió un trago.

—Gracias.

—¿Conocía bien a Jamie? —preguntó Kim, tratando de guiarla suavemente hacia el interrogatorio.

Asintió con la cabeza tras beber un poco más de agua.

—Lo conocí cuando tenía doce años. Al principio los veía a los tres, porque sus padres no querían que hablara con él a solas.

—¿Y por qué no, si se lo trajeron para pedirle ayuda?

Megan respiró hondo.

—Sí, pero era una clase de ayuda muy concreta la que buscaban.

—Continúe —instó Kim.

—Querían que lo ayudara, pero a su manera, exclusivamente como ellos deseaban. Había un guion al que querían que me ciñera.

—¿Y cómo era ese guion?

Megan dudó mientras su rostro se endurecía.

—Querían que lo convenciera de que no era gay.

Kim se tomó un momento para asimilarlo. Puede que la mujer no lo hubiera comprendido bien.

—¿Seguro que no querían que lo ayudara a explorar...?

—No, agente. Me ordenaron que erradicara esa idea de su cabeza —espetó—. Me dejaron muy claro lo que esperaban de mí.

—¿Y cómo se suponía que iba a hacer eso?

Megan se encogió de hombros.

—Parecían de la opinión de que solo hacían falta la oración y la negación.

—¿Y llegó a probarlo?

Megan le dirigió una mirada fría y severa.

—No es a eso a lo que me dedico, y voy a intentar no ofenderme por la pregunta que me acaba de hacer.

Kim se encogió de hombros. No le importaba demasiado lo que la terapeuta le dijera, lo único que le interesaba era saber más cosas sobre Jamie.

—Quiero ser clara; les expliqué a los señores Mills que mi trabajo consiste en ayudar a las personas a aceptar su sexualidad, comprenderla, y asegurarme de que no la ven como un defecto genético. Fortalecerlos, ayudarlos a aceptar quiénes son. Mi trabajo

va de aceptación y exploración, de darles confianza para poder comportarse tal y como son, así que no, no intenté convencerlo de que no era gay.

Kim apreció la pasión que la mujer sentía por su trabajo, pero no se arrepintió de la pregunta que había formulado; había que hacerla.

—¿Qué fue lo que pasó entonces?

—Logré tener un par de sesiones individuales con Jamie. Tenía un conflicto interno. Estaba empezando a sentir atracción por otros chicos. Cuando se lo contó a sus padres, le llamaron de todo. Le dijeron que esos pensamientos no solo eran impíos, sino también pervertidos, y lo compararon con un pedófilo.

—¿Cómo? —explotó Kim.

—Sé que es difícil de creer, pero mi impresión es que de verdad pensaban que se trataba de algún tipo de enfermedad para la que había que encontrar el tratamiento adecuado.

A Kim le costaba creer que aún existieran personas y actitudes así, pero enseguida recordó a los padres de Jamie y no le pareció tan descabellado.

—¿Dice que solo lo vio un par de veces, hace siete años?

Megan hizo un gesto de negación.

—Volvió hace un año. —Sonrió—. Llamó a mi puerta, me dijo que no tenía dinero y me preguntó si podía entrar para conversar un poco.

—¿Y lo dejó entrar, a sabiendas de que no podría pagarle?

—Por supuesto —dijo Megan, como si fuera algo obvio—. ¿Siempre empieza teniendo una visión tan negativa de la gente?

Kim asintió.

—Por supuesto.

Megan movió la cabeza en gesto de negación.

—Pues qué pena. Total, me preguntó si podíamos charlar de vez en cuando, pagándome lo que fuera pudiendo. Le dije que los martes

normalmente dedicaba una hora o así a ordenar cosas antes de irme a casa y que, si quería pasarse por aquí en ese momento, era más que bienvenido.

Kim no pudo evitar sentir cariño por la mujer. La necesidad de ayudar al chico había superado con creces su capacidad para pagarle.

—¿Y sobre qué conversaron? —preguntó, preparándose para que la amenazara con que necesitaba una orden judicial para responder a esa cuestión.

—Estaba en una lucha interna. Creo que había muchas cosas que no quería contarme sobre los años que habían transcurrido desde la última vez que hablamos. Su obsesión era mirar hacia delante. Quería explorar su sexualidad, pero no era capaz de librarse de la culpa y el odio que sentía hacia sí mismo.

Kim pensó en River y en la total aceptación de su condición en comparación con Jamie.

—Por desgracia, los padres de Jamie le hicieron mucho daño durante su adolescencia —dijo Megan, estremeciéndose—. No me habló de ello, solo Dios sabe lo que le meterían en la cabeza en aquellos años.

—¿Por qué está tan segura de que sus padres hicieron eso? —preguntó Bryant.

—Me trajeron a un niño de doce años, confuso y asustado, y me preguntaron si podía «desgaizarlo». Les dije que eso era algo imposible. ¿Qué le hace pensar que me creyeron?

—Pero ¿y qué otras cosas, aparte de acudir a usted, podían hacer? —preguntó Kim justo cuando sonó el portero automático.

Megan la miró durante un segundo.

—¿En serio me está haciendo esa pregunta?

Kim no sabía qué había dicho que estuviera mal, así que asintió.

—Inspectora, tiene mucho que aprender y yo no tengo tiempo para

enseñarle —dijo mientras el timbre volvía a sonar.

—¿Qué está...?

—Lo siento, pero tengo que dar la conversación por concluida —dijo Megan, poniéndose de pie.

—Pero...

—Empiece a instruirse con Clifford, Cliff, en The What Centre, en Stourbridge —les dijo, acompañándolos hacia las escaleras—. Le dirá exactamente qué otras cosas podrían haber hecho los padres tras venir aquí, pero prepárese, inspectora, porque no le va a gustar lo que le va a contar.

Capítulo 24

Stacey apartó la silla del escritorio y estiró el cuello, sintiendo que ya estaba bien curtida en el tema de los portales de citas tras haber estado recorriéndolos un buen rato.

Empezó con Lex, que parecía ser una aplicación social donde predominaba el intercambio escrito, inspirada en el modelo de los anuncios personales de antes, pero con un poco de erotismo añadido. En el otro extremo se encontraba un portal llamado Qutie, que parecía centrado en ayudar a las personas, especialmente a los miembros de la comunidad LGBTIQ+, a construir vínculos profundos, incluyendo tanto amistades como relaciones románticas.

Entre medias había aplicaciones como Thurst, HER, Feeld, Lesly, Open, Fem y OK Cupid. Stacey había estado conociéndolas una por una, porque, por supuesto, Sarah Sizzle estaba presente en todas y cada una de ellas.

Había dos cosas que le resultaban extrañas. Sarah estaba registrada en todos los portales, y eso parecía indicar que no tenía claro si quería una aventura rápida con una o incluso con varias personas, o si prefería una relación seria con una sola. Lo segundo que le llamó la atención fue que todos los perfiles de Sarah que había encontrado se habían creado en los últimos seis meses. ¿Por qué se habían dado de alta todos prácticamente a la vez? En cambio, no fue capaz de encontrar rastro alguno de Jamie en ninguna de las aplicaciones, lo que debilitaba la hipótesis de que existiera algún homófobo que buscara víctimas en estos sitios de citas.

Incluso estando soltera, Stacey no había sido dada a utilizar los portales de este tipo. Su trabajo como agente de policía y el hecho de haber visto demasiados capítulos de *Catfish* la habían convertido en una persona desconfiada y escéptica con respecto a las

relaciones o a las citas. Como era bisexual, tampoco sabía muy bien qué buscar y dónde hacerlo. Conoció a Devon a la antigua usanza. Estaba en un pub con un par de amigos y Devon se encontraba allí con un grupo de compañeros de su departamento en inmigración, celebrando el ascenso de alguien. Sí, sus miradas se cruzaron y Stacey se sintió como si un puñetazo la hubiera noqueado. La respiración dejó de ser por un momento una función corporal natural que ocurriera de forma inconsciente. Devon había encontrado la forma de estar en la barra en el momento exacto en que Stacey fue a pedir una bebida, y se disculpó por chocar accidentalmente con ella; en un abrir y cerrar de ojos, ya estaban dándose sus números de teléfono. Se enviaron numerosos mensajes y a través de ellos descubrieron que sus respectivos padres eran inmigrantes nigerianos de primera generación y que sus pueblos estaban a poco más de treinta kilómetros de distancia.

A Stacey le resultó mucho más fácil el intercambio de mensajes que el encuentro en persona, en el que había descubierto que Devon era tan interesante e inteligente como guapa. Pero Stacey puso fin a su relación después de la primera cita, sin dar explicaciones.

Se reencontraron unos meses más tarde, mientras trabajaban en un caso de trata de esclavos, y un hombre muy sabio y buen amigo la ayudó a ver las cosas con claridad. Al percibir la química que había entre ambas, Dawson identificó de inmediato su sentimiento de inferioridad, su inseguridad, y le dijo que sería muy idiota si dejaba escapar a Devon. Ella siguió su consejo; el resto era historia.

El recuerdo era agridulce, ya que combinaba su mayor éxito vital con su pérdida más dolorosa. Miró el escritorio que una vez perteneció a aquel hombre, y admitió para sí misma que seguía echándolo de menos.

—Bueno, señorita, ya basta —dijo a la sala vacía.

Para distraer su mente, estudió los extractos bancarios de Gabriel

Denton.

Había dos cuentas; una parecía ser una cuenta corriente conjunta y la otra, una hipotecaria. La segunda era sencilla. El dinero entraba y salía. La pareja recibía en la cuenta una domiciliación fija que era superior a la cuota hipotecaria, que se había establecido cuando los tipos de interés eran más altos. Como estos habían bajado pero la domiciliación no se había ajustado, se había empezado a formar un pequeño ahorro de un par de miles de libras.

Stacey dirigió pues su atención hacia la cuenta corriente.

A principios de mes se efectuaba la domiciliación regular a la cuenta de la hipoteca, junto con todas las demás facturas.

Revisó los pagos con tarjeta de débito y encontró un gasto mensual regular en un restaurante italiano y un consumo semanal variable en Just Eat.

Ambos salarios, que eran bastante buenos, se ingresaban en la cuenta, y había un pago que siempre se hacía manualmente el último día de cada mes. El saldo de la cuenta siempre se quedaba en menos mil libras.

Stacey cogió el teléfono para llamar a Beth.

—Hola —respondió ella con cierto entusiasmo.

—Todavía no tenemos noticias, Beth —dijo Stacey para que no se hiciera ilusiones.

—Ah, vale —dijo, y Stacey pudo notar la decepción en su voz.

—Solo es para hacerle una pregunta; observo en los extractos bancarios que hay una cantidad variable que se transfiere mensualmente a una cuenta sin nombre.

—Ah, sí, dejamos algo de dinero para cualquier emergencia en la cuenta corriente, y transferimos el resto a nuestros ahorros.

—No conozco esa cuenta —dijo Stacey.

—Nunca la tocamos. Constituye nuestro fondo de pensión; juramos que solo lo usaríamos en situaciones extremadamente graves.

—Para ser rigurosos, me gustaría poder revisarla.

—Claro. Pertenece al mismo banco y a la misma sucursal.

Stacey anotó el número de cuenta y abrió la pantalla de inicio de sesión. En cuestión de segundos estaba viendo los detalles de la cuenta de ahorros.

—Como podrá ver, estoy segura, no se ha retirado dinero en los últimos ocho años, desde nuestro último intento de fecundación in vitro.

Stacey pudo comprobar que la cuenta contenía casi cien mil libras y, en efecto, se habían transferido unas veinticinco mil hacía aproximadamente ocho años.

Una profunda tristeza la invadió porque era evidente que el tratamiento no había funcionado, ya que la pareja no tenía hijos. Apenas podía concebir el dolor que aquello les habría causado. Dado que habían pasado ocho años desde su último intento, supuso que nunca lo volvieron a intentar.

Pero se sintió aún más abatida al ver otra cosa.

—¿Estaban planeando comprar algo grande en un futuro próximo?

—No, nada. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque el lunes por la mañana se retiraron de la cuenta diez mil libras.

—No, debe haber algún error. Ya le he dicho que nunca... —Se quedó en silencio cuando comprendió la situación—. Ese fue el día en el que desapareció.

Lo era.

—Tiene que estar en apuros. Tuvieron que forzarle a...

—Beth, ¿guardan sus pasaportes juntos?

—Sí, sí, por supuesto. Están aquí, en el cajón de la cocina, junto a... ¡Oh!

—¿Qué pasa? —preguntó Stacey, aunque ya sospechaba la respuesta.

—El de Gabe no está aquí. Debe haberlo puesto en otro sitio por alguna razón que desconozco. Déjeme buscarlo y la llamo cuando lo encuentre.

Stacey se despidió y se preguntó cuánto tardaría en recibir esa llamada.

Capítulo 25

El What Centre estaba situado en la calle Coventry de Stourbridge, entre una freiduría y un pub.

Por lo que Kim sabía, ofrecía un servicio de asesoramiento para personas de entre nueve y veinticinco años al que se podía acceder tanto a través de servicios profesionales como de forma independiente, por cuenta propia.

Lo que desconocía antes de la búsqueda que hizo en Google era su especialización en el ofrecimiento de una serie de ayudas a jóvenes que querían explorar su identidad de género y su sexualidad.

El local, con una fachada verde, se abría a una habitación con muebles sencillos de color malva. Unas escaleras descendían desde la estancia, aunque estaban bloqueadas por algo que parecía una barandilla de seguridad para niños. Las paredes estaban cubiertas de carteles y folletos. Frente a la entrada había un panel de vidrio con una puerta situada a la izquierda.

Un hombre de algo menos de treinta años, con el pelo recogido en una coleta, saludó a través del panel.

—¿Cliff? —preguntó Kim, acercándose a él.

Asintió.

—Yo no he hecho nada —dijo, levantando las manos al ver las identificaciones policiales que Kim y Bryant mostraban.

¡Vaya! Cuánto tiempo hacía que no oía eso.

—¿Hay algún sitio tranquilo en el que podamos hablar? —preguntó.

—¿Tenemos a alguien programado en la sala uno, Karen? —preguntó el hombre a la mujer que se encontraba en la segunda mesa de la recepción.

Esta comprobó algo en el ordenador.

—No, está libre hasta las dos.

Cliff envolvió lo que quedaba de su bocadillo. Kim olvidaba con

frecuencia que mucha gente respetaba las pausas para el almuerzo. Los policías normalmente apenas podían tomar algo sobre la marcha mientras se desplazaban de un lugar a otro.

Para cuando contempló la posibilidad de disculparse por la intrusión, el bocadillo ya había desaparecido y él se dirigía hacia una puerta con acceso codificado.

Cliff tecleó los números y empujó la puerta para abrirla; después, la sostuvo para que pasaran.

—La primera a la izquierda —dijo, habiendo desaparecido de la vista cuando doblaron la esquina.

Kim empujó la puerta y la luz se encendió automáticamente.

—Lo siento —dijo Cliff desde atrás—. Nuestras sesiones son principalmente individuales.

En la pequeña estancia había dos sillones verdes con respaldo alto colocados ante una chimenea vieja. Kim se apartó para permitir entrar a Cliff, que portaba una silla rígida, que colocó junto a uno de los sillones.

—Gracias —dijo Kim, sentándose en ella.

Bryant tomó asiento a su lado y Cliff ocupó el sillón al otro lado de la chimenea. El espacio era íntimo para dos, pero algo apretado para tres.

—¿En qué puedo ayudarlos? —preguntó desde su sillón.

—¿Conoce a un joven llamado Jamie Mills?

Torció el gesto y comenzó a negar con la cabeza.

—El nombre no me resulta familiar, pero tendría que comprobar nuestros registros para estar seguro.

—Es buen amigo de un tal River...

—Ah, a River lo conocemos muy bien, pero siempre viene solo.

—¿Para qué viene? —preguntó Kim por curiosidad. No le parecía el tipo de persona que necesitara ayuda para aceptar su sexualidad.

—Lo considera un centro de acogida o algo así. Aparece de vez en

cuando para participar en las conversaciones grupales —explicó con una media sonrisa en la cara—. No es que lo animemos activamente a hacerlo, pero no constituye una mala influencia, es un buen ejemplo a seguir.

Sí, Kim estaba de acuerdo con eso. Su confianza en sí mismo resultaba un soplo de aire fresco y le parecía un poco envidiable.

Kim no sabía muy bien por qué Megan les había recomendado ir a ver a Cliff si no conocía a Jamie.

—Pues muy bien, gracias...

—Un momento, ya que han venido hasta aquí, tal vez pueda ayudarlos. Cuéntenme más sobre ese chico.

—Tenía diecinueve años y lo asesinaron hace unos días. Intentaron hacer que su muerte pareciera un suicidio.

—¿No me estará hablando del chico del...?

—Sí —replicó Kim, que empezaba a enfadarse por el uso de esa referencia.

—¿Y seguro que ha sido un asesinato?

Kim asintió.

—Jamie había estado conversando con una terapeuta, Megan Shaw.

—Conozco a Meg. Entonces, ¿tenía problemas con su sexualidad?

—Originados por sus padres. Por lo que parece, problemas con raíces muy profundas.

Asintió.

—Sucede a menudo.

—¿En serio?

—Inspectora, ¿sabe lo que es el manual DSM?

—¿Algún tipo de revista médica? —probó. Le sonaba, sin duda.

—Es la biblia que se utiliza para clasificar y diagnosticar los trastornos mentales.

—De acuerdo.

—¿Se atreve a intentar adivinar cuándo se desclasificó la homosexualidad como enfermedad mental?

—¿Alguna vez fue percibida como tal cosa? —preguntó Bryant.

Cliff asintió.

—De hecho, permaneció así hasta 1973.

—¿Fue entonces cuando se le quitó esa etiqueta? —preguntó.

—No. Se cambió a «trastorno de la orientación sexual», y así se mantuvo hasta 1980.

—Y en ese año ya la dejaron de considerar enfermedad mental, ¿no? —preguntó Kim.

—Tampoco, se modificó a «homosexualidad egodistónica».

—No tenía ni idea.

—Este año se publica una nueva versión del manual, y por primera vez no existe ninguna categoría diagnóstica que se pueda aplicar a las personas en función de su orientación sexual. Así que, al fin, no somos enfermos mentales. ¡Hurra por nosotros!

Kim se tomó un segundo para digerir esa información. ¿Cómo era posible que algo así solo se fuera a reconocer a estas alturas?

Cliff continuó hablando:

—Richard Von Krafft-Ebing fue un psiquiatra germano-austriaco, uno de los pioneros en el campo de la sexología científica. Se convirtió en un defensor del enfoque de la homosexualidad como enfermedad y creía que su tratamiento pasaba por la prevención de la masturbación.

—¿Pensaba que se podía cambiar la sexualidad de una persona? —preguntó Kim, horrorizada.

Cliff puso una expresión de desagrado.

—Él y muchos otros, tanto en el pasado como en el presente.

—¿Perdone?

—¿Han oído ustedes hablar de la terapia de conversión? —preguntó.

Tanto Kim como Bryant negaron con la cabeza.

—Necesitan más gais en sus vidas.

Pensó en mencionar a Stacey, pero tampoco sabía si su colega había oído hablar de tal cosa.

—De acuerdo, van a aprender algunas cosas un tanto perturbadoras —dijo mientras echaba un vistazo a su reloj—. La terapia de conversión en todas sus formas está diseñada para convertir a los homosexuales en heterosexuales. Todas las principales organizaciones de salud mental la rechazan, pero algunos profesionales todavía la siguen poniendo en práctica a pesar de que puede conducir a la depresión, la ansiedad, el consumo de drogas y el suicidio. Estados Unidos no tiene problemas para compartir sus estadísticas, y estiman que unos veinte mil menores pertenecientes a aquellos estados que no cuentan con protección serán sometidos en algún momento a terapias de conversión. Algunos grupos religiosos de derechas promueven el concepto de que un individuo puede cambiar su orientación sexual mediante la oración u otros tipos de esfuerzos religiosos. La investigación científica no corrobora esta afirmación y considera los ECOS como prácticas dañinas.

—¿ECOS? —preguntó Bryant.

—El término genérico que se usa de forma común es terapias de conversión, pero en realidad se denominan «Esfuerzos para el Cambio de Orientación Sexual».

—Entendido.

—No hay ninguna prueba de que funcionen, y, sin embargo, sí que existen muchas de que causan daños médicos y psicológicos considerables. El desconcierto acerca de la orientación sexual es frecuente durante la adolescencia y la terapia puede ayudar, pero aquella que se dirige específicamente a cambiar la sexualidad provoca, como es obvio, sentimiento de culpa y ansiedad. Creer que la atracción hacia personas del mismo sexo es anormal y necesita

ser tratada contradice las posturas de las organizaciones de salud mental.

—¿Acaso los terapeutas no ofrecen una perspectiva objetiva? —preguntó Kim.

Cliff negó con la cabeza.

—En la terapia de conversión, desde luego que no. No se contempla la posibilidad de que la persona pueda alcanzar la felicidad o disfrutar de relaciones satisfactorias, ni tampoco se tienen en cuenta enfoques alternativos que sirvan para afrontar los efectos de la estigmatización social.

—Pero ¿cómo puede tratarse médicamente algo que no es un trastorno? —preguntó Kim.

—Lo va pillando, inspectora. Ahí está la clave. Cualquier intento de tratar algo que no constituye un trastorno carece de cualquier tipo de ética, porque no contempla las diversas expresiones naturales de la sexualidad humana. Las personas que han intentado sin éxito cambiar su orientación sexual experimentan una angustia psicológica considerable.

—Espere, espere —dijo Kim, intentando asimilar todo lo que estaba escuchando—. ¿De qué sectores proceden estos terapeutas?

—Principalmente surgen de organizaciones de extrema derecha fundamentadas en creencias religiosas.

—¿La iglesia?

—No como tal, no en su totalidad. Estamos hablando de extremistas. Algunos grupos han promovido la idea de la sexualidad como indicio de deficiencias en el desarrollo o de carencias espirituales y morales. La incapacidad de cambiar se termina entendiendo como un fracaso personal y moral. ¿Qué tal un poco más de odio hacia uno mismo para aumentar la carga de culpabilidad?

—Eres gay porque no has rezado lo suficiente, ¿no? —preguntó

Kim.

Cliff asintió.

—¿Y dice que los menores corren peligro?

—Y tanto, porque a menudo son los padres los que buscan intervenir.

Kim pensó en Jamie y no pudo evitar preguntarse qué otros métodos habrían probado sus padres con él.

—Sigue habiendo ECOS en muchos países, donde se aplican de manera forzada, lugares como Estados Unidos, China, India y Japón. Recientemente, la milicia detuvo a una ciudadana rusa sospechosa de ser lesbiana, y la obligaron a someterse a tratamientos que incluyeron sedantes o incluso hipnosis. No estamos hablando solo de terapia, va mucho más allá. Los métodos incluyen técnicas cognitivo-conductuales, enfoques psicoanalíticos, tratamientos médicos y métodos religiosos y espirituales. Hay... —Dejó de hablar cuando sonó un suave golpecito en la puerta.

Asomó la cabeza de Karen.

—Perdón, Cliff, pero ha llegado Bernie. Está en la sala dos.

Cliff se levantó del sillón.

—Lo siento. Me he emocionado, pero...

—¿Cuál sería el primer paso? —preguntó Kim, siguiendo su ejemplo y poniéndose de pie—. Digamos que una madre cree que su hijo está enfermo. ¿De qué manera podría ir un poco más allá para curarlo?

—Tal vez podrían intentar conversar con Éxodo Plus. A ver si conocen a su chico.

—¿Y qué demonios es Éxodo Plus? —preguntó Kim.

Percibió la irritación en el rostro de Cliff, como si le estuviera preguntando de qué color es el cielo.

—Es un movimiento formado por exgais y de verdad que tengo que dejarles ya —dijo, abandonando la sala.

Kim perdonó su impaciencia. Alguien que necesitaba su ayuda lo estaba esperando.

Siguió a Bryant hasta el coche, ya buscando en Google Éxodo Plus con su teléfono.

Capítulo 26

Aunque Penn no tenía ningún reparo en asistir a autopsias, nunca antes había estado presente en dos en un mismo día.

Cuando Keats insistió en hacer su pausa para comer entre ambas, Penn aprovechó para tomar el aire en la cafetería, rechazando la oferta de Keats de comer con él en su despacho.

Debido a lo que había estado presenciando, no le apetecía el pastel de carne o el plato de cerdo, así que optó por un sándwich de queso y pepinillos con patatas fritas. No había nada en él que le pudiera recordar a lo que había visto sobre la mesa de autopsias. Consideró la posibilidad de volver a la comisaría, pero no habría merecido la pena, ya que Keats había dejado clara su intención de reanudar el trabajo a las dos en punto.

Por una vez, pudo disfrutar de su tiempo en paz y se comió el bocadillo como Dios manda, con un café caliente para bajarlo, en lugar de ir dándole bocados en diferentes sitios según la urgencia de las tareas que estuviera realizando. Pero bueno, ¿a quién pretendía engañar? No cambiaría su trabajo por nada del mundo. De hecho, tras veinte minutos de paz y tranquilidad, ya le había enviado un mensaje a Jasper.

¿Quieres que hagamos galletas de chocolate esta noche? —le preguntó.

No tengo —respondió Jasper.

¿Magdalenas de arándanos?

Cero arándanos.

¿Compro algunos de camino a casa?

«Mencantaría» fue la respuesta, y Penn se preguntó cuándo había

empezado su hermano a abreviar palabras y a omitir espacios. Adolescentes.

Después de comer, regresó y observó en silencio cómo Keats empezaba a trabajar en la autopsia de Sarah Laing. En sus inicios, el forense le había explicado los ocho pasos que conforman el proceso. Sabía que al examen externo le seguía el interno, que iba justo antes de revisar los órganos interiores. A continuación se extraían estos, y luego se hacía lo mismo con el cerebro. Después se examinaban, pesaban y medían, antes de devolverlos al cuerpo. El último paso era volver a coser a la víctima.

Según lo que le había enseñado Keats, supuso que estaban más o menos en el paso número tres. El médico forense se encontraba inspeccionando los órganos internos, pero aún no los había extraído. Hasta ese momento no había emitido ningún gruñido revelador ni le había hecho señas para que se acercara.

Cuando Keats había llevado el cuerpo a la sala en la camilla, Penn envió un mensaje a Stacey para que lo pusiera al corriente sobre las novedades que pudiera tener acerca de Sarah Laing. Le respondió mandándole un enlace a uno de sus perfiles en un portal de citas. No había sido capaz de verla como Sarah Sizzle, que parecía querer disfrutar de la vida. Las fotos de la chica, con una expresión desafiante y una copa de vino, no tenían nada que ver con la mujer que tenía ante sí tumbada en la mesa de autopsias, cuyo cuerpo estaba desmontando Keats.

Penn estaba empezando a pensar en todas las cosas que podría estar haciendo en la comisaría justo cuando Keats dijo algo por primera vez en más de una hora.

—Ah, aquí tenemos cicatrices.

—¿Que tenemos qué? —preguntó Penn, guardando su teléfono.

—Marcas del tamaño de perdigones de escopeta que se encuentran

a lo largo del interior del hueso pélvico, y que han sido causadas por el desgarro de ligamentos.

—Lo cual significa que... —dijo Penn, con tono interrogativo.

—Esta chica ha dado a luz, y no hace mucho tiempo de ello.

Capítulo 27

—¿Y dónde está el bebé? —preguntó Kim mientras se dirigían a Kingswinford. Había encomendado a Stacey la misión de conseguirles una cita con alguien en la filial más cercana de Éxodo, que se encontraba en las afueras de Wolverhampton. Mientras tanto, se dirigían a la casa donde se crio Sarah Laing, una mujer de veintidós años a la que Kim aún no conocía. Había pocos indicios de su personalidad en el piso pequeño donde la encontraron, y ninguno de la existencia de un bebé. Stacey había confirmado que no se hacía alusión al pequeño en ninguno de sus perfiles.

—¿Será adoptado? —dijo Bryant—. No parece encajar con el estilo de vida que quería.

—Parece que eligió ese estilo de vida hace solo unos meses, cuando abrió todos los perfiles en los sitios de citas. No menciona que busque hombres o que sea bisexual, así que...

—¿Cómo puede ser que se quedara embarazada? —preguntó Bryant.

—Pues esa es la cuestión —dijo Kim, sintiendo que el enigma alrededor de Sarah Laing seguía creciendo.

La casa ante la que aparcó Bryant era un adosado de aspecto limpio con un garaje en un lateral.

Kim tenía varios interrogantes, y uno de los más significativos se resolvió nada más abrirse la puerta de la casa de los padres de Sarah. Escuchó de inmediato el sonido del llanto de un bebé.

Un hombre de unos cuarenta y cinco años, con pinta de estar hecho polvo, la miraba desde dentro.

Kim se presentó a sí misma y a Bryant.

—¿Señor Laing?

Asintió, haciéndose a un lado para dejarlos entrar.

El salón, decorado con esmero, tenía aspecto de haber sufrido una

explosión infantil. La alfombra que cubría el suelo y los muebles estaban repletos de juguetes, mantas, peluches y alfombras de actividades. Algo chirrió bajo los pies de Kim cuando entró en la estancia.

Una mujer de pelo rubio y una expresión de derrota estaba sentada en la única silla del salón, sosteniendo en su regazo a un bebé que vestía un pelele rosa. Su mano frotaba rítmicamente la espalda del bebé, que no dejaba de llorar. Kim supuso que era una niña.

—Detectives —dijo el señor Laing por encima de su cabeza, presentando a los dos desconocidos que habían entrado en su casa.

La señora Laing asintió a modo de saludo mientras su marido despejaba un espacio en el sofá para que se sentaran.

—Los acompañamos en el sentimiento —dijo Bryant. Habían enviado a un agente a primera hora para darles la noticia.

—Gracias —dijo la señora Laing mientras se le llenaban los ojos de lágrimas—. El agente nos dijo que alguien se pasaría por aquí más tarde, pero creo que aún no lo hemos procesado —añadió, cambiando al bebé hacia su otra pierna. Cogió un biberón e intentó introducirlo en la boca de la niña, pero esta la cerró con fuerza y contrajo el rostro antes de volver a llorar con fuerza.

Estaba claro que no daban abasto; si Kim hubiera podido dejar las preguntas que debía hacerles para un momento más adecuado, lo habría hecho, pero tenían que obtener más información sobre Sarah tan pronto como fuera posible.

—Señora Laing, siento mucho tener que preguntarle por Sarah en un momento como este, pero...

—Por favor, llámeme Elaine, y él es Pete. Aún estamos cogiéndole el truco al bebé.

—Ya hace mucho que no lidiaban con uno, ¿verdad? —dijo Bryant, sacando las llaves de su coche.

—En realidad, nunca lo hemos hecho —contestó, sin dejar de

mecer al bebé para intentar consolarlo—. Adoptamos a Sarah cuando tenía dieciocho meses. Nos saltamos esta parte, empezamos directamente por pescarla del cubo de basura de la cocina.

A pesar de la gravedad de la situación, Kim no pudo evitar la sonrisa que se dibujó en sus labios cuando Bryant empezó a hacer tintinear las llaves del coche delante del bebé.

Se hizo el silencio en la habitación y ambos abuelos miraron a Bryant con asombro. Hasta a ella le impresionó.

—Relucientes y sonoras. Siempre funcionaba con Laura —dijo Bryant, extendiendo sus manos—. ¿Puedo?

Elaine asintió y, agradecida, le entregó el bebé.

—Siento mucho que tengamos que molestarles, pero estamos investigando el asesinato de su hija.

Las lágrimas contenidas se liberaron y bañaron las mejillas de la mujer. Su marido le tendió un pañuelo.

Elaine se secó la cara.

—¿Ya es seguro que no se ha suicidado? —preguntó—. El agente no nos ha dado demasiados detalles.

—No. Sarah no acabó con su propia vida. Manipularon la escena del crimen para que pareciera un suicidio.

Kim se daba cuenta de que ninguno de los dos escenarios producía alivio alguno a su madre.

—Pero ¿por qué? —preguntó el señor Laing mientras se sentaba junto a su mujer.

—Todavía no lo sabemos —dijo Kim con sinceridad—. ¿Podrían contarnos algo más sobre ella?

Elaine tomó aire y se serenó.

—Llevábamos un par de años siendo hogar de acogida para niños, principalmente en casos de corta estancia. Sarah nos llegó en una emergencia, en mitad de una noche, después de una redada en un punto de venta de drogas. La encontraron jugando con agujas junto

a su madre, que había sufrido una sobredosis. Al no existir familiares a quienes se pudiera localizar, nos la trajeron a nosotros. La madre murió dos días después. Nos enamoramos enseguida de ella. Era brillante, inteligente, siempre mostraba deseo de aprender y se adaptó de forma admirable a pesar de lo pequeña que era. La principal barrera fue el contacto físico. Durante años no nos dejó abrazarla ni besarla, y cuando lo hacía, era siempre de acuerdo a sus propias reglas. Éramos conscientes de que era algo que no había experimentado nunca y que simplemente no lograba entender.

Las lágrimas volvieron a brotar, y el señor Laing se tocó los ojos con suavidad.

—No importaba. Ya la queríamos como si fuera nuestra, y cuando cumplió dos años, la adopción se hizo oficial. Le encantaba el colegio, tenía todo tipo de muñecas, le encantaba organizar merendolas. Los dos pasamos mucho tiempo comiéndonos tartas invisibles que ella preparaba.

Una sonrisa triste se vislumbraba en la boca de Elaine, que cogió la mano de su marido.

—Daba todo su amor físico a las muñecas. Se pasaba la vida acunándolas y hablándoles con amor.

El señor Laing iba asintiendo ante el recuento de los recuerdos.

Al notar que el bebé se estaba aburriendo ya de las llaves, Bryant se levantó y empezó a pasear por la habitación, hablándole en voz baja.

Elaine vigilaba atenta sus movimientos.

—Continúe —instó Kim.

—Cumplió doce años y se desató el caos. Discutíamos, desobedecía todas las normas. Al principio, pensé que era consecuencia de la adolescencia, lo típico, pero empecé a percibir una rabia muy grande en Sarah, una ira feroz que parecía estar consumiéndola. Era como si no la conociera, y hasta los quince años no me contó la verdad.

Kim supuso lo que le iba a detallar a continuación.

—Me dijo que era lesbiana. Me sentí aliviada. Por fin había compartido conmigo esa parte de sí misma que tanto le costaba aceptar. Me ponía muy triste que se sintiera así, pero eran sus propios fantasmas y estaba segura de que podríamos enfrentarlos juntas.

—¿Y la aceptó? —preguntó Kim, pensando en la forma tan diferente en la que había reaccionado la madre de Jamie ante la sexualidad de su hijo.

Elaine le puso mala cara.

—Por supuesto. Era nuestra hija, la queríamos incondicionalmente. Nada que pudiera haberme dicho me habría hecho quererla menos. Pensé que habíamos dado con la causa de su malestar emocional, pero me equivoqué. Admitir que era gay no era el problema; no le preocupaba decírnoslo. La cuestión era que no quería serlo; la mera idea le repugnaba. No quería ser diferente, deseaba tener un novio, casarse, formar una familia. Le expliqué que podía tener todas esas cosas, todo lo que quisiera, con la persona adecuada.

—¿Qué pasó después? —preguntó Kim, tratando de imaginar el conflicto que estuvo atormentando a la joven.

—No volvió a hablarme de ello. Fue como si no le hubiera dado la respuesta que ella esperaba, como si mi reacción fuera equivocada.

Kim analizó la ironía de aquella situación. Elaine mostró apertura y aceptación, y, aun así, las cosas no encajaron.

—La sensación que tuve fue que Sarah esperaba que yo eliminara lo que ella consideraba un defecto, que lo corrigiera y lo pusiera en orden. Me sentía fatal porque no tenía ninguna solución a lo que ella consideraba un problema terrible. Busqué ayuda profesional para saber si había actuado mal, pregunté si mi forma de reaccionar había empeorado las cosas. Me aseguraron que había hecho lo correcto, así que me limité a esperar a ver qué pasaba.

—¿Alguna vez trajo a alguien a casa, algún amigo, alguna novia...?

Elaine negó con la cabeza.

—No, y nunca la presioné para que lo hiciera. Pensé que sería como el típico niño de diez años que odia a las chicas y les pone gusanos en el pelo, y luego, cuando llega a cierta edad, se da cuenta de que al final no eran tan malas. La verdad es que no sabía qué hacer. Solo esperaba que con el tiempo terminara aceptándose. Es que, a ver, ¿cómo se puede ayudar a alguien a no ser gay? Es su condición... Era.

El señor Laing le apretó la mano.

—¿Y el bebé? —preguntó Kim.

Elaine suspiró muy profundamente.

—No sabemos quién es el padre. Sarah se fue de casa a los diecinueve años y desde entonces se fue distanciando cada vez más. Las visitas que al principio nos hacía se convirtieron en llamadas de teléfono, y luego en algún que otro mensaje. Yo intentaba llamarla, no recibía respuesta y más tarde recibía un mensaje que decía «Te llamo pronto», o algo por el estilo. Durante unos meses, perdimos el contacto por completo, hasta que la volvimos a ver hace seis meses. Ni siquiera sabíamos que estaba embarazada. Nos trajo a Amy cuando apenas tenía unas semanas.

Kim hizo cálculos mentales. Hacía justo seis meses del aparente nacimiento de Sarah Sizzle y de la creación de sus perfiles en los diferentes portales de citas.

—Nos suplicó que cuidáramos de Amy. No nos contó nada acerca de dónde se había metido todo ese tiempo ni de las circunstancias que rodeaban al nacimiento de nuestra nieta. Se limitó a asegurarnos que en ese momento no estaba en condiciones de cuidar de su hija. Se disculpó, y nos dijo que nos quería. Esa fue la última vez que la vimos. Nos ofrecimos a ayudarla, le dijimos que

volviera a casa por un tiempo y que se apoyara en nosotros, pero se negó.

—¿Nunca volvió a ver a Amy?

Elaine negó con la cabeza.

—Me las apañé para enviarle fotos al móvil, y me devolvía emoticonos de corazones, pero nunca volvió a casa.

No tenía sentido preguntar a sus padres si tenían conocimiento de alguna amenaza o conflicto reciente en la vida de su hija, ya que parecían tener aún menos información de la que tenía su equipo acerca de la nueva Sarah.

Kim les agradeció su tiempo y les dejó una tarjeta por si necesitaban algo.

Bryant devolvió a una somnolienta Amy a su abuela.

Si Sarah había tenido tantas ganas de tener un hijo, ¿por qué no había querido a este bebé?

Capítulo 28

Stacey abrió la grabación que le habían enviado del banco.

El reloj indicaba que el empleado abrió las puertas cuando eran exactamente las nueve y media de la mañana. Una anciana fue la primera en entrar utilizando un andador.

Gabe Denton apareció justo detrás. Esperó paciente mientras la mujer avanzaba hacia la ventanilla de la caja que estaba abierta, y luego aguardó su turno con la misma paciencia al frente de la fila mientras otros clientes se iban colocando detrás. A diferencia de algunos que empezaron a mirar el reloj o a moverse de un lado para otro, Gabe se limitaba a esperar de pie sin perder la calma; su lenguaje corporal transmitía relajación y tranquilidad. Ni evitaba mirar a la cámara ni parecía tener prisa.

Por alguna razón, Stacey esperaba que Gabe llevara puesto un traje, pero su vestimenta era informal: vaqueros y sudadera.

Continuó observando; el hombre siguió esperando su turno y luego se acercó a la caja, donde apoyó los codos mientras respondía preguntas del empleado. La propia madre de Stacey se había quejado la semana pasada de tener que hacer malabares para sacar su propio dinero del banco, y ella no había retirado una suma de dinero que se aproximara a esa ni de lejos.

Un segundo empleado se acercó para hacer una verificación adicional; aun así, Gabe parecía relajado mientras respondía a la segunda ronda de preguntas.

Este nuevo trabajador desapareció con un juego de llaves, y reapareció un minuto después con el dinero en efectivo, que entregó al primer empleado que había atendido a Gabe. Este lo contó y lo empujó hacia el señor Denton a través de la ranura de la caja.

Gabe cogió el sobre y salió del banco.

Stacey volvió a ver la grabación y empezó a sacudir la cabeza en

señal de incredulidad. O el hombre carecía de vergüenza, o no tenía conciencia de estar haciendo nada malo.

Su teléfono, al sonar, la sacó de sus pensamientos.

—Dime, jefa.

—¿Qué sabes de Éxodo?

—Es el segundo libro de la Biblia —respondió Stacey.

—Me refiero a la organización.

—Nunca he oído hablar de ella.

—Ponte a investigarla. Es un movimiento formado por exgais; necesito una cita con alguien que mande algo en la sucursal que tienen en Wolverhampton.

—Voy a ello, jefa —dijo Stacey, colgando a continuación.

Cerró las imágenes de Gabriel Denton y buscó en Internet la sucursal de Éxodo Plus en Wolverhampton.

—Vaale, vaale —dijo Stacey en voz alta mientras Google le proporcionaba una descripción breve de la organización.

Como le había dicho la jefa, Éxodo era un movimiento de exgais que instaba a no involucrarse en relaciones con personas del mismo sexo, a eliminar el deseo homosexual y desarrollar el heterosexual, y a contraer matrimonio con personas del sexo opuesto. El grupo se creó en Estados Unidos a mediados de los años setenta. En su apogeo, la organización llegó a contar con más de cuatrocientos centros por todo el mundo.

De no tratarse de una cuestión tan despreciable, Stacey se habría reído a carcajadas al descubrir que uno de los miembros fundadores y líder dentro de Éxodo dejó el grupo, se divorció de su mujer y formó un hogar junto a otro hombre. Alan Chambers, presidente de la organización, la cerró en 2013 y explicó a quien quisiera escucharlo que la terapia de conversión no funcionaba. A pesar de sus acciones, muchas de las organizaciones afiliadas siguieron

operando, bien formando nuevas redes, bien uniéndose a otras ya existentes, como Éxodo Global Alliance.

En cualquier enlace en el que entraba donde aparecía el nombre de Éxodo, descubría casos de menores a los que obligaban a ir a campamentos exgais en contra de su voluntad.

A medida que iba leyendo más artículos, el enfado de Stacey aumentaba. Tuvo que luchar en relación con su propia sexualidad durante su adolescencia, y la mayor parte del tiempo lo hizo sola. Se sintió abrumadoramente confundida cuando se enamoró por primera vez de una chica que pertenecía a un curso superior al suyo. El objeto de sus afectos se mudó de casa y, por lo tanto, de colegio, y una vez que su corazón de catorce años se recuperó, se enamoró de un chico que trabajaba en el quiosco al final de su calle. Tuvieron que pasar otros dos años y muchas noches en vela para que comprendiera que era bisexual. Un concepto que tuvo que explicar a su madre cuando se armó de valor para contarle la verdad. Tras el shock inicial, la mujer por fin dijo algo:

—Cincuenta por ciento de opciones, no está tan mal —fue capaz de decir, encogiéndose de hombros.

—¿Posibilidades de qué? —preguntó Stacey.

—De tener nietos —dijo antes de abrazar a su hija con todas sus fuerzas.

Llegó a abrir la boca para explicarle que las parejas del mismo sexo ya no tenían que resignarse a no tener hijos. Pero decidió que era mejor ir paso a paso.

Reflexionó sobre aquellos años de confusión y soledad. Había tenido sentimientos de todo tipo en aquel periodo, un cúmulo de emociones adolescentes, pero nunca pretendió eliminar esa parte de sí misma ni fingir que no existía. Sentía una tristeza terrible por las personas que no llegaban a ser capaces de aceptarse tal y como eran.

Siguió leyendo hasta dar con un artículo que insinuaba que Éxodo tenía vínculos con un lugar llamado Judge Rotenburg Centre, en Canton, Massachusetts.

—¡Maldita sea! —susurró Stacey mientras el enlace la llevaba a una investigación sobre ese sitio, que fundaron a principios de los setenta para tratar a personas con problemas de desarrollo, trastornos emocionales y comportamientos similares al autismo.

El centro recurría abiertamente a la terapia aversiva, llevaba a cabo programas de alimentación condicionada, usaba restricciones prolongadas y aislamientos, privación sensorial y dispositivos GED para descargas eléctricas, todo ello como parte del «tratamiento».

Aunque se habían producido seis muertes desde su fundación, el centro se enorgullecía de ser pionero en el tratamiento conductual. Había numerosos relatos de casos en los que se facilitaba o retiraba comida como recompensa o castigo según el comportamiento. También se describía el uso forzado de un casco que restringía la visión y la audición durante largos periodos de tiempo. Se provocaba a los pacientes para que adoptaran un comportamiento determinado y, de esa forma, poder castigarlos. Se añadían otras técnicas de humillación, como obligarlos a comer en la postura en la que lo haría un perro o a dormir arrodillados.

Stacey recordaba haber visto un documental sobre el trato que reciben los presos en Guantánamo. Si aplicaran allí las mismas técnicas, se desataría una ola de indignación a nivel mundial. Y esto se les estaba haciendo a chicos y chicas.

Stacey se estremeció, dando gracias a Dios de que no existieran centros similares en el Reino Unido. Ya era bastante perturbador que una nueva sucursal de Éxodo hubiera cruzado el charco.

Entró en su página web y marcó el número que en ella se facilitaba; respondieron al segundo tono.

—Éxodo Plus, le atiende Lorraine, ¿en qué puedo ayudarle?

La voz sonaba animada, amistosa; Stacey casi podía oír la sonrisa en la cara de la mujer.

—Hola, soy la ayudante de detective Stacey Wood, de la Policía de West Midlands. Quiero saber si mi jefa podría reunirse con Charles Stamoran.

—¿En relación con qué?

La sonrisa en la voz se había esfumado.

—Una investigación en curso.

—Lo siento, pero el señor Stamoran está ocupado —dijo, y a continuación colgó.

Stacey, perpleja, se quedó mirando su teléfono.

—¿Qué coño acaba de pasar?

Capítulo 29

—Dime, Stace —dijo Kim, poniendo el teléfono en altavoz.

—No vas a poder entrar en la sucursal —contestó—. Allí me dicen que está demasiado ocupado como para hablar contigo, y no tiene hueco para hacerlo hasta finales de mes.

—De acuerdo, Stace, estamos justo al lado ya. Luego te llamo —dijo Kim, haciendo una valoración visual del edificio en el que se encontraba—. Hum... No quieren hablar con nosotros, ¿no?

—¿Qué pasa, que ya te conocen, jefa? ¿Será por eso?

—No tiene gracia —dijo mientras salía del coche.

El centro era el último edificio de un polígono comercial, que parecía haber sido una pequeña cafetería en algún momento en el pasado. El letrero que había sobre la puerta tan solo rezaba Éxodo, seguido de un signo más; no se explicaban más detalles, no había descripción alguna y, desde luego, el exterior del edificio no le confería atractivo de ningún tipo. Las ventanas de las dos plantas tenían por dentro persianas venecianas que estaban bajadas, bloqueando la visión hacia el interior. De no ser por los dos coches que había delante del recinto, un Jaguar y un Corsa, el lugar habría parecido estar vacío y en desuso.

Al acercarse a la entrada, observó una única cámara de seguridad. La puerta estaba cerrada, pero en la pared había un interfono. Pulsó el botón.

—Éxodo —dijo una voz cantarina.

—Inspectora Stone y sargento detective Bryant. Creo que mi compañera ha llamado hace un rato.

—Sí, y ya le dije que el señor Stamoran no está disponible, algo que no ha cambiado en los tres minutos que han pasado desde que le he colgado.

—Necesitamos hablar con él en relación con una investigación que

está actualmente en curso —aclaró Kim por si no lo había entendido bien.

—Eso no le hace estar menos ocupado.

Kim no estaba simpatizando nada con Lorraine.

—¿No podría concedernos aunque sea unos minutos?

—Por tercera vez, no. Por favor, aléjese de la puerta principal.

Kim dio un paso atrás.

Sí, podía esperar a que el hombre saliera del edificio. Eran casi las cuatro, pero no le importaría esperar allí sentada durante horas. Pensó en hacer unos cuantos gestos groseros a la cámara que la estaba vigilando, hasta que se dio cuenta de que en realidad no apuntaba hacia donde se encontraba ella.

Siguió la trayectoria de la cámara.

Y lo comprendió.

Se acercó al Jaguar.

—¿Oyes eso, Bryant?

—¿Que si oigo qué, jefa?

—Un ruido que viene del maletero.

—Jefa, yo no...

—Ya, tú no es que oigas muy bien que digamos. Comunícalo por radio. Me ha parecido que era un niño.

Bryant sacó la radio mientras ella se acercaba y se apoyaba en el Astra Estate.

Kim consideró las diferencias entre los dos lugares que había visitado. El What Centre de Stourbridge estaba situado junto a la calle principal de la población y se trataba de un lugar abierto y acogedor. Este sitio estaba cerrado a cal y canto, y, además, escondido al final de un polígono comercial.

—¿Eres consciente de que la consecuencia de esto va a ser una queja formal? —dijo Bryant, de pie junto a ella.

Lo era, pero también sabía que ahora tenía un poco de margen de

maniobra con Woody. Al menos un poco.

—¡Hostia! —dijo Bryant cuando oyeron una sirena a lo lejos—. Qué rapidez.

Durante un breve instante, Kim se sintió culpable por el hecho de haber distraído a los agentes temporalmente de sus deberes, pero, si no se equivocaba, solo serían un par de minutos.

Cuando apareció el coche patrulla, Kim se colocó de forma que tuviera que aparcar cerca del Jaguar, sobre todo con el objetivo de que los espectadores que sospechaba que observaban todo desde dentro del edificio pudieran ver la escena con claridad.

La sirena dejó de sonar, pero las luces siguieron parpadeando mientras dos agentes salían del coche.

Les mostró su identificación policial. No era tan famosa entre los agentes de Wolverhampton.

—Algo en relación con el maletero, ¿no es así, señora? —preguntó el oficial más alto.

Asintió, y todos se acercaron al coche. El agente más bajo portaba un objeto para hacer palanca.

Kim comenzó una cuenta atrás. Cinco, cuatro, tres, dos.

La puerta de Éxodo se abrió como por arte de magia.

Apareció un hombre vestido con pantalones negros y camisa blanca, seguido por una mujer delgada de treinta y pocos años, pelirroja, con el pelo rizado.

—¿Qué cojones está pasando aquí? —preguntó el hombre, que Kim supuso que era Charles Stamoran.

—Se ha informado de un...

—Aléjese de mi maletero, agente —dijo Stamoran, poniendo una mano protectora sobre el metal.

—Le agradecería que lo abriera, señor.

—¿Por qué razón? —preguntó, mirando a su alrededor a todos los policías allí congregados.

La pelirroja Lorraine fulminó a Kim con la mirada.

—Señor, limítese a abrir el maletero.

—Me cago en todo —dijo, sacando las llaves del bolsillo. Un par de pitidos y el maletero comenzó a abrirse, elevándose.

No había nada en su interior, exceptuando una chaqueta gruesa y una caja de herramientas pequeña.

—¿Ya están contentos?

El policía más alto miró a la inspectora.

Kim se encogió de hombros.

—Lo siento, chicos, me he equivocado. Pero gracias por venir tan rápido.

Los dos agentes volvieron al coche patrulla. El más bajo comenzó a informar a la comisaría acerca de la intervención.

—Lo ha hecho queriendo —dijo Stamoran acusadoramente.

—Oiga, todos cometemos errores, pero, ahora que le tengo delante, podemos hablar, ya sea aquí fuera, ahí dentro o en la comisaría. De una u otra forma, usted y yo vamos a tener una conversación.

Capítulo 30

No sé cuánto tiempo ha pasado desde la vez anterior que me desperté, pero parece que mis músculos siguen desobedeciendo las órdenes que les doy. El cansancio me cala hasta los huesos.

Un recuerdo se abre paso en mi mente. No sé si fue un sueño.

No es la primera vez que me despierto. Había bebida, comida... un sándwich. Mi mente se intentaba rebelar, a pesar de que mi cuerpo no respondía.

El recuerdo intenta aclararse. Me desperté y estaba seco. Me habían cambiado la ropa y me habían lavado. Pero no, debe haber sido un sueño, no podría haber sucedido sin que yo fuera consciente de ello.

Me moví con incomodidad. Mi ropa no estaba húmeda y no olía a suciedad. ¿Cómo me había vuelto tan vulnerable y así de dócil? ¿Cómo tratar conmigo había supuesto el mismo desafío que hacerlo con un recién nacido?

Recuerdo más. Me habían puesto las manos, aún esposadas, delante del cuerpo. Un trozo de plástico duro descansaba sobre mis dedos. Reuní todas mis fuerzas y lo palpé por todas partes. Era un triángulo. Era comida. La rechacé. No me iba a comer lo que me ofrecieran, no los iba a ayudar a mantenerme con vida para que pudieran cumplir lo que quiera que hubieran planeado. No iba a permitir que me controlaran. Tardé unos segundos más en darme cuenta de que si me habían dado la oportunidad de comer, una cosa estaba clara: me habían tenido que quitar la mordaza de la boca. Un hecho que hasta ese momento se me había escapado.

—¡Ayuda! —grité.

O al menos, fue un grito en mi cabeza, un rugido que podría haber derribado paredes. En la realidad, solo fue un susurro que apenas se habría escuchado a medio metro de distancia.

—¡Ayuda! —repetí.

El esfuerzo que me requería la acción no obtenía recompensa. Mi cabeza se tambaleaba de puro cansancio.

—¡No, no, no! —grité, intentando combatir la fatiga. Necesitaba intentarlo de nuevo, reunir cada gramo de fuerza y canalizarla en un grito ensordecedor.

Sabía que tenía que hacerlo, pero mis párpados terminaron cayendo, ennegreciendo el mundo que tenía alrededor.

Eso sucedió antes; ahora me he despertado con un hambre tan feroz que hasta podría considerar la idea de comerme mi propia pierna izquierda. Me acuerdo del bocata. Mi corazón late con entusiasmo, pero este decae casi de inmediato. Vuelvo a tener la mordaza puesta y no hay rastro del sándwich.

Inexplicablemente, siento unas lágrimas calientes en los ojos, que me escuecen, luchan por salir de ellos. Parpadeo para contenerlas. ¿Quiero llorar por un poco de comida o será porque ahora entiendo el juego? No tengo control sobre mis acciones, lo tienen mis captores, completamente. Serán ellos y no yo los que decidan cuándo voy a comer, y si no lo hago cuando ellos me lo digan, me quitarán la comida.

El ruido de mi estómago suena más fuerte que mis gritos de socorro.

Cuando el cansancio vuelve a apoderarse de mí, no hago ningún intento por combatirlo en esta ocasión.

Capítulo 31

La mirada de Lorraine seguía a Kim por todo el edificio, y solo se suavizaba cada vez que miraba a Charles Stamoran, que al parecer no se daba cuenta del intenso enamoramiento adolescente que la mujer no se esforzaba por ocultar. Parecía haberse tomado como algo personal que se hubieran roto las barricadas de entrada; daba la sensación de sentir que no lo hubiera protegido lo suficiente.

—Pues nada, inspectora, tiene toda mi atención. ¿Qué es tan importante?

El interior del inmueble no era mucho más cálido y acogedor que el exterior. El despacho de Stamoran estaba destinado a los negocios, no a la terapia; a saber cuál era el espacio reservado para eso.

—Bueno, no hay ningún gay por aquí entonces, ¿verdad? —preguntó Kim, mirando a su alrededor.

Las estanterías estaban llenas de textos religiosos y libros de orientación basados en la fe. Aunque era amplio, en su escritorio apenas había un ordenador portátil, un posavasos, un teléfono y una fotografía enmarcada. Kim no atinaba a ver a las personas que había en ella desde el sillón negro de reuniones donde estaba sentada, al otro lado del escritorio; Bryant tampoco.

—Ya conoce nuestro propósito, inspectora, y como veo que no parece comulgar con él, no voy a darle más detalles sobre el trabajo que hacemos aquí.

—No, no, por favor. Estoy muy interesada.

Volvió a cruzar las piernas. Tenía que ponerse cómoda para escuchar lo que se le venía encima.

—Vale, no sé si es consciente de que no todos los gais quieren serlo. Algunos, a pesar de la atracción que sienten por personas del mismo sexo, no pueden soportar la idea de una interacción real. No

creo que sea necesario que se lo explique con todo lujo de detalles —dijo mientras un gesto de repulsión tiraba de sus labios.

Vaya, no cabía duda, era la persona adecuada para el trabajo que tenía.

—Abogamos por la abstención, por no ceder a la tentación.

—O sea, por morir solo y sin amor, ¿correcto?

Stamoran negó con la cabeza.

—Se lo he dicho antes...

—Perdón —dijo levantando la mano—. Permaneceré en silencio y solo cuando usted haya finalizado haré mis comentarios críticos.

—Creemos que es posible guiar a nuestros afiliados a disfrutar de una vida plena que no sobrepase sus límites y sensibilidades.

Eso a Kim le sonaba a una ideología del tipo «no te la saques».

—Como organización, ¿qué le parece que uno de sus miembros fundadores no fuera capaz de resistir la tentación? ¿No hace ese hecho que la gran burbuja que forman sus creencias estalle?

—Éxodo Internacional se disolvió. Ahora pertenecemos...

—Es una cuestión de semántica, señor Stamoran. Ustedes predican exactamente el mismo mensaje. Por favor, responda a la pregunta.

—Ningún método es eficaz al cien por cien.

—¿Y cómo de eficaz es Éxodo? ¿Cuál es su tasa de éxito? —preguntó Kim.

—No lo medimos en cifras. Con que seamos capaces de ayudar a una sola persona a llevar la vida que desea, ya nos consideramos satisfechos.

—¿Ayudaron ustedes a Jamie Mills?

Su reacción inicial fue de sorpresa.

—¿A quién?

Su respuesta parecía auténtica, lo cual le dio un buen punto de referencia.

—¿Sarah Laing?

Su rostro se tensó.

—¿Quién?

—Vaya, ahí le he pillado, señor Stamoran. Es obvio que conoce a Sarah, pero ha intentado insinuar que no. ¿Por qué lo ha hecho?

Se puso colorado, siendo consciente de la notoriedad de su mentira.

—Nunca hablamos de casos individuales, para proteger la intimidad de los...

—Sarah está muerta, señor Stamoran. No creo que a estas alturas a esa pobre chica le preocupe demasiado la intimidad.

—¿Muerta? —preguntó, aunque su lenguaje corporal seguía siendo el mismo, como si no estuviera tan conmocionado como quería dar a entender.

—Antes de que siga poniéndose en evidencia, sabemos que Sarah tuvo muchos problemas para aceptar su sexualidad. La terapia no la ayudó demasiado, y tampoco lo hizo el apoyo de sus padres. Supongo que ustedes fueron su última esperanza.

—Lo dice como si nuestro trabajo fuera lo último que existe antes de la muerte —respondió; acto seguido, pareció darse cuenta de lo que acababa de decir—. Lo siento, me refería a que muchos de los miembros de nuestra organización logran llevar una vida bastante feliz si siguen nuestras instrucciones.

—¿Bastante? —preguntó Kim—. ¿Es eso lo mejor que pueden esperar?

Se quedó pensativo un momento, antes de señalar con la cabeza hacia la puerta que conducía a la oficina de la entrada.

—Lorraine es adicta a la pizza. No le sienta bien. Tiene algún tipo de intolerancia alimentaria. Comería pizza sin parar, pero tiene que conformarse con un par de porciones una vez al mes. Ninguno de nosotros puede...

—Un momento —dijo Kim—. ¿Le hablo de la libertad para amar a

quien te dé la gana, y usted me viene con opciones alimentarias?

—Lo que trato de explicarle es que algunas personas no quieren enfrentar las consecuencias de sus excesos.

—Y yo le digo que los conflictos relacionados con la identidad sexual no tienen nada que ver con tener un puto problema con el gluten —dijo Kim, tratando de mantener un tono que no la condujera a ser expulsada.

—En ambos casos se trata de elegir.

—¿Y Sarah lo hizo?

—Se puede decir que lo intentó con todas sus fuerzas.

—¿En qué sentido?

—A Sarah no le bastó con abstenerse y elegir otra forma de vida. O sea, lo intentó, pero no fue suficiente para ella. Quería que le quitaran los impulsos, los deseos, los pensamientos. No quería ser gay.

—Lo entiendo —dijo Kim—. Así que tuvo que explicarle que no podían hacer nada más por ella y recomendarle más terapia para ayudarla a aceptarse a sí misma, ¿no?

Puso un gesto de desagrado, mirándola mal.

—No. Eso va en contra de todo aquello en lo que aquí creemos. No pudimos ayudarla, pero eso no significaba que la fuéramos a abandonar. La absoluta determinación que mostraba por cambiar la hacía apta para que la deriváramos.

—¿Derivarla a dónde?

—A la Clínica del Cambio, en Bridgnorth.

—¿Para hacer qué?

—Terapia especializada.

A Kim se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Puede decírmelo en cristiano, señor Stamoran?

—Claro. La enviamos allí para que la curaran.

Capítulo 32

No era algo que sucediera habitualmente, pero Penn estaba un poco pálido cuando llegó a la sala de la brigada, según pudo observar Stacey.

Aunque eran casi las seis y llevaban once horas trabajando, ninguno de los dos se iría a casa hasta que la jefa lo sugiriera.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras él se desplomaba en su silla.

—Sí, es solo que dos en el mismo día es demasiado. No sé cómo Keats puede hacerlo —dijo mientras hacía un gesto de negación con la cabeza.

Unos cuantos rizos rubios se soltaron del gel fijador que solía usar cuando salía de la oficina. Si hubiera sido más temprano, habría cogido una de las bandanas que tenía en el cajón más alto.

—Creía que eras inmune a las autopsias —dijo Stacey.

—Las puedo aceptar en pequeñas dosis, pero no si se convirtieran en una constante en mi vida.

—Ya, lo puedo entender —reconoció—. Pero bueno, aprovechando que estás aquí, ¿puedo hacer que te devanes los sesos un poco?

—La expresión que has escogido no me parece muy oportuna teniendo en cuenta dónde he estado todo el día, pero dale.

—Si quisieras dejar a tu mujer, ¿cómo lo harías?

—Bueno, teniendo en cuenta que no tengo de eso, pues...

—Imaginación, Penn. Te pido que interpretes un papel.

—Vale, ¿por qué he decidido dejar a mi mujer? —preguntó.

—¿Importa mucho la razón?

—Por supuesto. Si estoy enfadado porque me ha puesto los cuernos o porque se ha cargado mis cascos Bose, hago la maleta, grito un poco y me largo furioso.

—¿Por los cascos? —preguntó Stacey.

—Estoy interpretando el papel, Stace.

—Vale, ¿y si no estuvieras enfadado?

—Probablemente me sentaría frente a ella y le explicaría mis sentimientos y los motivos que me habrían hecho tomar una decisión como esa, tratando de causarle la menor tristeza posible. —Hizo una pausa—. ¿Tenemos hijos?

Stacey negó con la cabeza, sintiendo de nuevo una pena enorme por los intentos fallidos de fecundación in vitro y preguntándose cómo podría eso haber afectado a largo plazo a la pareja, en especial a Beth.

—Vale, entonces no tenemos que explicárselo a los niños ni esperar a que se vayan a la cama.

—¿A qué hora te irías de casa?

—Seguramente nada más volver del trabajo. Si tuviera claro que lo voy a hacer, no querría tener que simular que todo fuera normal, no sería justo.

—¿Y qué harías después?

—Probablemente habría reservado una habitación de hotel para unas cuantas noches en función de mis planes a largo plazo. A ver, hay que llegar a acuerdos sobre la casa y otras posesiones, pero no querría ocuparme de eso de inmediato porque mostraría una gran insensibilidad, aunque sí que le dejaría claro que no se va a quedar con el jarrón que me regaló la tía Edith.

Stacey soltó una gran carcajada. Había sido un día infernalmente largo. Doce horas antes había estado a punto de dejar el equipo para siempre, y ahora se partía de risa con la realidad paralela que Penn se estaba inventando.

Recuperó la compostura, poniéndose seria.

—¿Sacarías dinero de la cuenta de ahorros?

Penn hizo un gesto de negación.

—No sin decírselo. Tendría que confiar en que ella haría lo mismo,

pero no, no tocaría el dinero que hubiéramos juntado entre los dos. Menos mal que Lynne no es mucho de...

—Penn, ¿te has dado cuenta de lo que acabas de decir? —preguntó Stacey.

—El dinero es de los dos...

—La has llamado Lynne. Tu mujer de esta realidad paralela se llama Lynne.

Se puso rojo como un tomate.

—No, has oído mal.

—No, para nada, y convendría que analizaras eso.

Se registró en su ordenador mientras el tono de su piel volvía a la normalidad. Stacey seguía sintiéndose culpable por haber contribuido a cargarse lo que podría haber sido una bonita relación. Durante el desarrollo del último caso, había irrumpido en la velada romántica que Penn y Lynne estaban teniendo, en un momento en el que tanto ella como el resto del equipo estaban en peligro y les habían aconsejado no estar solos en ningún momento. Sabía que esa no era la única razón del fracaso de la relación, pero aún cargaba con cierta culpa por haber sido la gota que colmó el vaso.

Volvió a centrar su atención en los movimientos de Gabriel Denton. Todo lo que sabía de él hacía pensar que era buen tipo; sin embargo, empezaba a parecer que no era exactamente el hombre que la gente creía que era.

Capítulo 33

—Gracias por acercarme, Bryant —dijo Kim cuando se detuvieron frente a su casa. Acababa de mandar para las suyas a los otros dos, y había decidido que el día también había concluido para ella.

—¿Estás bien? —le preguntó su compañero mientras salía del coche.

—Sí —mintió. No quería admitir lo agotada que la había dejado el día.

—Nos vemos por la mañana —dijo, saludando con la mano mientras se alejaba.

Él era consciente de que Kim todavía no había logrado ser la misma de antes, y también sabía que no debía presionarla más una vez formulada la pregunta.

Kim no pudo evitar echar un vistazo a la calle antes de entrar en su casa. Pronto, una nueva familia se mudaría a la de Edna. Harían cambios, por dentro y por fuera, sin saber el horror y el miedo que allí se habían experimentado. Por muchos cambios que decidieran hacer, Kim siempre iba a recordar la imagen de Edna atada a una silla en medio de aquella habitación, envuelta en el pestilente aroma de sus propias funciones biológicas, a pocos minutos de la muerte.

«Culpa mía».

«Culpa mía».

«Culpa mía».

—Idos a la mierda —dijo a sus pensamientos mientras abría la puerta de su casa. No podía evitar que se le metieran en la cabeza, aunque no la ayudaban para nada. A pesar del discurso motivacional de Leanne acerca de que la culpa era la emoción más inútil que la mente humana podía evocar, ese recuerdo de la anciana desamparada nunca la abandonaría.

Encendió la luz y allí estaba Barney, provocando un ruidillo al mover

su cola por el suelo laminado del pasillo. Los pensamientos negativos se desvanecieron de inmediato.

—Qué pasa, amigo —dijo ella, frotándole la cabeza—. ¡Ah, a la mierda todo! —dijo, cerrando la puerta, y echó el pestillo. Se tumbó en el suelo y Barney caminó sobre sus piernas, restregándole la cola por la cara antes de acurrucarse junto a su pierna izquierda. Ella se inclinó sobre él y lo acarició bruscamente.

—Te he echado mucho de menos —le confesó, medio acariciándole, medio arañándole. Sospechaba que él no la había echado tanto de menos a ella, que se había acostumbrado a pasar muchas más horas del día con él.

Estos primeros días estaban resultando duros por varias razones. Después de estar dos meses sin trabajar, que la vuelta fuera con jornadas de doce horas no era probablemente a lo que Woody se había referido con aquello de tomárselo con calma.

—Vamos, chico —le dijo, estrujándolo una vez más antes de levantarse.

Abrió la puerta trasera antes de preparar una cafetera. Poco después, Barney estaba de nuevo ante la puerta abierta con una pelota en la boca.

—Dame un minuto, ¿vale? —dijo justo cuando sonó el timbre. Miró la cámara, pero la persona había salido del campo de visión.

Barney levantó las orejas y se dirigió a la puerta principal con la pelota en la boca.

Kim abrió la puerta, atónita al ver a la persona que estaba de pie delante de ella.

—¿Ted?

Hacía meses que no lo veía, y aunque había tenido encuentros con él en casi todas las etapas de su vida, nunca había sido en su casa.

—¡Dios mío, eres tú! —dijo el hombre acercándose a la puerta—.

Qué casualidad. Mi coche se ha averiado y me gustaría saber si puedo usar tu teléfono.

—Tu coche está perfectamente aparcado ahí mismo y llevas el móvil encima —le dijo, abriéndole la puerta para que entrara.

—No he conseguido engañarte una sola vez en la vida, ¿eh? —dijo, pasando junto a ella. Se agachó—. ¡Ey, hola, jovencito, he oído hablar mucho de ti!

La cola de Barney respondió al tono cálido y juguetón que desprendía la voz de Ted.

—Bueno, ¿qué haces aquí? —preguntó Kim, cerrando la puerta.

—Pasaba por la zona y me he preguntado si necesitarías a alguien con quien no hablar. Se me da bastante bien.

Kim se rio. Ted había sido su terapeuta desde los seis años. Lo designaron pocos días después de que la encontraran aferrada a su gemelo fallecido, Mikey, que había sucumbido a la inanición después de que su madre los dejara atados a un radiador. Ted era una de las pocas personas que lo sabía prácticamente todo sobre ella, y eso que de la boca de Kim no había salido ni una sola palabra. En todas y cada una de las etapas de su vida, la habían enviado a conversar con él, que era considerado el mejor en lo suyo. Nunca se había sincerado con el terapeuta, pero siempre se había sentido mejor tras una hora en su silenciosa compañía. Ya en edad adulta, había decidido visitarlo motu proprio, a menudo para buscar orientación acerca de un caso particular, pero era la primera vez que él iba a verla a su casa.

—¿Café?

—Sí, por favor —dijo, dándole a Barney una palmadita en la cabeza.

Kim bajó una taza de un armario e hizo una pausa.

—¿Cómo...?

—Normalmente se vierte el agua caliente en...

—Creo que nunca he preparado una sola bebida para ti —dijo ella, estupefacta al darse cuenta. Era la persona a la que conocía desde hacía más tiempo, había estado siempre en su vida, y ni siquiera le había hecho una taza de té.

—Con leche y sin azúcar —dijo.

Se lo preparó y lo empujó hacia él.

—¿Cómo has estado últimamente? —preguntó—. ¿Ha pasado algo interesante?

Kim sonrió. Era conocedor de lo que le había pasado, al cien por cien, y podía entender por qué se había presentado en su casa. Había sido una pieza clave en todos los hechos traumáticos de su vida.

—He recibido ayuda —dijo, mirando hacia sus pies.

—¡Ja! La única persona que se puede creer eso es el psicólogo que te ha estado tratando. Me apuesto lo que sea a que seguiste un ritmo determinado durante el tratamiento para mejorar gradualmente coincidiendo exactamente con el periodo estipulado. Jugaste a tu antojo con el pobre infeliz con la misma facilidad que un virtuoso del violín toca su instrumento.

Ted la conocía mejor que nadie, estaba claro. Su respuesta fue el silencio.

—¿Así que no has tenido más ayuda que esa con todo el calvario de Symes, ni tampoco para afrontar la pérdida de tu madre?

—Estoy bien.

—Ay, ay, ay, ay, ay —exclamó, antes de sacudir la cabeza y dar un sorbo a su café.

Kim no sabía exactamente qué significaban esos lamentos, pero no sonaban bien.

—¿Quieres que nos sentemos fuera? —preguntó ella. No faltaba mucho para el anochecer, pero el día era suave para estar a finales de octubre.

—Te sigo —dijo, cogiendo su café.

La mayoría de las tardes las pasaba con la sensación de estar atrapada dentro de la casa. Su lugar feliz siempre había sido el garaje, pero ya no tenía esa función. Ahora servía para poner su cuerpo a tono.

Ambos se sentaron junto a la mesita de café, y Barney apareció con su pelota.

Kim se la lanzó, y él salió corriendo feliz.

—Tengo entendido que tu madre falleció mientras estabas en coma —dijo Ted, cruzando las manos y apoyándolas en su estómago.

—No quiero hablar de ello.

—Un coma que se produjo tras haber sufrido un breve fallecimiento a manos de un loco que literalmente te golpeó hasta matarte. Bah, una tontería, tampoco hay mucho que analizar ahí.

—Tampoco quiero hablar de eso.

—Menos mal. Tengo poco más de setenta años y no me queda suficiente tiempo para tener una conversación que abarque todo eso.

Kim se rio.

—¿Sabías cuánto le quedaba a tu madre? —preguntó.

—¿Has oído lo que te he dicho, que no quiero hablar del tema? —preguntó, lanzando de nuevo la pelota para que Barney corriera a por ella.

—Ya, denúnciame si quieres.

Ted ya no estaba en activo, así que la tenía a su merced.

—Simplemente no...

—Mira, mis poderes de terapeuta no funcionan más allá de los límites de mi propiedad. No estoy tratando de analizarte, tan solo intento ser un amigo.

Kim se relajó.

—Sí, sabía el tiempo que le quedaba y ya había decidido no

visitarla, y antes de que empieces, sé lo que piensas al respecto.

Ted tomó un sorbo de café.

—Si estuviéramos en mi propiedad y tuviera acceso a mis superpoderes, habría opinado que habría sido catártico ir a verla independientemente de cómo hubiera acabado la visita. Como amigo tuyo, te lo habría desaconsejado.

—¿Cómo se hace eso?

—¿Qué?

—Tener dos opiniones contrarias sobre el mismo tema.

—Los libros de texto dicen que perdonar es bueno, que el perdón favorece la curación y el desarrollo personal. Claro que los libros de texto no conocen a Kim Stone.

—Ah, entiendo.

—En una situación normal, la gente en general puede estar lista para perdonar tras un periodo como el de tu caso, de más de treinta años. Tal vez la intensidad de su ira se haya suavizado después de ese tiempo y a lo mejor querrían que la negatividad desapareciera de sus vidas. Contigo es al revés: la has ido alimentado con el paso del tiempo, y has cultivado el odio durante años. La rabia que aún experimentas es la misma que sentías el día en que murió Mikey.

—Me parece que acabas de usar tus superpoderes, Ted —dijo Kim, mientras amagaba con tirarle la pelota a Barney.

—Qué va, solo es una observación.

—Pensaba que me ibas a decir que perdí mi oportunidad de perdonar.

—La oportunidad que has perdido es la de que tu madre te escuchara decirlo, pero no la de hacerlo para ti misma.

Lo mismo que Leanne King le había dicho mientras desarmaba el tostador.

Se sentaron en silencio durante unos minutos antes de que Ted volviera a hablar.

—¿Y qué hay de lo otro?

—No, señor. De eso no vamos a hablar.

—Vale. No hablar de ello no significa que no ocurriera, pero venga, si no quieres hablar tú, lo haré yo. Ese asunto es complejo, porque no se trata solo del incidente en sí, sino también de sus secuelas.

—Ted —le advirtió. Nadie era capaz de leerla como él, y no sabía si estaba preparada para oír lo que se le venía.

—Lo que hiciste fue valiente, desinteresado, estúpido y temerario, y también era lo único que podías hacer. Ofreciste tu propia vida para salvar a esas chicas. Durante el ataque experimentaste muchas emociones diferentes: miedo, rabia, impotencia, vulnerabilidad, incompetencia..., todas ellas han dejado huella y tendrás que superar los hechos con el tiempo. Castigaron tu cuerpo, lo golpearon más allá de sus límites de resistencia, hasta el punto de que se rindió. Colapsó. Estuviste muerta.

Kim podía sentir cómo la tensión se filtraba hasta su mandíbula. No necesitaba que le recordaran aquello.

—Todo eso ya es bastante complicado de afrontar, pero no es lo más importante. Luego iremos con eso. También estás teniendo que lidiar con una paradoja. Todo el mundo puede apreciar los aspectos positivos de lo que hiciste. Salvaste a esas chicas y para ello no te importó dar tu vida. Te elogiaron. Eres una heroína.

—Ted —volvió a advertir.

—Y no quieres eso, no te sientes como tal, no crees que merezcas los elogios porque una verdadera heroína estaría muerta, pero tú sigues viva.

—Volvería a hacerlo —dijo Kim.

—No me cabe duda de ello. En resumen, un montón de cosas que afrontar, que requerirían meses, incluso años, para poder ser resueltas; por eso sé que manipulaste a tu terapeuta. ¿Llegaste a hablarle de las pesadillas, de las de verdad?

—¿Cómo has sabido...?

—¿Cómo pudiste no hacerlo? Por mucho que trates de esconder las cosas, siguen ahí, en alguna parte —dijo dándose golpecitos en la sien—. No son menos reales porque ignores su presencia. Esa es la forma en la que has afrontado siempre el trauma. Los dos sabemos que llegará un día en que tu método ya no funcione, pero no eres capaz de aceptarlo, así que me ahorraré el esfuerzo porque no vale la pena. Y, por si todo esto fuera poco, como te decía antes, aún falta lo más importante.

—A ver, ¿de qué se trata? —preguntó Kim, segura de que él no tenía forma humana de saberlo.

—Ofreciste tu vida. Hiciste un pacto, un acuerdo, y sobreviviste. Al aceptar el trato, te despediste de todo. —Hizo una pausa—. Un colega emigró a Nueva Zelanda hace un tiempo. Dos días antes de irse, celebró una gran fiesta con familia, amigos y conocidos. Hubo regalos, lágrimas, despedidas y buenos deseos. Dos meses después, volvió. Casi nadie le dio importancia a su vuelta, nadie le hizo demasiado caso. Se habían despedido de él. Eso es lo que hiciste tú mientras dabas tus últimos suspiros. Te despediste. Te preparaste para morir, y entonces regresaste, pero ya nada es igual.

Kim no dijo nada para no delatarse.

—Es como si hubieras vuelto a un mundo ligeramente distinto, a un universo paralelo. Te has desterrado, te sientes ajena a tu propia vida. Te sientes desvinculada de todo, como si estuvieras interpretando un papel en lugar de vivir la vida. ¿He acertado en mi evaluación?

—No sé de qué me hablas, la verdad —dijo Kim mientras alcanzaba su taza para rellenársela.

Rezó para que Ted no se fijara en cómo le temblaba la mano.

Capítulo 34

—Buenos días, chicos —dijo Kim, entrando en la sala de la brigada.

Echó el ojo al táper, que estaba colocado entre los dos escritorios.

—Buena elección, Penn, os habéis librado de una buena.

Nadie dijo nada. Se alegró de ver que Penn había sabido aprovechar bien el tiempo de descanso desde ayer. Ya era hora de que todo volviera a la normalidad, en la medida de lo que era posible para ella. Había pasado su tiempo de descanso escuchando cómo alguien la enfrentaba con sus propios sentimientos, haciéndolo de una manera bastante acertada. Consiguió convertir la conversación con Ted en una charla trivial después de dejarle claro que no iba a hablar más de Symes. Él se terminó su segundo café y se marchó tras ofrecerle su ayuda y decirle que, aunque ya se había jubilado, estaba siempre disponible para ella. No hacía falta que lo dijera.

—Venga, vamos a ponernos al día. Hemos aprendido que hay un montón de gente ahí afuera que trata de eliminar la calidad de gay de las personas. También sabemos que, aunque Jamie nunca perteneció a Éxodo, Sarah sí que lo hizo, y por otro lado hemos descubierto que entregó a su hija justo antes de tomar la decisión de registrarse en todos los portales de citas. A la luz de la valoración de sus padres, ese fue un paso muy atrevido, porque a Sarah le repugnaba su propia sexualidad.

—¿Se rebeló? —preguntó Stacey.

—Continúa —dijo Kim.

—Bueno, ¿y si hubiera soñado durante toda su vida con tener una familia, un marido e hijos y luego la realidad no se hubiera correspondido con la fantasía? Tal vez conoció a un chico, le gustó y encajaba en la idea que tenía en la cabeza; se acostó con él y se

quedó embarazada. Puede que, al comunicárselo al padre de la criatura, este no quisiera saber nada de ninguno de los dos.

—Su ilusión se hizo añicos —dijo Kim.

—Exacto. Así que sigue adelante con el embarazo, tiene a su hija y las cosas no son como ella suponía. Sigue huyendo de su verdadero yo hasta que finalmente se da cuenta de quién es y de que no puede hacer nada por cambiarlo.

—Pero ¿por qué ser tan drástico? —preguntó Bryant.

—¿Cuánto tiempo llevas sin fumar?

—Siete años, tres meses, dos días y nueve horas, pero vamos, ¿qué tipo de persona lleva la cuenta de algo así?

Todos se rieron.

—Vale, supongamos que alguien te dijera que el tabaco ya no hace ningún daño, que no provoca ni un poco de tos. ¿Qué harías?

—Fumarme todos los cigarrillos que pudiera.

—Está claro. Pues eso, puede que Sarah hubiera decidido que, si iba a ser gay, iba a lanzarse de lleno a ello, lo iba a hacer de verdad.

—Tiene sentido —dijo Kim. Si eso era cierto, es posible que por fin se hubiera aceptado y jurado a sí misma intentar compensar el tiempo que había perdido.

—También supimos gracias a Charles Stamoran, de Éxodo, que hay un lugar, una clínica, conocida como «Clínica del Cambio», situada en algún lugar de Bridgnorth.

—¿Cambio de qué? —preguntó Penn.

—La cosa es que el señor Stamoran no quiso explicarnos mucho sobre el lugar, salvo que Éxodo Plus lo utilizaba como un lugar al que derivar a ciertas personas para las que la mera abstención no era una opción.

—¿Crees que Sarah la visitó? —preguntó Stacey.

—Desde luego, Éxodo la derivó allí. Quizá puedan ayudarnos a identificar al padre.

—¿Qué diferencia hay entre Éxodo y esta Clínica del Cambio? —preguntó Penn.

—Éxodo se centra en la abstención. Su teoría es que se puede vivir una vida íntegra y plena si decides no actuar siguiendo tus deseos. La Clínica del Cambio afirma poder eliminar esos deseos por completo.

—¿Estás diciendo que ese sitio asegura ser capaz de cambiar tu orientación sexual?

—Eso es lo que dice la página web —dijo Kim. La noche anterior la había estado consultando en la cama, incapaz de dormir.

—Ahhh, espera, tal vez usen un hechizo especial para encantar a las personas. Quizá tengan varitas, capas y sombreros puntiagudos.

—¿Otra vez viendo Harry Potter, Stace? —preguntó Bryant.

—O tal vez utilicen un procedimiento quirúrgico —ofreció Penn—. Quizá encuentren el origen en el dedo pequeño del pie izquierdo y te lo corten.

Bryant y Kim observaron divertidos cómo ambos se iban alimentando el uno al otro.

—O quizá, cuando te operan de apendicitis, en realidad, no es exactamente eso —dijo Stacey.

Penn abrió mucho los ojos en señal de sorpresa.

—O tal vez te lo exorcicen.

—Igual que cuando vas al gimnasio para cambiar tu apariencia física, cómo lo odio.

—No me refiero a ese tipo de exorcismo, sino a uno completo. ¡El poder de Cristo te obliga!

—Y el poder de la jefa os obliga a que lo vayáis dejando ya.

Ambos se serenaron y se pusieron más serios.

—Stace, ¿cómo va lo otro?

—Sigue desaparecido, jefa. Pero lo hemos pillado retirando una gran cantidad de dinero de sus ahorros justo antes de evaporarse.

—Vale, confío en que seas consciente del momento en el que hayas hecho todo lo que se podía hacer.

Stacey hizo un gesto afirmativo, indicando que lo entendía.

—Penn, quiero que investigues un poco los antecedentes de la Clínica del Cambio. Cualquier escándalo, demanda, historia... Y, ya de paso, como te vas a poner a indagar, bucea un poco en el pasado de Charles Stamoran y de su leal ayudante, y ya que estamos dale una vuelta a la reputada doctora, Megan Shaw.

—Me pongo a ello, jefa.

—Bryant, haz lo que puedas para ayudar a estos dos mientras estoy fuera —dijo, consultando su reloj.

—¿Fuera dónde? —preguntó.

—Tengo reunión con el jefe —dijo, y soltó un suspiro de frustración. La orden de acudir al despacho de Woody a las siete y cuarto de la mañana le había llegado al teléfono poco después de las seis, esa misma mañana. Estaba segura de que solo se trataba de un control de su estado físico y emocional, y no esperaba estar fuera mucho tiempo.

Tenía esa esperanza, porque estaba loca por ir a la clínica de Bridgnorth.

Quería descubrir si esa institución tendría más ganas de hablar con ellos que las personas que recomendaban sus servicios.

Capítulo 35

Kim tomó asiento frente a la mesa de Woody y observó con curiosidad la taza que tenía delante.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Café.

Miró a su alrededor.

—¿Está esperando a alguien?

—Es para ti.

Kim lo miró con suspicacia.

—Señor, usted no me ha hecho café en la vida —dijo, rememorando lo que había ocurrido en su casa el día anterior. Estaba claro que, o había hecho algo muy bien y se había ganado su favor, o había hecho algo realmente malo y estaba a punto de ser despedida. En cualquier caso, el café la hacía sentir incómoda.

—Si somos estrictos, no lo he hecho yo, sino la máquina. Pero bueno, que al fin y al cabo esto es solo una reunión para la evaluación de tu bienestar.

Kim se sentó, dejando espacio entre ella y la dichosa taza de café. No tenía intención de permanecer en la reunión el tiempo que requería bebérsela.

—Señor, me encuentro bien —declaró.

—Eso no satisface todos los criterios de tus pautas de bienestar, Stone, así que me vas a perdonar, pero he de escarbar un poco más profundo.

Ella miró su reloj.

—No has sido muy sutil, y de todas formas eso no te va a funcionar —dijo, mirando por encima de sus gafas—. Ayer fue tu primer día completo ya de vuelta en el centro de la acción. ¿Seguiste mi consejo y te aclimataste poco a poco a tu puesto? —preguntó, cogiendo una hoja de papel.

A Kim se le vino a la cabeza que el día comenzó a las siete de la mañana, su encuentro con River, la visita a Megan, su cita en el What Centre de Stourbridge, el rato que pasó en Éxodo en Wolverhampton, el descubrimiento de una pista sobre una clínica de dudosa reputación en Bridgnorth y que terminó llegando a casa sobre las ocho de la tarde.

—Creo que sí, señor. Intenté respetar los horarios correctos de comienzo y finalización de mi jornada laboral, observando las pausas prescritas para comer y descansar.

Por la expresión incrédula de Woody, no fue capaz de adivinar si quería discutir con ella o directamente reírse en su cara.

No hizo ninguna de las dos cosas y volvió a centrar su atención en la hoja de papel.

—¿Te sentiste en algún momento demasiado estresada o con mucha ansiedad? —preguntó.

—Tan solo con las aptitudes deficientes de conducción de Bryant.

Eso no le hizo ninguna gracia a Woody, que esperó en silencio.

—No, señor —confirmó Kim, optando por hacer caso omiso de la sensación de tensión que había anidado en su estómago durante todo el día y el hecho de que creía haber divisado a Symes al menos en tres ocasiones distintas. Su jefe no tenía por qué saberlo.

—¿Te sentiste fatigada físicamente o agotada mentalmente?

Tenía muchas respuestas para contestar esa pregunta, pero ninguna de ellas iba a servir para marcar con un tic la casilla correspondiente de la hoja que su jefe estaba rellenando.

—No, señor —dijo ella, esperando que no se le notara el hecho de que había tenido que pararse tres veces al subir las escaleras para ir a la cama.

—¿Dudaste en algún momento de tu capacidad física o psicológica para desempeñar tus funciones?

—No, señor —respondió, sabiendo que si admitía los dolores de

cadera que la atormentaban iba a terminar confinada en comisaría.

—¿Y sabes qué tipo de ayuda tienes a tu disposición y cuáles son los canales adecuados para solicitarla en caso de que la necesites?

—Sí, señor —dijo, siendo muy consciente de que nunca la utilizaría porque eso probablemente la conduciría a pasarse una temporada en la oficina.

Contuvo la respiración, rezando para que a Woody le convencieran sus respuestas. No podría dirigir este nuevo caso desde su escritorio.

Su jefe firmó en la parte de abajo del papel y lo dejó a un lado.

Esperaba poder irse ya, pero no daba un duro por ello.

—Bueno, he oído que tu decisión de prescindir de los servicios de Burns fue bien —dijo, volviendo a sentarse en su sillón.

Kim suspiró. Estaba claro que iba a salir el tema.

—Dime, ¿fue tan terrible como él me ha contado? —preguntó Woody.

—No sé hasta qué punto es propenso a exagerar, pero es verdad que yo podría haberlo gestionado mejor —dijo con sinceridad—. No fue mi mejor momento, pero el tipo es un idiota de los grandes.

Woody ni le dio ni le quitó la razón, sino que se limitó a permanecer en silencio para que continuara.

—Lo que hizo que me hirviera la sangre es la forma en la que trataba al equipo, señor, sobre todo a Stacey. La había relegado a servir té y archivar documentos. Además, la incompetencia y la apatía que demostró con el descubrimiento del cadáver de Jamie fue casi criminal. No tengo ni idea de qué tipo de caso anhela que se le aparezca en su cara, pero olvidarse de personas que han fallecido porque aparentemente no son parte de un caso de gran envergadura me parece algo imperdonable.

Woody siguió callado.

—Cada palabra que le dije fue sincera, pero debería haberlo hecho

en privado. Lo acepto y, bueno, eso es todo lo que puedo contarle —dijo abriendo las manos.

—Gracias por tu explicación —dijo, sin dejar entrever nada.

—Supongo que se ensañó conmigo cuando subió a verlo —dijo.

Woody asintió.

—¿Y va a pasarme algo?

—Como eres consciente de que deberías haber abordado el tema de una forma diferente, no, pero mejor que mantengas las distancias con él, es un hombre sin mucho que perder.

Kim captó el trasfondo de la instrucción de Woody, que sonaba un poco como una advertencia.

—¿Ha amenazado con algo? —preguntó.

Woody negó con la cabeza.

—No, pero puedo decirte con seguridad que ya no te va a mandar una tarjeta en las próximas Navidades.

—Sobreviviré —dijo levantándose de la silla.

Woody no hizo ningún intento para detenerla, lo que significaba que la reunión había terminado. Kim le dio las gracias por su tiempo y salió de la oficina, con la esperanza de que toda interacción con Burns hubiera quedado definitivamente en el pasado.

Capítulo 36

Bryant tomó la ruta a Bridgnorth que a Kim más le gustaba cuando llevaba a hacer rugir a la Ninja. Una nostalgia repentina la invadió. Hacía demasiado tiempo que no sentía una libertad de ese tipo. Tal vez, cuando acabara este caso, podría tomarse algo de tiempo para elegir una carretera al azar y ver a dónde la llevaba.

Esta ya había atravesado Enville, pasado por The Cat y subido primero por Four Ashes y luego por Six Ashes. Ahora estaban a la altura de Wootton. Era consciente de que Bryant aún no había abierto la boca ni una sola vez, ni siquiera para preguntarle por su encuentro con Woody.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, claro. Estaba pensando que no veas la que cayó anoche.

—Párate ahí —dijo Kim ya acercándose a Stanmore, a solo un par de kilómetros de la clínica a la que se dirigían.

Puso el intermitente, redujo la velocidad y se paró en un área de descanso.

—¿Qué pasa? —preguntó Bryant, apagando el motor.

—Almuerzo anticipado —dijo.

—Jefa, no son ni las nueve de la mañana. Y, además, nunca almorzamos.

—Y tú nunca me hablas de trivialidades como el tiempo, joder. ¿Qué es lo que te pasa?

—No es nada. No quiero añadir...

—Vamos, es la hora de comer, ya sabes que en ese momento soy Kim, no tu jefa.

—Eso solo tiene validez en tu casa —respondió Bryant.

—Vale, venga, da la vuelta y vamos para allá, si es que así desembuchas.

—A ver, puede esperar.

—¿Cómo que puede esperar?

—Necesito algo de tiempo, eso es todo.

Kim observó el leve espasmo que se produjo en su mejilla.

—Ah, que estás esperando a que recupere mis fuerzas, a que las cosas vuelvan a la normalidad.

Bryant no contestó.

—A saber cuándo va a suceder eso, no sé si tu estrategia de esperar daría sus frutos, así que vamos, cuéntame.

—Me has marginado —dijo.

Kim le hizo un gesto con la mano para que continuara.

—Estoy siendo muy gilipollas sacando el tema. Ya tienes bastante de lo que preocuparte.

—Sí, pero eso no hace que tengas menos derecho a sentirte como te sientes. Así que, por favor, explícame.

—Vale. Tú y yo somos amigos, más allá de nuestra relación profesional. Me preocupo por ti. Te he querido ayudar, estar a tu lado y que pudieras hablar o callar o despotricar y rabiar contra alguien, pero conmigo cerca. He intentado poder hacer lo que hacen los amigos y apoyarte durante uno de tus peores momentos. Estaba deseando jugar ese papel en tu vida y no me has dejado acercarme a ti.

—¿Literal o figuradamente? —preguntó ella, pensando en la de veces que lo había visto alejarse en coche desde el interior de su casa.

—Muy ingeniosa, Kim. Sé que te cuesta entenderlo, pero ese comportamiento hace que la gente a la que le importas se sienta como una mierda. Es como si no me dejaras compartir tu dolor. —Hizo una pausa y sacudió la cabeza—. No sé. Creía que nuestra relación era más cercana.

Kim hizo un esfuerzo por contener la emoción que le subía por la garganta.

Este hombre llevaba años siendo su amigo incondicional. A él podría confiarle su propia vida y, por tanto, merecía saber la verdad.

—¿Quieres saber qué fue lo último que pasó por mi cabeza antes de morir?

Asintió.

—Tú. Me dolía infinitamente pensar en la culpa que ibas a sentir por no encontrarme a tiempo. Sabía que nunca te lo perdonarías. Fue mi único gran arrepentimiento cuando sentía que me desvanecía.

—Jesús, Kim, no tenía...

—Somos amigos, Bryant, y tienes todo el derecho del mundo a estar dolido conmigo. No soy de compartir las cosas fácilmente; aún menos, mi dolor. Fue un momento muy duro y no soportaba estar cerca de nadie, ni siquiera de gente en la que confío, pero tienes razón, y te pido disculpas por no dejar que me ayudases.

Bryant la miró con desdén.

—¿Lo dices en serio?

Ella asintió.

—Te merecías algo mejor por mi parte. Lo siento, y no voy a volver a decirlo ni de coña.

Bryant echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—No te estaba presionando para que lo hicieras.

—Y aún no hemos dejado atrás la posibilidad de que necesite ayuda, todavía no se ha superado la parte complicada, así que es posible que llegue tu hora, amigo mío. Ahora arranca el coche y venga, vamos para Bridgnorth.

—De acuerdo, jefa —dijo, retomando su tono habitual casi de inmediato.

Había cosas que tenía que contarle, pero este era el momento de Bryant, su oportunidad de desahogarse. Su dolor estaba justificado y la disculpa había sido auténtica.

Le había concedido su oportunidad, y ella esperaría pacientemente la suya.

Capítulo 37

La propiedad de Bridgnorth estaba a unos cincuenta metros de una puerta doble que daba directamente a la carretera.

No había ningún letrero que indicara el nombre del lugar. La única razón por la que dieron con él fue porque el GPS insistía en que se encontraba a su derecha y estaban a punto de adentrarse en pleno campo abierto.

La casa estaba situada en lo que parecía algo menos de una hectárea de un terreno bien cuidado. No había nada recargado ni ostentoso en el recinto. Divisaron un césped en excelentes condiciones, una hilera de árboles y un par de bancos situados en la zona donde la carretera asfaltada se encontraba con la grava que parecía rodear el inmueble.

Al acercarse, Kim pudo ver una pequeña zona de aparcamiento a la izquierda de la casa. No había carteles de dirección ni señales informativas. Daba la sensación de que estaban aproximándose hacia una casa cualquiera.

Bryant aparcó junto a los otros vehículos, justo en el momento en el que un hombre salía por la puerta lateral vestido con ropa blanca de cocina. Tiró una bolsa negra al contenedor cuando salieron del coche. Les echó una mirada breve, para después ignorarlos y volver adentro.

—Un tipo simpático —comentó Bryant mientras se dirigían hacia la entrada principal.

Kim describiría la propiedad como una antigua villa victoriana de tres plantas. No habría pertenecido a gente extraordinariamente rica, pero sí que podría haber sido un lugar de retiro.

Solo al entrar se dieron cuenta de que no se trataba de un hogar, sino de un centro propiamente dicho.

El recibidor se había transformado en una recepción, y Kim

comprendió de inmediato por qué les había resultado tan fácil llegar hasta ese punto. El mostrador de recepción estaba detrás de un panel de vidrio con una rejilla con agujeros diseñada para que se pudiera hablar a través de ellos.

Había tres sillones de terciopelo dorado alrededor de una mesita de cristal oscuro a su derecha. Las paredes estaban pintadas de blanco, pero con un toque de algo que le quitaba la crudeza al color. Una pared estaba cubierta de grabados de animales salvajes.

A la izquierda había una puerta de roble macizo, y Kim apostaría a que estaba cerrada con llave.

Y hasta ahí podían llegar sin permiso.

Apareció una chica vestida toda de negro, pantalones y polo, que llevaba una taza de algo caliente. Su pelo rubio brillante le caía hasta la mitad del brazo.

Les sonrió abiertamente.

—Muy buenas. Bienvenidos a la Clínica del Cambio. ¿En qué puedo ayudarlos?

Dejó la taza y Kim percibió que un aroma a limón flotaba en el aire.

—¿Podemos hablar con el señor o la señora Gardner?

—¿Tienen una cita? —preguntó cordialmente.

Kim negó con la cabeza.

—¿Puedo preguntar de qué se trata?

—Una investigación de asesinato en curso —dijo Kim, mostrando su identificación y preparándose para una nueva pelea.

—Vaya, eso es algo muy serio —dijo, abriendo mucho los ojos—. Déjenme comprobar si están disponibles.

La chica se fue con un teléfono inalámbrico hasta el extremo de la recepción, apartándose de ellos. Los agujeros del panel de vidrio no les servían para poder escuchar.

Volvió.

—Sí, están a su disposición. A ver, están en una asamblea

relacionada con presupuestos, pero quién no desearía tener una excusa para posponer una reunión de ese tipo —dijo, haciendo una mueca—. Por favor, pasen.

Sonó un zumbido en la puerta de la izquierda.

—Me llamo Jessica, los llevo hasta su oficina.

Kim la siguió a través de la puerta por un pasillo muy bien iluminado, pintado del mismo tono de blanco que la recepción, pero con grabados veraniegos en la pared.

—Es aquí. —Señaló ante otra puerta que tenía un cartel de «Privado».

Llamó dando unos golpecitos antes de entrar.

La puerta se abrió y Kim contempló uno de los espacios más impresionantes que había visto en su vida.

Los techos de la habitación eran altos, igual que las ventanas. Delante de cada una de ellas había un escritorio muy antiguo y Kim enseguida comprendió la razón. La vista hacia el jardín trasero era impresionante. Cerezos y laburnos de colores se entrelazaban unos con otros. Las margaritas y las fucsias se disputaban el terreno en el nivel inferior mientras brotaban por todas partes arbustos de *salix* y aceros delicados. Más allá de esa explosión floral, podía divisarse un paisaje ondulado.

Kim volvió a centrar su atención en el interior de la estancia. Había una mesa redonda con tres personas sentadas a su alrededor.

Sabía que tenía delante a Celia y Victor Gardner, pero desconocía quién era el joven de veintipocos años, que también vestía completamente de negro.

—Pasen, por favor, agentes —dijo la mujer, poniéndose en pie y quitándose las gafas.

Victor Gardner sonrió en dirección a Kim, que estaba impresionada por la belleza de la pareja. Supuso que rondaban los cuarenta y cinco.

—Mi marido, Victor, y mi hijo, Eric —dijo, señalando con la cabeza a la persona que se encontraba al otro lado de la mesa.

Señaló los archivos y papeles que había sobre la mesa.

—Cuentas posteriores a la auditoría —dijo, haciendo un gesto de aburrimiento.

Jessica tosió desde el umbral de la puerta.

—Ah, perdón. Ella es nuestra otra hija, Jessica.

—A quien acaban de presentar después de las cuentas —dijo Jessica, enarcando una ceja.

—Los primogénitos son taaaan sensibles —respondió Celia, haciendo un gesto de complicidad a su hija, que se rio discretamente.

Eric recogió los papeles.

—Voy a seguir con los temas que tenemos pendientes.

—Buen chico —le dijo Victor, dándole una palmadita en el hombro.

—Sí, venga, buen chico —añadió Jessica afablemente, sosteniendo la puerta abierta para que pasara su hermano.

Celia sacudió la cabeza mientras se dirigía a una zona donde había asientos cómodos, justo en la pared opuesta.

—Les aseguro que no podrían ser más diferentes —dijo Victor, tomando asiento junto a su mujer—. Una es la mejor tratando con personas; no hay nadie como el otro gestionando asuntos relacionados con los números.

—¿Y ambos trabajan aquí a tiempo completo? —preguntó Kim.

—De momento —respondió Celia—. Jess acaba de terminar la carrera de Gestión Hostelera, y Eric está a punto de acabar Empresariales. Ambos se están fogueando aquí, pero estoy segura de que en algún momento querrán largarse y hacer lo que les plazca, lo cual es natural.

Por un momento, Kim se preguntó si habían acudido al lugar correcto. Parecía imposible que estas personas respetables y

razonables con hijos adultos e inteligentes estuvieran intentando cambiar la sexualidad de la gente.

—¿Cree que no permanecerán en el negocio familiar? —preguntó Bryant.

—Me parece a mí que no —dijo Celia afablemente.

—¿Y en qué consiste exactamente ese negocio? —preguntó Kim.

Celia le dedicó una media sonrisa.

—Creo que eso ya lo sabe, agente.

—Sígame el rollo. Explíquemelo bien.

—Ayudamos a las personas que quieren acometer cambios en su sexualidad.

—¿Cree que algo así es posible? —preguntó Kim, que no se podía creer que estuviera allí sentada manteniendo una conversación racional sobre algo que consideraba intrínsecamente incorrecto; pero aquellas personas parecían normales y razonables.

—Lo creo de todo corazón, inspectora. Este centro lleva funcionando casi cuarenta años y nuestros resultados hablan por sí solos, al igual que lo hace la lista de espera que tenemos.

No pronunció esas palabras a la defensiva; más bien, con una pizca de cansancio por tener que dar explicaciones.

—¿Y cómo lo hacen? —preguntó Kim directamente.

—Nuestros métodos dependen del individuo. Se evalúa al paciente antes de cualquier tratamiento, y entre él y nosotros se formula un plan de tratamiento completo.

—Usa la palabra «paciente» como si habláramos de alguien que sufre algún tipo de enfermedad —afirmó Kim.

—Pensamos que es así —dijo Celia con naturalidad—. Y ellos también lo creen. Sea cual sea la opinión que le merece el servicio que ofrecemos, recuerde, por favor, que todos nuestros pacientes están aquí voluntariamente. Quieren cambiar; agradecen la oportunidad de ser curados.

—¿Curarse? —exclamó Kim.

—Claro que sí. Es una enfermedad ante los ojos de una persona que no quiere seguir sufriéndola durante más tiempo. Nosotros los ayudamos a eliminarla. —Celia hizo una pausa—. Con solo observar un poco los gestos discretos de sus caras, es evidente que les horroriza lo que hacemos y buscan encontrar en ello algún indicio de maldad, pero no lo hay. No torturamos animales ni nos bebemos su sangre. No sacrificamos a bebés ante ningún altar. Ayudamos a la gente a cambiar algo de sí mismos que no les gusta. ¿En qué se diferencia eso de la cirugía estética, el bótox o un curso de asertividad?

—En que es algo inherente a las personas, forma parte de lo que son.

—¿Y es parte de ellos desde que nacieron? —preguntó Celia.

—Supongo que sí —respondió Kim.

Victor cruzó una pierna sobre la otra y observó con una expresión divertida, como si disfrutara de la pasión con que su mujer debatía sobre el tema.

—¿Qué pasa con un niño que nace con un corazón débil, labio leporino o incluso con los casos de personas transgénero, que sienten que nacieron en un cuerpo equivocado? ¿Acaso no se les debería dar la oportunidad de vivir la vida que les corresponde? ¿O simplemente deberían callarse y conformarse con lo que les ha tocado?

Kim se preguntó cómo se había convertido en la irracional de la conversación.

—Supongo que depende de los métodos que se empleen —terminó replicando.

—Usamos una gran variedad de alternativas que estaré encantada de detallarles cuando sepa cuál es el motivo de su visita.

—Estamos investigando dos asesinatos. Ambas víctimas podrían

estar relacionadas con este centro, no estamos aún seguros de ello.

—Por favor, dígame sus nombres.

—Jamie Mills.

Celia asintió e hizo una mueca.

—Jamie vino a vernos hace un par de años, lo trajeron sus padres la primera...

—O sea, que no todos los que vienen aquí lo hacen por su propia voluntad —señaló Kim—. Jamie era menor de edad y sería su madre la que tuvo que ingresarlo en el centro.

Celia suspiró profundamente.

—Sí que es verdad que a veces hay casos en los que los padres creen que su hijo corre el riesgo de suicidarse si no recibe ayuda. En esas ocasiones, hacemos una evaluación de riesgos, y a Jamie lo hallamos en un estado de sufrimiento psicológico, y por eso consideramos que lo mejor para él era que se quedara ingresado durante algún tiempo. Quiero creer que lo ayudamos a ver las cosas con claridad.

«Lo ayudasteis a que se fuera al primer bar gay que encontró, donde dio con River Harris, y en su compañía disfrutó de, probablemente, los mejores días de su vida», pensó Kim. En efecto, lo habían ayudado, aunque no de la forma que pretendían.

—¿Me está diciendo que han matado a Jamie?

—Sí, dispusieron la escena para que pareciera un suicidio, pero ya estamos seguros de que no lo fue.

—Pobre chico —dijo Victor, sacudiendo la cabeza.

—Pero ¿por qué? —preguntó Celia.

—Tal vez porque era gay.

—Pero ya no lo era —protestó Celia.

—Sí, la realidad es que lo seguía siendo —protestó Kim, acordándose de sus perfiles en redes sociales.

Victor hizo un gesto de negación con su cabeza.

—Tendríamos que haberlo tenido más tiempo aquí con nosotros.

Celia asintió en señal de estar de acuerdo.

Kim se moría de ganas de gritar que habría dado exactamente igual, pero no iba a servir de nada, no iba a convencerlos. Habían montado un negocio lucrativo basado en sus ideales.

—¿Qué tipo de tratamiento recibió Jamie durante su estancia?

—Lo siento. No puedo hablar de eso con usted sin un permiso escrito de sus padres.

Kim sabía que era algo que no iba a obtener jamás.

Celia continuó:

—Lo lamento mucho, no quiero obstruir la investigación, pero podríamos meternos en muchos problemas.

Conociendo ya a los padres de Jamie, Kim sabía que eso era completamente cierto. No querrían que nadie hablara sobre el hijo al que querían enterrar y olvidar lo antes posible.

—¿Puede profundizar un poco en los tipos de tratamiento que ofrecen, explicárnoslos un poco más en detalle?

—Por supuesto —dijo Celia, permitiendo así que Kim tuviera algo de lo que tirar—. Ofrecemos métodos basados en sustancias, por ejemplo, hormonas, estimulantes o depresores sexuales.

Hizo una pausa. Kim no tenía preguntas de momento; ya había supuesto el uso de esas sustancias, aunque no pensaba que fueran a servir para nada.

—Ofrecemos hipnosis, psicoanálisis y terapias de grupo.

—¿Tratan de convencerlos para que se lo quiten de la cabeza? —preguntó Kim.

—Los animamos a buscar vías alternativas de atracción, más convencionales.

—¿Les enumeran una y otra vez las ventajas de ser heterosexual y luego los hipnotizan para que crean que no son gais? —preguntó Bryant.

—Utilizamos muchos métodos diferentes de forma simultánea —respondió Victor.

—Vale, ¿qué otras cosas usan? —preguntó Kim.

—Terapias de aversión y tratamientos de reducción de la aversión.

—Un momento, un momento. ¿En qué consiste la terapia de aversión en este contexto? Porque sé cómo funciona con los perros; cuando ladran, un collar que se les pone provoca una descarga para que paren de hacerlo. Es horroroso. ¿Es algo así lo que hacen aquí?

—Muy parecido. Tenemos sesiones en las que el paciente se sienta en un sillón especial. Le mostramos imágenes homosexuales y emitimos una pequeña descarga, que no es dolorosa pero tampoco especialmente agradable. Luego le enseñamos imágenes heterosexuales y el sillón le da un pequeño masaje.

—Asociación —dijo Kim, sintiendo cómo la repulsión se apoderaba de ella. Las personas no eran perros a los que hubiera que enseñarles a quién podían o no amar—. ¿No es eso algo inhumano? —terminó preguntando.

—Sin consentimiento, por supuesto, y sin embargo sigue siendo una de nuestras técnicas más utilizadas. No es diferente del esmalte amargo de uñas que se usa para que dejes de mordértelas. Es una teoría muy simple que consiste en asociar un estímulo a una sensación desagradable. También se usa con los adictos al alcohol.

Kim estaba deseando explicarles que morderse las uñas era un mal hábito, y el alcoholismo, una adicción.

—Pero todo eso no tiene nada que ver con la identidad sexual —sostuvo—. Está hablando de comportamientos no deseados.

—Si un paciente desea ser heterosexual, su comportamiento homosexual también es no deseado.

Kim era consciente de que no podía aportar ningún argumento nuevo para ellos. Tenía que centrarse en conseguir toda la información que pudiera para ayudarla a encontrar a un asesino.

—¿Han tratado aquí a Sarah Laing?

Celia palideció visiblemente.

—¿Sarah?

—Me lo tomo como un sí.

—¿También está muerta?

Kim asintió.

—Sospechamos que la mató la misma persona. ¿Puede comentarnos algo sobre el tratamiento de Sarah?

Celia asintió.

—Sí, puedo hablar más abiertamente de Sarah porque era mayor de edad y se registró aquí por su propia voluntad. Ella misma se pagó el tratamiento. —Sacudió la cabeza como si tratara de digerir la información—. Creo que no he visto nunca un caso mayor o más complejo de odio hacia uno mismo a causa de la sexualidad. Nos suplicó que la ayudáramos.

—¿Qué tratamiento siguió?

—Hicimos prácticamente de todo. Se pasó aquí una semana de terapia intensiva, no podía permitirse más económicamente.

—¿Terapia de aversión?

—A diario.

—¿Y?

—No la vi el día que se fue, pero todos los informes eran positivos.

—¿Cree que la habían curado de ser gay en una semana? —preguntó Kim con incredulidad.

—Para ser sincera, pensé que volvería en unos meses para continuar el tratamiento.

—Para que lo sepan, no dio resultado. Sarah había decidido abrazar su sexualidad y el estilo de vida asociado.

Celia abrió las manos.

—No podemos controlar el nivel de esfuerzo que los pacientes ponen para poder recuperarse.

—O sea, me está diciendo que no se esforzó lo suficiente, y que esa es la única razón por la que su tratamiento no funcionó, ¿verdad? —preguntó Kim, intentando que no se le notara la exasperación. No se trataba de una rodilla recién operada que sufriera rigidez si no seguías en casa los ejercicios recomendados por el fisioterapeuta, estaban hablando de luchar contra tu propia identidad sexual.

—No somos monstruos, inspectora —dijo Celia amablemente—. Siento de corazón lo que les ha pasado a Jamie y Sarah, pero lo único que pretendemos hacer es ayudar a la gente que quiere cambiar.

—Tendremos que aceptar que tenemos puntos de vista diferentes —dijo Kim, poniéndose de pie.

Celia la imitó; tenía una cara de auténtica tristeza.

—No me gusta que se vayan con una impresión negativa de nosotros. —Hizo una pausa—. ¿Les gustaría que le pida a Jess que les muestre el centro para que puedan tratar de entender el trabajo que aquí hacemos?

Kim abrió la boca para rechazar el ofrecimiento. Nada iba a hacerla cambiar de opinión, pero ¿por qué no? Sus dos víctimas habían pasado algo de tiempo en aquel lugar.

—Vale, gracias, Celia. Creo que nos vendrá bien para la investigación.

Capítulo 38

Stacey se bajó del coche patrulla junto a un aparcamiento de la cadena National Car Park que tenía varias plantas y estaba situado a tiro de piedra de la estación de New Street, en el centro de Birmingham.

No habían pasado ni cinco minutos desde que la jefa salió de comisaría cuando recibió una llamada informándole de que habían encontrado abandonado el coche de Gabriel Denton. El ticket de cinco horas que había sido comprado el lunes había caducado hacía ya casi setenta horas. Había tres multas pegadas a la ventanilla del conductor.

Maldita sea.

En una ciudad como Birmingham, con más de un millón de habitantes y miles de visitantes diarios, Gabe podría estar en pleno centro y sería imposible dar con él.

A una distancia tan escasa de la estación de New Street, que contaba con trece andenes y de la que salían trenes hacia casi todos los destinos del país, podía llegar hasta cualquier parte. Tenía su pasaporte y una gran cantidad de dinero en efectivo.

Stacey suspiró con pesadumbre mientras caminaba alrededor del coche. El conductor de la grúa se movía impaciente, esperando su autorización para retirarlo, pero ella no iba a dejar nada al azar. Era imposible que la jefa le permitiera tocar el presupuesto destinado a pruebas forenses por un caso en el que parecía cada vez más claro que Gabe Denton había desaparecido voluntariamente.

«Vaya, Gabe, esperaba de verdad que fueras uno de los buenos», pensó mientras echaba un vistazo al maletero, que ya habían abierto a la fuerza. Examinó el espacio y solo vio un triángulo de emergencia y un inflador de pie.

Palpó en busca de cualquier signo de humedad, sangre o fluidos

corporales, pero todo estaba más seco que una pasa.

Sacó su teléfono y volvió a dar una vuelta alrededor del coche, tomando unas cuantas fotos para adjuntarlas a su informe.

Se inclinó para seguir echando un vistazo por dentro. En la guantera había un pequeño libro de mapas, pañuelos de papel y un peine. Se estiró y abrió el compartimento que había entre los asientos delanteros. Solo encontró una cosa en él: un teléfono móvil.

Quizá Beth quisiera quedárselo una vez que ella lo hubiera examinado.

Tocó el botón de inicio y la pantalla se encendió al instante. No tenía contraseña de acceso y observó que solo le quedaba un cinco por ciento de batería.

Las notificaciones le indicaban que Gabe tenía veintisiete llamadas perdidas y once mensajes en el buzón de voz.

No malgastó la batería en revisarlos ni en escucharlos; total, todos iban a provenir de Beth. Él último mensaje había entrado en el móvil hacía apenas una hora. La preocupación estaba volviendo loca a la pobre mujer, y Stacey todavía no tenía ninguna buena noticia que ofrecerle.

Le interesaban menos las llamadas recibidas que las realizadas. ¿Habría algún indicio de cualquier cosa que hubiera planeado hacer? ¿Habría llamado a una compañía aérea, reservado billetes, hecho alguna reserva?

Fue rápidamente hasta el registro de llamadas realizadas, ya que en la pantalla apareció una notificación advirtiendo de que la batería se estaba agotando. El cinco por ciento ya se había reducido a un dos.

Enseguida comprobó que casi todas las llamadas que se habían realizado eran a Beth, pero una le llamó la atención.

Había hecho una llamada el lunes por la mañana antes de desaparecer.

Y el nombre del destinatario ya le era conocido.

Capítulo 39

Kim siguió a Jess hasta el área de recepción con la sensación de que un alegre personaje de dibujos animados le acababa de hacer una visita guiada por Disneyland.

El entusiasmo que Jess mostraba por el lugar se había hecho evidente mientras visitaban primero las salas de terapia y luego las de tratamiento. Irradiaba orgullo por los logros de sus padres. Kim pensó que, si se cortara a la chica por la mitad, se vería el nombre de la clínica impreso en ella, como una marca que no podría eliminarse.

Jess le había enseñado la cocina y le había presentado al cualificado cocinero, que no había sido más agradable con ella que cuando lo habían visto al llegar tirando la basura. Se habían cruzado con otros trabajadores vestidos con el uniforme negro mientras recorrían el comedor, el salón nocturno y la habitación silenciosa. Todo el mundo la había saludado haciendo un gesto con la cabeza y sonreído agradablemente. Incluso le habían permitido visitar la sala de terapia donde se encontraba el sillón de aversión. Tenía un aspecto completamente inofensivo y, sin embargo, a Kim no le apeteció en absoluto acercarse a él. La pantalla desplegable le daba al conjunto el aspecto de un cine para una sola persona, si no fuera porque sabía lo que se mostraba en la pantalla y con qué intención.

—Gracias por el tiempo que nos ha dedicado para enseñarnos todo —dijo Kim.

—Encantada —dijo Jess con una sonrisa radiante—. Siempre disfruto enseñando el centro.

—Se nota que está muy orgullosa de lo que sus padres han conseguido aquí. Les habrá costado mucho trabajo y estoy segura de que habrán tenido que sacrificarse mucho —dijo Kim. Antes había percibido la forma en la que se relacionaba la familia, con una

dinámica que podría calificar de juguetona, pero quería indagar más a fondo.

La sonrisa permaneció en el rostro de Jess, pero perdió parte de su chispa.

—Como cualquier otra familia con padres trabajadores, inspectora. Es cierto que hay cosas que se pasan por alto o se olvidan cuando se está creando un negocio con dos niños pequeños, pero Eric y yo hemos crecido en este entorno y nos apasiona tanto como a nuestros padres. Fuimos capaces de entender por qué no iban a todas las reuniones de padres o a las jornadas deportivas. Estaban ayudando a la gente.

Kim era consciente de que Jessica no guardaba rencor alguno a sus padres y que estaba tan entregada a la causa como ellos.

—¿Y hasta qué punto se involucran con los pacientes? ¿Los llegan a tratar ellos mismos?

—¡No, qué va! —respondió Jess, cogiendo una botella de agua de su escritorio—. Mis padres no se ocupan de los pacientes de forma directa. Contamos con médicos especialistas que siguen los planes de tratamiento que mi madre establece, y mi padre se encarga de la publicidad y de los asuntos legales. —La chispa regresó a su sonrisa —. Aquí todo el mundo tiene un rol asignado en función de sus habilidades y pasiones.

Kim tuvo la sensación de que estaba obteniendo una visión parcial, escuchando solo la opinión de quienes dirigían el centro, pero no de los pacientes que lo utilizaban. No pudo tener el placer, porque las diez personas que constituían el aforo máximo de la instalación se encontraban en la sesión matutina obligatoria de taichí. Tenía que conseguir una visión equilibrada de lo que ocurría allí, y no iba a lograrlo gracias a ningún empleado.

—¿Hay algo más en lo que pueda ayudarlos? —preguntó Jessica, cerrando la puerta con el cartel de «privado» una vez que salieron.

—En realidad, sí, hay una cosa —dijo Kim—. ¿Habría alguna posibilidad de que me diera una copia del formulario de admisión de Sarah Laing? Es para su madre, a quien le cuesta creer que Sarah se sometiera voluntariamente a un tratamiento de este tipo. Si puede ver la prueba irrefutable de ello, tal vez pueda aceptar que era lo que su hija quería.

—Claro —dijo Jess, buscando bajo el escritorio una carpeta de anillas.

La dejó sobre el mismo, hojeó la página correspondiente, la retiró y se dirigió a la fotocopiadora.

Bryant miró a Kim inquisitivamente, consciente de que la señora Laing no necesitaba una prueba como esa. Pero el papel que Kim quería en realidad no era el que Jessica tenía en la mano. Echó un vistazo rápido al registro que había quedado al descubierto bajo la página con los datos de Sarah.

Stephanie Lakehurst, 22 Hope Street, Much Wenlock.

—Gracias —dijo Kim, cogiendo la hoja fotocopiada—. Ya nos ha sido de mucha ayuda, pero aún querría preguntarle un par de cosas más antes de irnos.

—Por supuesto —dijo Jess.

—Nos ha dicho que este lugar es la pasión de su madre, su vocación, pero, si no está en contacto directo con los pacientes, ¿qué es entonces exactamente lo que le apasiona?

—Ayudar a la gente a convertirse en la persona que quieren ser. La mueve el deseo de ofrecer una opción a las personas, de darles la oportunidad de cambiar algo que odian de sí mismos. Su vocación es ayudar a aliviar el dolor de los demás.

—¿De verdad cree que algo de esto funciona? —preguntó Kim.

Jess sonrió.

—Oh, sé que funciona, inspectora. Tenemos la prueba viviente de

ello ahí mismo, al final del pasillo.

—Lo siento, no entiendo a qué se refiere.

—A mi madre. La enviaron aquí cuando tenía dieciséis años.

Capítulo 40

—No es lo que usted cree —dijo Wendy Clarke desde el otro lado del mostrador de recepción. El rubor comenzaba a teñir sus mejillas.

—No sabe qué es lo que yo creo, pero sé que Gabriel la llamó justo antes de desaparecer. ¿Cómo es posible que no se le ocurriera mencionármelo cuando hablamos? —preguntó Stacey, que estaba tratando de no sacar conclusiones acerca de la naturaleza de la relación que habría entre ellos.

El coche patrulla había tardado menos de veinte minutos en llegar desde el centro de Birmingham hasta la oficina del contable en Halesowen, y Stacey había pasado la mayor parte de ese tiempo convenciéndose a sí misma de que Gabriel no se la habría jugado a Beth de esa manera.

—No quería meterlo en ningún lío —dijo Wendy, mirando hacia abajo.

—¿Con quién?

—Con Beth.

—He creído escuchar ahora mismo que no se trataba de eso —replicó Stacey.

—Un segundo —dijo Wendy cuando un cliente entró por la puerta principal.

Stacey se hizo a un lado.

—El señor Greer la está esperando, señora Hawkins.

La mujer asintió y continuó su camino, atravesando la recepción.

Wendy esperó a que la clienta dejara de estar a la vista antes de volver a hablar:

—Llamó para decirme no iba a venir a trabajar.

—Me explicó que los contables no tenían por qué avisar de ello —le recordó Stacey.

—La llamada no tenía nada que ver con lo profesional. Me estaba

llamando a mí en concreto.

—¿Por qué? —le preguntó, pensando que hasta ese momento todo encajaba exactamente con lo que había estado suponiendo desde que notó la expresión de culpa en la cara de Wendy.

—Porque el lunes era el día del curri. Nuestro almuerzo. Era algo que ya tenía su importancia. Siempre me traía curri de ternera que hacía el día anterior, y siempre lo compartíamos. Era una cita, pero no del tipo que se imagina.

—¿A qué tipo se refiere?

—Romántica. Más bien, era una costumbre acordada —dijo, poniéndose aún más colorada—. Me llamó para decirme que no iba a poder acudir a nuestra cita semanal con el curri de ternera.

—¿Y no le dijo nada más? ¿No le contó los planes que tenía para ese día?

Wendy negó con vehemencia con un movimiento de cabeza.

—Fue una llamada corta, por pura educación. Como es obvio, me quedé decepcionada.

—Wendy, tengo que preguntarle directamente —dijo Stacey, dándose cuenta de que llevaba demasiado tiempo mareando la perdiz—. ¿Estaba usted teniendo una aventura con Gabriel?

—¡De ninguna manera! Gabe nunca le haría... o sea... bueno... no del todo.

—Vale, Wendy, va a tener que explicarse mejor. Es una pregunta que se responde con un sí o un no.

—No se crea, en realidad, no es tan fácil. No había nada físico entre nosotros. Gabe nunca haría eso, pero sí que existía una conexión entre nosotros, algo emocional.

—Continúe —instó Stacey.

—Gabe había empezado a abrirse conmigo. Hablaba de arrepentimientos, de decisiones que había tomado y que ahora lamentaba.

—Como por ejemplo...

—No haber intentado arreglar las cosas con su familia. Se sentía culpable por no visitar a su madre lo suficiente. Le gustaría tener contacto con su hermano. Creo que estaban muy unidos de pequeños y una discusión tonta lo echó todo a perder.

—¿Una discusión sobre qué?

Wendy se encogió de hombros.

—No me lo contó, pero creo que sucedió poco después casarse con Beth.

Stacey archivó mentalmente esa información.

—¿Por qué le confiaría todo esto a usted? —preguntó Stacey—. ¿Y no a un amigo?

Wendy sacudió la cabeza.

—Creo que no lo está entendiendo. Gabe no tenía amigos. Solo aquí en la oficina se alejaba de Beth, pero hasta trabajando ella lo llamaba o le enviaba un mensaje a la hora de comer.

—¿Y siempre era Beth la que tomaba la iniciativa para contactar con Gabriel? —preguntó Stacey.

Wendy asintió.

—La mayoría de las veces.

«La mayoría, pero no siempre».

No le correspondía a Stacey juzgar la dinámica de la relación de la pareja. De acuerdo, en su opinión, puede que pareciera demasiado cerrada y hasta secular, pero estaba claro que les funcionaba. Lo que sí que debía cuestionarse era si Wendy tenía un motivo oculto para habérsela descrito.

—Wendy, por favor, le pido que ahora sea totalmente sincera conmigo. Esa conexión emocional entre Gabe y usted de la que me acaba de hablar... ¿cómo era de intensa?

Wendy respiró hondo.

—Estábamos empezando a enamorarnos.

Capítulo 41

—Muy astuta, jefa —observó Bryant mientras se dirigían a la dirección de Much Wenlock.

—«Creativa», esa es la palabra que creo que buscabas. Técnicamente, no he hecho nada malo. Por pura casualidad, he visto un nombre en la siguiente hoja de papel. —Se encogió de hombros sin disculpa alguna—. Solo quiero que alguien que haya pasado tiempo en el centro nos dé algo de información.

Bryant torció el gesto.

—Ese lugar no se correspondía con lo que yo me esperaba.

—¿En qué sentido? —preguntó Kim, tratando de identificar la fuente del desasosiego que ella misma sentía desde que habían dejado aquel sitio.

—No sé. Supongo que pensaba que iban a tener una actitud más reservada en general, sin entrar en detalles de lo que hacen allí. Creía que íbamos a tener que sonsacárselo. ¿Te acuerdas de cuando sospechábamos que aquel grupo en Hollytree se dedicaba a las peleas ilegales de perros? —preguntó.

—Claro que lo recuerdo —gruñó. Aunque aquel caso sucedió mucho tiempo atrás, no lo olvidaría nunca. Consiguieron rescatar a quince perros de presa de un piso de dos dormitorios.

—Teníamos pruebas evidentes delante de sus narices, pero ninguno de aquellos imbéciles estaba dispuesto a admitir nada, y eso que les dijimos que íbamos a acusarlos a todos del mismo delito. Sabían que lo que estaban haciendo era despreciable, pero igualmente lo hacían. Esperaba encontrarme algo similar con la gente de la clínica.

—Es verdad que en el centro estaban bien orgullosos del trabajo que llevan a cabo —coincidió Kim.

—Jefa, tengo un conflicto interno.

—¿Sobre si la frase que acabas de soltar la has aprendido viendo la

típica telenovela americana? —preguntó ella, girándose para mirarlo.

Él la ignoró.

—Los dos sabemos que lo que intentan hacer allí es imposible, ¿verdad?

—Correcto.

—Y, sin embargo, parecen segurísimos de poder ayudar a personas que están angustiadas de verdad y padeciendo un gran sufrimiento. Si la ayuda fuera en relación con otro tipo de conflicto interior, estaríamos alabándolos.

Kim quería contradecirlo, pero no era capaz, aunque su cabeza gritaba que la sexualidad era un concepto diferente a cualquier otra faceta de la identidad de una persona.

—¿Y qué hay de la última revelación que Jessica nos ha hecho sobre su madre? —preguntó finalmente.

—A eso voy. Al parecer, Celia es la prueba viviente de que el proceso funciona, así que, o ambos estamos equivocados sobre la efectividad de lo que hacen allí, o Celia está viviendo una mentira, lo cual parece también improbable. Tengo la cabeza hecha un lío, jefa.

Kim asintió en señal de estar de acuerdo con sus palabras mientras enviaba un mensaje a Penn pidiéndole que empezara a recopilar información sobre Celia y Victor Gardner.

—Quizá tengamos las cosas más claras cuando hablemos con esta tal Stephanie Lakehurst —dijo Kim mientras Bryant giraba a la derecha justo antes de una estación de servicio.

—La de la caravana —dijo Bryant, deteniéndose.

La casa era un adosado bien cuidado con cortinas de encaje a juego en todas las habitaciones.

—Venga, vamos a ver qué... —Dejó de hablar al escuchar su teléfono, que le empezó a sonar en el bolsillo. Un escalofrío de temor la recorrió al ver el nombre de la persona que la estaba llamando.

—¿Keats?

—Sea lo que sea que estés haciendo, déjalo y ven inmediatamente al lugar en el que me encuentro.

—¿Dónde estás?

—En Harvington, en The Willows. A poco más de un kilómetro y medio de The Dog.

Sabía dónde estaba el pub, y a esa distancia del mismo todo lo que había era prácticamente rural.

—No quiero oírlo —dijo ella.

—Bueno, pero el hecho de que yo no te lo cuente no va a resucitar a este pobre hombre.

Bryant ya había movido el coche, alejándose de la casa de Stephanie Lakehurst. Daba igual que estuvieran delante de su casa o no, había un cadáver en dirección contraria.

—Cuarenta minutos, Keats. Ya vamos de camino.

Capítulo 42

—Por fin, camarada —dijo Penn cuando Stacey volvió a entrar en la sala de la brigada.

—Solo llevo un par de horas fuera —dijo, quitándose la mochila.

—Te he echado muchísimo de menos. Se me ha hecho eterno.

—No llevas muy bien estar encerrado aquí solo, ¿eh? —dijo, cogiendo una magdalena.

Penn no tuvo valor para decirle que la provisión constante de magdalenas corría peligro de desaparecer porque casi había tenido que rogarle a su hermano pequeño que se pusiera a hacerlas con él.

—¿Qué has averiguado? —preguntó, deseoso de escuchar una voz. Estos días le estaba dando demasiadas vueltas a la cabeza cuando estaba solo.

—Que Gabe Denton estaba teniendo una aventura emocional con una compañera de trabajo y que lo más probable es que se haya tomado algo de tiempo para aclararse.

—¿Qué se supone que es una «aventura emocional»? —preguntó Penn, recostándose en su asiento.

—Pues como una aventura convencional, pero eliminando el sexo, o eso creo. Lo importante es que me parece que no estaba dedicado por completo a su matrimonio. Solo me queda una llamada por hacer antes de archivarlo —dijo—. ¿Y tú qué, has avanzado con algo?

—Bueno, dentro de la enorme lista que tengo llena de personas y lugares que debo investigar, ya sé algo de la historia de la Clínica del Cambio.

—Cuéntame —dijo Stacey, inclinándose hacia delante.

—La organización nació en los cincuenta. Te sorprenderá saber que hay un montón de ese tipo esparcidas por todo el mundo. Muchas

de ellas están vinculadas con entidades religiosas, y algunas son negocios de propiedad privada.

—¿Y esta? —preguntó Stacey.

—Esta es de las segundas, y lleva en ese lugar desde 1959. Un barón que tenía tres hijas y un hijo lo comenzó todo. Había rumores por la ciudad de que Henry Balham, el hijo del barón, era...

—¿Un barón que se llama Balham?

—Céntrate, Stace. Bueno eso, según se dice, el hijo del barón era gay a pesar de tener una serie de novias. Se montó un lío enorme, porque faltaban muchos años para la legalización de la homosexualidad.

—En el 67.

—Correcto. Los rumores cuentan que pillaron in fraganti a Balham hijo teniendo relaciones sexuales con un hombre, y lo denunciaron a la policía. Supuestamente, se lo contó a su padre y luego se quitó la vida saltando desde el tejado del edificio.

—¿Fue un suicidio cien por cien seguro? —preguntó Stacey.

Penn se encogió de hombros.

—La cosa es que murió antes de que la policía pudiera hablar con él, así que el apellido no está asociado con ningún escándalo ni con ningún caso judicial importante. El supuesto suicidio ocurrió en el 57, y dos años después el barón abrió sus puertas a gente que quería adoptar un estilo de vida más «equilibrado». No hay muchos detalles sobre los servicios que ofrecían. Se registró como empresa a mediados de los setenta. A la muerte del barón, a principios de los noventa, sus tres hijas casadas se deshicieron de la empresa lo más rápido que pudieron. Vendieron tanto la casa como el negocio a la primera persona interesada, que resultó ser Victor Gardner acompañado de su mujer, Celia, que ahora se han añadido a mi lista cada vez más larga de personas a las que tengo que investigar. El

dinero de Victor Gardner procedía de una marca de vitaminas de mucho éxito que tenía su abuelo.

—¿Qué más?

—Nada, eso es todo lo que tengo de momento —se defendió.

—¿Te has tirado las dos últimas horas leyendo cotilleos?

Penn se lo pensó un momento.

—Pues la verdad es que sí. Aunque, bueno, tengo algunos datos financieros.

—¡Guau! Venga, cuéntame —dijo Stacey.

—Durante los noventa, el centro era un desastre. Menos mal que Victor está forrado, porque por aquel entonces el negocio no daba beneficios. La propiedad requería muchas reformas para cumplir con los estándares adecuados. A principios de siglo ya empezaron a obtener beneficios. Tampoco muchos, apenas lo suficiente para mantener a dos niños pequeños que aún llevaban pañales, pero a finales de esa primera década de los 2000 ya estaban obteniendo unas ganancias considerables, que han aumentado año tras año desde entonces.

—Dame los números —instó Stacey.

—Las cuentas auditadas más recientes, presentadas la semana pasada, detallan un beneficio a final de año de 1,2 millones de libras.

Stacey se quedó con la boca abierta.

—Sí, así reaccioné yo también —dijo él.

Se podía hacer mucho dinero intentando cambiar la orientación sexual de las personas.

Capítulo 43

Era poco menos de la una cuando Bryant se detuvo en la entrada de The Willows, en Harvington.

Los baches provocaron durante todo el camino que Kim estuviera botando en el asiento.

—Lo siento —decía Bryant cada vez que pillaba uno especialmente profundo.

Kim se alegró de que el camino de entrada solo tuviera unos treinta metros de largo. Al final del mismo había un granero transformado en una vivienda de una sola planta, con un garaje a la izquierda. Kim tenía la extraña sensación de que la propiedad tendría que ser deslumbrante, bellísima, pero no lo era. La impresión general era de dejadez y abandono. Crecían malas hierbas por el camino de grava y por todo el perímetro de la casa. Había pequeños trozos cuadrados de cartón a lo largo del camino; habían volado desde el contenedor de reciclaje, que estaba lleno hasta los topes. En la parte superior del mismo había cuatro botellas de whisky vacías. Por lo que ella sabía, los contenedores se vaciaban cada quince días, así que, a menos que se hubieran saltado alguno, la cosa iba más allá de una simple copa de whisky.

Las malas hierbas también crecían de forma salvaje en una maceta que había frente a la puerta principal que contenía algún tipo de fucsia; al acercarse, Kim comprobó que también servía de cenicero improvisado.

Delante del garaje había un Ford Kuga negro que supuso que pertenecía al propietario de la vivienda.

—¡Oh, mierda, no! —exclamó al ver el asiento para niños en la parte de atrás del coche. Pensó en la pequeña Amy Laing. Otra criatura sin padres.

Al girarse, Kim se fijó en la valla que partía del garaje y recorría

toda la propiedad, delimitando todo el espacio exterior.

Bajó unos pasos y vio que, en la parte de atrás, la valla separaba el granero reconvertido de una propiedad renovada muy similar, situada a no más de veinte metros. Por la izquierda, la misma valla servía de separación entre el recinto en el que iban a investigar y una hacienda de dos plantas que, probablemente, tiempo atrás habría poseído ambos graneros.

Por la derecha, la propiedad limitaba con la carretera, y con una zona arbolada justo enfrente.

Incluso a la altura de la puerta de entrada, se podía oír el bullicio del tráfico rugiendo al pasar por la carretera.

Kim tuvo la extraña sensación de que, cuando se había plasmado en papel, la propiedad en general parecía un sueño, pero después en la realidad estaba lejos de serlo.

Se acercó a la puerta de entrada, entre el vehículo de Keats y la Transit de Mitch, y luego el oficial que estaba allí le ofreció las zapatillas protectoras mientras Bryant los presentaba a ambos para que los pudiera registrar.

La entrada la condujo a un espacio reducido en el que había un banco de madera y un perchero. Una hilera de botas de agua le indicó que se trataba de una especie de cuarto para almacenar el calzado.

—Madre mía —exclamó Kim cuando la alcanzó el hedor de la sangre y la dirigió hacia la izquierda, a un pequeño salón abarrotado de mantas, cojines y alfombras.

—¿Habéis parado a comer por el camino, inspectora? —preguntó Keats con irritación.

—Sí, entrante, principal y postre, en Beefeater. El filete estaba un poco seco, pero bueno. A ver, ¿qué tenemos?

Keats se hizo a un lado para revelar a un hombre vestido con vaqueros y camisa blanca, empapado de sangre.

—Te presento a Liam Sachs, treinta y dos años, marido y padre.

La mano izquierda del hombre colgaba suelta sobre su regazo. Un corte rojo y profundo le atravesaba la muñeca. La sangre se había desbordado, dejando marcas sobre sus vaqueros, la parte delantera de la silla y la alfombra. Su mano derecha estaba apoyada sobre la pierna derecha y había un cuchillo de cocina en el suelo.

Tenía el pelo rubio pajizo y un poco largo, alrededor de un rostro atractivo. Unos ojos azules sin vida la miraban fijamente.

Delante de él había un ordenador portátil abierto. Todo estaba cubierto de sangre.

—Venga, Keats, vamos allá —dijo Kim, preguntándose el motivo de que la hubiera llamado. A simple vista, parecía un suicidio real.

—Fíjate bien en la muñeca, inspectora —le indicó.

Así lo hizo.

—Es profundo —señaló.

—Mucho, pero no concluyente.

Kim volvió a mirar.

—No hay marca alguna que muestre que dudara —señaló.

Keats asintió.

—Nunca he visto un suicidio en el que hubiera un corte tan profundo y decisivo sin que existieran a su vez señales de vacilación. Infligirse una herida así requiere mucho valor y cierta preparación.

—Es infrecuente, pero no es imposible, ¿no? —preguntó.

—Hay una cosa más; si la descubres, te perdono lo que habéis tardado en llegar.

Se inclinó para mirar más de cerca, con cuidado de no tocar nada. Echó otro vistazo a su mano y, luego, a la muñeca.

—¿Es eso un pequeño moratón?

Asintió con la cabeza.

—Vale, perdonada. Correcto; hay una posibilidad de que el moratón esté causado por alguna sujeción que practicaran en su muñeca, así

que por esas tres razones no estoy dispuesto a clasificar la muerte como un suicidio, y no me cabe duda de que estarás de acuerdo conmigo.

Asintió mientras un técnico forense se ponía a su lado y tomaba una foto.

—¿Cuánto hace que murió?

—Las estimaciones iniciales indican que a primeras horas de la madrugada, alrededor de la una.

Kim hizo una mueca de desagrado.

—¿Dónde estaba...?

—Su mujer volvió de un congreso de ventas esta mañana y se lo encontró. Está en la cocina.

—¿Y el niño? —preguntó Kim.

—Con sus abuelos.

Kim se preguntó, sin darle de momento mayor importancia, por qué no habrían dejado al niño en casa con su padre, pero dio gracias al Señor de que no hubiera sido así.

Volvió a atravesar el cuarto pequeño para guardar el calzado para llegar hasta un pasillo en el que había dos puertas, que supuso que daban a sendos dormitorios, y un cuarto de baño. En el otro extremo había una cocina de estilo rústico con armarios de madera y baldosas de piedra.

La mujer de Liam estaba sentada en una pequeña mesa redonda junto a un agente de policía, que se sentaba a su izquierda.

Kim se presentó a sí misma y a Bryant.

—Voy a poner el hervidor —dijo el agente, cogiendo la taza de té que estaba delante de la mujer y aún no había sido tocada. Ella estaba mirando fijamente la mesa.

—Señora Sachs, la acompañamos en el sentimiento.

La mujer asintió sin levantar la cabeza.

Normalmente, cuando Kim comunicaba a los familiares de una

víctima la muerte de su ser querido sin que ellos hubieran visto el cuerpo, el estado de negación era tal que la miraban con la esperanza de que más tarde alguien les dijera que había habido algún tipo de error. Esta mujer había entrado en su casa y había dado con una prueba irrefutable, la había tenido delante de sus narices. Era una imagen que nunca olvidaría.

—Estaba solo —dijo, intentando reprimir las lágrimas—. Lo ha hecho porque estaba solo, yo no me encontraba con él.

—Eso no es verdad, señora Sachs.

—Monica, por favor. No soporto oír su nombre —dijo, levantando por fin la cabeza. Tenía los ojos hinchados y su piel parecía desprovista de color.

—Monica, siento tener que entrometerme, pero ¿puede contarnos qué ha pasado?

—Ya ha estado ahí dentro. ¿No puede imaginárselo sola? Mi marido nos ha dejado. Se ha dado por vencido y nos ha dejado.

—¿De qué cree que se ha dado por vencido?

—De todo, de él mismo, de nosotros, de su vida. —Volvieron a brotar lágrimas, pero ella se las secó con rabia—. Lo siento. Probablemente no sea la respuesta que ustedes esperan, pero estoy muy enfadada con él.

Enfadada, pero no totalmente sorprendida, según percibió Kim.

—¿Puede contarnos algo más sobre Liam y de lo que hace que usted tenga ese sentimiento? —preguntó Kim, sintiendo que iba a descubrir más cosas dejando que la mujer hablara por sí sola.

—Lleva bastante tiempo deprimido, por lo menos unos dieciocho meses, desde que perdió su trabajo. Todo colapsó a nuestro alrededor. Nos compramos esta casa cuando Liam se dedicaba a la gestión comercial y yo trabajaba a tiempo completo como profesora. Era nuestro sueño, lo teníamos todo: buenos trabajos, un granero reconvertido en vivienda en medio del campo, nuestro hijo... Incluso

estábamos considerando la posibilidad de tener otro y, de repente, lo echaron, apenas un mes después de que yo redujera mi jornada a tiempo parcial. No lo vio venir, no lo avisaron con antelación. Fue muy fácil, siete años de indemnización por despido y una palmadita en la espalda.

Tomó aire.

—Se esforzó mucho por conseguir otro trabajo, se pasaba el día navegando por los portales de empleo. Las facturas empezaron a acumularse, así que volví a trabajar a jornada completa, lo que terminó aumentando su sensación de fracaso personal. O sea, sí que llegaba a hacer entrevistas, pero no terminaba de encontrar un empleo. Su depresión empeoró, pero esta vez tenía la esperanza de que saliera bien.

Una nueva oleada de lágrimas volvió a salir de sus ojos.

—¿Esta vez? —preguntó Kim, pensando que Liam Sachs no encajaba en el perfil que hasta ahora tenían de las víctimas. Tal vez Keats y ella habían actuado con demasiada precipitación. Había algo más que le rondaba la cabeza, un detalle que debería haber registrado de la escena del crimen de la que acababa de salir.

—Ha dicho «esta vez» —le indicó Kim para que siguiera el hilo mientras el agente dejaba tres tazas de té con un azucarero y una cuchara sobre la mesa.

—Tenía otra entrevista esta mañana. Era a través de Zoom, para un puesto en Birmingham, con un buen sueldo, pero una jornada laboral más larga. Estaba emocionado, anoche me dijo que tenía el presentimiento de que las cosas iban a empezar a irnos bien. Estaba muy animado, hasta bromeé diciéndole que debería irme más a menudo. Parecía segurísimo de que todo saldría bien.

—¿Puedo preguntarle dónde estuvo anoche, Monica?

—En Chester, en una formación sobre el nuevo sistema de ventas en la empresa de software. Debería estar allí todavía a estas horas,

pero, como Liam no me cogía el teléfono, me volví directamente. Su reunión por Zoom era a las nueve de la mañana, así que esperé hasta las diez para estar segura de que habría terminado. Mi esperanza se desvanecía porque sabía que, si las noticias hubieran sido buenas, me habría llamado de inmediato. Aun así, a pesar de decidir volver, he llegado demasiado tarde. Debió salirle muy mal y poco después se ha hecho eso a sí mismo. A menos que... —Una expresión de pánico horrorizado retorció su rostro—. ¿Y si yo lo he empujado a hacerlo? Tal vez mi llamada lo incitara porque no se veía capaz de afrontar volver a decepcionarme.

—No creo que sea así en absoluto —dijo Kim, sabiendo que la reunión por Zoom no había llegado a tener lugar. Pero necesitaba aún obtener más información.

—¿Puede decirme a qué hora hablaron anoche?

—No estoy segura, serían las once o así. Hablamos por Facetime durante un cuarto de hora más o menos. Estaba cansado y quería acostarse temprano para estar fresco para la entrevista.

«Y, aun así, seguía completamente vestido a eso de la una de la madrugada», pensó Kim.

De nuevo, una pequeña duda sobrevoló su cabeza. Algo se le había escapado. Lo sabía.

—Solo una cosa más de momento y luego le daremos un poco de paz.

Monica asintió mientras su cansancio luchaba contra su aflicción.

—¿Por qué su hijo no estaba aquí con su padre?

—Liam quería concentrarse solo en la entrevista. Quería tener la noche libre para prepararse para ella. Propuso que Joey durmiera en casa de mi madre. Sabía que, si se quedaba aquí, se iba a pasar toda la noche jugando con él, y no quería distracciones, estaba plenamente enfocado en la preparación de la entrevista para que nada saliera mal.

Kim asintió en señal de comprensión mientras los ojos de la mujer se llenaban de lágrimas nuevas.

—¿Cómo coño voy a decirle a un niño de tres años que su padre se ha muerto, que se dio por vencido cuando las cosas se pusieron chungas, que no nos quería...?

—Eso no es verdad, Monica —dijo Kim, deteniéndola en seco.

—Por supuesto que lo es. Ya ha podido ver lo que ha hecho.

—Sé que está muy enfadada, y tal vez sea precisamente esa ira lo que la mantenga entera en un momento como este, pero voy a decirle algo que le va a sacar esa rabia de la cabeza.

Monica se tocó los ojos con suavidad, poniendo cara de incredulidad.

—Monica, la reunión por Zoom no llegó a existir. Su marido murió al principio de la madrugada. Su llamada no le ha incitado a quitarse la vida.

Empezó a negar con la cabeza.

—Eso no tiene ningún sentido. Hablé con él anoche. Era la mejor versión de sí mismo que he visto en mucho tiempo. Me habría dado cuenta si hubiera estado planeando...

—Es que no estaba planeando nada —interrumpió Kim—. No puedo decirle aún demasiado, pero tenemos razones para creer que la muerte de Liam está relacionada con una investigación que está actualmente en curso y que no se ha suicidado.

La conmoción hizo que desapareciera de inmediato el color que la rabia había proporcionado a su rostro hasta ese momento.

—¿Creen que lo han asesinado?

La esperanza que había en el tono de su voz al formular esa pregunta hizo que Kim se emocionara. Vaya una cosa por la que sentirse esperanzada, pero Kim la entendía perfectamente. El hombre estaba muerto, eso estaba claro. Monica había logrado

procesarlo, pero, si no se trataba de un suicidio, podría deshacerse de la rabia, el asco, el sentimiento de abandono y la culpa.

Kim asintió.

—No les ha dejado a su hijo y a usted, y encontraremos al responsable.

—Pe-pero... ¿por qué? —preguntó mientras Kim echaba la silla hacia atrás para incorporarse.

—Todavía no puedo contarle nada más, pero, en cuanto tengamos novedades, será la primera en saberlo.

Kim hizo un gesto al agente para que volviera a sentarse junto a la mujer.

Volvió al pequeño salón preguntándose si no andarían desencaminados con lo del vínculo gay. Tal vez el hecho de que Jamie y Sarah fueran homosexuales no fuera más que una coincidencia. Quizá existiera algún otro vínculo o tal vez las víctimas fueran más aleatorias de lo que habían creído en un principio.

Cuando entró en la estancia, que todavía conservaba el hedor de la sangre, aún tenía muchas preguntas revoloteando en su cabeza.

Keats, Mitch y otros dos técnicos estaban retirando a Liam Sachs de la silla.

—Esperad —dijo, poniéndose delante de ellos.

Examinó el cuerpo de los pies a la cabeza.

—Vale —dijo, dándose la vuelta, y se alejó.

Al salir, tomó una gran bocanada de aire fresco mientras se quitaba las zapatillas protectoras.

—De acuerdo, jefa, ¿qué tienes? ¿Quiero saberlo? —preguntó Bryant mientras caminaban hacia el coche.

—El calzado, Bryant. Era la una de la madrugada de una noche en la que quería acostarse temprano para prepararse.

—Sí, yo también estaba ahí dentro contigo.

—Entonces, ¿por qué coño llevaba puestas unas zapatillas

deportivas?

Capítulo 44

Pasaban las dos cuando Penn fue a la cafetería para pillar algo para comer para los dos. Stacey le había pedido el plato del día de Betty, fuera lo que fuera, aunque en el fondo esperaba encontrarse con el pastel de carne. Lo que esa mujer hacía con ese puré de patatas estaba tan bueno que tenía que ser ilegal, o quizá tan calórico que mejor no imaginárselo demasiado.

Stacey aprovechó la tranquilidad de la sala para hacer una llamada. Sabía que Penn tenía un montón de trabajo, pero necesitaba terminar de hacer todo lo que estuviera en su mano en el caso de Gabe Denton y contarle las novedades a su mujer.

Craig Denton contestó al tercer tono.

—¿Hola? —Su tono de voz era interrogatorio ante la llamada de un número desconocido.

Stacey se presentó.

—¿Tiene un momento para hablar?

—Estoy entre un tren y otro ahora mismo, pero cuénteme, ¿por qué me llama?

Stacey podía oír el ruido de fondo. Estaba claro que no era un buen momento para él, pero su curiosidad se había impuesto.

—Lo llamo en relación con su hermano, con Gabriel.

—Me sé su nombre, agente. ¿Se encuentra bien?

Ya tenía la respuesta a la primera pregunta que quería hacerle: Gabe no se había puesto en contacto con él.

—Ha desaparecido. Salió de casa el lunes por la mañana y no se le ha visto desde entonces.

Hubo un momento de silencio antes de que dijera nada.

—Por fin ha entrado en razón, ¿no? Pues nada, espero que le vaya bien.

Stacey ignoró aún la beligerancia de su tono para asegurarse de

que no se había comunicado con él.

—¿Me asegura entonces que no ha tenido contacto alguno con Gabe?

—Soy la última persona a la que llamaría. Si no es capaz de ir a visitar a su madre enferma, que vive a menos de quince kilómetros de él, ya de venir aquí a Bristol ni le digo.

—Señor Denton, obviamente existe cierta hostilidad entre ustedes dos, pero...

—¿Hostilidad? Y tanto, y con mucho gusto voy a explicarle los motivos. Pasamos por mucha mierda juntos cuando éramos pequeños, no teníamos a nadie, así que confiábamos plenamente el uno en el otro. No solo éramos hermanos, éramos nuestros respectivos mejores amigos; era imposible imaginarme entonces una vida en la que él no estuviera a mi lado. Sin embargo, ella no tardó nada en sembrar la discordia entre nosotros, abriendo una brecha irreparable el mismo día que se casaron. Ella es la razón por la que él nunca visita a nuestra madre.

Para Stacey, la historia no era nueva; un miembro de la familia culpando de todo al cónyuge o a la novia. Y era aún peor si la relación había sido especialmente estrecha, pero, al fin y al cabo, Gabe era un hombre adulto que tenía un trabajo de responsabilidad. Si quisiera ir a visitar a su madre, lo haría. Quería averiguar qué fue lo que causó las desavenencias.

—Supongo que se está refiriendo a Beth.

—Hombre, claro, ¿quién sino podría convencerlo para hacer una cosa tan ruin?

—¿Perdón?

—Le contó a mi hermano que yo había intentado seducirla en su noche de bodas, que cuando estábamos bailando le puse las manos por todas partes. Hubo lágrimas, palabras como «violada» que me revolvieron el estómago. Nunca la había mirado con esos ojos.

Puede que hubiera bebido un poco, pero nunca le habría faltado al respeto a mi hermano de esa manera. Se dijeron cosas en el calor del momento que no se podrán borrar jamás. No hemos vuelto a hablar después de aquella noche.

Stacey notaba que había emoción en su relato. El dolor seguía presente después de todos los años transcurridos, y lo empeoraba todo el hecho de que probablemente solo se hubiera tratado de un malentendido.

—No me llamó ni una sola vez.

—¿Lo hizo usted? —contraatacó Stacey.

—No, y nunca lo haré.

—¿Aunque lo eche de menos?

Percibió las dudas antes de responder.

—Sí, a pesar de eso. Mire, mi tren va a llegar en cualquier momento. No se ha puesto en contacto conmigo. Este viaje al pasado no ha sido nada agradable, no quiero revivirlo todo de nuevo.

—De acuerdo, señor Denton, gracias...

—Espero que se encuentre bien, pero háganle un favor: si por fin ha logrado quitarse de en medio, déjenlo así.

El teléfono se apagó en su oído y Stacey supo que la última pista de la que podía tirar no la había llevado a ninguna parte.

No pudo evitar sentirse intrigada por lo que pudiera haber ocurrido entre Beth, Craig y Gabriel y por la magnitud que debió tener el incidente para que los dos hermanos llevaran años sin hablarse. Si él la creyó y apartó a su hermano de su vida, algún fundamento debía tener la acusación de Beth.

Fuera cual fuera la historia, la jefa no iba a dejar que continuara investigando el caso si le hablaba de un manoseo bajo los efectos del alcohol durante la noche de bodas de la pareja. Penn tenía un

montón de trabajo acumulado y ella ya no podía permitirse el lujo de perder tiempo con algo que no fuera el caso principal a investigar.

Solo le quedaba contarle a Beth Denton que no tenían ni idea de a dónde había ido su marido y que no sabían si iba a volver o no.

Capítulo 45

—¿A dónde vamos, jefa? —preguntó Bryant, ya de vuelta en el coche.

—Espérate un momento —dijo Kim, dando golpecitos con sus dedos sobre el salpicadero. Tenía la sensación de que su trabajo allí aún no había terminado.

—¿Puedo tener la osadía de preguntarte qué está pasando por esa mente tan retorcida que tienes? —preguntó Bryant, apagando el motor—. A ver, puede que esto ni siquiera esté relacionado con nuestro caso. Parece que Liam era un hombre felizmente casado.

—Hum...

—¡Qué!

—Las zapatillas. Me creo todo lo demás, pero algo raro hay con las putas zapatillas. ¿Quién se pasea por su casa a la una de la madrugada con unas zapatillas deportivas puestas? ¿A dónde iba a ir, o de dónde venía?

—A comprar una barra de pan.

—Pero ¿tú has visto alguna tienda por aquí cerca cuando estábamos llegando? Parece que solo hay un coche en la familia, y anoche lo tenía Monica en Chester.

—Entonces, ¿qué estás...?

—Vamos —dijo, saliendo del coche.

Bryant la siguió mientras volvía a entrar con paso firme por la puerta de la propiedad y giraba a la izquierda para caminar junto a la valla.

—¿Puedes buscar algo en el móvil y andar al mismo tiempo?

—¿Qué quieres que busque?

—Da igual. Llama a Stace.

Siguió caminando por el sendero bien marcado que recorría el lado este de la propiedad de los Sachs.

—Dime, Bryant —respondió Stacey al móvil del sargento, que estaba en manos libres.

—Stace, hay una pequeña zona boscosa en Harvington, a poco más de kilómetro y medio de The Dog y justo al lado de la carretera —dijo Kim, cogiéndole el teléfono a su colega.

—Vale, jefa —respondió Stacey.

—Averigua si tiene algún nombre.

—Vale, echaré un...

—Hazlo ya —dijo Kim—. No cuelgues, míralo mientras hablamos —añadió, devolviéndole el teléfono a su compañero—. Te paso con Bryant.

Kim siguió el camino, que se iba adentrando en el bosque, mientras esperaba una respuesta. Se escuchaba a Stacey tecleando de fondo.

—Bryant, ¿puedo preguntarte qué es exactamente lo que estáis haciendo? —preguntó Stacey.

—Yo, seguir a mi nuevo perro rastreador mientras anda por el bosque.

Kim se volvió y le dirigió una mirada fulminante antes de apartar una zarza larga y espinosa del camino.

No podía dejar de pensar en la descripción que Monica les había hecho del humor alegre y entusiasta que Liam tenía la noche anterior.

Continuó por lo que parecía ser el único sendero transitado de la zona. Mucha gente debía ir allí a pasear al perro, pensó mientras evitaba otro montón de desechos caninos. Liam había deseado quedarse solo en casa, y estaba, según su mujer, emocionado ante la entrevista. No nervioso ni aprensivo, sino emocionado. Y luego estaba el tema de las zapatillas, pensó mientras el camino se bifurcaba en dos direcciones.

Instintivamente, giró a la derecha.

—Jefa, no parece que el bosque tenga ningún nombre oficial...

Kim siguió andando.

—¿Pero? —preguntó al percibir un tono dubitativo en la voz de la ayudante de detective.

—Parece que sí que tiene un apodo. Quizá en su día se llamara Harvington Woods, porque ahora lo llaman Having It Woods, y...

Kim se detuvo y miró el suelo.

—¡Andaaa, jefa, es sitio muy conocido en la zona para la práctica del dogging! Ya sabes, encuentros sexuales en espacios públicos.

Kim apartó la mirada del condón que tenía junto a su pie izquierdo.

—Sí, me temía que eso era justo lo que ibas a decir.

Capítulo 46

—Stace, está claro que quieres ir a ver a Beth, así que vete y vuelve lo antes posible para echarme una mano —dijo Penn, notando su nerviosismo.

—Gracias, amigo —dijo mientras cogía su mochila y su abrigo.

La jefa acababa de añadir a Liam Sachs a su lista de personas a las que tenía que investigar.

De momento, Penn estaba tratando de conseguir información sobre Charles Stamoran, su ayudante Lorraine Abbott, Celia Gardner, Victor Gardner, escándalos y demandas, y ahora se sumaba también Liam Sachs.

No cabía duda de que prefería estar ocupado, lo cual aún le resultaba toda una novedad después de los dos últimos meses. Lo que ocurría era que todas las tareas eran igual de importantes y se sentía abrumado por ello.

Desde luego, podía entender el deseo que Stacey sentía por ir a hablar con Beth Denton. Era difícil dejar de lado un caso en el que no se había logrado llegar a ninguna conclusión, y lo menos que cualquiera podría esperar era una explicación en persona. En realidad, el caso le llamaba tanto la atención como a su colega. ¿Qué podía haber impulsado a un hombre que parecía estar felizmente casado a retirar una cantidad de dinero importante y abandonar a su mujer sin darle ninguna explicación? La experiencia le decía que alguna razón debía haber. Quizá su matrimonio no le hacía tan feliz como Beth Denton les quería hacer creer. Y bueno, si de verdad eran felices, entonces mal por Gabriel. Algunas personas simplemente no eran capaces de apreciar lo que tenían.

Su teléfono sonó, indicando la llegada de un mensaje.

Respiró aliviado. Hacía una hora que le había mandado un mensaje a Jasper preguntándole si ya sabía cómo iba a ir a su clase de baile.

A pesar de sus intentos, su hermano no había podido convencer a su mejor amigo Billy para que se apuntara con él a las clases de baile en línea. De todas formas, decidió ir solo; entró en un lugar repleto de desconocidos y volvió a casa desbordando energía. Desde aquel día, uno de sus compañeros de clase lo había recogido y luego dejado en casa cada jueves por la tarde. Penn se había abstenido de pedirle nombres o números de teléfono; estaba progresando en ese proceso de «darle cierta libertad».

No voy a ir hoy a la clase.

Penn respondió enseguida.

¿Por qué no?

No me encuentro bien.

¿Qué te pasa? ¿Has mirado a ver si tienes fiebre?

Penn dio unos golpecitos con los dedos en la mesa mientras esperaba una respuesta.

Tranquilo, Ozzy. Solo siento un poco de náuseas.

Penn se sintió aliviado, pero no se quedó del todo tranquilo.

¿Has podido comer algo malo?

Gomitas.

¿Una bolsa?

Una caja.

Penn se echó a reír al ver la hilera de emoticonos verdes nauseabundos que vinieron a continuación de sus palabras. Una

mueca acompañó su siguiente pensamiento, o más bien sospecha. ¿Era él, el hermano mayor, el que podía estar dando lástima? ¿Estaría Jasper fingiendo que se encontraba mal para no dejarlo solo?

¿¿Estás seguro de que eso es todo??

Penn le presionó. ¿Le habría dicho alguien algo desagradable? ¿Lo habrían señalado para burlarse de él?

¿Hola?

Penn podía imaginarse su cara de desconcierto. El daño colateral de ser policía era que nunca se fiaba de las apariencias.

No pasa nada. Venga, nos vemos luego.

Genial, hasta luego.

Pensar en una noche con su hermano le provocó una sonrisa. Quizá lo desafiara a un campeonato de Xbox mientras comían pizza pedida a domicilio.

Se volvió hacia la montaña de trabajo que tenía sobre la mesa y esperó que su colega volviera pronto.

Capítulo 47

Eran casi las cuatro cuando llegaron otra vez a la casa de Much Wenlock y Kim aún no tenía ni idea de cómo iba a plantear las preguntas que quería hacer sin revelar cómo había conseguido la información confidencial.

—Cuéntale la verdad y ya está —dijo Bryant, viendo lo incómoda que estaba—. De vez en cuando funciona, o eso dicen.

—Una idea original, la tendré en cuenta —dijo Kim, saliendo del coche.

Bajó por el camino y llamó a la puerta. El pequeño Renault que había junto a la entrada le indicó que había alguien en la casa.

Abrieron, y Kim supuso que tenían delante a Stephanie Lakehurst. La chica iba vestida con unas mallas negras y un jersey ancho que le dejaba un hombro al descubierto. Su pelo era negro, y estaba peinada con un tupé al más puro estilo Elvis. Tenía un piercing en la nariz.

—¿Stephanie? —preguntó Kim, mostrando su identificación policial.

Bryant hizo lo mismo.

—¿Podemos pasar? —preguntó Kim.

—No sin que llame antes a comisaría para confirmar que es necesario.

—Siéntase libre de hacerlo.

Puso mala cara.

—Pues venga, voy a darle un toque a mi primo, el sargento Poole, en Halesowen.

—El sargento Poole trabaja en Dudley, pero buen intento. —A Kim ya le gustaba el estilo de la mujer.

—Vale, no sé qué están haciendo aquí, pero ahí en la entrada de la casa me están dando mala imagen, va a ser mejor que entren.

—Bonita casa. ¿Es suya? —preguntó Kim, entrando en un recibidor

limpio y ordenado con grabados de animales en colores pastel colgados en la pared.

—Lo será cuando mis viejos estiren la pata —dijo, guiándolos hasta el salón. Un sofá curvado y enorme, que parecía muy cómodo, presidía la estancia alrededor de una televisión igualmente grande.

—Lo siento, ha intentado ser una broma, y también mi forma de decirles que soy hija única.

Todos permanecían de pie en el salón.

—Antes de invitarlos a que se sienten, ¿estoy metida en algún lío? No van a estar ahí tan a gusto si estoy en problemas.

—¿Ha hecho usted algo malo? —respondió Kim.

—No parece probable que vaya a confesárselo, ¿verdad? —preguntó, tomando asiento e invitándolos a que hicieran lo mismo.

En cuanto Stephanie se agarró las piernas al acomodarse en el sofá, apareció un chihuahua de la nada, que saltó y se acurrucó en el recodo del brazo de Stephanie.

—Tranquilo, Tyson —dijo, acariciando la cabeza del perro—. Te hago la señal si necesito que ataques.

—¿Tyson? —preguntó Bryant.

—¿Por qué no? —respondió Stephanie—. En esta casa no hay estereotipos.

Kim sonrió al ver que el perro parecía mirar a su dueña en señal de estar de acuerdo.

—Stephanie, tenemos entendido que pasó algún tiempo en un centro llamado Clínica del Cambio, en Bridgnorth.

La mano de la chica se detuvo de inmediato en la cabeza del perro y su rostro se quedó petrificado.

—¿Cómo saben eso?

—Vi su nombre por casualidad durante una visita que hicimos al lugar en relación con otra historia.

—No quiero hablar de ello.

Kim no se dejó disuadir.

—Estamos trabajando en un caso en el que algunas de las víctimas parecen tener un vínculo con ese lugar, y tenemos que averiguar si se trata de algo más que una simple coincidencia.

Sacudió la cabeza.

—Lo siento, pero no puedo hablar de ello —dijo.

—¿Por qué no?

—No puedo, de verdad.

—Nos es imprescindible poder hablar con alguien que pasara algún tiempo allí y no esté muerto a día de hoy —dijo Kim. En su tono no había maldad, pero sí un intento de dejar claro cómo de importante era su petición.

—Lo siento, pero no puedo decirles nada.

—¿La ayudaron allí?

Stephanie no respondió.

Kim suspiró frustrada.

—Bueno, dígame, al menos, qué la impulsó a acudir al centro.

Stephanie dirigió su mirada hacia arriba y, después, a la izquierda; parecía querer comprobar que sí podía responder a esa pregunta.

—De acuerdo. Toda mi vida he sido un marimacho, siempre me ha gustado llevar pantalones, la liaba parda si mi madre me ponía un vestido. Me gustaba jugar a juegos de chicos con juguetes de chicos. Mi madre me compraba una muñeca cada Navidad con la esperanza de encontrar una que me gustara. Supongo que era su forma subliminal de llevar a cabo mi terapia de conversión —dijo sonriendo.

—¿Encontró alguna? —preguntó Kim.

—Qué va, todas tuvieron el mismo final desafortunado.

Kim esperó a que siguiera hablando.

—Las tiraba por encima de la valla del jardín para que las cogiera el perro del vecino. Cuando cumplí diez años, me regaló un Action Man

con toda su parafernalia militar, que no terminó siendo propiedad del perro. Desde entonces, mi madre me dejó tranquila. Me permitió tomar mis propias decisiones y jamás me juzgó por ellas. Pero claro, eso no dio buenos resultados cuando llegué al instituto.

Hizo una pausa y tomó aire.

—Incluso antes de que supieran que era gay, muchos se burlaban de mí y me insultaban. Todos los días, durante cinco largos años. Ahuyentaban a todos los amigos que hacía. No es que me resulte agradable hablar de aquella época de mi vida —afirmó.

Kim asintió en señal de comprensión.

—No era capaz de vislumbrar un futuro demasiado diferente a lo que estaba viviendo en aquellos años. Por lo tanto, no quería ser lesbiana. No quería que me insultaran ni que me señalaran durante el resto de mi vida. No quería ser diferente.

A Kim le dolía el alma al pensar en la crueldad de los niños y en las secuelas del acoso escolar por parte de unos desgraciados que probablemente nunca más se habrían acordado de Stephanie después de acabar el instituto.

—¿Qué hizo al respecto?

—Me adapté, me ajusté a lo socialmente aceptado. Me dejé crecer el pelo y cambié mi forma de vestir. Conseguí trabajo en una pequeña empresa especializada en tejados y ahorré dinero.

—¿Conocía ya a esas alturas la Clínica del Cambio?

Asintió.

—La estuve investigando cuando tenía dieciséis años. Hice todas las cosas habituales de la adolescencia. Aprendí a conducir, me compré ropa y aportaba dinero para los gastos de mis padres, pero siempre guardando algo para mis ahorros. Hubo un tiempo de transición en el que estuve tratando de sobrevivir, pasar desapercibida, formar parte del colectivo más aceptado. A los veintiún años, tenía dinero suficiente para pasar un mes en el

centro. Estaba segura de que ese tiempo bastaría para que me curaran.

—¿De verdad era así como veía su sexualidad, como algo que le tenían que curar? —preguntó Kim.

—Absolutamente.

—¿No consideró ir a terapia para que la ayudaran a aceptar su identidad?

—Eso no habría servido para que dejaran de insultarme, ¿verdad? No habría impedido que me gritaran «lesbiana» por la espalda ni que cada día sintiera miedo de que esos insultos se pudieran convertir en algo físico. Vivir con ese tipo de angustia no es vivir. No quería llamar la atención, solo quería ser normal.

—¿Se informó a fondo sobre la terapia de conversión?

—Por supuesto, investigué en profundidad. Sabía que su eficacia no estaba nada clara, pero yo iba a ser la excepción. Iba a hacer todo lo que me dijeran, y me iba a ir genial porque lo deseaba más que la gente que había fracasado.

—¿Fue consciente de los métodos que podrían utilizar con usted? —preguntó Kim.

—Sí, leí sobre todos los procedimientos médicos, incluyendo la histerectomía, la extirpación de ovarios o la mutilación genital femenina, en la que te quitan el clítoris. Para los chicos, castración, vasectomía y una intervención quirúrgica estándar en el nervio pudendo, además de una lobotomía. Para ser sincera, el tema del clítoris no me apetecía en absoluto; no estaba dispuesta a que un cirujano me lo quitara. Pero sí que estaba abierta a casi todo lo demás.

—¿Se quedó todo el tiempo que...?

—Lo siento, pero es todo lo que puedo decirles.

—Stephanie, necesitamos más. Hay gente muriendo.

—Y es la razón que me hace sentirlo de corazón, pero de verdad

que no puedo contarles nada más.

—Pero ¿por qué?

—Por el acuerdo de confidencialidad que tanto yo como otros pacientes y todos los miembros del personal tenemos que firmar antes de que se nos permita pasar siquiera del mostrador de recepción.

—¿Tienen legalmente prohibido hablar del tiempo que pasan allí? —preguntó Bryant.

Stephanie asintió.

—No podemos decir ni una palabra.

—¿Cree que la demandarían? —preguntó Kim.

—Yo lo han hecho con otros.

—Da igual, tiene que hablar con nosotros —instó Kim.

—Tienen buenos abogados.

—Los nuestros son mejores.

Stephanie pareció considerar sus palabras.

Kim aprovechó el momento de duda.

—No la vamos a dejar tirada. Haremos todo lo posible para protegerla, pero tenemos dos víctimas que estuvieron en el centro, y tenemos que saber como sea qué es lo que se cuece allí dentro.

Stephanie se puso de pie y Kim estaba convencida de que iba a pedirles que se marcharan.

—Vale, pero, si se van a quedar tanto tiempo, voy a ser educada y ofrecerles algo de beber.

Capítulo 48

Stacey respiró hondo varias veces mientras caminaba hacia la casa de Bethany y Gabriel Denton. Nada de lo que estaba a punto de contarle a Beth iba a poder ofrecer ningún consuelo a la mujer.

Debió verla avanzar por el camino, pues la puerta se abrió antes de que Stacey pudiera llamar.

—¿Lo han encontrado? —preguntó, juntando las manos.

Stacey hizo un gesto de negación con la cabeza y entró en la casa.

Beth señaló el salón para que fueran hacia allá y Stacey siguió sus instrucciones. Se escuchaba el sonido de una emisora de radio; procedía de la cocina, donde obviamente había tratado de mantenerse ocupada.

—Por favor, siéntese —le indicó Beth.

—Gracias. Tenemos un par de novedades, pero ninguna de ellas nos hace estar más cerca de encontrar a Gabriel. Hemos localizado su coche.

Beth se inclinó hacia delante, como si aquella noticia fuera a dar pie a una revelación importante, aunque Stacey había intentado rebajar las expectativas antes de contarle nada.

—¿Dónde?

—No muy lejos de la estación de New Street.

—¿Birmingham? —preguntó, con expresión incrédula. Sacudió la cabeza—. Odia los lugares abarrotados de gente. Seguro que alguien le robó el coche y lo abandonó allí.

—Estaba cerrado con llave y no había indicio alguno de que lo hubieran forzado.

—Oh.

Beth parecía estar olvidando el pequeño detalle de que Gabriel había retirado del banco una gran cantidad de dinero.

—He hablado con Craig, y Gabriel no se ha puesto en contacto con

él.

—¿Y por qué iba a hacerlo si a lo mejor está ingresado en algún hospital y tiene amnesia?

Vaya, iba a ser más difícil de lo que pensaba. Tal vez podría ganar un poco de tiempo hasta que la mujer cayera por fin en la cuenta de lo que estaba pasando, sin verse forzada a explicárselo.

—Me ha contado que no ha vuelto a hablar con él desde el día de la boda.

Beth cerró los ojos un momento y empezó a mover la cabeza en señal de disgusto.

—Aquello fue horrible. Empezamos a bailar una canción ya terminando la noche y me puso las manos por todo el cuerpo, recorriéndolo de arriba abajo. Intenté alejarme de él, pero continuó tratando de acercarme hacia su cuerpo, diciéndome que me había casado con el hermano equivocado. —Estaba casi temblando, estremecida—. El recuerdo aún me produce náuseas. Me fui corriendo al baño para intentar ocultar mis lágrimas, pero uno de sus primos me vio allí dentro tratando de recomponerme. Al principio me negué a contarle a Gabe lo que me pasaba; eran hermanos y sabía cómo de unidos estaban. No quería cargarme esa relación, pero me estuvo presionando hasta que se lo terminé revelando. Discutieron brutalmente y no se han vuelto a hablar desde entonces.

—¿Alguna vez habló Gabriel de intentar hacer las paces?

Beth negó con la cabeza.

—Nunca me habría puesto en la situación de tener que compartir tiempo con él. Solo de pensarlo se me eriza la piel. Siento que haya perdido el tiempo con esa llamada, pero Gabe nunca se pondría en contacto con Craig.

Stacey asintió en señal de comprender lo que estaba escuchando.

—Bueno, y entonces, ¿han podido ver en las cámaras de seguridad

quién iba conduciendo el coche? ¿Quizá desde qué dirección llegaron?

Stacey hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No hay cámaras en este aparcamiento concreto. El pasaporte no estaba dentro, pero sí su teléfono.

—Esa es la prueba de que alguien debe habérselo llevado por la fuerza. Gabe no se dejaría el teléfono dentro del coche.

Pues no, no caía en la cuenta, y Stacey tenía claro que eso no iba a suceder.

—Creemos que fue exactamente eso lo que hizo, Beth.

—¿Q-Qué?

—Teniendo en cuenta que su marido sacó una gran suma de dinero la mañana en la que desapareció, aparcó su coche junto a una estación de tren muy concurrida y dejó en él su teléfono, todo nos hace pensar que ha decidido tomarse un tiempo, alejado de su trabajo y de todo lo que lo rodea.

—No. No. No. No me lo creo. Él no permitiría que yo estuviera tan preocupada como estoy. Como mínimo, se comunicaría conmigo para que estuviera tranquila de que está a salvo. Creo que están llegando a una conclusión equivocada. Podría haber muchas razones que expliquen lo del dinero y el pasaporte. No se iría así sin más, deben tener en cuenta que estamos muy unidos, que lo somos todo el uno para el otro.

Stacey tomó aire.

—Puede que quiera tomarse algo de tiempo para pensar las cosas, aclarar sus ideas.

—¿Sobre qué?

—Beth, no es fácil decirle esto, pero creemos que Gabriel estaba empezando a tener sentimientos por otra persona.

Beth se quedó con la boca abierta y se quedó mirándola fijamente durante un momento que se hizo eterno.

—Imposible. Eso es basura. Gabe nunca me engañaría...

—No era algo físico —aclaró Stacey—, sino más bien una especie de conexión emocional.

Stacey se dio cuenta demasiado tarde de que probablemente era lo peor que podía haber dicho, pero no le correspondía a ella censurar la verdad.

—No, lo siento, pero nada de eso estaba sucediendo, ni física ni emocionalmente ni de ninguna otra manera. Me habría enterado. —Entrecerró los ojos—. ¿Quién le ha contado esa gilipollez?

—Una compañera de Gabriel nos ha...

—Esa Wendy Clarke, ¿a que sí? La mujer divorciada que no paraba de hacerle ojitos en una fiesta de Navidad. Está claro que es una fantaseadora, no se deberían creer nada de lo que les diga. Son ensoñaciones suyas.

—Me temo que sí que la creemos, Beth. Tiene todo el sentido —dijo Stacey, luchando contra la duda perturbadora que tenía en la cabeza que le hacía pensar que quizá estuviera pasando algo por alto. Seguía sin poder asociar del todo la imagen del Gabriel educado, profesional y trabajador con la del hombre que había abandonado a su mujer sin mediar palabra. Pero las pruebas parecían indicar lo contrario, y como no podía explicar sus dudas con argumentos sólidos, la jefa no la iba a dejar perder ni un segundo más replanteándose todos sus hallazgos.

Tragó saliva y continuó:

—Creo que Gabriel necesita tiempo para aclararse, pero volverá pronto —dijo Stacey, que acercó su mano hasta la de Beth y la sujetó con firmeza.

La señora Denton se la apartó con brusquedad.

—Supongo que eso quiere decir que van a reducir la búsqueda y a dejar de intentar localizarlo activamente porque están convencidos de que se ha largado para tratar de encontrarse a sí mismo.

—Seguiremos estando atentos, y su caso seguirá abierto en el registro de personas desaparecidas hasta que se le encuentre, pero poco más podemos hacer para investigar de forma activa su...

—Fuera de aquí —dijo Beth, poniéndose de pie.

—Por favor, intente...

—Lo digo en serio —dijo Beth, señalando la puerta—. He confiado en usted y me ha defraudado por completo. Váyase de mi casa y no vuelva en su vida.

Stacey la miró por última vez antes de hacer exactamente lo que le había pedido.

Capítulo 49

—Si ya se han puesto cómodos, empiezo —dijo Stephanie, sentada de nuevo en el sofá con las piernas de nuevo dobladas bajo su cuerpo. En la mesita había tres tazas de café.

Su voz y su tono seguían siendo algo arrogantes, pero parecía tener esa actitud más bien como un mecanismo de defensa que se hubiera impuesto a sí misma. Fuera lo que fuera lo que iba a contarles, se había puesto en modo de protección personal.

—El primer y segundo día que pasas allí están bien. Hablas con los orientadores y tienes reuniones en grupo en las que todo el mundo explica sus razones para querer cambiar su sexualidad. El tercer día empiezas la terapia, me refiero a la terapia de aversión.

—Hemos visto el sillón —dijo Kim.

—Qué va —responde Stephanie—. Si les han hecho la visita guiada, solo habrán podido ver el de exposición. Ese es un juego de niños. Apuesto a que no les han enseñado la tercera planta, que es donde está la verdadera diversión. El sillón de exposición te provoca un ligero cosquilleo; lo puedes sentir, pero es incomparable con lo que te produce el de verdad. Ese ya no te da ningún masaje.

Y esa era la razón exacta por la que Kim quería hablar con algún antiguo paciente. No iba a enterarse de la realidad del centro gracias a la visita guiada, lo tenía claro.

—¿Cómo funciona?

—Te conectan a una máquina y te ponen electrodos por todo el cuerpo, incluida la cabeza. Es como un detector de mentiras, pero más potente. Mide tus respuestas emocionales. Si reaccionas de cualquier forma al estímulo, recibes una descarga.

—¿No hay forma de levantarse?

Stephanie negó con la cabeza y señaló sus muñecas.

—Estás inmovilizada en esa posición. Obviamente, no te advierten

de lo duro que va a ser ni del tiempo que te vas a pasar en el sillón, y cuando cierran la puerta y apagan las luces, te quedas sola ante la pantalla grande. Se difumina la noción del tiempo y se pierde perspectiva de la realidad. La pantalla nunca se apaga. Empiezan con fotos y vídeos de parejas heterosexuales (cenando, paseando por la playa...), y luego pasan directamente a la acción entre chicas. Enseguida recibes una buena descarga. Da igual que cierres los ojos, porque no dejas de escuchar. Los vídeos son cada vez más gráficos y explícitos, y las descargas, más largas e intensas.

—¿Cuánto tiempo tienes que estar en el sillón?

—Depende de lo que tardes en sucumbir.

Kim se acordó de las marcas que había en las muñecas de Jamie. Supuso que a él le costó bastante tiempo.

—¿Cuánto fue en su caso?

—Veintisiete horas.

—Jesucristo —maldijo Bryant.

—Pero ¿cómo se adapta la mente? —preguntó Kim, intentando imaginar el horror que suponía lo que estaba escuchando.

—¿Usted ama u odia el Marmite, inspectora?

—Lo odio.

—Después de recibir descargas como esas durante horas, créame, le terminaría encantando.

—¿Me está diciendo entonces que funcionó? —preguntó Kim.

—Digo que la terapia de aversión cumple con lo que promete, te hace querer evitarlo. Una semana después de salir de allí, vi a dos mujeres cogidas de la mano en la tele. Vomité.

Bryant negó la cabeza sin poder creerse lo que estaba oyendo.

—No pasa nada. Ya me estoy recuperando. Fue la peor época de mi vida, pero me han estado ayudando a aceptar mi sexualidad. —Sonrió—. De hecho, tengo una cita mañana. La primera de mi vida.

—Felicidades.

—Gracias. Megan ha sido una ayuda increíble.

—¿Megan Shaw?

—Sí, ¿saben quién es?

—Nos conocemos. Parece que trabaja en casos similares a estos.

—Porque puede hablar desde la experiencia. Se enfrentó a sus propios demonios de identidad y logró superarlos. Sabe exactamente por lo que estamos pasando.

Kim no se había dado cuenta, pero tampoco había una buena razón por la que tuviera que haberlo hecho.

—Ha dicho que se fue de allí antes de que la cosa se pusiera aún peor. ¿A qué se refería?

—El sillón no es más que la punta del iceberg. Hay otros métodos más contundentes. Retención o alimentación forzada, rezos obligados, palizas, intimidación emocional y física... Me obligaron a ponerme faldas y tacones altos, y a maquillarme para hacerme más femenina... y cosas mucho peores.

Kim se preguntaba qué podía ser peor que todo lo que ya había descrito.

Esperó a que Stephanie continuara.

—Violación correctiva.

—¿¿Cómo?? —preguntó Bryant con horror.

Stephanie asintió.

—Sucede. Ha ocurrido allí dentro. No conozco más detalles con seguridad, pero sé que es algo que ha pasado.

A Kim se le vino al instante a la mente Sarah. ¿La habrían violado? ¿Por eso les había dado la niña a sus padres para que fueran ellos quienes la criaran? Se anotó mentalmente que tenía que pedir una muestra de ADN de la niña. Lo importante sería saber con quién cotejarla.

—Sé que ha dicho que no tiene detalles específicos, pero ¿sabría de alguien que pudiera estar dispuesto a contarnos algo más?

Stephanie negó con la cabeza.

—No es probable. Con los acuerdos de confidencialidad, lo veo difícil.

—¿Ni una sola persona? —presionó Kim.

Stephanie suspiró mirando a Bryant.

—¿Siempre es así de insistente?

Bryant asintió.

—Oh, sí, desde luego. No ha empezado ni a calentar.

—Vale, había un tipo que se llamaba John Dermot. Se suponía que no debíamos saber los apellidos de los demás, pero una noche estuvimos charlando y se le escapó. No sé dónde vive o si estaría dispuesto a hablar con ustedes, pero estuvo allí a la vez que yo.

—Vale, Stephanie, gracias por hablarnos de...

—¿No van a preguntarme por el mensaje?

—¿Qué mensaje?

—Creía que era eso lo que había provocado que quisieran contactar conmigo.

—Como ya le he explicado, vi por casualidad su nombre en una ficha, y queríamos hablar con alguien que hubiera vivido la experiencia de primera mano. —Kim volvió a sentarse—. ¿De qué va lo del mensaje?

Stephanie sacó su teléfono del bolsillo trasero de las mallas antes de contestar.

—Me hice amiga de alguien de allí. Un hombre, Jerry, de algo más de cincuenta años. Es ayudante de cocina, lleva años trabajando allí. Sabía lo que sucedía en el centro, pero no se atrevía a contar nada por miedo a perder su trabajo. —Desbloqueó su teléfono—. Me envió un mensaje el viernes.

Le ofreció el móvil a Kim, que lo cogió y leyó la conversación.

Jerry: Prepárate porque esto va a explotar.

¿¿¿A qué te refieres???

Jerry: He sacado una carta. La metí en el maletín de un tipo en el que se puede confiar.

¿¿¿Quién???

Jerry: Tengo que dejarte. Hablamos pronto.

Stephanie: Han pasado 2 días. Todavía no sé nada.

Stephanie: ¿Qué está pasando?

Stephanie: ¿Va todo bien?

Stephanie había enviado el último mensaje el día anterior. Tanto ese como los dos anteriores habían sido entregados, pero no leídos.

—Dejó de contestarme y no sé por qué.

Kim tampoco tenía ni idea del motivo, pero sí que sabía que ese mismo día les habían enseñado la cocina y no vio a ningún pinche en ella.

Capítulo 50

Stacey aún cargaba con el peso del arrebato emocional que tuvo Beth cuando volvió a entrar en la sala de la brigada. Se había peleado con Burns para que aceptara el caso, segurísima de que un marido tan cariñoso y comprometido jamás abandonaría a su mujer así como así, y todo indicaba que Burns había tenido razón, hecho que en absoluto la ayudaba a mejorar su humor.

—¡Bien, han llegado los refuerzos! —dijo Penn mientras ella se sentaba.

Precisamente por eso tenía que olvidarse de Beth, no podía hacerse nada más y otro caso requería su atención.

—Venga, ¿por dónde empiezo a ayudarte?

—Estoy esperando los registros telefónicos, el móvil y el ordenador de Liam Sachs, así que de momento a él lo tengo aparcado. He empezado a buscar información sobre Charles Stamoran y Lorraine Abbott de Éxodo, pero de momento sin mucho éxito, y ahora estoy con los Gardner y la clínica.

—Vale, yo me encargo de Éxodo y tú, de los Gardner. ¿Algo interesante sobre ellos hasta ahora?

Penn suspiró.

—No encuentro muchas cosas sobre la clínica, y ese es el problema. La página web no incluye nombres de ningún trabajador, o «profesionales», como allí se les describe. Ni siquiera puedo encontrar qué cosas se supone que puede hacer uno de esos profesionales. La página web solo describe que Celia creció y estudió en Black Country antes de ir a la universidad. Y luego es solo publicidad, explican cómo la señora Gardner se muere de ganas por ayudar a la gente a sentirse cómoda consigo misma.

—¿No te parece raro? —preguntó Stacey, a quien se le vino algo a la cabeza.

—¿El qué?

—Celia y Megan. Tienen una edad parecida, las dos son lesbianas y ambas se han criado en la misma zona, pero tienen puntos de vista totalmente opuestos sobre cuál es la forma más adecuada de ayudar a la gente a aceptarse mejor.

—Sí, pero solo una de ellas obliga a sus pacientes a firmar acuerdos de confidencialidad; y no solo a sus pacientes, también a los trabajadores. Es comprensible pues que no haya mucha información en Internet, pero...

—La pregunta que hay que hacerse es por qué tienen que firmar acuerdos de ese tipo —dijo Stacey—. Si el tratamiento que ofrecen es completamente legal y creen de todo corazón en lo que hacen, ¿por qué no permiten que nadie hable de ello?

—Buena pregunta —respondió Penn—. Aunque no creo yo que la violación correctiva entre en una lista de métodos de tratamiento permitidos por la ley.

Stacey se quedó con la boca abierta.

—No puede ser que eso esté sucediendo allí.

Desde que había escuchado el término «terapia de conversión», Stacey se propuso informarse e instruirse sobre el tema. Había descubierto que en Ecuador había más de doscientas clínicas de tratamiento que funcionaban bajo la apariencia de centros de desintoxicación de drogas. Sabía que, aunque la homosexualidad allí era legal desde 1997, sacaban a hombres y mujeres de las calles y los encarcelaban en esos centros.

Había leído la historia de una fotógrafa lesbiana que se había infiltrado en uno de esos lugares, y contempló casos de rezos forzados, privación de alimentos, alimentación forzada, abusos emocionales y físicos, palizas y violaciones correctivas. Los pacientes solo podían abandonar el centro cuando desde el mismo estaban convencidos de que los habían curado. En algunos países

sudamericanos, la red era enorme y estaba llena de corrupción. «Pero eso no puede estar ocurriendo aquí», trataba de asegurarse a sí misma. Esas instalaciones estaban reguladas por la ley y recibían inspecciones.

—Entiendo que no te lo creas —dijo Penn—, pero la fuente es fiable y la jefa va de nuevo de camino hacia allá. Ha dicho algo sobre la tercera planta, y nos ha dado otro nombre que tenemos que investigar.

Le acercó un pósit, pero la mente de Stacey iba ya a mil por hora.

—Si de verdad está pasando algo así, alguien habrá hablado, alguien habrá intentado tomar algún tipo de medida y pasar a la acción.

Penn negó con la cabeza.

—No hay ningún escándalo, nada de nada.

—Entonces, puede que hayas buscado en el lugar equivocado —respondió Stacey—. Revisa sus números más a fondo. Si han mantenido callada a tanta gente, les habrá tenido que costar mucho dinero.

Capítulo 51

—Estás cometiendo un error, jefa —dijo Bryant mientras regresaba a Bridgnorth.

Por muy sincero que siempre fuera con ella, normalmente no le expresaba sus dudas con tanta claridad.

—¿No te crees lo que nos ha contado? —respondió ella, preguntándose si su compañero había estado en el mismo salón que ellas. En la historia, el tono o el comportamiento de Stephanie no había absolutamente nada que pudiera hacerla dudar de la veracidad de lo que les había descrito.

—Sí que la creo, además al cien por cien, pero ese es precisamente el problema —dijo, parando el coche en un área de descanso.

—Bryant, no te pares.

—Escúchame —dijo, apagando el motor—. ¿Acaso sabíamos siquiera de la existencia de ese sitio?

Ella negó con la cabeza.

—No, pero aun así preferiría tener esta conversación con el coche en marcha.

—Somos policías y, aun así, no teníamos ni idea.

—No está en nuestra jurisdicción —se defendió.

—Está a poco más de veinticinco kilómetros de nuestra comisaría, cuarenta minutos en coche. No es la otra punta del país. No ha habido ninguna denuncia, nada que indique que se pueda haber cometido algún delito. Nada. Penn trabajaba en West Mercia y tampoco conocía el centro.

—Sigue pareciendo que no crees a Stephanie.

—Vamos, jefa, un poco de atención. Sí que la creo, pero precisamente por eso no deberíamos subestimar la inteligencia de los Gardner. Sé que quieres irrumpir allí y exigir acceso a la tercera planta, pero ambos sabemos que con esa actitud no vas a ir más allá

del mostrador de recepción de Jessica. Y, lo que es peor, les estarías poniendo en guardia, sabrían que estamos investigando. Es una propiedad privada, te han dejado entrar una vez para hacerte la visita guiada. Por lo que a ellos respecta, nos fuimos satisfechos de allí. ¿Por qué descubrir nuestras cartas y darles razones para ocultar algo?

—¡Argh! —exclamó, concentrando toda su frustración en ese grito. Lo que de verdad quería hacer era volver y darle un puñetazo en la cara a alguien en nombre de Stephanie, Jamie, Sarah y cualquier otra persona que pudiera haber sufrido en sus manos. Pero había otra parte de ella que sabía cuándo Bryant tenía razón.

—¿Tienes que ser tan sensato en los momentos cruciales de una investigación, cuando en realidad no quiero que lo seas?

—Ya me lo agradecerás —dijo, arrancando el motor—. Cuando tengamos una orden de registro firmada y sellada y podamos volver y echar un vistazo como es debido.

—Vale, vuelve a la... —Se calló porque escuchó su teléfono sonar.

—Dime, Stace —dijo Kim, respondiendo a la llamada.

—Tengo a un John Dermot, vive en un sitio llamado Stableford, a tan solo unos diez kilómetros de Bridgnorth.

—Suena bien —dijo Kim—. ¿Algo más?

—Todavía no, pero, si vais para allá, lo investigo un poco más mientras estáis de camino. Le he enviado la dirección a Bryant.

—Buen trabajo, Stace —dijo Kim antes de colgar.

—La tengo —dijo Bryant tecleando el código postal que aparecía en el mensaje.

—Seguro que es el mismo que... ¡Hostia puta! —maldijo al volver a oír su teléfono.

Estaba sorprendida. La persona que la estaba llamando no lo hacía de forma directa muy a menudo.

—¿Qué pasa, Mitch? —Lo había visto por última vez en la escena

del crimen de Liam Sachs; parecía que habían pasado días desde entonces.

—Puede que nuestro hombre no esté relacionado con vuestro caso —le dijo tras explicarle que seguía en la casa.

—¿Habéis encontrado algo en los dispositivos? —preguntó.

—No. El ordenador y el teléfono ya están en Ridgepoint para analizar las huellas y el ADN. Tus chicos tendrán los resultados mañana por la mañana, si es que todavía los queréis.

—¿Por qué no íbamos a quererlos? —preguntó Kim.

—Porque una vez retirado el cuerpo y tomado muestras de la zona alrededor de él, hemos movido la silla en la que estaba sentado. —Hizo una pausa—. Hemos encontrado una nota. Una nota de suicidio.

Capítulo 52

Kim dedicó un rato del trayecto a leer algo sobre el pueblo de Stableford. Clasificado como un lugar donde vivía gente con un poder adquisitivo alto, la mayoría de las casas eran unifamiliares, apenas había cuatro bloques de pisos y no existía ninguna vivienda social. Según las estadísticas, un noventa y nueve por ciento de los trescientos habitantes que tenía el pueblo eran blancos, y la población estaba formada por una mezcla equilibrada de trabajadores por cuenta ajena, autónomos y jubilados. En el último mes se habían denunciado dos delitos.

—Me da que este lugar es un foco de problemas —dijo Kim mientras Bryant pasaba por delante del ayuntamiento.

—Hemos llegado —dijo el sargento, entrando en un camino de grava. Una puerta de madera se sostenía abierta gracias a algo que parecía una roca decorativa.

Pasaron a través de un arco que formaban varios sicomoros hasta llegar a una casa de campo de piedra, medio escondida bajo enredaderas de glicinas y hiedra. Supuso que la casa tendría cuatro o cinco dormitorios, pero había muchas dependencias externas y lo que parecía ser una edificación independiente detrás de la casa principal.

Además, parecía que también se había habilitado un espacio habitable sobre un garaje con espacio para tres coches.

—¡Qué tal! —dijo una voz desde el lateral de la casa. El hombre que se dirigía hacia ellos tenía veintipocos años, y el pelo oscuro y desaliñado le caía sobre un rostro moreno y atractivo. Llevaba ropa de montar, un casco bajo la axila izquierda y una fusta en la misma mano.

—¿John Dermot? —preguntó Kim.

—Como mi padre y mi abuelo —dijo, asintiendo—. ¿Quién

pregunta?

Tanto ella como Bryant mostraron sus identificaciones policiales a la vez que se presentaban.

—Menos mal que no están mis padres. Se morirían de vergüenza al ver a la policía aparecer por su casa. Por suerte, no han venido en coche patrulla, porque si no, la señora Fitzsimmons estaría disfrutando como una enana. Es la vecina, y una de las cámaras de su casa alcanza más o menos casi hasta este punto de aquí —dijo, moviéndose medio metro hacia la izquierda. Levantó el brazo con el dedo corazón extendido—. Por si acaso, zorra asquerosa.

—Eh... señor Dermot, ¿podemos robarle algo de tiempo?

—Por supuesto. Creo que no he sido testigo de nada ilegal. De algo inmoral probablemente sí, pero esa es otra historia.

Kim se acercó a la casa.

—Por ahí no, inspectora. Yo vivo por aquí.

Lo siguieron hasta el garaje y subieron un tramo de escalones de madera que conducían a la planta superior.

John les abrió la puerta para que entraran. Kim percibió un tufillo a alcohol al cruzarse con él en el umbral.

—Bonito lugar —dijo Bryant, entrando detrás de ella, y Kim tuvo que estar de acuerdo con él.

La primera estancia que se encontraron era una sala de estar con televisión y ventanas de doble acristalamiento con vistas al campo por la parte trasera. Una enorme televisión y una estación multimedia ocupaban la práctica totalidad de una de las paredes; había un equipo de música y al menos dos videoconsolas. Más allá del salón se veía una cocina luminosa y espaciosa con muebles y electrodomésticos modernos.

—El dormitorio y el baño están justo al lado de la cocina, pero supongo que no necesitan verlos.

—Aquí estamos bien —dijo Kim, tomando asiento en uno de los

enormes sofás.

Bryant se sentó en el otro extremo.

El hombre dejó el casco en una silla en un rincón y el tintineo de los vasos le sugirió a Kim que se estaba preparando una copa. Se volvió para comprobarlo y vio que en el vaso de cristal había una cantidad generosa de un líquido marrón dorado. Mirando más atrás, pudo comprobar que se trataba de whisky de malta.

—¿En qué puedo ayudarla, inspectora? —preguntó, tomando asiento frente a ellos, y extendió el brazo que le quedaba libre por la parte superior del sofá.

—Señor Dermot, nos gustaría...

—John, por favor.

—De acuerdo, John, nos gustaría hablar con usted acerca de un centro llamado Clínica del Cambio, que está justo al lado de la carretera, en Bridgnorth.

Bebió un trago largo.

—Vale —dijo, sin dejar entrever nada.

—Tenemos entendido que pasó algún tiempo en ella.

Por primera vez, puso una cara rara.

—¿Y cómo saben eso?

—Somos conscientes de que firmó un acuerdo de confidencialidad, pero... ¿estaría dispuesto a hablar con nosotros de manera extraoficial?

—Más o menos —respondió crípticamente.

Kim esperó.

—Según las preguntas que me hagan, les responderé o no; así que venga, adelante.

—¿Qué fue lo que le condujo a ir a la clínica? —preguntó Kim. Tenía entendido que John había estado allí a la vez que Stephanie, o sea, el año pasado, cuando ya era un hombre adulto. ¿Qué lo habría llevado a querer cambiar su sexualidad?

—Mis padres.

—¿Puede explicarse mejor? —dijo Kim.

—Siempre he sido consciente de lo que mis padres piensan sobre ser homosexual. No les había contado que yo lo era por miedo a su reacción, pero la maldita señora Fitzsimmons tenía otras ideas. Es la puta vecina entrometida, que me pilló chupándosela al jardinero y se lo contó a mis padres. Debería haberme resistido, pero, joder, era guapísimo y no tenía ni idea de inglés. No me importaba, la verdad, no eran sus habilidades de conversación lo que me...

—Bueno, ¿y qué pasó con sus padres?

John continuó después de servirse otra copa.

—Quisieron curarme, obviamente, así que encontraron ese lugar en el que decían que podían quitarme la enfermedad, y allá que fui.

—Pero ya era mayor de edad, sus padres no podían obligarlo.

Hizo una mueca.

—Físicamente no, pero hay otras maneras.

Kim no dijo nada para que él continuara hablando.

—Me aseguraron que, si no buscaba ayuda, me cortarían el grifo económicamente. Me echarían de casa y me desheredarían. Soy un tío muy materialista, me encanta la vida que llevo y tampoco es que sea bueno haciendo nada en especial. No he trabajado un día en toda mi vida y no tengo intención de empezar a hacerlo de momento. Me encanta ser rico, así que no me dejaron otra opción.

—¿Así que se ha curado? —preguntó Bryant con tono de duda.

—Por supuesto —respondió John con una amplia sonrisa.

—¿En serio? —preguntó Kim.

John se rio.

—Claro que no, pero ya no me tiro piedras sobre mi propio tejado. Satisfago mis deseos a kilómetros de distancia de esta casa, de este pueblo y de las miradas indiscretas y las cámaras de la señora Fitzsimmons. Cada mes, más o menos, me traigo a alguna amiga y

eso hace que mis padres no me presionen demasiado. Es un planazo al que aún le quedan años de recorrido.

Kim intentaba comprender por qué aquel joven aún no le caía mal. Era rico, privilegiado y creído, y además estaba engañando a sus padres, pero se estaba comportando de forma abierta y sincera con ellos.

—¿Puede hablarnos de su estancia en la clínica? —preguntó.

—La verdad es que no —dijo negando con la cabeza.

—¿Por el acuerdo de confidencialidad? —preguntó Bryant.

—Que le den por culo al acuerdo ese. No es por eso, es porque yo lidio con las cosas desagradables que me pasan en la vida haciendo como si nunca hubieran ocurrido, agentes. Las meto en una caja y me deshago de la llave. Soy capaz de desligarme de los hechos pasados y pasar página —dijo, antes de dar un trago a su bebida.

El ligero temblor que había en su mano parecía decir lo contrario, pero, siendo Kim una persona que manejaba el dolor de forma muy similar, se veía incapaz de presionarlo. No obstante, sí la hacía comprender cómo preguntarle lo que tenía que preguntarle.

—Me parece justo, pero estamos tratando de averiguar lo que sucede en la clínica.

—Es un agujero infernal que no debería tener cabida en este mundo —dijo, tomando otro trago.

—¿Podría compartir con nosotros algo que viera allí? ¿Algo que le haya ocurrido a alguien que conociera mientras usted estuvo allí? —le preguntó.

John pensó durante unos instantes.

—Sí, de hecho, hubo un tipo que, hostia, lo pasó muy mal. Intentaron de todo con él. Un chaval muy arrogante a veces. Me recordaba a Jack Nicholson en esa película loca... —dijo, chasqueando los dedos para recordar.

—Alguien voló sobre el nido del cuco —dijo Bryant.

—Esa. Sí. Lo llamábamos Jack, y con él fueron con todo. Allí adaptan tu plan de tratamiento a tus peores miedos. El de Jack era que sus padres lo repudiaran. Empiezan de forma suave y van aumentando la presión cada par de días. Probaron con él las descargas y otras cosas del estilo, pero lo que más le molestaban eran los vídeos que le ponían una y otra vez. En ellos veía a padres diciéndoles a sus hijos que eran repugnantes, impuros, inferiores, despreciables. Le mostraron un vídeo de un tipo al que echaron de su casa y, al no tener a dónde ir, terminó en la calle. Estaba solo, no tenía trabajo y tampoco dinero y le daban palizas casi todas las noches mientras le proferían los insultos más horribles. A veces eran homosexuales los que le daban las palizas; en otras ocasiones, personas sin hogar. Creo que consiguieron doblegar a Jack porque no paraban de ponerle vídeos de ese pobre chico que no tenía ningún lugar al que acudir, sin amigos ni familia, y no podía soportar la idea de estar solo.

Kim continuó en silencio.

—Jack estaba lleno de energía, pero tenía sus límites. —Sonrió y levantó la mirada—. Recuerdo una vez que se negó a denigrar a otro chico en la reunión de grupo. Aquel chaval no había podido ocultar su erección cuando el orientador estaba relatando actos lascivos. Las reglas requerían que todo el mundo tenía que darle una patada en los huevos, pero Jack no quiso hacerlo, así que le tocó ponerse el sombrero.

—¿Qué sombrero? —preguntó Kim.

—Uno grande, al estilo del típico sombrero de bruja, que además tenía una gran Z de Zopenco. Tenías que llevarlo puesto todo el día. Pero nada más que el sombrero, sin ningún tipo de ropa, ni siquiera interior. Cuando te tocaba llevarlo, no podías comer ni beber, solo lo mínimo indispensable para tomarte dos pastillas. Y luego te supervisaban en el baño.

—¿Por qué? —preguntó Kim.

—Para que no usaras el papel higiénico.

Bryant lo entendió antes que Kim.

—¿Las pastillas eran laxantes?

John asintió.

—Jack tuvo que estar así el día entero.

Kim se aguantó la emoción mientras John continuaba:

—Te ponen a prueba, ya saben. También lo hicieron con Jack, encargando a uno de los otros pacientes que tratara de seducirlo, lanzándole miradas. Jack no fue capaz de contenerse y le correspondió.

—¿Y qué pasó con Jack al final del tratamiento? —preguntó Kim.

—Al final lo doblegaron, ¿no? En la película, me refiero. Le hicieron una lobotomía al protagonista, le robaron su espíritu. Lo mismo sucedió con Jack en la clínica. Hicieron que el pobre chico llorara desconsoladamente y suplicara clemencia.

—Nos han mencionado la violación correctiva —dijo Kim, intuyendo de qué iba la historia.

John asintió.

—Violación correctiva para las damas y castigo para los caballeros cuando era necesario.

—Pero ¿por qué podría serlo? —preguntó Kim.

—Con el fin de mostrarle a Jack cómo de asqueroso y repugnante era el acto. No era sexo. No era consentido. Era severo y doloroso, brutal. Así son las violaciones. Terminó acurrucado en posición fetal llamando a su madre a gritos. Al final lo destrozaron de la peor manera posible. Jack estaba indefenso, debilitado, violado y roto.

Su voz se quebró al pronunciar la última palabra.

Bryant se inclinó hacia delante.

—¿Sabía Jack el nombre de...?

—No importa —dijo Kim, poniéndose de pie.

—Pero si...

—Basta, Bryant, hemos terminado —dijo, sacando una tarjeta del bolsillo—. Gracias por compartir la historia de Jack con nosotros, y si alguna vez quiere hablar con alguien sobre lo que le pasó a usted, llámeme. Creo que conocemos a alguien que podría ayudarlo.

—Estoy bien —dijo con una sonrisa—. Está bien guardado en la caja —añadió, dándose golpecitos en la sien.

—Por si acaso —insistió.

Terminó cogiendo la tarjeta, y los acompañó hasta la puerta.

Bryant no habló hasta que estuvieron al pie de la escalera.

—Jefa, podríamos haber conseguido algo más, quizá incluso algún nombre.

—Seguramente, Bryant, pero ¿a qué precio? —le respondió, acercándose al coche. John todavía no estaba preparado para afrontar su experiencia en la clínica como lo había hecho Stephanie.

Lo que acababan de escuchar era *su* historia, sus miedos, su plan de tratamiento hecho a medida; Bryant y ella le habían forzado a que tuviera que relatárselo todo. Se estaban adentrando en un terreno que no comprendían, pues no eran profesionales preparados para lidiar con las secuelas de su dolor.

Porque una cosa estaba clara como el agua. Llegaría un momento en el que John se daría cuenta de que todo aquello no le había sucedido a otra persona.

Capítulo 53

Mis ojos se abren y el resto de mis sentidos tardan un poco en activarse.

La oscuridad sigue siendo intensa. Es como si aún no hubiera abierto del todo los ojos. Parpadeo dos veces para estar seguro del todo.

Por primera vez, oigo algo a lo lejos. Son voces, tal vez música. Abro la boca para gritar. Me detengo. Primero, piensa. Consigue más energía para que gritar sirva para algo. Planifica con antelación.

La rigidez de mi cuerpo cada vez va a más. Un dolor me cruza la espalda hasta la parte superior de las nalgas. Hago un recorrido mental por mis extremidades, y en ese momento me doy cuenta de que me han puesto los brazos delante del cuerpo. Otra vez. Mi boca está descubierta. Otra vez.

Mi corazón late fuerte de entusiasmo. Eso solo puede significar una cosa.

El aroma de la comida rompe el olor rancio a humedad que se ha instalado en mis fosas nasales.

Tanteo delante de mí, entre mis piernas. Hay un plato. Lo examino de la misma forma que un ciego lo hace con los rasgos faciales de otra persona. Quiero estudiar bien todo lo que hay en él.

Hay pan, una especie de bollo. Huelo cebollas. Hay una hamburguesa, queso, ensalada y patatas fritas. Creo que estoy soñando hasta que consigo coger el pan con las dos manos.

Mientras viaja hacia mi boca, recuerdo lo cabezón que fui con el sándwich. La postura que intenté adoptar sobre tener control. La lección que aprendí. A mi mente le gustaría intentar resistirse, pero mi cuerpo rechaza de inmediato la idea de hacerlo.

Muerdo la hamburguesa. Es real. En mi vida he probado algo tan maravilloso. Le doy un segundo mordisco antes de haberme tragado

el primero. El queso se ha fundido con la hamburguesa. Lo siento como si fuera terciopelo en mi boca. Mastico despacio, siendo muy consciente. La propia sensación de masticar es algo que hay que valorar. ¿Cómo no le he dado nunca la importancia que tiene? Lucho contra las lágrimas que amenazan con escaparse de mis ojos. Dos bocados de hamburguesa han hecho aflorar todas las emociones que se arremolinan en mi cabeza. Pero la principal es el agradecimiento. Tengo comida, estoy comiendo. Ahora mismo, es suficiente.

Después del tercer bocado, se me cansa la mandíbula, pero quiero más. Doy otro, que dejo dentro de la boca mientras intento reunir más fuerzas para volver a masticar.

Sigo queriendo más, pero no puedo seguir comiendo, el cansancio vuelve a empezar a apoderarse de mí.

Recuerdo la música. Está muy baja, pero sigo oyéndola. Quiero gritar, pero no tengo fuerzas para hacerlo. Me doy cuenta de que he tenido que decidir entre comer o gritar.

Trago lo que me queda en la boca antes de que llegue al fondo de la garganta y me ahogue.

Mis párpados están cayendo, aunque querría mantenerme despierto.

Voy a descansar un rato y después utilizaré la fuerza que me ha dado la comida para gritar.

Quizá entonces vea por fin a mis captores y pueda preguntarles por qué me quieren y cuándo me van a soltar.

Capítulo 54

—Bueno, gente, ha sido un día movidito —dijo Kim, sentándose en el borde del escritorio vacío—. Vamos a hacer una ronda rápida de cinco minutos para ponernos al día, empezando por Bryant.

—Jefa, si has estado todo el día conm...

—Sí, pero el resto no, y estoy muerta de sed —dijo, cogiendo su café.

—Perfecto. Empezamos el día en esa cámara de tortura a la que también se conoce como Clínica del Cambio. Las apariencias externas no dejan entrever lo que en realidad sucede allí dentro. Obviamente, nos hicieron la visita guiada. Conocimos a los propietarios...

—Bryant, la gracia de la ronda rápida es que sea rápida —interrumpió ella, dando golpecitos a su reloj.

—Tengo que ser riguroso. Durante nuestra visita, la jefa vio accidentalmente los datos personales de Stephanie Lakehurst, una paciente anterior de la clínica. Sabemos que Jamie pasó un tiempo allí por orden de sus padres y que Sarah fue por su propia voluntad. Descubrimos que...

—Vale, suficiente. A partir de aquí sigo yo porque resumes a la misma velocidad que conduces. Tenemos una potencial tercera víctima que, según nos acabamos de enterar, parece haber dejado una nota. Penn, los detalles de la misma llegarán mañana por la mañana. Al parecer, la mujer de Liam ha confirmado que la letra de la nota pertenece a su marido, pero aun así quiero que busques cualquier indicio o pista de que pudiera no ser así. Está en estado de shock, lógico. Los datos del teléfono y del ordenador de Liam también te llegarán mañana. Hemos hablado con John Dermot, que nos ha confirmado el relato de Stephanie sobre el tratamiento en la

clínica. Es horrible y no tiene ningún sentido que el centro esté abierto.

Lo que John les había contado sobre la experiencia de Jack en la clínica había estado resonando en los oídos de Kim durante todo el camino de vuelta. Solo esperaba que, cuando llegara el día en que John abriera aquella caja, contara con una red de apoyo adecuada a su alrededor. Con todo lo que estaban descubriendo, Kim necesitaba que todo el mundo estuviera centrado en el caso.

Se volvió hacia la ayudante de detective.

—Stace, vas a tener que archivar...

—Ya lo he hecho, jefa. Me encargo de investigar sobre Éxodo, los Gardner y Liam Sachs mientras Penn se ocupa de los dispositivos electrónicos.

—Gracias, Stace. ¿Algún progreso en la búsqueda de tu tipo?

Stacey negó con la cabeza.

Gabriel Denton iba a tener que esperar.

—¿Penn?

—Las cuentas de la Clínica del Cambio están en orden. Ganan mucho dinero, pero también gastan bastante.

—Continúa —dijo Kim mientras la manecilla pequeña del reloj de pared se acercaba cada vez más a las siete.

—Cada pocos meses, al menos dos o quizá tres veces al año, hacen un pago. Siempre a personas distintas y por importes diferentes, pero hablamos de números de cinco cifras en todas las ocasiones. El más alto es de noventa y siete mil libras, y el más bajo, de ochenta y cuatro mil. No hay ninguna explicación específica en las cuentas, y parecen estar incluidos como gastos generales.

—Pues sí que les sale cara la luz —observó Bryant.

—¿Qué piensas al respecto? —preguntó Kim.

Penn señaló a Stacey con la cabeza.

—Mi ilustrada compañera cree que podrían ser sobornos, acuerdos

con clientes insatisfechos.

—Interesante —observó Kim mientras el teléfono de Penn empezaba a vibrar.

Puso cara de extrañeza mientras miraba la pantalla encendida.

—Jefa, ¿puedo...?

—Adelante.

Cogió el teléfono y leyó rápidamente la pantalla.

—Oh, mierda, jefa, tengo que... Es Jasper...

—Venga, venga, venga —dijo, consciente de los peajes que las familias tenían que pagar por jornadas de trabajo tan largas como esa.

Salió por la puerta en cuestión de segundos.

—Conduce con cuidado —le dijo—. En realidad, marchaos todos —añadió justo a continuación—. No hay nada que no pueda esperar hasta mañana.

Stacey no necesitó que se lo dijeran dos veces y salió de la sala de inmediato.

—¿Has terminado por hoy? —le preguntó Bryant a Kim.

Ella negó con la cabeza.

—Todavía no. Luego, cuando acabe, pediré un coche para que me lleven a casa, y antes de que me lo preguntes, sí, estoy segura.

Bryant cogió su abrigo.

—En ese caso, voy a ofrecerle mi servicio de chófer al torbellino de mujer que acaba de salir.

—Seis y cuarenta y cinco —exclamó Kim mientras él se dirigía a la puerta. Un breve gesto con la mano le confirmó que lo había oído.

Quería revisar bien la solicitud de la orden de registro. No iba a darle al magistrado ninguna razón para que no la aprobara.

Bryant había hecho bien en actuar con cautela. Ella quería mantener el factor sorpresa, pero, ya fuera con la orden o sin ella, al día siguiente iba a volver a entrar en la clínica.

Capítulo 55

Eran las siete y veinte de la tarde cuando Kim recibió una llamada informándole de que un coche patrulla la recogería en diez minutos.

Cogió su chaqueta y bajó las escaleras para tomar un poco de aire fresco antes de que llegara. Aún no se había repuesto de la conversación con John Dermot, y esperaba de verdad que Megan Shaw tuviera algo de disponibilidad en su agenda porque tenía la firme intención de mandarle todas las almas dañadas que se encontraran durante la investigación.

Salió del edificio y se subió la cremallera de la chaqueta de cuero. La temperatura había bajado hasta cifras de un solo dígito.

Caminó hasta el muro que rodeaba la comisaría para que el coche patrulla pudiera recogerla allí directamente sin tener que entrar en el recinto.

—Pero ¿qué coño...? —exclamó cuando una sombra se alzó tras ella.

Se le salía el corazón por la boca cuando extendió el brazo y golpeó a la figura en el estómago. Una mano le agarró la garganta, y su corazón seguía latiendo con fuerza. Se tambaleó hacia atrás, pero consiguió evitar caerse.

El olor a alcohol de aquel hombre se hacía muy evidente.

—Stone, quiero tener unas putas palabras contigo.

Agarró a la altura de la muñeca la mano que tenía en la garganta; acto seguido, la giró.

—Burns, ¿a qué cojones estás jugando?

El inspector se balanceó primero hacia la izquierda y luego a la derecha, y estuvo a punto de caerse encima de Kim, quien consiguió apartarse y dejarlo caer al suelo.

Gimió de dolor, y después levantó la vista, intentando enfocar la mirada en el rostro de la inspectora.

El hombre estaba borracho como una cuba.

Kim permaneció de pie justo a su lado y lo miró fijamente, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar el asco que se reflejaba en su rostro.

—¡Cómo te atreves a hacerme eso después de todo lo que pasó, cabronazo!

De repente, la ira la invadió por completo, la rabia le recorrió todo el cuerpo. ¿Cuántos hombres más se iban a creer que podían ponerle las manos encima sin sufrir ninguna consecuencia por ello?

Apretó los puños; cada fibra de su cuerpo se moría de ganas de golpearlo hasta dejarlo inconsciente. Qué fácil le resultaría dejarse llevar, canalizar en forma de puñetazos toda la frustración que había estado supurando en su interior durante los dos últimos meses.

—Te crees la reina del mambo, Stone. Tus superiores te respetan porque lo haces todo bien. Eres una hipócrita, una maldita lameculos que intenta que todas las personas que te rodean parezcan estúpidas.

—Yo solo hago mi trabajo, Burns. Pero todo, no solo las partes buenas, no únicamente aquello que me pueda hacer destacar. Me dan igual las palabras vacías, los titulares, las ruedas de prensa. Yo me parto el lomo. Hablo con la gente. Averiguo cosas. Investigo. Tú solito te has encargado de parecer estúpido, yo no he tenido que hacer nada para lograrlo.

—Todo el mundo sabe que le estás chupando la polla a...

—Ahí te estás columpiando, Burns. Podrás decir muchas cosas sobre mí, pero eso no se lo va a creer ni Dios.

—Me echaste de la sala de la brigada —dijo, sonando como un niño de cinco años al que no le permiten comerse una galleta antes de acostarse.

—Madura de una puta vez y analízate bien. Yo no soy la razón por la que has caído en desgracia para los jefes. La liaste bien en el caso

de Symes y no has sido capaz siquiera de aprender de aquello. Empezaste a trabajar con mi equipo y seguiste actuando igual que siempre, pero la gente se ha dado cuenta de lo vago que siempre has sido, además de un saco de mierda arrogante, y ya nadie te quiere en su equipo.

—Es todo culpa tuya. Si no te hubieras ofrecido al intercambio con el psicópata aquel, yo lo habría detenido y ahora estaría...

—Ahora nada. De todas formas, habrías encontrado alguna forma de estropearlo. Te trasladaron aquí porque no tenían dónde meterte. Pero ¿sabes cuál es la ironía de todo esto? Podrías haberte redimido ya. Si hubieras escuchado a la única persona a la que te empeñaste en menospreciar y a la que trataste como el culo, ahora estarías trabajando en el caso más importante de tu carrera. Lo tenías delante de ti, y la persona que trataba de decírtelo por todos los medios estaba demasiado ocupada preparándote el té.

Se puso serio, dándose cuenta de que lo que decía era cierto. Stacey había intentado que se pusieran a investigar la muerte de Jamie Mills, pero él se había negado a escucharla.

—Todo es culpa tuya —repitió, demostrando que daba igual que estuviera sobrio o borracho, simplemente no poseía la capacidad de escuchar.

—Vamos, espabila ya, saco de mierda inútil —dijo cuando el coche se detuvo en la entrada del aparcamiento.

—Esto no se ha terminado, Stone —le dijo a su espalda.

—La próxima vez búscame antes de ir al pub. Al menos así tendrás una oportunidad seria de pelear —dijo Kim antes de entrar en el coche.

Capítulo 56

Penn intentaba no pisar demasiado el acelerador. Lo último que quería era que le pusieran una multa por exceso de velocidad, con el retraso que conllevaría que lo parara algún control de policía.

El mensaje que había recibido le relataba que Jasper se había quemado con el horno. Había intentado llamarlo, pero le saltaba el buzón de voz. Le había enviado un mensaje para explicarle que ya iba de camino.

Intentó combatir la culpa que lo invadió. ¿Habría provocado él mismo el accidente? ¿Habría deseado que sucediera algo así para asegurarse de que su hermano siguiera dependiendo de él? Los sentimientos que lo recorrían eran viejos conocidos: el miedo por la seguridad y el bienestar de Jasper y el estado de alerta para estar listo y disponible para cualquier cosa que necesitara. Pero ya hacía tiempo que no se sentía así. Había disfrutado del respiro, de la paz que le había dado el no estar en un estado de tensión continua. Ya daba por sentado que siempre sería así; se había acostumbrado a esa tranquilidad y se había relajado, y ahora aquellos sentimientos habían vuelto de repente. Tenía un nudo en el estómago y la mente agitada por la idea de que a su hermano le pudiera estar pasando algo malo. Apenas había disfrutado de la libertad que suponía que Jasper tuviera cada vez más independencia, y ya estaba otra vez preocupado por él.

«No es que haya echado de menos esos sentimientos», pensó mientras dejaba el coche frente a la casa.

Entró corriendo y fue directamente hacia la cocina.

Se detuvo en seco.

Lynne estaba sentada en la mesa junto a su hermano, que tenía una mano vendada.

Solo por un segundo, se olvidó de la lesión de Jasper; sus

pulmones parecían haberse olvidado de respirar. Llevaba más de dos meses sin verla y su corazón sintió el peso de cada uno de esos días.

Se recompuso. Su hermano estaba herido.

—Lynne, ¿qué haces aquí? —preguntó acercándose a Jasper, que sonreía como disculpándose.

—Segundo contacto —dijo Jasper.

Penn lo había olvidado. Él mismo le había ordenado que, si se hacía daño de algún modo, tenía que avisar a los vecinos o llamar a Lynne, a quien conocía desde hacía años.

Penn señaló con la cabeza la pared que separaba su casa de la de los vecinos.

—Noche de bingo —dijo Jasper.

—Está bien, no te preocupes —dijo Lynne—. No tenía nada importante que hacer.

Penn se moría de ganas por encontrar algún tipo de mensaje en aquellas palabras, pero la última vez que se vieron las cosas no acabaron bien; fue cuando Stacey apareció de repente e interrumpió su primera cita real.

—¿Necesita ir al hospital? —preguntó Penn.

Lynne se puso de pie.

—No, me da a mí que no va a hacer falta.

Penn quería que volviera a sentarse. No quería que se fuera.

—Échale un vistazo mientras caliento el agua.

Ah, se iba a quedar al menos un ratito, el tiempo suficiente para tomar un té. Se relajó.

—A ver, amigo.

Cogió la mano de Jasper y empezó a quitarle suavemente el vendaje.

—¿Dónde te duele, colega? —le preguntó.

Jasper señaló en la mano de Penn la zona que se extiende entre el pulgar y el índice.

Lynne se dio la vuelta y se apoyó en la vitro con los brazos cruzados.

Penn siguió deshaciendo el vendaje hasta llegar al apósito que le habían puesto con pericia.

—Voy a echar un vistazo rápido —dijo, tocando alrededor de la zona—. Haré todo lo posible por ser muy delicado.

Jasper no parecía en absoluto preocupado.

Penn levantó el apósito con suavidad y descubrió una mancha rosa pálida muy pequeña, de apenas unos pocos milímetros.

Jasper siguió su mirada. Sus ojos se abrieron de par en par.

—Es un milagro —dijo son asombro.

Penn miró a Lynne, que se encogió de hombros.

—Insistió en que se lo vendara.

—¿Jasper? —preguntó Penn, sintiendo cómo se desvanecía su preocupación.

—Creo que sobreviviré, Ozzy —dijo con gran alivio.

Penn estaba a punto de preguntarle qué coño estaba pasando allí cuando oyó el claxon de un coche en la puerta.

Penn miró a su hermano, que sonrió ampliamente.

—¡Pip, pip!

—¿Has pedido un Uber?

Jasper se puso de pie e hizo un par de pasos de baile; luego, cogió su chaqueta.

—¡Nos vemos!

Y así, sin más, desapareció.

Penn se sintió como si le hubieran dado un golpe brutal con un mazo.

Lynne dejó las dos tazas sobre la mesa y se sentó.

—Y, por si te quedaba alguna duda, cuando he llegado a la casa el horno ni siquiera estaba encendido.

Penn se echó a reír. No sabía si era por el alivio que sentía por

saber que Jasper estaba bien, porque tenía a Lynne sentada a su lado o porque su hermano se había convertido en un golfillo manipulador.

Lynne se unió a las risas, y cualquier tensión que pudiera existir entre ellos se desvaneció.

Penn se puso serio. Rodeó su taza con ambas manos.

—Te debo una disculpa. Aquella noche debería haberte contado qué estaba pasando cuando Stacey apareció.

—¿A qué te refieres? ¡Ah!, a que un psicópata se había escapado de la cárcel y en aquel momento estaba amenazando la vida de tu jefa y, posiblemente, la de su equipo; a que todos teníais instrucciones de no quedaros solos, y a que Stacey tenía suficiente confianza contigo como para venir a tu casa una noche en la que se quedó sin compañía. Sí, todo eso habría estado bien saberlo antes de mosquearme y marcharme.

—Eran demasiadas cosas a...

—Tenemos el mismo trabajo, Penn. Lo habría asimilado, te habría entendido. Debiste haber confiado en mí.

Esas palabras lo hicieron sentirse como una mierda.

Cambió de tema.

—¿Qué te ha dicho Jasper cuando has llegado?

Lynne sonrió y no se opuso al giro de la conversación.

—Me ha dicho que se había quemado, pero sabía que era mentira. Hasta las quemaduras más leves dejan marcas más serias. Insistió en que le vendara la zona para protegerla de una posible infección, y lo hice mientras él se limitaba a hablar de cualquier cosa sin parar ni un segundo, como es su costumbre. —Desvió la mirada.

—¿Qué te decía? —preguntó Penn, temiéndose la respuesta.

—Que te sentías solo y que me echabas de menos. Que gritas mi nombre cuando estás durmiendo.

—¡Yo no grito tu nombre! —protestó.

Lynne se rio.

—Vale, pero entonces admites que me echas de menos.

—Hombre, claro —dijo honestamente.

—Somos muy buenos amigos, ¿no? —preguntó Lynne.

Sintió una gran decepción anidando en su estómago. Amigos.

Lynne se terminó el té y echó la silla hacia atrás.

—Deberíamos quedar un par de veces al mes para tomar una cerveza y una pizza. Desahogarnos un poco y rajar del trabajo como siempre hemos hecho, ¿no?

Él asintió y trató de no mostrar su profunda tristeza mientras ella cogía su chaqueta.

Dos meses atrás, sintió que ya no había posibilidad de que ocurriera algo entre ellos; ahora ya estaba claro. Su momento había pasado, y él lo había aceptado entonces.

Pero, cuando entró en la cocina y la vio sentada con su hermano, la fuerza de sus sentimientos lo desbordó.

La había echado de menos hasta el punto de no querer estar nunca más sin ella.

Había venido a ocuparse de su hermano, y él siempre estaría contento por el vínculo que compartían. Pero había puesto las cartas sobre la mesa, como solía decir su madre, estableciendo un claro límite, la línea blanca y gruesa que supone una amistad. No tenía más remedio que respetar esa decisión.

La siguió hasta la puerta, luchando contra el pánico que crecía en su interior. Aunque le había sugerido que siguieran quedando de vez en cuando como amigos, tuvo la inquietante sensación de que estaba a punto de salir de su vida para siempre.

Abrió la puerta y se dio la vuelta.

—Bueno, asegúrate de decirle al hermano manipulador que tienes que... —Dejó de hablar cuando Penn sujetó suavemente su cabeza y puso sus labios sobre los de ella.

La electricidad lo recorrió de inmediato, incitándolo a intensificar el beso, en busca de una respuesta.

Respuesta que llegó, pues los labios de Lynne respondieron enseguida.

Ese no era un beso entre dos amigos.

Capítulo 57

—No puede ser verdad —le dijo Kim a Barney al ver la imagen que la cámara de la puerta mandaba a la pantalla de su teléfono. La alarma de la puerta sonó al mismo tiempo—. ¿Qué coño hace esta tía aquí?

No habían pasado ni veinte minutos desde que le estuvo gritando a un idiota borracho tirado en el suelo, y ahora tenía que lidiar con esto.

Pulsó el teléfono en manos libres.

—Lárgate. No estoy en casa.

Tracy Frost negó con la cabeza y se cruzó de brazos.

Kim se sentía confiada, consciente de que la puerta estaba cerrada y de que esa mujer insufrible podría llamar todo lo que le diera la gana, pero no iba a entrar en su casa.

La alarma volvió a sonar.

—Frost, que te vayas —le gritó a través del micrófono del móvil—. Estoy fuera de casa, te hablo por el control remoto de la aplicación.

—¿Dónde estás? —escuchó a través del altavoz.

—En una reunión de Alcohólicos Anónimos, venga, fuera de ahí.

Y otra vez sonó la alarma.

—Eres una mentirosa, las dos sabemos que no sales nunca.

—Frost, te prometo que no me importaría nada cumplir con la condena que me impusieran por tu asesinato —gritó, y luego esperó que no estuviera pasando nadie por allí justo en ese momento.

La periodista no se rindió.

—Tendrás que abrir la puerta para matarme.

—Jesús —maldijo Kim, caminando furiosa hacia la puerta. Quitó los pestillos y la abrió de golpe—. Sabes que esto es completamente inaceptable, ¿verdad?

—Le he traído una magdalena a Barney —dijo, sosteniendo un

juguete de plástico para perros con aspecto de cupcake.

—No le gustan los juguetes —respondió ella mientras Barney se sentaba y movía la cola.

—Maldito traidor —dijo mientras Frost se lo daba. Barney se marchó dando saltitos de alegría y se lo llevó a su alfombra para masticarlo. El sonido del juguete al chirriar comenzó de inmediato. Kim esperaba que lo rompiera rápidamente. No le deleitaba la idea de tener que escuchar ese ruido por las noches.

—¿Quieres uno? —preguntó Kim, señalando la cafetera. Cualquiera sabía que, para poder disfrutar de su cafetera, el primer paso era ser amable con su perro.

—Eh... claro —dijo Frost, como si la respuesta fuera obvia.

Frost la siguió hacia la cocina cojeando sobre los tacones imposiblemente altos que siempre se ponía para disimular la cojera que había tenido toda su vida. Prefería que la gente pensara que no sabía andar con tacones a que supieran que tenía una pierna más corta que la otra.

—¿Podemos dejar una cosa clara? —preguntó Kim mientras Frost tomaba asiento en uno de los taburetes de la barra.

—Dime.

—Cuando te dejé dormir aquí una noche porque tu vida corría peligro, no significaba que te estuviera entregando las llaves de la ciudad.

—¿Las qué? —preguntó Frost, echándose su larga melena rubia por encima del hombro.

—Que no significaba que fueras a tener carta blanca. Eres periodista, supuestamente. Yo soy agente de policía. No nos caemos bien, y tu presencia en la escena de un crimen jamás será bienvenida.

—Por supuesto, pero no hay un café como el tuyo —dijo ella, antes de dar un sorbo al Colombian Gold.

Sí, eso era verdad.

—Bueno, ¿qué quieres? —preguntó Kim.

—Un comentario oficial sobre la repentina oleada de suicidios que, en realidad, no son tal cosa.

—Mentirosa. Sabes de sobra que nunca te cuento nada sobre un caso activo cuando nos vemos en el exterior, así que tampoco voy a hacerlo aquí. ¿Me dices la razón real?

—Quería venir a ver a mi amigo, sé que me echa de menos.

Kim se rio.

—Pasaste aquí una noche. Ha tenido orejas de cerdo deshidratadas que le han durado más que eso. Te aseguro que solo tú tienes una sensación de pérdida. Fíjate que ni siquiera se sienta tu lado suplicando tu atención. Está demasiado ocupado destripando la magdalena.

Aunque, por alguna razón, el perro había parecido encariñarse con la periodista. Kim no entendía por qué; de hecho, fue la única vez que dudó de la inteligencia y el juicio de Barney.

—Oye, te he dejado en paz durante dos meses —dijo Frost como si aquello hubiera sido un favor.

—No estaba trabajando, así que es lo mínimo que se podía esperar.

—Y bien que lo sabíamos, tu sustituto era un gilipollas.

Kim no pudo evitar la risa que se le escapó. Por fin, algo en lo que estaban de acuerdo.

—Aún no me has dicho a qué has venido —repitió Kim.

Frost hizo una mueca.

—Supongo que la causa es el dedo pequeño de mi pie.

—¿El qué? —preguntó Kim, poniendo mala cara. Frost podría ser muchas cosas, pero no acostumbraba a hablar de forma enigmática. Quizá, finalmente, se había vuelto loca.

—Tuve un callo en ese dedo, me duró muchos años. Usé tiritas, pero no terminaba de curarse del todo. Al final me lo quitaron. Ya no

necesitaba las tiritas, pero como que los zapatos no me quedaban bien sin ellas. Me había terminado acostumbrando a tener a ese cabroncete en el pie.

Kim pensó un momento antes de responder.

—Mira, el martes por la noche vino a verme Bryant y anoche, Ted Morgan, así que parece que el Señor ha decidido prescindir del tercer Rey Mago y mandarme al burro en su lugar.

Frost echó la cabeza hacia atrás y estalló en una carcajada.

—Dios mío, callos y burros —balbuceó—. Me pregunto si alguna vez llegaremos a admitir que ya no nos caemos tan mal como antes.

—Espero que no; venga, bébete tu café y lárgate. Tengo mierdas que hacer.

—¿Como, por ejemplo, charlar con los amigos y la familia? No tienes familia y tu único amigo está ocupado haciendo chirriar una magdalena de plástico, así que yo soy tu mejor opción.

—Que me maten.

—¿Sigues teniendo pesadillas? —preguntó Frost, poniéndose seria.

—¿Qué dices de pesadillas? —preguntó Kim, sintiendo un escalofrío recorrer su cuerpo.

—Oh, vamos, Stone. ¿Con quién diablos te crees que estás tratando?

Kim no dijo nada.

Frost continuó.

—Verás, hace años me ocurrió algo: un loco me secuestró e intentó matarme por un incidente que habíamos tenido en el colegio. No me dio una paliza y tampoco llegué a morirme de verdad, pero tuve pesadillas horribles en los siguientes meses e incluso las sigo teniendo ahora.

Kim se cruzó de brazos. No sabía nada de las pesadillas de Frost.

—¿Qué tiene eso que ver con...?

—La cosa es que no estamos hablando de pesadillas en las que te

despiertas aliviada porque no son reales, de esas en las que pasa una hora, las apartas de tu mente y sigues con la rutina de tu día. No, no se parecen a eso en nada. Las bellezas de las que te hablo te despiertan en mitad de la noche con gritos, lágrimas saladas y desordenadas y un corazón que parece que se te va a salir del pecho. Son como monstruos que te despiertan haciéndote sentir un miedo que hace temblar tus extremidades. No las olvidas con un café y un par de cigarrillos. Su recuerdo está presente durante todo el día. Las revives, las piensas, las analizas. Son pequeñas cabronas malvadas porque te atacan en tu momento más vulnerable, que es cuando tu cerebro debería estar descansando, tomándose un respiro de los recuerdos que te acosan cuando estás despierta.

—Vale, lo pillo...

—Espera, aún no he terminado —continuó Frost después de tomar un sorbo de café—. Lo peor es que nadie puede ayudarte. Puedes ir a lo práctico y poner sistemas de seguridad con cámaras y alarmas. Puedes rodearte de gente cada minuto del día, pero en algún momento te tienes que dormir otra vez. Es como en Pesadilla en Elm Street. Por mucho café que tomes, paseos que des con el perro, trabajo que realices o agua fría que te salpique la cara, el cuerpo siempre te va a pedir dormir en algún momento, y en tus sueños no hay protección posible, así que te acojona dormirte. La cosa es que, además, no puedes compartir con nadie lo que te está pasando por dos razones.

Kim se quedó callada, lo que Frost interpretó como que tenía permiso para continuar.

—La primera es que aún no se han inventado palabras que puedan describir el terror absoluto que inducen estas pesadillas bestiales. Nadie pensará que le estás hablando de las típicas, a menos que las haya experimentado. La gente creerá que estás exagerando porque, al fin y al cabo, no es algo real, así que venga, tienes que superarlo.

El segundo motivo es que la gente siempre recurrirá a eso de «Bueno, pero por lo menos estás viva, deberías estar agradecida por ello». Creen que, como has superado una experiencia terrible, todo lo demás es aceptable. Estás viva, así que venga, puedes enfrentarte a lo que sea. Lo que nadie entiende es que, en cierto modo, las pesadillas son peores que el propio trauma.

Volvió a hacer una pausa y Kim no hizo ningún esfuerzo por interrumpirla o impedir que siguiera hablando.

—El incidente ocurrió una sola vez, pero las pesadillas siguen apareciendo. Nunca sabes cuándo lo harán, y hay otra cosa más que es imposible de explicar. En los sueños te sientes aún más indefensa que durante la experiencia real. ¿No es irónico?

—¿Intentaste ir a terapia? —preguntó Kim, sin ser consciente de que Frost había sufrido así tras un incidente en el que ambas habían estado a punto de perder la vida.

Frost negó con un gesto de la cabeza.

—No se me dan bien los psicólogos. Todo lo que dicen me suena a cliché o a frase de película. Lo intenté una vez y terminé rebatiendo todo lo que escuchaba, y en cuanto me preguntó por mi relación con mi madre, me levanté y me fui. Leí en alguna parte que alrededor del cinco por ciento de la población es inmune a la hipnosis. Creo que debe suceder igual con los terapeutas. Ayudan a muchísima gente, pero a mí no me sirven de nada.

Kim se rio. Ella no habría sabido expresarlo mejor.

—Vale, ¿qué hiciste entonces? —preguntó Kim. Maldita sea, la mujer había despertado su interés.

—Me puse a escribir. Lo escribí todo, una mañana detallé lo que había pasado en la pesadilla que había tenido durante la noche y cómo me hizo sentir. Fue como vomitar todo en una página. No tenía lógica, coherencia ni estructura alguna, tan solo cogí un bolígrafo y

un papel y lo escribí todo. Me daba igual lo que tardara o cuánto escribiera. No paré hasta que no supe qué más decir.

—¿Te ayudó?

Frost se encogió de hombros.

—Un poco sí, pero no de la noche a la mañana. Me di cuenta de que cada vez iba teniendo menos cosas que escribir y de que no las sufría tan a menudo, lo cual fue toda una victoria para mí —dijo, y se terminó su café—. Bueno, una conversación estupenda y gracias por el café, pero tengo que irme ya.

Kim no intentó detenerla, pero le quedaba una pregunta por hacerle.

—¿Qué hay de lo otro?

—¿A qué te refieres? —preguntó Frost, ya caminando hacia la puerta.

—Pues eso, a lo de que alguien te salve la vida y te sientas en deuda por ello.

—Bueno, en mi caso esa persona fuiste tú, así que no sentí nada parecido, pero lo que hayan hecho los demás es cosa suya. No le debes la vida a esa persona, y no estás obligada a sentir o mostrar gratitud eterna. Simplemente das las gracias y pasas página.

—Vale —dijo Kim, abriendo la puerta—. Gracias por la visita, pero, si vuelves a aparecer por aquí, pediré una orden de alejamiento.

—Vale, lo que quieras —dijo Frost, haciendo un gesto de despedida con la mano hacia atrás.

Kim cerró la puerta y se apoyó en ella.

¿Qué podía hacer durante el resto de la tarde? Era demasiado temprano para ir a dar un paseo con Barney y estaba demasiado cansada como para ponerse a correr en la cinta, pero su mente necesitaba hacer algo.

—Maldita seas, Frost —dijo mientras se dirigía al cajón de la cocina para coger un bloc de notas y un bolígrafo.

Capítulo 58

—Venga, vamos a ponernos en marcha —dijo Kim, ocupando su lugar habitual en la sala de la brigada. Al entrar, no le había contado nada a Bryant sobre su altercado de la noche anterior con Burns, y no pensaba hacerlo. Lo conocía lo suficientemente bien como para suponer que iría a buscarlo para cantarle las cuarenta o, como mínimo, insistiría en que se lo contara a Woody. No aceptaba ninguna de las dos opciones, ella solo quería centrarse en resolver este caso. Burns estaba acabado y esperaba no tener que volver a verlo.

—Stacey, el asunto del contable desaparecido, ¿qué?, ¿ya has terminado con él? —preguntó.

Stacey asintió.

—He dejado que su descripción siga circulando por ahí, pero de momento no puedo hacer nada más.

—Centra toda tu atención en este caso entonces. Sigo queriendo descubrir todo lo posible sobre Charles Stamoran y su perra guardiana Lorraine Abbott, y sobre Celia Gardner y su transformación de identidad sexual. También quiero enterarme de qué fue lo que sucedió anteanoche con Liam Sachs y... —Hizo una pausa—. ¿Alguien está anotando todo lo que estoy diciendo?

—Sí, yo tengo todo lo que has dicho —dijo Penn—. Quiero añadir que Megan Shaw parece estar limpia como una patena. Es hija única, sus padres se divorciaron cuando tenía once años. Todos sus estudios los hizo en Tividale. Luego se tomó una especie de año sabático antes de ir al Dudley College y, después, a la universidad de Loughborough. Volvió a Black Country y montó su propia consulta. Sus cuentas están en orden. No usa mucho las redes sociales y parece que no tiene pareja actualmente. —Abrió las manos de forma expresiva.

—¿Eso es todo?

Asintió.

No es que esperara ningún indicio concluyente, pero por alguna razón le sorprendió que la mujer no tuviera pareja.

—Seguimos; no espero que me llegue todavía la orden de registro de la clínica, pero no estaría de más estar atentos, porque en cuanto llegue quiero...

—Yo le echo un ojo, jefa —dijo Stacey.

—Bryant y yo nos vamos a centrar en Jerry Dwyer.

—Le acabo de mandar su dirección a Bryant —dijo Stacey al mismo tiempo que el teléfono del sargento emitía un sonido.

—¿Ya?

—Hay un Jerry Dwyer que vive en Quatford, apenas a unos cinco kilómetros de Bridgnorth, así que supongo que tiene posibilidades de ser el que buscáis. En el censo electoral no aparece ninguna otra persona que viva en esa misma dirección.

—Gracias, Stace. Una cosa es escuchar la versión de alguien que supuestamente ha sido maltratado en la clínica, pero lograr el testimonio de alguien que trabaja en ella y ha visto cómo tratan a muchas personas es otra historia.

—Pero ¿acaso podría ser el asesino? —preguntó Bryant de esa manera sutil que usaba para insinuar que se estaban desviando un poco.

—Tenemos tres víctimas y dos de ellas están vinculadas a la Clínica del Cambio. No sabremos si la tercera también lo está hasta que tengamos acceso a sus archivos.

—¿Qué te dice el instinto? —preguntó Penn.

—Que Liam Sachs se estaba viendo con alguien y no quería que su mujer se enterara.

—Puede que fuera una mujer o un hombre, pero, aun así, eso no lo vincula con la clínica —señaló Bryant.

—Estoy de acuerdo, por eso vamos a dejarlo aparcado hasta que llegue la orden de registro. Mientras tanto, tras escuchar la historia de Stephanie ayer, hay que escuchar lo que nos cuente este tal Jerry.

—¿Aunque no tuviera nada que ver con el caso? —preguntó Bryant.

Kim consideró la pregunta.

—Sí, por supuesto. —Como agentes de policía, no podían permitirse el lujo de ignorar un delito porque estuvieran investigando otro. Si alguien estaba violando y torturando a otras personas delante de sus narices, no podían hacer caso omiso porque estuvieran buscando a un asesino.

—Si nos creemos lo que sabemos de Jerry, se sintió lo bastante fuerte como para meter una carta que incluía un mensaje de socorro en el maletín de alguien al que consideraba un buen tipo. ¿Algunas ideas al respecto? —preguntó, volviéndose hacia el resto del equipo.

—Supongo que estamos hablando de un visitante —dijo Stacey.

—¿Podría ser un repartidor? —preguntó Penn—. Jerry trabaja en la cocina.

—Sus palabras fueron «La metí en el maletín», dijo exactamente eso —dijo Kim—. Así que no me cuadra mucho.

—¿Podría ser una persona que fuera a visitar a alguno de los pacientes? —preguntó Stacey.

—Los pacientes no reciben visitas —respondió Kim—. No puede haber distracción alguna mientras reciben tratamiento.

—¿Y orientadores o terapeutas? —preguntó Bryant.

—Demasiado arriesgado. Están involucrados y lo más probable es que apoyen lo que sea que suceda allí dentro.

—O sea, buscamos a un visitante que no fuera allí para visitar a un paciente, que no esté involucrado en el negocio real, pero que sea un buen tipo y se pueda confiar en él, ¿verdad? —preguntó Penn.

—¿Quizá un abogado o algo así? —preguntó Stacey.

—Hostia, esperad un segundo —dijo Penn, volviéndose hacia su ordenador. Todos aguardaron. Levantó la vista del teclado—. ¿Tal vez un contable? —dijo Penn, mirando fijamente a Stacey—. Dunhill presentó el último informe contable de la clínica.

—Stace, llama a tu contacto en Dunhill. Los Gardner mencionaron una auditoría cuando estuvimos allí ayer.

—No creerás que Gabriel Denton era el...

—Llama y averígualo —le ordenó Kim, a la que no le gustaba cómo se estaban poniendo las cosas. Nadie había visto a Gabriel Denton en casi cuatro días.

—Hola, Wendy, soy la ayudante de detective Wood. Perdona que te moleste tan temprano, pero ¿puedes decirnos dónde estuvo trabajando Gabriel la semana pasada?

Todos escucharon la pausa que hizo Wendy porque Stacey puso la llamada en manos libres.

—Tendría que consultar la agenda en el trabajo, pero creo que el jueves y el viernes estuvo en una clínica. No recuerdo el nombre, pero estaba por algún lugar cerca de Bridgnorth.

Stacey le dio las gracias y colgó.

—Bueno, Stace —dijo Kim—. Pues parece que aún no hemos terminado con Gabriel Denton. Tienes que explicarle a Beth lo que está pasando y buscar a fondo esa carta.

Capítulo 59

—Ya que la jefa ha dicho que le demos a Beth un poco más de tiempo, voy a pillar algo para comer mientras espero —dijo Stacey, sacando una magdalena del táper.

«Tal vez no se dé cuenta», pensó Penn, mirando hacia otro lado.

—Eh... ¿esto qué es? —preguntó, levantando la magdalena e inspeccionándola—. Esta no la ha hecho Jasper.

Penn soltó un gruñido.

—No, la compré en la pastelería. Jasper tuvo un pequeño fiasco anoche.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Stacey, dejando el dulce sobre la mesa—. Lo siento, Penn, se me había olvidado que tuviste que salir corriendo ayer por la tarde.

—No le ha pasado nada. Todo fue una estrategia para que Lynne fuera a casa. Funcionó, y eso es todo lo que te voy a contar al respecto de momento —dijo, sin saber él mismo cuál era el siguiente paso que iba a dar.

—Vale, ahórrame los detalles escabrosos, pero me gustaría saber si hay alguna posibilidad de que llegue a haber algo serio entre vosotros.

No pudo evitar que la sonrisa se dibujara en sus labios.

—Tal vez.

—Vale, ya dejaré yo volar mi imaginación, pero antes de irme tengo dos cosas que decir. Primero, que ya era hora, y segundo, por favor, dile a Jasper que estas magdalenas de confitería no pueden compararse con las delicias que él hace.

Penn hizo un gesto de reconocimiento con la mano mientras ella salía por la puerta después de dejar la magdalena a medio comer sobre su mesa. Se esforzó por no sonreír.

La noche anterior había sido surrealista, pero, con la perspectiva

que da la luz del día, ¿estaría Lynne sintiendo lo mismo? A pesar de que se conocían desde hacía casi diez años, la sensación era que se podrían haber precipitado. ¿Se estaría ella arrepintiendo de lo que había pasado la noche anterior? ¿No habría sido tal y como ella esperaba? ¿Se arrepentiría completamente de dar un paso más en la relación? ¿Estaría llena de dudas y preguntas? Casi podía sentir dolor físico por no conocer las respuestas a todas esas preguntas.

Emitió un gruñido mientras sacaba su teléfono. A ver, ¿qué tono debería usar? ¿Cómo hacerle una simple pregunta y obtener una respuesta que lo sacara de dudas? Sentía que necesitaba algo de ayuda para saber cómo actuar en los inicios de lo que fuera aquello. Hacía años que no tenía una relación seria, e incluso cuando las había tenido, nunca se había sentido como se sentía ahora.

Escribió en su móvil rápidamente. ¿Cambiaría la forma en la que se comunicarían a partir de ese momento por lo que pasó la noche anterior?

Espero que no hayas llegado tarde al trabajo.

En el último segundo, añadió una carita sonriente. Lo leyó de nuevo y se echó las manos a la cabeza. ¿Cómo coño iba a responder a un mensaje de texto que podría haberle enviado su vecina?

Lynne leyó el mensaje inmediatamente, y un malestar empezó a invadir el estómago de Penn.

Respiró hondo y miró hacia otro lado. El teléfono vibró enseguida.

Habría merecido la pena.

Su mensaje terminaba con un emoticono juguetón que sacaba la lengua.

Se rio casi a carcajadas; el ritmo natural de la relación parecía establecerse por sí solo.

Envió una respuesta rápida, consciente de que ella también estaría a punto de empezar su jornada laboral.

¿Fin de semana?

Por supuesto.

Esa fue su conversación. Habían cruzado pocas palabras, pero eran más que suficientes.

Sabía que tenía que apartar a Lynne de su cabeza, porque de lo contrario no iba a conseguir hacer nada.

Otra cosa que lo estaba retrasando en la investigación era que se había centrado en Celia Gardner. No había forma de averiguar una sola cosa sobre la mujer. Su marido era un libro abierto, le había llevado menos de una hora trazar toda la existencia de Victor Gardner, desde la escuela primaria Hawthorn, en Oswestry, hasta el instituto Wildcrest, pasando por la universidad de Keele, cuatro trabajos en el sector de ventas y luego ya la Clínica del Cambio. Con otros veinte minutos de búsqueda, habría sabido lo que había desayunado aquella mañana. Pero no tuvo tanta suerte con Celia. Incluso rastreando su apellido de soltera, Thatcher, no pudo encontrar rastro alguno de su educación ni de su historial laboral antes de casarse con Victor. Cualquier búsqueda general en Internet que incluyera ese apellido arrojaba millones de resultados repartidos entre la difunta primera ministra y sus hijos, siempre en los titulares, y todo ello estaba retrasando sus pesquisas sobre el resto de las personas que debía investigar.

Decidió trabajar en ellas por orden cronológico. Los primeros a los que conoció la jefa fueron Charles Stamoran y Lorraine Abbott.

Introdujo los datos de Stamoran en el sistema. No había nada. Para la policía no existía, aunque Penn sabía que eso no significaba que nunca hubiera hecho nada malo, sino que nunca lo habían pillado.

Realizó varias búsquedas del líder del Éxodo. Sus redes sociales eran sosas, y eso en el mejor de los casos. Parecía que se hubiera abierto varias cuentas y luego no se hubiera molestado en

mantenerlas actualizadas. Todo resultaba bastante extraño, pensó Penn. Aparte de algún que otro retweet y de compartir alguna publicación de otros usuarios, no decía prácticamente nada. A menudo, cuando alguien tenía un trabajo del estilo del suyo, gritaba sus opiniones a los cuatro vientos, defendía sus posturas, justificaba sus creencias e incluso intentaba convencer a los demás. Pero este tipo, nada.

Entró en su perfil de LinkedIn, la única plataforma que parecía estar actualizada. Había fotos profesionales que se habían tomado en distintas etapas de su carrera acompañando perfiles detallados, y también se enumeraban listas largas de funciones y responsabilidades. Penn estaba lo bastante intrigado como para seguir leyendo. Se desplazó hasta el final de su historial laboral. El hombre había empezado en el mundo laboral como contable en una empresa de trabajo temporal. Dos años más tarde, lo habían ascendido a consultor de selección de personal. Tres años después, se había trasladado a una cadena nacional de agencias en Londres. Allí había ido ascendiendo hasta convertirse en ejecutivo de selección de personal, director de zona y, después, la nada más absoluta durante dos años. Entre 2017 y 2019 no había ni rastro.

Penn se dio cuenta de que, para aquel hombre, lo que hacía era tan solo un trabajo más. Toda su trayectoria laboral estaba registrada y siempre había tenido que ver con la contratación de personal y con los números. Después de dos años fuera del mercado laboral, podría trabajar en cualquier cosa. Podría ser capaz de reclutar a gente para que fuera en contra de su propia sexualidad, pero también para hacer turismo. Para Charles Stamoran, ambas cosas significaban lo mismo, todo era cuestión de números. A Penn no le gustaba el sabor que le estaba dejando en la boca toda aquella información.

Conforme por saber todo lo que necesitaba sobre Charles

Stamoran, centró su atención en Lorraine Abbott.

Una búsqueda en el Ordenador Nacional de la Policía reveló un cargo de agresión con lesiones a su vecina. Al hacer clic en la descripción, encontró detalles de una continua enemistad entre Lorraine y la señora Roberts durante al menos tres años. Ambas partes habían realizado varias llamadas, pero la señora Roberts había hecho muchas más. Al parecer, una discusión sobre los pensamientos que había en el límite entre sus domicilios había desembocado en violencia y la señora Roberts había sufrido una fractura de nariz y pómulo, un ojo morado, un hematoma en el estómago y un corte en el brazo. Lorraine Abbott no había sufrido ninguna lesión. Parecía demasiado exagerado por unas simples flores silvestres que habían crecido más de la cuenta.

La señora Roberts había declarado que no tenía nada que ver con los pensamientos. Había dejado claro que Lorraine Abbott le había pegado una paliza porque era gay.

Penn cogió el teléfono. Era algo que la jefa tenía que saber.

Capítulo 60

—Madre mía —reaccionó Kim cuando Penn terminó de enumerar la lista de lesiones—. ¿Y fue todo a causa de unos narcisos?

—Pensamientos —corrigió Penn—. Pero la vecina alegó que se trataba de un delito de odio y que Lorraine llevaba años abusando verbalmente de ella, mucho antes de la agresión. El jurado estuvo de acuerdo.

—Iremos después a visitar a esa señorita tan encantadora. Buen trabajo, Penn —dijo, y colgó la llamada mientras se desviaban de la carretera principal.

Quatford era un pequeño pueblo en Shrewsbury, justo al sur de Bridgnorth. Figuraba en el Libro del Juicio Final y antaño tenía un puente que era un cruce clave del río Severn. Unos años más tarde se construyó otro puente al norte de Quatford, que dio nombre a la ciudad comercial.

Bryant entró en una calle estrecha justo detrás del pub The Danery. A medio metro de la carretera, había una hilera de siete casitas de campo.

—De vuelta al pub —dijo Bryant, dando la vuelta en una pequeña entrada. No se podía dejar el coche en ningún sitio que no bloqueara la carretera.

—Joder, Bryant, que no son ni las nueve de la mañana.

—Para aparcar —dijo, como si hiciera falta explicarlo.

Kim no dijo nada más hasta que salieron del coche y se dirigieron hacia la casa de Jerry Dwyer.

—¿Qué te parecen las novedades sobre Lorraine Abbott? —preguntó.

—Aparte de que es un encanto total y absoluto, ¿no? —respondió Bryant—. Creía que había sido hostil con nosotros porque somos

policías, pero no, parece que simplemente se trata de una persona desagradable.

—Darle una paliza brutal a alguien por el simple hecho de ser gay... ese tipo de rabia dice mucho de una persona —observó Kim mientras se detenía frente a la casita que ocupaba el lugar central de la hilera.

Bryant llamó con fuerza a la puerta.

Kim quería albergar una pequeña esperanza de que Jerry abriera y les contara que había estado enfermo uno o dos días, sin más.

Esperaron. No hubo respuesta.

Bryant llamó de nuevo, con más fuerza aún.

Nada.

Se inclinó y abrió la ranura de la puerta que hacía las veces de buzón.

—Joder —dijo, apartándose. Se tapó la nariz y señaló—. Bryant, huele ahí.

Él así lo hizo.

—Qué repugnante —dijo el sargento, arrugando la nariz—. Algo se está pudriendo ahí dentro.

—De acuerdo, vamos a hacerlo.

No necesitaba explicarle a qué se refería. Con los años, habían perfeccionado el arte de derribar puertas sincronizando su peso contra la parte superior e inferior respectivamente, ambos al mismo tiempo.

—¡Jesucristo! —gritó Kim de dolor cuando la madera del marco se astilló. Para ser una puerta vieja, opuso bastante resistencia, y Kim evitó de milagro caerse al suelo junto con Bryant. Se dio cuenta de que su cuerpo no estaba aún en condiciones de ejercer mucha fuerza.

—¡Puajjjj! —exclamó, acercándose a la fuente del olor.

Se tapó la nariz y entró en la cocina.

—Te juro que he estado en autopsias donde no olía así de mal, jefa.

Kim asintió mientras miraba la cocina. No se veía ni un trozo de encimera libre, estaba completamente llena de platos sucios, llenos de comida a medio terminar. Había pan rancio y mohoso por todas partes, cuencos con leche agria, pescado seco y estropeado. El cubo que había en un rincón apestaba a carne podrida.

—Creo que no ha tenido tiempo a limpiar antes de irse de aquí —dijo Bryant.

—O de que se lo llevaran —añadió Kim.

—Voy a echar un vistazo ahí arriba —dijo Bryant, subiendo los escalones de dos en dos.

Kim llegó hasta el salón, que estaba sorprendentemente ordenado en comparación con la cocina. No había platos sucios ni comida mohosa, y aunque los muebles parecían antiguos, estaban bien cuidados.

No había cuarto de baño en la planta baja, así que Kim salió directamente hacia el exterior. El jardín era pequeño y de forma cuadrada, de unos diez metros de largo. El espacio incluía grava y losas, y no había flores ni arbustos de ningún tipo. Estaba rodeado por una valla de dos metros y medio de alto que estaba situada sobre dos tablas de grava, lo que ofrecía una barrera de privacidad de dos metros y medio de altura en total. No había cobertizo ni nada que sirviera para almacenaje, y Kim comprendía por qué. La puerta trasera estaba asegurada con dos cerrojos.

—No hay nada arriba, jefa —dijo Bryant, uniéndose a ella—. Dos dormitorios. El grande tiene un armario empotrado y el más pequeño es una especie de almacén.

—Hum... —dijo Kim.

—Odio cuando haces eso —dijo Bryant mientras su jefa entraba de nuevo en la casa.

Se acercó a la puerta principal y tocó el lugar donde habían arrancado los pernos del cerrojo que había en el marco cuando forzaron la puerta.

—Hum... —dijo de nuevo, llegando a la cocina.

Se fue moviendo a lo largo y ancho de la misma, tocándolo todo, y luego subió las escaleras y se detuvo en el rellano. Se llevó el dedo índice a la boca mirando a Bryant mientras este ponía un gesto de extrañeza.

—Bueno, está claro que no está aquí —dijo con voz alta y clara—. Lo que nos plantea un pequeño problema.

—¿De qué se trata, jefa? —preguntó Bryant, siguiendo su mirada hacia la puerta del ático.

—Podríamos llamar al cerrajero, pero no podemos quedarnos aquí a esperarle. Tendremos que tirar de la puerta para cerrarla y rezar para que nadie se dé cuenta de que se puede entrar sin problemas en la casa.

Señaló hacia las escaleras.

—Vale, jefa, eso es lo mejor que podemos hacer —dijo Bryant, bajándolas con paso firme.

Se quedó en silencio mientras Bryant hacía un ruido simulando que habían cerrado la puerta, asegurándola un poco.

Después, ambos se mantuvieron callados, Bryant al pie de las escaleras y Kim en el rellano.

Cinco. Cuatro. Tres. Dos.

La puerta del ático se abrió de golpe y cayó de ella un tramo de peldaños.

Aparecieron un par de pies.

Kim esperó hasta que el hombre estuvo a medio camino en la escalera recién aparecida de la nada.

—Buenos días, señor Dwyer. Soy la detective Stone. Este es el

sargento detective Bryant, y es un placer para ambos tener la oportunidad de conocerlo.

Capítulo 61

Kim no necesitó una evaluación exhaustiva para apreciar que aquel hombre rubio común tenía un aspecto horrible y su olor no era mucho mejor que su apariencia. Al margen de la ropa arrugada y las manchas en las axilas, su mirada reflejaba angustia y era recelosa, recorriendo a Kim como si ella ocultara aquello que le causaba miedo.

La inspectora había supuesto que estaba escondido en algún lugar de la propiedad al ver que la puerta trasera tenía un cerrojo doble. Sabía que la principal tenía otro cerrojo echado antes de que se la cargaran, así que, si había salido de la casa, ¿cómo diablos había echado cerrojos en los dos puntos de salida? La inspección rápida que hizo por la cocina le sirvió para descubrir que el hervidor no estaba frío del todo. No hacía mucho que se había preparado una taza de té.

—Siento el desorden —dijo mientras ella lo seguía escaleras abajo.

Kim entendió lo que estaba pasando. Llevaba un tiempo saliendo del ático solo para hacer lo mínimo indispensable. Dejaba lo que estuviera ya vacío, cogía algo más de comida y volvía a toda prisa a lo que percibía como lugar seguro. Llevaba días sin ducharse porque le daba pánico estar en un sitio en el que pudieran verlo.

Su única pregunta era por qué.

—No voy a ponerlos en un compromiso ofreciéndoles algo de beber —dijo, pasando junto a la cocina y conduciéndolos hasta el salón, más ordenado.

—Señor Dwyer, ¿no cree que está usted comportándose de forma demasiado exagerada? —preguntó Kim mientras tomaba asiento. Podía oír cómo, desde el pasillo, Bryant estaba encargando que arreglaran la puerta de la casa.

—Para nada, llevo tiempo muerto de miedo. Desde que escribí la

carta. Me arrepentí en cuanto aquel hombre salió de la clínica, porque sabía que se iban a enterar de que la había escrito yo y vendrían a buscarme para callarme. Aunque hubieran entrado a la fuerza, no me habrían encontrado estando escondido en el ático. No quieren que se diga nada negativo de aquel lugar y creo que son capaces de cualquier cosa para callar a la gente.

—¿Qué fue lo que le hizo escribir la carta? —preguntó Kim—. Lleva bastante tiempo trabajando allí y se le nota aterrorizado.

Se encogió de hombros.

—Las cosas parecían ir a peor. —Hizo un gesto de desesperación con la cabeza—. Voy a serle sincero. Al principio, no le prestaba demasiada atención a nada. Había firmado el acuerdo de confidencialidad y, bueno, era un trabajo, sin más. Llevaba casi un año en paro y habría aceptado casi cualquier cosa. Mi mujer me dejó dos meses después de empezar, así que, bueno, me servía para ganar lo suficiente para poder mantener la casa.

—Lamento oír...

—No se preocupe —dijo él, ignorando esas palabras con un ademán.

—Bueno, señor Dwyer, ¿le importaría contarnos lo que ha presenciado en la clínica?

—Un trato horrible, espantoso a la gente. Los tienen encerrados en sus habitaciones. Los llevan a la tercera planta, que es de acceso restringido. Los alimentan a la fuerza; una vez tuve que preparar una cantidad de comida que habría servido para alimentar a un ejército pequeño. Di por hecho que había una fiesta, pero lo llevaron todo a una sola habitación. A otros los dejan pasar hambre; por ejemplo, a una chica no le permitieron comer durante cinco días. Otras personas sufren humillaciones asquerosas: a un chico de unos veinte años lo obligaron a lamer los urinarios hasta que vomitara o llorara. Lloró.

Kim sintió cómo crecía la rabia en su interior. Los convictos que habían asesinado a inocentes recibían un trato mejor que ese.

—¿Todo el personal sabe lo que pasa ahí dentro? —preguntó, con la esperanza de que hubiera alguien, cualquier persona, intentando poner fin a aquello.

Dwyer asintió.

—Los llaman profesionales. Ignoro qué formación tienen y cuál es exactamente su profesión, pero hay ocho en total y todos siguen instrucciones.

—¿Nadie cuestiona los abusos?

—Todos duermen bien por la noche porque los pacientes están allí por su propia voluntad. A nadie se le obliga a quedarse.

La miró a ella y, luego, a Bryant.

—¿Por qué no están anotando nada para redactar un informe? —preguntó.

—Aún no es el momento de...

—Pero han venido por eso, ¿no? El contable les ha dado la carta y han arrestado a todos los de la clínica, ¿verdad?

Kim echó un vistazo furtivo a su compañero antes de responder.

—Me temo que no, señor Dwyer. Estamos aquí porque Stephanie nos ha enseñado los mensajes que usted le envió. Esperamos poder registrar las instalaciones hoy mismo, pero me temo que aún tenemos más malas noticias que darle. El contable al que le pasó la carta lleva desaparecido desde el lunes por la mañana.

El color que su rostro había empezado a tomar desapareció al instante, como si ella hubiera apretado un interruptor para hacerlo.

—Estoy en peligro, ¿verdad? Seguro que se han enterado de lo que he hecho. Si lo han pillado, van a venir a por mí. Van a matarme, sé que van a hacerlo, y ustedes se han cargado mi puerta, soy una presa fácil.

—El cerrajero y el carpintero ya están de camino —le aseguró—. No

nos iremos de aquí hasta que esté totalmente seguro, pero no está de más saberlo, ¿hay algún otro sitio donde se pudiera quedar un tiempo? Solo un día, o tal vez un par de ellos.

—Tengo un sobrino que vive en Cotswolds —dijo—. Pero no puedo llegar hasta allí sin exhibirme.

Kim ignoró la palabra tan desafortunada que había elegido. Entendió lo que quería decir.

—Lo llevaremos hasta allí de forma segura —le dijo—. Haga una maleta con algunas cosas, no demasiadas.

El hombre miró hacia la puerta de entrada.

—No le vamos a dejar solo, Jerry. Vaya a preparar sus cosas —dijo Kim.

Llegó hasta la puerta del salón y se giró hacia ellos.

—Van a hacerles pagar por todo el daño que han causado, ¿verdad? Me refiero a Victor y Celia.

—Depende de cuánto sepan —respondió Kim con sinceridad—. Cuando sucedían todas esas cosas tan horribles, ellos no estaban en el lugar donde estaban ocurriendo.

—Lo entiendo, pero no se equivoque, inspectora: ellos son los que dan todas las instrucciones.

Capítulo 62

Stacey respiró hondo antes de llamar a la puerta. Sin duda, Beth no se iba a alegrar de verla y se podría dar con un canto en los dientes por el mero hecho de poder entrar. Tampoco iba a jugar a su favor que no pudiera ofrecerle una explicación detallada. La probabilidad de conseguir una orden de registro no era muy alta, dado que el vínculo con el caso no pasaba de ser más que una sospecha.

Stacey volvió a llamar. Cabía la posibilidad de que Beth no la dejara pasar.

Justo cuando iba a llamar por tercera vez, la mujer abrió la puerta.

La sorpresa en su rostro se convirtió en consternación.

—¿Ha vuelto para mancillar aún más el nombre de mi marido, agente?

Además del enfado que Stacey ya preveía, había algo más en su actitud: dolor. Parecía haber defraudado a Beth por el hecho de no haber sido capaz de entender la profundidad de la relación que compartía con su marido. Había confiado en que Stacey comprendería que Gabe no habría sido capaz hacerle algo así, y ahora la ayudante de detective tenía que reconocer que tal vez tuviera razón.

—Beth, se ha producido un giro en la investigación —dijo Stacey, con la esperanza de que esa confesión le sirviera para entrar.

La sorpresa volvió a aparecer en el rostro de Beth.

—Ah, ¿sí?

—No puedo contarle mucho más, pero ¿puedo entrar un momento?

Beth asintió y se hizo a un lado.

—Estaba en la cocina —dijo, cerrando la puerta.

Stacey la siguió hasta la parte trasera de la casa.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó, tomando asiento en una mesa de comedor redonda e indicando a Stacey que hiciera lo mismo.

Parecía haber sorprendido a la mujer limpiando los platos del desayuno. En el aire flotaba un ligero olor a salchichas y tostadas. Stacey aplaudió interiormente la determinación de la mujer de comer bien y mantenerse fuerte. Cuando Devon no estaba en casa, sobrevivía con cereales y noodles.

—No quiero alarmarla, pero puede que exista alguna pista sobre la desaparición de Gabe en sus documentos de trabajo —dijo Stacey para empezar la conversación.

Beth puso una mala cara.

—¿Perdone?

—De verdad que me gustaría poder decirle algo más, pero en este momento de la investigación no es posible. Me gustaría echar un vistazo al maletín de Gabe.

—Después de lo que insinuó cuando...

—Lo siento, Beth —dijo Stacey, tratando de apaciguarla—. Quizá sí que sacamos conclusiones de forma precipitada. Ver su maletín sin duda nos ayudaría a saber por dónde seguir investigando.

—O sea que... ¿no han dejado de buscarlo?

Stacey negó con la cabeza.

—¿Qué necesita? —preguntó, al parecer satisfecha con esa respuesta.

—Lo que fuera que llevara normalmente cuando se reunía con los clientes.

—Un minuto —dijo Beth, y salió de la estancia.

Stacey era consciente de que se había tenido que tragar algo de orgullo y reconocer su error, y con gusto lo haría de nuevo si con ello conseguía lo que quería.

—Aquí lo tiene —dijo Beth, colocando el maletín sobre la mesita.

Había un candado que requería una combinación de números para abrirlo.

—Mi cumpleaños y su cumpleaños. Diecinueve del doce y once del

once —explicó.

Stacey giró los discos del candado y el maletín se abrió de golpe. Experimentó un breve sentimiento de culpabilidad, preguntándose si el maletín de un hombre era como el bolso de una mujer. ¿Estaba sobrepasando algún tipo de límite personal?

Beth también observó.

En la parte superior había varios bolsillos y compartimentos. Un vistazo rápido fue suficiente para asegurarse de que la carta no estaba en ninguno de ellos. En el interior del maletín había dos volúmenes de registros contables encuadernados con el nombre «**Clínica del Cambio»** escrito en mayúsculas y en negrita en la parte delantera. Los sacó e inspeccionó el fondo del maletín. Nada. Cogió ambos volúmenes por el lomo metálico, uno con cada mano, y los puso bocabajo. Del de la izquierda, cayó una única hoja de papel.

—¿Es eso lo que busca? —preguntó Beth mientras Stacey la cogía.

La nota estaba escrita a mano y empezaba con las palabras:

Ayuda, por favor.

Stacey asintió mientras el corazón le latía con fuerza en el pecho.

—¿Qué significa...?

—Lo siento, Beth. No puedo compartirlo con usted todavía —dijo, doblando de nuevo la hoja antes de guardarla en su mochila—. Gracias por permitirme hacer esto, le prometo que, tan pronto como pueda ofrecerle alguna novedad, lo haré.

Beth parecía querer seguir presionándola un poco, pero prefirió no hacerlo.

Stacey se dirigió hacia la puerta y la cerró tras de sí.

Volvió al coche patrulla y soltó un suspiro. El día anterior le había dicho a aquella mujer que probablemente su marido la había abandonado porque había empezado a sentir algo por otra mujer.

Quizá más adelante tuviera que contarle que su marido había desaparecido y se creía que estaba muerto.

Capítulo 63

—Léela otra vez —ordenó Kim, poniendo el teléfono en manos libres para que Bryant pudiera escuchar también. Hacía cincuenta minutos que habían salido de la casa de Jerry Dwyer, después de que aseguraran la puerta y metieran al hombre en un coche patrulla para llevarlo a Stow-on-the-Wold, en la región de Cotswolds.

Stacey tosió y volvió a empezar.

—«Por favor, ayuda. Hacen guardar el secreto tanto a los trabajadores como a los pacientes. Esto no es una clínica profesional como aparenta ser. Los pacientes pasan hambre, los golpean, los humillan y los violan. Por favor, pónganlo en conocimiento de las autoridades para que puedan investigarlo en condiciones. Tienen que acceder a la tercera planta. Por favor, hagan algo antes de que muera más gente».

—Jesús —dijo Bryant, aparcando en un espacio libre frente a la consulta de Megan Shaw—. Parece una carta sin destinatario concreto. La puso en el maletín de Gabe como podría haberla dejado en cualquier otro sitio. Una súplica desesperada de ayuda.

Y un pobre hombre terriblemente asustado se había escondido en su ático desde que había enviado aquella carta.

—Venga, ponte con Penn a hacer todo lo que haga falta para que nos llegue cuanto antes esa orden de registro.

—Vale, jefa.

Kim colgó la llamada con Stacey a la vez que Bryant apagaba el motor.

—Jefa, ¿cómo es posible que no se sepa nada de este sitio? ¿Cómo es que nadie ha encontrado nada y nadie nos cuenta nada de él?

Kim se encogió de hombros mientras salía del coche.

—No tengo ni idea, pero espero que esta señora pueda ayudarnos un poco.

—Pero ¿no se supone que están en polos totalmente opuestos? —preguntó.

—Sí, pero dentro del mismo negocio —dijo Kim—. Me juego tu casa a que sabe más de Celia Gardner de lo que aparenta.

Pulsó el timbre y Megan respondió de inmediato.

—Inspectora Stone y sargento detective Bryant. ¿Tiene un momento? —preguntó Kim.

—¿Y si estuviera con un cliente, inspectora?

—¿Lo está?

—No.

—Entonces, ¿podríamos...? —Se calló porque la puerta se abrió.

Mientras subían las escaleras, Kim percibió un aroma a café recién hecho y bollería recién salida del horno.

Megan sostenía una taza y un plato, y se dirigió hacia la habitación del fondo.

—Por favor, discúlpenme. La mayoría de los días no me da tiempo a comer nada cuando me levanto, así que me tomo un tentempié a media mañana. —Desapareció, para acto seguido asomar la cabeza —. ¿Quieren un café?

—No, gracias —respondió Bryant.

—Sí, por favor —dijo Kim—. A menos que tenga cita con algún paciente —añadió.

—No tengo nada hasta las doce, inspectora; si no se lo ha terminado para entonces, puede llevárselo y no le cobro la taza.

Kim se sentó en el sofá de tela. Ni demasiado blando ni demasiado duro; cómodo, sin más. Bryant hizo lo propio en el sillón individual y le lanzó una mirada acusadora. Siempre pensaba que ella iba a rechazar cualquier refrigerio, y normalmente lo hacía, pero aquel café olía increíblemente bien.

—¿Leche, azúcar? —gritó Megan.

—Solo —respondió Kim.

Megan apareció con una sola taza y la colocó ante ella.

—Bueno, ¿cómo puedo ayudarlos?

—¿Por qué no nos habló de la Clínica del Cambio cuando estuvimos aquí? —preguntó Kim—. Era plenamente consciente de que fue allí donde trataron a Jamie después de que usted se negara a satisfacer los deseos de sus padres. Está tratando a otra de sus expacientes, una chica llamada Stephanie Lakehurst. ¿Por qué no nos dijo nada acerca de la clínica cuando vinimos a hablar con usted?

—Por dos razones —dijo Megan, sin intentar ocultar su subterfugio —. La primera, que probablemente no me habrían creído si les hubiera contado la verdad entonces. Lo que ahora saben es gracias a su propia investigación y no porque se lo haya descrito yo. La segunda es que necesitaban formación.

—¿Me mandó al colegio? —preguntó Kim con incredulidad.

Megan asintió.

—No sabían absolutamente nada de la terapia de conversión ni de las razones que pueden conducir a una persona a tomar la decisión de comenzarla. Ahora son capaces de entender por qué un lugar tan horrible como ese puede existir.

Kim tuvo que reconocer que ambas cosas eran ciertas. Probablemente no se habría creído una sola palabra de lo de la clínica y no habría comprendido ninguna razón que pudiera conducir a acudir a ella si no hubiera hablado antes con Cliff y visitado Éxodo. Y, desde luego, ahora estaba más formada que la última vez que habían hablado. Seguía sin gustarle recibir evasivas, pero entendía por qué Megan la había tenido de acá para allá.

—Ahora que ya me he educado en el tema, ¿qué sabe de Celia Gardner? —preguntó Kim.

—Más de lo que me gustaría. ¿Por qué lo pregunta?

—Se están haciendo muchas acusaciones contra la clínica de la que es propietaria. Particularmente, por parte de Stephanie Lakehurst.

—¿Y por qué cree que conozco a Celia Gardner? —preguntó Megan, cruzando las piernas.

—Sus caminos deben haberse cruzado en algún momento —insistió Kim.

—En efecto, lo han hecho, pero no estoy segura de lo que quiere saber.

—¿Conoció a Celia cuando ambas eran jóvenes?

—¿Por qué me pregunta algo así? —dijo Megan, frunciendo el ceño.

—Tienen una edad parecida, las dos son de Black Country. ¿No la conocía? —preguntó Kim.

—¿Sabe que Black Country ocupa una extensión de doscientos veintidós kilómetros cuadrados?

Kim se encogió de hombros y esperó una respuesta.

Megan continuó:

—Ah, espere, ¿cree que los jóvenes homosexuales llevábamos puestos imanes para poder encontrarnos entre la multitud?

Había preguntado todo aquello con un toque de humor, pero Kim entendió el mensaje implícito. De todas formas, siguió buscando respuestas.

—Verá, hay un aire de perfección en ella que no me parece auténtico —dijo Kim con sinceridad—. Tengo la sensación de que, si pudiera raspar con fuerza esa superficie exterior plateada y reluciente, me encontraría debajo con algo no tan agradable.

—Creo que es una conjetura acertada. Tengo entendido que es decidida, despiadada y que siempre consigue lo que quiere.

—La enviaron a la antigua versión de la clínica al final de su adolescencia, según hemos sabido.

Megan se encogió de hombros.

—He oído ese rumor, pero no es que tenga ningún tipo de contacto con ella. Tiene su pequeño imperio. Se ha construido una vida

alrededor de un matrimonio heterosexual perfecto y unos hijos perfectos.

—¿Hay amargor en su tono? —señaló Kim.

—Tengo que lidiar con las secuelas de lo que ella ha creado.

—Pero ya existía antes de ella —contraatacó Kim.

—Fue el resultado de una idea que tuvo un hombre ignorante e intolerante, que estaba roto por el dolor. Debería haber muerto con él.

—Estoy de acuerdo —dijo Kim—. Hemos sabido de historias que dan verdadero miedo. ¿Puede confirmarlas?

—Oficialmente, no.

—¿Extraoficialmente entonces, aunque no seamos periodistas? —dijo Kim, dando un sorbo a su café. Había juzgado bien la calidad que esa bebida iba a tener.

—Bueno, responderé a preguntas directas si me las hacen, pero no les voy a construir ningún relato.

A Kim le extrañaban sus evasivas, pero decidió ignorarlas por el momento.

—¿Ha tratado a alguna persona que haya pasado algún tiempo en la clínica, al margen de Stephanie?

—«Clínica» no me parece la mejor palabra para definir ese lugar, pero bueno, voy a aceptarla. La respuesta es sí.

—¿Podría darnos algún nombre?

—No.

—¿Alguien le ha hablado alguna vez del tratamiento con descargas eléctricas?

—Sí.

—¿Inanición?

—Sí.

—¿Humillación?

—Sí.

—¿Violencia?

—Sí.

—¿Violación correctiva?

—Sí.

Bryant se echó hacia delante en su asiento y Kim pudo percibir una contracción nerviosa en su rostro.

—¿Por qué no lo ha denunciado? —preguntó el sargento.

Megan había previsto esa pregunta y estaba preparada para responderla.

—Porque ustedes insisten en tener un denunciante, alguien que presente la queja oficialmente. Y nadie va a decir ni media palabra.

—¿Por qué no?

—Porque serían objeto de acciones legales antes incluso de terminar la primera frase de su relato, y ustedes no harán nada al respecto.

Bryant hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Lo siento, pero no estoy de acuerdo. Investigaríamos cualquier queja seria.

—3 de noviembre de 2017, sargento. Investíguelo. Compruebe si se tomó algún tipo de acción en respuesta a la denuncia.

Bryant tomó nota.

—¿Por qué razón recuerda esa fecha? —preguntó Kim, tomando otro sorbo de su café.

—Se trataba de un joven de veintidós años. Vino a verme tras pasar un mes en la clínica. Todos los días le colocaban electrodos en el pene mientras le mostraban material pornográfico. Si su cuerpo respondía al estímulo, recibía una descarga.

—¿No podía salir de allí? —preguntó Bryant, cruzando las piernas.

—Forma parte del tratamiento. Es como un puño de hierro, pero envuelto con un guante de terciopelo. Lo hacen por tu propio bien

porque eres un bicho raro, eres repulsivo, asqueroso, hora tras hora, día tras día. Créanme, vas a intentar adaptarte como sea.

—¿Cómo consiguió salir? —preguntó Kim.

—Su cuerpo dejó de responder al estímulo y consideraron que estaba curado. Se despreciaba a sí mismo por completo, odiaba su propio cuerpo. No podía ni mirarse al espejo, y el simple hecho de hablar de su propia sexualidad le inducía un ataque de pánico.

—¿Qué sucedió? —preguntó Kim, antes de terminarse el café.

—Lo animé decididamente a presentar una denuncia, a pesar del acuerdo de confidencialidad que había firmado. Habló con un agente de policía de forma anónima, pero este se negó a actuar. Intentar contar tu historia y que no te escuchen es peor que guardártela para ti. Después de aquello, estaba demasiado asustado como para volver a plantearse una denuncia, pero puso un comentario negativo en la página web de la clínica. A los dos días recibió una carta en la que se le informaba de que le iban a poner una demanda por difamación y que le exigirían los gastos judiciales, que probablemente ascenderían a decenas de miles de libras.

—¿Una carta intimidatoria? —preguntó Kim.

No era la primera vez que oía hablar de ellas. Se trata de una carta en la que se describe todo lo que puede salir mal y las repercusiones que ello tendría. Su objetivo era asustar a la gente para que se echara atrás y mantuviera la boca cerrada.

—Sí, y funcionó —continuó Megan—. Borró el comentario. Estaba aterrorizado. No podía permitirse pagar las facturas legales y pensó que le podrían quitar la casa a su madre.

Kim sintió la rabia crecer en su interior ante una injusticia así. Siempre la historia de David y Goliat.

—Estaba demasiado asustado como para continuar con nuestras sesiones. No quería hablar conmigo por si llegaba a oídos del centro.

Kim trató de imaginarse cómo tendría que ser aquel nivel de terror.

Que el miedo te paralice tanto que ni siquiera puedas compartir con nadie lo que has sufrido.

—¿Qué pasó finalmente con él? —preguntó, temiéndose lo peor, pero necesitando saberlo de todos modos.

—Murió de una sobredosis de heroína un año después.

Kim no dijo nada, aguantándose la emoción en la garganta. Qué dolor, qué sufrimiento, qué desperdicio.

—Esa historia es la razón por la que ya no animo a ninguno de mis pacientes a que hable de su historia. He visto lo que son capaces de hacer, las tácticas y trucos turbios que pueden usar para silenciar a la gente. Mi trabajo es hacer todo lo posible para que se sientan mejor. Por supuesto que me gustaría que cerraran ese lugar. Me encantaría tener una sesión con todas las personas que acuden allí para intentar ayudarlos a aceptarse y encontrarse mejor desde un punto de vista mental, pero es imposible porque la gente que intenta denunciarlos termina muriendo, y si están muertos, ya no los puedo ayudar.

Había una integridad serena en aquella mujer que a Kim le gustaba. Comprendía que su prioridad era tratar a la persona que tenía delante. No podía salvar el mundo, pero lo que hacía con sus pacientes parecía funcionar. Stephanie Lakehurst había aceptado su sexualidad y había pasado página.

—Admiro su pasión. No le deja suficiente energía para tener una vida familiar, ¿no? —preguntó Kim. No había ni un solo indicio, ni en su relato ni en su espacio de trabajo, de que tuviera alguna relación con alguien.

—¿Qué es lo que quiere pescar exactamente, inspectora? —preguntó Megan con una sonrisa irónica.

Kim se encogió de hombros. Más sutilmente no podría haberlo preguntado.

Megan suspiró.

—Trabajo demasiadas horas como para tener un perro, los gatos no me gustan, nunca me ha apasionado nada que tenga que vivir en una jaula y perdí al amor de mi vida en la adolescencia. ¿Hay algo más que quieran saber?

—Gracias por contarnos todo eso. ¿Puedo hacerle una pregunta más?

—Dispare —dijo cansada.

—Sabiendo lo que sabe sobre Celia Gardner, ¿la cree capaz de asesinar?

—Por supuesto que sí —dijo Megan, cogiendo una taza que ya estaba vacía.

—¿Por qué está tan segura? —preguntó Kim.

—Tiene mucho que proteger.

—¿Su empresa? —preguntó Bryant.

Megan negó con la cabeza.

—Mucho más que eso. El programa no puede fallar, porque si lo hiciera, toda su vida estaría construida sobre una mentira.

Y eso significaba que había muchísimo en juego, pensó Kim mientras daba las gracias a la mujer por haberles dedicado algo de su tiempo.

Capítulo 64

—¿Sabes?, no me lo puedo creer —dijo Penn, sacudiendo la cabeza.

—Sí, yo siempre había creído que Lynne estaba fuera de tu alcance, pero mira —bromeó Stacey, disfrutando de poder hablar de forma distendida con él sobre su nueva relación sentimental.

—No me refería a eso, pero vaya, que te entiendo, yo también lo pensaba. La cosa es que soy incapaz de encontrar nada sobre Celia Gardner que no esté relacionado con la Clínica del Cambio.

—Pero yo creo que no es tan raro —dijo Stacey—. No todo el mundo aparece en Google.

—Lo dice la mujer que es capaz de averiguar cualquier cosa con solo pulsar unas teclas.

—¿Quieres que eche un vistazo? —se ofreció.

—No, soy perfectamente capaz.

—No habrás hecho la búsqueda utilizando el apellido Gardner, ¿no? —preguntó Stacey, solo por asegurarse.

—Sí, Stace, porque es mi primer día en este trabajo y no me he dado cuenta de que ese es su apellido de casada. Obviamente, he utilizado su apellido de soltera.

—¿Sabes, Penn? Si no supiera lo que sé, diría que no estás...

—¡Entrega! —dijo una voz alegre desde el umbral de la puerta.

—Percy, has llegado en el mejor momento posible —dijo Penn mientras el técnico colocaba la caja sobre el escritorio vacío.

—Un portátil, un teléfono, una nota de suicidio. ¿Quién me echa una firma?

Penn cruzó la sala desplazándose en la silla gracias a sus ruedas y firmó los formularios de la cadena de custodia de las pruebas.

—Gracias, Percy.

—Ciao, bambinos —dijo, saludando con la mano mientras salía.

—Qué tío más raro —dijo Penn, dándose la vuelta en la silla.

—Mira quién fue a hablar.

Penn se rio disimuladamente.

—Escucha, ¿quieres ponerte con eso —preguntó Stacey, señalando la caja con la cabeza—, y yo me dedico a ver si encuentro algo más sobre Celia Gardner?

—¿Quieres decir que soy un inútil con las búsquedas? —preguntó Penn.

—Eres el agente de más alto rango que hay en esta sala, así que nunca me atrevería a decirte abiertamente que tus habilidades residen en otras áreas.

—Venga, cambiemos —concedió.

Stacey empezó a teclear de inmediato mientras él cogía la caja y la abría.

Intuyendo que podría tocarle un poco las narices a Penn si le preguntaba directamente, optó por buscar por su cuenta el certificado de matrimonio y el apellido de soltera de Celia.

Aunque ya lo había hecho su compañero, hizo una búsqueda exhaustiva del nombre Celia Thatcher. Durante más de ocho páginas, casi todos los artículos que encontró se olvidaban del nombre de Celia y se referían a la difunta ex primera ministra o a alguno de sus hijos. Por desgracia, Google no entendía el concepto de «esa Thatcher no». Tamborileó con los dedos sobre la mesa. Ya estaba entendiendo el muro con el que se había topado Penn. No existía nada sobre Celia antes de que se casara con Victor, cuando tenía veinte años. Ni un informe escolar, nada de cursos superiores, ningún título universitario. No tenía sentido alguno.

A menos que ese no fuera el apellido que había estado usando.

Stacey se comió otra magdalena de confitería mientras buscaba en los registros de modificaciones de apellido.

Nada.

No se había producido ningún cambio formal, ni de Thatcher a otro

apellido ni al revés, lo cual significaba que había utilizado su apellido real en su certificado de matrimonio, pero había debido utilizar otro distinto durante sus estudios superiores.

¿Por qué?

¿Qué había pasado antes de sus años de formación superior?

Introdujo en el buscador «Celia Thatcher adolescente».

La búsqueda arrojó millones de resultados, pero un artículo que había en la tercera página le llamó la atención. La inclusión de la palabra «adolescente» había hecho que apareciera tan arriba en los resultados.

Lo abrió a la vez que sonaba el teléfono de Penn.

—No me lo puedo creer —exclamó Stacey boquiabierta, cogiendo el suyo—. Tengo que llamar a la jefa ahora mismo.

—Pues dile algo de mi parte —dijo Penn, colgando su llamada—. La orden de registro acaba de llegar. Ya puede ir a registrar la clínica.

Capítulo 65

El inspector Plant se detuvo junto al coche de Bryant y le entregó la orden de registro a través de la ventanilla.

Habían aparcado al final del camino, aún fuera de la vista de la clínica.

Más coches patrulla aparcaron detrás de ellos.

Leyó los términos de la orden.

—Mierda. Solo podemos entrar en las salas de tratamiento y en los despachos. Ni zonas comunes ni habitaciones de pacientes, a quienes no podemos interrogar tampoco. Tenemos que respetar el derecho a la intimidad.

Kim había ansiado tener acceso libre a la totalidad del centro y a todo el mundo. Le habría gustado hablar con algunos de los pacientes actuales.

—¿Cómo quieres que lo hagamos? —preguntó el inspector Plant.

—Danos cinco minutos para hacer efectiva la orden. Luego nosotros iremos a la tercera planta. A la segunda no podemos entrar porque es una zona residencial, así que centraos vosotros en la planta baja, el área administrativa y la parte de atrás de la casa.

—Entendido —dijo mientras Bryant arrancaba el coche y se dirigía hacia la propiedad.

—¿Pretendes hablar con Celia sobre su pasado?

—Y tanto, pero no hasta que hayamos echado un buen vistazo por todo el centro.

El edificio apareció a la vista y a Kim le impactó lo inofensivo que parecía. Costaba creerse todos los horrores que se habían descrito de él.

Salió del coche y entró en la recepción con paso decidido.

Jessica la saludó con una sonrisa abierta.

—Hola de nuevo, inspectora. ¿Cómo puedo ay...?

—Tenemos una orden de registro —dijo Kim, empujando el documento a través del hueco que quedaba bajo el panel de vidrio del mostrador de recepción.

—Vale, pero ¿de verdad la necesitaban? Con gusto les habría dejado entrar de nuevo.

—Esta vez no venimos a hacer la visita guiada. Puede ver los detalles en el escrito.

Jessica le echó un vistazo y cogió el teléfono.

—¿A quién llama? —preguntó Kim.

—Parece que este documento aboga por que no haya contacto con nuestros pacientes, así que tengo que encargarme de que los manden a sus habitaciones. Será solo un minuto y podrán entrar. De verdad que no sé qué creen que estamos ocultando.

Kim no dijo nada mientras Jessica pulsaba dos botones del teléfono.

—Eric, ¿puedes confinar a todos los pacientes en sus habitaciones? Ha venido la policía para realizar un registro.

Kim no pudo oír la respuesta de su hermano.

—Gracias —dijo Jessica, y colgó.

Pulsó el botón para dejarles entrar.

—Eric llegará enseguida —dijo mientras el resto de los coches de policía iban llegando a la entrada. Jessica torció el gesto.

—¿Es esto una redada o algo así?

—Tenemos que ser minuciosos —dijo Kim cuando su colega inspector y un agente entraron en la recepción—. El inspector Plant y su equipo se van a centrar en esta planta, incluyendo la oficina de sus padres —informó Kim—. Entra dentro de la categoría de administración, sin duda.

—Mis padres están en una reunión con un potencial cliente.

Maldita sea, eso planteaba una situación ambigua. La orden ponía énfasis en el derecho a la privacidad, y ella no iba a permitir que

pasara algo que un abogado defensor inteligente pudiera utilizar en caso de que encontraran algo incriminatorio en el registro.

Kim señaló con la cabeza al inspector Plant para indicarle que no podían entrar en el despacho por el momento.

—Pero deje a alguien cerca permanentemente —le aconsejó.

Su colega asintió en señal de comprensión. Se asegurarían de que no sacaran nada de allí.

Si la reunión hubiera terminado una vez ella acabara en la tercera planta, se encargaría ella misma de investigar el despacho.

La puerta lateral se abrió y apareció por ella Eric con una sonrisa tensa.

—A su servicio, inspectora.

Por alguna razón insondable, a Kim se le estaba formando un nudo en el estómago. Así era como debían ejecutarse las órdenes de registro, sin escándalos, sin histrionismos, sin intentos de rechazarlas. Pero había algo que no le cuadraba del todo.

—Nos gustaría echar un vistazo en la tercera planta —aconsejó.

—Sin problemas, síganme.

Su sensación en el estómago empeoró cuando Eric le sostuvo la puerta para que pasara.

—Vamos a subir por las escaleras traseras, porque rodean la segunda planta, que es donde están los pacientes. Preferiría que su presencia no les desconcertara. —Les ofreció una sonrisa mientras se detenía en el primer rellano—. Les han dicho que tenemos control de plagas porque hay un problema con las hormigas.

Trató de buscar muestras de falta de sinceridad en sus palabras, pero no las encontró. Parecía igual de abierto y sincero que su hermana.

—Es usted el cerebro empresarial de la familia, ¿verdad? —preguntó Kim conversando mientras llegaban al segundo rellano.

—Me gustan los números. A mi hermana le gusta la gente.

—¿Y no le molesta la naturaleza controvertida del negocio? —preguntó Kim mientras Eric abría una puerta de emergencias que conducía hasta la tercera planta.

—No lo veo en absoluto controvertido, inspectora. Las primeras incursiones en los procedimientos estéticos, como las operaciones de nariz y los aumentos de pecho, fueron recibidas con desagrado y desconfianza. Se vilipendiaba a la gente por querer mejorar o realzar su aspecto. Hoy en día, tenemos la libertad y los recursos para cambiar cualquier cosa que no nos guste o con la que no estemos satisfechos. ¿Por qué la sexualidad debería ser algo diferente cuando tenemos los conocimientos y las herramientas? ¿Por qué no íbamos a ayudar a la gente a llevar la vida que quiera?

Kim se preguntaba si Eric sería el responsable de redactar el material promocional de la clínica. Si no lo era, debería serlo. Después de hablar con aquellas personas que tenían una fe ciega e inquebrantable en el proceso de cambio de orientación sexual, descubrió que hasta ella misma podría llegar a convencerse.

—Pero ¿funciona de verdad? —preguntó Kim—. ¿No estarán provocando que la gente se odie a sí misma?

—Inspectora, las personas que acuden a nosotros en busca de ayuda se odiaban a sí mismas antes de venir aquí. No quieren ese estilo de vida. A nadie se le obliga a acudir a este centro, y nuestra lista de espera llega ya hasta mediados del año que viene.

Conocer ese dato la entristeció profundamente.

—¿Y solo aceptan pacientes que vengan de forma voluntaria?

—Por supuesto —dijo, con cara de auténtica perplejidad—. Si no, ¿qué sentido tendría? ¿Alguna vez han tenido que hacer un cambio difícil en su estilo de vida?

—Yo dejé de fumar —contestó Bryant.

—Guau, eso es muy duro. ¿Quería usted hacerlo? —preguntó Eric.

—Sí.

—¿Cómo habría salido la cosa si no hubiera tenido la voluntad de llevarlo a cabo?

—Habría fracasado.

—Pero eso es un hábito —argumentó Kim—. Uno malo, sí, una adicción, pero se forma después de nacer. No es algo que esté en tu ADN.

—La mayoría de los fumadores no estarían de acuerdo con la simplicidad de esa afirmación, pero bueno, pongamos otro ejemplo. Nómbrenme otra cosa que forme parte de la composición genética.

—El color de los ojos.

—Se puede cambiar si no te gusta. Un cirujano ocular puede abrirte la córnea y ponerte un implante de silicona de color. Hoy en día existen cirugías para cualquier atributo físico que quieras cambiar. Hay tratamientos psiquiátricos y psicológicos para los problemas emocionales y de salud mental, y podemos ayudar con la sexualidad. —Sonrió al ver la expresión de Kim—. Veo que no voy a convencerla, así que les dejo con su registro. Bajen luego por las escaleras hasta la recepción, aunque no sé qué podrían querer ver aquí arriba. Esta planta no se usa nunca.

—Gracias, Eric —respondió ella mientras él se encaminaba de nuevo hacia la puerta de emergencias.

En cuanto se cerró, se volvió hacia su colega.

—Oye, tontito, en el futuro, para ponerte del lado del enemigo, mejor mantén la boca cerrada.

—Nos ha hecho una pregunta, había que responder —dijo Bryant.

—No te estarás tragando toda esta mierda, ¿no?

—Qué va, pero puedo comprender por qué lo hace gente que está desesperada y es vulnerable. El tipo ofrece argumentos sólidos a aquellos que estén dispuestos a prestarle atención.

Kim tenía que estar de acuerdo con eso. Cada vez que charlaba con

alguno de los miembros de aquella familia, tenía la sensación de que la estuvieran educando.

—Vale, tú ocúpate del lado izquierdo y yo me encargo del derecho —ordenó Kim, observando el pasillo largo que parecía recorrer la longitud completa de la casa.

—Te habrás dado cuenta de que...

—Sí, pero de todos modos vamos a hacerlo —lo interrumpió ella, sabiendo lo que le iba a decir. Había sido todo demasiado sencillo, nadie había protestado, ninguna discusión ni un ápice de hostilidad.

En silencio, recorrieron el pasillo, abrieron todas las puertas y entraron en cada una de las habitaciones. Llegaron juntos hasta el final, y Kim fue consciente de la frustración que se le notaba en la cara.

Se suponía que estaban en el centro neurálgico, el meollo, la cámara de tortura. No había señal alguna de que alguien hubiera estado en aquel lugar en meses.

—Jefa, creo que nos han eng...

—Chismes, Bryant —dijo mientras volvían juntos caminando por el pasillo.

—Voy a necesitar algo más que eso para poder responderte algo.

—¿Qué haces cuando tienes habitaciones vacías? —preguntó Kim.

—Las llenas de cosas que no te hacen falta. Quitas porquerías de en medio.

—Exacto. ¿Por qué algunas de estas habitaciones no están llenas de objetos que se hayan ido acumulando a lo largo de los años?

—Es verdad —concedió.

—Y hay algo más —dijo, deteniéndose en lo alto de la escalera—. ¿Cuántas habitaciones vacías hay aquí arriba?

Bryant miró hacia atrás.

—Doce.

—Y tienen una lista de espera que se extiende hasta el año que

viene. ¿No convertirías estas habitaciones vacías para empezar a usarlas, maximizando así la capacidad del centro? Al fin y al cabo, esto es un negocio.

Kim bajó las escaleras. O los dueños y trabajadores de la clínica habían aprovechado las últimas veinticuatro horas para desmantelar toda esa planta, o Stephanie y Megan les estaban contando una sarta de mentiras. No estaba segura de qué opción la perturbaba más.

Capítulo 66

—¿Tenéis algo? —preguntó Kim al inspector Plant al pie de las escaleras.

—No, a menos que consideres que una cocina del aspecto de la de un restaurante, un menú gourmet, un comedor acogedor y un televisor de ochenta y cinco pulgadas puedan ser consideradas nuevas formas de tortura.

—Seguid buscando —dijo justo a la vez que Jessica llegaba desde recepción.

—Mamá ya está disponible, por si quiere hablar con ella.

Vaya si quería, pensó Kim mientras asentía a la siempre alegre Jessica.

La siguieron hasta el final del recibidor, de vuelta a la puerta marcada como privada. Jessica la abrió y vio a Celia sola, detrás de su escritorio.

Se quitó las gafas y sonrió.

—No esperábamos volver a verlos tan pronto.

«¿Seguro que no?», se preguntó Kim.

—Pero no sé qué es lo que podrían andar buscando. Se lo enseñamos todo ayer, mostrando nuestra total disposición.

Kim ignoró el ligero reproche que había en su tono de voz, que parecía querer decir que podía haber preguntado lo que quisiera el día anterior.

Celia les indicó que se acercaran a los sofás mientras se dirigía al otro lado del escritorio.

—Se han hecho graves acusaciones sobre algunos de sus métodos de tratamiento —dijo Kim.

—¿Quién las ha hecho? —preguntó Celia, tomando asiento.

—No se lo podemos decir de momento, pero sí que me gustaría preguntarle sobre Gabriel Denton.

—¿Nuestro contable? —preguntó Celia mientras sus cejas se arqueaban mostrando preocupación.

—Alguien colocó una carta anónima entre sus pertenencias.

La confusión se reflejó en el rostro de Celia.

—¿Una carta? ¿Y qué decía?

—Que el trato que aquí dan a la gente es inhumano; que golpean, matan de hambre, torturan y violan a los pacientes dentro de los parámetros de su terapia de conversión.

Celia se quedó boquiabierta.

—Eso es totalmente ridículo y disparatado. No somos monstruos. ¿De verdad creen que si tratáramos así a la gente no se habrían enterado antes? —preguntó, recuperando la compostura.

—Al parecer, su equipo legal se asegura de que eso no ocurra —contraatacó Kim.

Celia sacudió la cabeza en un gesto de negación. Volvía a tener el control a pesar de las acusaciones que acababan de verter contra ella.

—Nuestro equipo jurídico es bueno, inspectora, pero no podría evitar que salgan a la luz atrocidades de ese tipo. ¿No le parece algo evidente?

Kim se fijó en que Celia siempre le devolvía una pregunta en lugar de responder directamente las que ella le hacía.

—Pero cualquier atisbo de mala prensa sería perjudicial para el negocio, ¿no?

—Por supuesto, y la suerte que tenemos es que la tasa de éxito de nuestros tratamientos es tan alta que impide que eso ocurra. Esa es la razón por la que no existe mala prensa, no las acciones de nuestro equipo jurídico.

—Está diciendo entonces que aquí no está sucediendo ninguna de esas cosas bajo el pretexto de ser parte de ningún tratamiento, ¿verdad?

—Creo que ya he respondido a esa pregunta.

«En realidad no», pensó Kim. Aún no había oído un desmentido rotundo.

—¿Así que no conocía la existencia de la carta? —preguntó Kim.

Celia negó con la cabeza.

—Por supuesto que no.

Kim sospechaba que Celia iba a hacer todo lo posible por averiguar quién la había escrito. Si aún no sabía que había sido Jerry, no iba a ser ella quien le diera pistas.

—Porque, casualmente, Gabriel Denton lleva desaparecido desde el lunes por la mañana.

Celia volvió a torcer el gesto.

—¿Qué tiene eso que ver con nuestro personal? Va a tener que explicármelo con detalle, inspectora.

Kim estuvo encantada de complacerla.

—¿Seguro que no supieron de esa carta incriminatoria y silenciaron a Gabriel Denton para que no pudiera transmitir ninguna información?

—Sí, claro, hicimos exactamente eso. Y también somos los responsables de los asesinatos de Jack el Destripador y de los asesinatos del Zodiaco. ¿Hay algo más que nos quieran achacar, o se van dando cuenta de lo ridículas que suenan todas esas acusaciones? —preguntó Celia, con los ojos ardiendo de furia.

—¿Dónde está Gabriel Denton? —presionó Kim.

—No tengo ni idea, pero su desaparición no tiene nada que ver con nosotros. Somos un centro en el que llevamos a cabo unos tratamientos concretos. Ayudamos a la gente que está...

—Infeliz con su sexualidad —terminó Kim por ella—. Sí, ya sabemos todo eso. ¿El nombre Liam Sachs le dice algo?

Su rostro no se inmutó.

—Lo siento, pero no puedo responder a eso. Todos nuestros

pacientes tienen derecho a la privacidad, y a menos que un tribunal disponga lo contrario, no les voy a decir nada más.

—Pero sabemos que tanto Jamie Mills como Sarah Laing pasaron aquí...

—La muerte de estos jóvenes es sin duda una tragedia, pero completamente independiente de los servicios que aquí prestamos.

Kim tenía la esperanza de que el registro arrojara algún resultado, porque de aquella mujer no estaba consiguiendo obtener nada mínimamente incriminatorio.

—No es la primera vez que la tragedia se cruza en su camino, ¿o sí, Celia? —preguntó Kim.

La mujer mantuvo el contacto visual, pero no se inmutó, esperando a ver por dónde iba a salir Stone.

—Me imagino que la traumatizaría bastante el asesinato de su madre.

—Sucedió hace mucho tiempo, inspectora, y no tiene nada que ver con lo que estamos tratando ahora.

—Creo que el hecho de que fuera capaz de procesar aquel horror y de forjarse una buena vida muestra el carácter tan extraordinariamente fuerte que debe tener. ¿Cuántos años tenía cuando se la encontró muerta? —Kim no mencionó que la mujer había sido encontrada con el cráneo aplastado tras recibir múltiples golpes, presuntamente con un martillo.

—Dieciséis —respondió Celia, sin mostrar ninguna emoción.

—Supongo que aquello debió horrorizarla.

—Evidentemente.

—Tengo entendido que el motivo fue un robo. No encontraron la cartera en el bolso de su madre, ¿no es así?

Celia asintió.

—Y nunca pillaron al que lo hizo, ¿no?

—Qué va.

—Eso debió dolerle bastante, el no poder ver que se hiciera justicia con la persona que había matado a su madre.

—Muchísimo, pero tuve que aprender a vivir con ello.

Kim se preguntó qué haría falta para provocar alguna emoción real en aquella mujer. Estaban hablando de lo que con casi total seguridad habría sido el peor momento que habría tenido que vivir en su vida, y ella seguía sin mostrar ninguna emoción.

—¿No tenía padre? —preguntó Kim.

—No que yo supiera.

—¿Así que se fue a vivir con...?

—Mi tía Elise. Una mujer buena y muy fuerte.

Kim no comprendió por qué Celia había decidido añadir esa breve descripción.

—¿Fue ella quien la envió a este centro? —preguntó Kim.

Celia asintió.

—Y doy gracias a Dios por ello —dijo, dejando que su rostro se suavizara—. Cambió mi vida a mejor, me puso en el buen camino.

Celia parecía mostrarse más abierta a hablar de aquel aspecto de su vida.

—¿Había mantenido ya alguna relación antes de aquel momento?

—¡No, por Dios! —respondió Celia, expresando con su gesto una mezcla entre desagrado y asco, gesto que se produjo solo un poquito más tarde de lo que Kim había previsto.

—¿Le contó que tenía sentimientos hacia otras chicas?

—Mi madre ya se lo había dicho. Yo no era consciente de que mi tía ya lo supiera, pero me ayudó a orientarme para que fuera en la dirección correcta.

Kim no terminaba de comprenderlo.

—Pero, si nunca había tenido una relación con otra chica, ¿cómo supo con tanta certeza que quería cambiar?

—Sabía lo suficiente. Sabía que estas relaciones suelen surgir en la

clandestinidad. Se desarrollan en la sombra, al margen de miradas de desaprobación. La intimidad y la clandestinidad lo alimentan todo, generan un lazo que abarca todo y que es completamente absorbente, pero excluye a todos los demás. Es un vínculo oscuro, oculto y muy intenso. Es destructivo y no sobrevive expuesto a la luz del día.

Kim se quedó sin palabras.

Celia continuó:

—Mi tía me salvó antes de que pudiera cometer un gran error y actuara siguiendo impulsos retorcidos. Me dio la oportunidad de cambiar, de tomar mis propias decisiones sobre la persona que quería ser y la vida que quería vivir. Ahora, mi vida es completamente pública, libre de todo escrutinio, y no está sometida a prejuicios, repulsión ni insultos. Vivo de forma íntegra y sana, tengo un marido maravilloso y dos hijos preciosos. ¿Hay algo más que quieran saber?

Kim negó con un gesto, porque ya había averiguado más de lo que pensaba que iba a ser capaz. Para ser una mujer que nunca había tenido una relación homosexual, era evidente que sabía demasiado bien cómo funcionaban.

Capítulo 67

—Una historia muy difícil de asumir, ¿no te parece? —preguntó Penn, dándole otro bocado al hojaldre.

—Yo no creo que hubiera sido capaz de sobrevivir a algo así —respondió Stacey, que sabía exactamente a lo que su compañero se refería.

Tras descubrir el asesinato espantoso de la madre de Celia y contarle los detalles a la jefa, Stacey había bajado con Penn a la cafetería. Al final habían decidido comer en la sala de la brigada, así que pidieron el almuerzo para llevar. Ella se había dejado la mitad de una generosa ración de espaguetis a la boloñesa, pero él seguía comiéndose su empanada de carne con salsa. Ambos tenían muy recientes los detalles del suceso en su cabeza.

—O sea, sabemos que el móvil fue el robo, pero cuatro golpes en la cabeza es algo especialmente violento —señaló Stacey—. El forense concluyó que el primer golpe habría bastado para matarla, aunque no de forma inmediata.

—Seguramente empezó a hacer algún ruido y el ladrón se asustó y la golpeó un par de veces más para que se callara —dijo Penn, apartando su plato a un lado. El recuerdo de las fotos de la autopsia le quitó el apetito. Las heridas eran terribles, el cráneo de la mujer estaba destrozado, todo era un amasijo lleno de sangre.

—Celia se encontró con esa escena al llegar a casa —dijo Stacey, sacudiendo la cabeza.

—Sí, la investigación determinó que probablemente golpearon a su madre con un martillo que alguien llevó a su casa; debe ser imposible quitarte esa imagen de tu cabeza —dijo Penn, recordando el fallecimiento de su madre. Jasper le suplicó ir al velatorio para acompañarla, pero Penn lo disuadió, porque no quería que su hermano recordara a su madre de aquella forma.

—El informe de la policía detalla que Celia corrió hasta la casa del vecino gritando y llorando, pidiéndole que llamara a la policía, y que nunca encontraron al ladrón. Debió estar muerta de miedo ante la idea de que pudiera volver —explicó Stacey.

—Probablemente fue una buena idea que se mudara con su tía —dijo Penn, hurgando en la caja que Percy les había entregado.

Stacey lo observó mientras sacaba una bolsa de plástico de pruebas.

—Tenía clarísimo que ibas a empezar por la nota de suicidio —dijo Stacey.

—Estoy seguro de que hay algo en ella —respondió Penn mientras Stacey metía la mano en la caja y sacaba el teléfono de Liam.

—Léemela otra vez —dijo Stacey, cerrando los ojos.

—¿Qué haces?

—Aprecio mejor posibles incoherencias si desconecto otros sentidos.

—Y luego soy yo el bicho raro —masculló Penn.

Stacey abrió un ojo.

—¡Venga!

—«Mi querida Monica, siento mucho hacerte esto. No te lo mereces. Has sido mi esposa fiel durante seis años, pero ya no soy capaz de seguir viviendo así. Dentro de mí siento impulsos que no puedo controlar, por mucho que intente ignorarlos. Me doy asco a mí mismo, me repugnan los pensamientos que se me pasan por la cabeza. No puedo seguir mintiéndote, y no puedo haceros pasar a ti y a nuestro hijo por la vergüenza que mis indiscreciones implican, porque ya no soy capaz de ocultar esas acciones repulsivas. Soy despreciable por no Jugar limpio, por no ser del todo honesto y por no tener la fuerza de voluntad ni la determinación para superar Esta enfermedad que llevo dentro de mí. Te mereces mucho más de lo

que yo te podría ofrecer en toda mi vida. Te querré eternamente, por favor, no dudes de eso. Adiós, mi amor».

—No encuentro nada raro —dijo Stacey, abriendo los ojos—. Monica confirmó que la letra era suya.

—Claro, pero, si a ti te obligaran a escribir una nota de suicidio, ¿no intentarías incluir en ella algún tipo de pista?

—No si alguien me pone un cuchillo en la garganta.

—No sabemos que tuviera un cuchillo en la garganta.

—Tampoco sabemos que no lo tuviera. Lo que te quiero decir es que el pobre hombre está aterrorizado, sabiendo que va a morir, y le están dictando lo que tiene que escribir, ¿cómo se le podría ocurrir incluir alguna pista? ¿No estarás pensando en lo que intentarías hacer tú en la misma situación? —preguntó.

—Tal vez. —Penn se encogió de hombros.

—¿Estás seguro de que no hay nada en este cacharro? —preguntó Stacey, agitando el teléfono.

—Nada obvio.

—Hum... —dijo Stacey, mirando en los sitios típicos. Penn tenía razón, no había nada. Estaba limpio. Demasiado limpio.

Stacey volvió a coger la caja y sacó el portátil. Lo encendió e introdujo el código que le habían mandado desde Ridgepoint para saltarse la pantalla donde tenía que introducir la contraseña.

Buscó en el ordenador de Liam y los resultados fueron similares. Estaba limpio. No había fotos, listas, hojas de cálculo financieras ni documentos escaneados.

—Reacondicionado —dijo, sintiendo que una gran emoción la invadía.

—¿Qué?

—Han restablecido su configuración de fábrica —dijo Stacey.

—Parecen malas noticias.

—Sí, porque implica que la información no va a estar a nuestra

disposición rápidamente, pero eso no significa que haya desaparecido.

—Pero ¿no la han borrado? —insistió Penn—. Está tan en vacío como cuando lo vendió el fabricante, de ahí lo de «restaurado a la configuración de fábrica».

—Joder, Penn, ¿siempre te duermes en los cursos que nos dan para ponernos al día sobre la ciberdelincuencia? —preguntó con una risita.

—La mayoría de las veces —admitió.

Stacey podía entender que se aburriera. La mayoría de los policías evitaban la ciberdelincuencia. No era su vocación, el compromiso que habían adquirido al ser agentes de policía no estaba directamente relacionado con eso. Pero a ella le encantaba el hecho de que los humanos fabricaran máquinas y que estas no fueran infalibles. Le encantaba encontrar la manera de superar obstáculos técnicos.

Rebuscó en el bote donde tenía los bolígrafos y le lanzó un lápiz a Penn.

—Te hago una demostración rápida. Escribe tu nombre en un papel.

Obedeció.

—Ahora bórralo —le ordenó.

Lo hizo.

—¿Puedes verlo?

—Nop.

—Pero sigue estando ahí. No en la misma forma, pero la huella del lápiz sigue en el papel. La única forma de eliminarla del todo es hacerlo pedazos por completo, o prenderle fuego. Lo mismo ocurre con los discos duros. El restablecimiento a la configuración de fábrica elimina aplicaciones, programas, fotos, todo lo que se haya instalado después de salir del fabricante. Pero los datos no se borran

del todo hasta que no se sobrescriben con otros nuevos. Se puede usar un software especializado para realizar el borrado completo de datos o desmagnetizarlo, destruyendo así el campo...

—Me pierdo, Stace —dijo Penn, poniéndose una mano delante de los ojos—. La única pregunta que importa es: ¿sabes cómo encontrar lo que había en el ordenador?

—Nop —respondió con sinceridad—. Pero creo que conozco a un hombre que sí que sabría.

Capítulo 68

Kim seguía pensando en su conversación con Celia cuando se detuvieron frente al local de Éxodo.

Penn había descubierto una historia fascinante de la recepcionista y perra guardiana de Charles Stamoran, Lorraine Abbott, que no podían ignorar, dada la naturaleza de los crímenes que estaban investigando.

Bryant aparcó justo al lado del Jaguar para que dentro del edificio supieran de inmediato que estaban allí.

Kim salió del coche y pulsó el interfono.

—El señor Stamoran está reunido —dijo Lorraine bruscamente.

—Nos viene bien, porque es con usted con quien queremos hablar.

—Lo siento, pero estoy ocupada.

—No pasa nada. Por favor, acuda a la comisaría de Halesowen lo antes posible. Puede llevar con usted asesoramiento leg... —El zumbido de la puerta al abrirse interrumpió sus palabras.

—¿Se supone que ha dicho eso para asustarme, inspectora? —preguntó Lorraine cuando Bryant cerró la puerta tras ellos.

—Mi intención era hacerle saber que tenemos que hablar con usted, nos da igual que sea aquí o en la comisaría. Usted elige.

Lorraine señaló hacia las dos sillas como diciendo: «Venga, te has salido con la tuya».

—Gracias —dijo Kim, acercándose al mostrador de recepción—. Iré al grano, Lorraine. Estamos aquí para preguntarle por un altercado que tuvo con una vecina.

Hizo un gesto desafiante, poniendo la barbilla hacia delante.

—Venga, no tengo nada que ocultar. Le di una paliza, me declaré culpable, cumplí mi condena. Nada que esconder al respecto.

—¿Y no se arrepiente? —preguntó Kim.

—Por supuesto que no. Se lo advertí muchas veces.

—¿Lo de los narcisos? Perdón... ¿pensamientos? —preguntó Bryant.

—No, le insistí en que se mudara. No quería vivir a su lado, y yo vivía allí desde hacía más tiempo.

Kim se preguntó si Lorraine era consciente de lo irritada que parecía constantemente, lo cual resultaba muy poco atractivo para una mujer de treinta y pocos años.

—¿Y no quería convivir con ella porque era gay? —preguntó Kim.

Lorraine asintió.

—Sí. No me gustaba esa mujer. No me gustan los homosexuales, y menos una vecina. La ventana de su habitación daba a mi jardín. Podría haber estado mirándome inapropiadamente en cualquier momento, espiándome de forma lasciva.

Kim quería reírse de la estupidez absoluta de Lorraine. A veces costaba creer que todavía quedaran en el mundo mujeres como ella.

—¿Le daba miedo que la encontrara atractiva? —preguntó Bryant.

—Pues claro, se lanzan a por cualquier cosa, ¿no? Les va todo.

—Me da a mí que la historia no funciona así en la realidad. ¿Y qué habría pasado si hubiera sido un hombre el que vivía al lado? —preguntó Kim.

Lorraine se encogió de hombros.

—No creo que le hubiera dado demasiadas vueltas al asunto. O sea, sería natural que un tío mirara sin disimulo, ¿no?

Era bueno saber que aún sobrevivía un doble rasero en las opiniones de las personas anticuadas e intolerantes.

—No me arrepiento, si eso es lo que han venido a preguntarme. Me alegro de haberle dado una paliza. Conseguí que se mudara.

Kim sentía que le crecía una rabia interior inmensa por la víctima de aquel crimen de odio. La violencia ya era inaceptable, pero Kim podía también imaginarse los insultos y las vejaciones que aquella mujer habría recibido sin haber hecho nada malo.

—¿Y cree usted que eso está bien?

Lorraine volvió a encogerse de hombros.

—A ver, me gustaría no haber tenido que pasar dieciocho meses en el trullo por ello, pero mereció la pena.

—¿No siente compasión por su víctima?

—No, y si hubiera mentido sobre eso, me habrían liberado cinco meses antes, pero yo soy sincera. Odio a los maricones. No me molestan los negros, los indios, los rumanos o los judíos. Solo odio a los maricas.

Kim se guardó los puños en los bolsillos delanteros antes de que tomaran acción en consecuencia de cómo se sentía.

—¿Le ha pegado alguna vez a alguien más? —preguntó.

Lorraine negó con la cabeza.

—No, ahora me limito a hacerlo online. Ahora ofendo a la gente a través de Internet. Es mucho más divertido y no me hago daño en los nudillos. —Se rio de su propio chiste.

Kim y Bryant dejaron que su risa flotara en el aire; en ese momento, Charles Stamoran apareció por detrás.

—¿Va todo bien? —preguntó, poniendo las manos sobre los hombros de Lorraine; un gesto totalmente inapropiado en el entorno laboral, a menos que...

La breve sonrisa que se dibujó en el rostro de Lorraine confirmó el «a menos que».

A pesar del trabajo que tenían, Kim se preguntó si Charles Stamoran sería consciente de hasta qué punto su amante era un ser repugnante.

—Señorita Abbott, ¿le importaría decirnos dónde se encontraba usted en la madrugada del domingo?

—¿Perdone? —exclamó mientras se le enrojecía la cara de golpe.

—¿Y dónde estaba el lunes por la tarde?

—No pueden preguntarme...

—Y, para terminar, ¿dónde estuvo el miércoles por la noche?

La sonrisa de su cara era un recuerdo lejano.

Bryant sacó su bloc de notas y su bolígrafo. Eso la enfureció todavía más.

—De ninguna manera voy a...

—Estaba conmigo —dijo Charles, apretando suavemente sus manos sobre los hombros de la mujer.

—¿En los tres momentos? —preguntó Kim.

Él asintió.

—¿Todas las tardes? —añadió Bryant—. Me imagino que eso es algo que su mujer nos podrá confirmar, ¿no?

Se quedó pálido; justo en ese momento, empezó a sonar el teléfono de Kim y se alejó del escritorio.

—Dime, Stace.

—¿Tienes un momento, jefa? Puede que hayamos encontrado algo relevante.

Capítulo 69

Kim salió de las oficinas de Éxodo a toda prisa. Aunque se pasaba la vida tratando con asesinos, ladrones y demás personajes reprobables, rara vez se topaba con gente tan despreciable y repugnante como Lorraine Abbott.

Respiró con fuerza el aire fresco del exterior.

—Venga, Stace, cuéntanos —dijo Kim mientras Bryant se unía a la conversación.

—Hemos encontrado un vínculo entre Liam Sachs y Sarah Laing, jefa. Ambos se mensajeaban con alguien llamado Chacal.

—¿A través de una aplicación de citas? —reaccionó Kim, preguntándose qué clase de nombre era aquel.

—Parece que así es como empezó todo, y luego ya se mandaban mensajes directamente por el teléfono. Ninguna llamada, solo

mensajes. Con Sarah, el intercambio era muy subido de tono, sugerente y hasta obsceno.

—Continúa —pidió Kim, sintiendo un hormigueo en el estómago al haber encontrado al fin un vínculo entre dos de sus víctimas.

—Chacal le sugirió a Sarah que quedaran en Norton Covert. Debieron ir juntos a su piso después.

Pues claro, esa reserva natural protegida por Woodland Trust estaba a tiro de piedra de su casa.

—¿Y qué hay de Liam?

—Es algo similar. Le propuso quedar en el bosque que hay junto a su casa. Los mensajes entre ambos sugieren que solo iba a ser un encuentro sexual.

—Nuestro asesino parece conocer bastante a nuestras víctimas, tanto como para proponerles quedar en un lugar cerca de sus casas que esté alejado de todo, lo bastante aislado como para no ser vistos. Y, sin embargo, en la autopsia de Liam no se observaron indicios de relaciones sexuales —dijo Kim.

El informe de Keats le había llegado una hora antes.

—¿Habéis encontrado algo de Jamie? —preguntó Bryant.

—No está registrado en los portales de citas y no tenemos su teléfono.

—Pero hemos encontrado algunas cosas en su perfil de Facebook, ¿no? —intervino Kim.

—Alguien ha asumido el control de su cuenta. Han cambiado todos los ajustes. No hay forma de entrar ahí.

—Joder. Vale, déjamelo a mí —dijo Kim justo antes de colgar—. Vamos al Tesco de Cradley Heath —le ordenó a Bryant mientras subían al coche. Solo se le ocurría una persona que pudiera hacerse cargo de la cuenta de Jamie.

Bryant arrancó y empezó a hablar:

—Nuestro asesino no es tan torpe como nos gustaría.

—Cierto —concedió Kim—. Planea cada crimen meticulosamente. Establece el tono del encuentro, la fecha, la hora y el lugar. Investiga las zonas cercanas a donde viven las víctimas e incluso se toma su tiempo para intentar cubrir sus huellas y camuflar las escenas para hacerlas parecer un suicidio.

—He estado pensando sobre ello, jefa, y no creo que sea exactamente eso lo que está haciendo.

—¿No te has enterado aún de cómo han encontrado a nuestras víctimas?

—Sí, claro que sí. De la primera, Jamie Mills, los medios dijeron que se había suicidado, pero luego aclararon que se sospechaba que lo habían asesinado. Puedo entender que nuestro asesino aún no lo supiera antes de matar a Sarah, pero la investigación de un doble asesinato ya aparecía en todos los titulares cuando asesinó a Liam. ¿Por qué iba a seguir con la farsa? Ya sabía que estábamos buscándolo porque no nos creemos que nuestras víctimas se quitaran la vida, así que ¿por qué seguir haciendo lo mismo? ¿Por qué no apuñalarla o matarlas de alguna forma que requiera una planificación menos elaborada?

—¿Recibo puntos si acierto la respuesta?

—Quizá —respondió Bryant, dirigiéndose hacia Cradley Heath.

—Los escenifica como suicidios porque está convencido de que así es como deberían haber muerto.

—Puntuación máxima —dijo Bryant, girando hacia el aparcamiento del supermercado—. Creo que quiere que parezca que sus víctimas sufren tanto a causa de su sexualidad que ni siquiera les merece la pena seguir viviendo, y eso los conduce a cometer ese acto final. Eso es lo que quiere que vea el mundo, y me parece que le da igual todo.

—Hum...

—¿No me vas a regalar un «bien hecho, Bryant, buena intuición,

muy perspicaz»? —preguntó.

—Verás, cuando estaba en la universidad, vivía con una mujer, la señora Richards. Tenía tres perros. Dos de ellos podían hacer de todo, saludar con la pata, girar sobre sí mismos y pedir comida, pero el bulldog gordo no era capaz. Lo único que sabía hacer era sentarse cuando se lo ordenaban, y aun así esperaba que lo felicitaran por ello.

—Yo no soy un bulldog gordo —protestó Bryant.

—Y yo no soy la señora Richards —dijo Kim mientras el sargento aparcaba.

Salió del coche y se dirigió hacia la entrada, habiendo observado ya el Mini viejo, aparcado más o menos en el mismo lugar en el que estaba el otro día.

Se dirigió directamente a la pescadería, que estaba al lado de la charcutería.

—¿Podemos hablar con River? —preguntó Kim al hombre alto y medio calvo que estaba detrás del mostrador.

—¿Quién pregunta por él? —dijo sacando la barbilla hacia fuera.

Kim percibió un ápice de protección en el tono del hombre.

Tanto ella como Bryant mostraron sus identificaciones policiales.

El hombre se giró y llamó al chico por su nombre.

River apareció por detrás y Kim no lo habría reconocido si se lo hubiera encontrado por casualidad. Llevaba una bata blanca abrochada que parecía una talla más grande de la suya. La redecilla cubría un mechón de pelo rubio sucio. El rosa había desaparecido.

—¿Tienes un momento? —preguntó Kim.

River miró a su jefe, que asintió, y luego lo siguió con la mirada, preocupado, cuando el chico rodeó el mostrador.

Les hizo señas para que se acercaran a otro mostrador donde había quesos, en el que una puerta de emergencias daba a un pasillo

trasero. El hedor a pescado parecía haber impregnado las paredes de cemento.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Kim se dio cuenta de que no solo tenía un aspecto físico diferente, sino que también actuaba como si fuera una persona distinta. El chico que habían visto el miércoles era una estrella brillante, llena de vida y vitalidad. Este hombre estaba desvaído e inerte, era invisible.

—River, ¿se ha hecho usted cargo de las redes sociales de Jamie?

—Sí, cerré su cuenta de Facebook para incluir solo a personas que él conocía personalmente, y cambié características de la visibilidad.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Puse un post conmemorativo y estoy seguro de que a Jamie no le habrían gustado los comentarios.

—¿Como cuáles? —preguntó Bryant.

River suspiró profundamente.

—Cosas como «un maricón menos en el mundo» o «uno solucionado, quedan tres millones», al margen de otros comentarios asquerosos y obscenos. Había demasiados de este tipo, no era lo que yo pretendía. Lo publiqué para que lo recordaran como el tipo dulce y divertido que era. —River se enjugó las lágrimas—. Pero hay capullos ignorantes que tienen que estropear hasta cosas como esa.

Kim sintió un dolor profundo por aquel chico, que había querido hacer algo bonito en memoria de su amigo y se había encontrado con la más repugnante hostilidad y agresividad. Se dio cuenta de que las libertades seguían sin ser las mismas, por muchos avances que se hubieran conquistado.

Volvió a centrarse en el caso, aunque una sensación de tristeza se apoderó de ella vislumbrando la transformación que se había producido ante sus ojos en tan solo unos días.

—River, ¿hubo algún mensaje o publicación que pudiera

ayudarnos?

Él vaciló.

—¿Creen que Jamie estaba en contacto con su asesino, que podría tratarse de una especie de acosador psicópata de mierda?

—Creemos que el asesino pudo haber contactado con Jamie y concertado una cita con él.

—No vi nada en sus mensajes privados, y no me dijo que fuera a quedar con nadie. Me lo habría contado —dijo River, aguantando las lágrimas.

—¿Y no hay nada más que recuerde que mencionara hace poco tiempo?

River negó con la cabeza.

—Nada reciente. El último del que me habló era un tipo llamado Pantera que quería ligar con él, pero eso fue hace un par de semanas.

«Por lo que sabemos, Jamie no solía precipitarse con estas cosas», pensó Kim.

—¿Está seguro de que se llamaba Pantera? —preguntó—. ¿No podría ser Chacal?

River se encogió de hombros.

—Lo mismo da, ¿no? Quizá sí. Me estaba poniendo sombra de ojos brillante en aquel momento.

Kim miró a su colega. Su expresión le dijo que estaba de acuerdo en que se trataba de la misma persona. Ya eran tres de tres; ya tenían lo que habían ido a buscar allí.

—Bryant, ¿puedes darnos un minuto? —preguntó Kim, señalando con la cabeza hacia la puerta que conducía de nuevo a la tienda.

—Claro —dijo, dejándolos solos.

—¿Es ahora donde me extorsiona para obtener más información? —preguntó River, mirando a su alrededor—. Sin testigos.

Kim se rio.

—Has visto demasiadas pelis de policías. No, River, ahora es cuando te pregunto qué ha pasado con el tipo que conocimos el otro día.

River se encogió de hombros y bajó la mirada hacia sus pies.

—Es agotador ser uno mismo cuando existe tanto odio. A veces tienes que limitarte a seguir la norma. No ser tú mismo, no sobresalir. Hacer lo que tengas que hacer, pero a puerta cerrada, sin hablar de ello ni enorgullecerte por hacerlo. —Levantó la cabeza, con lágrimas en los ojos—. ¿Qué sentido tendría comportarse de otra forma? Jamie está muerto, y hasta muerto tienes que aguantar el odio. ¿Cómo es posible que ni la muerte sea suficiente?

—Porque algunas personas tienen tanto odio en su interior que afecta a todo lo que hacen y a todo lo que dicen —respondió Kim—. Los carcome por dentro y los convierte en seres horribles que se alimentan de cada victoria. Cada pequeño triunfo les da energía y los empodera porque se dan cuenta de que su odio ha sido efectivo, ha tenido un impacto. Ha triunfado.

River la escuchaba atentamente.

—¿Cómo va a aprender la gente a aceptarse a sí misma si no tienen ejemplos que seguir, buenos ejemplos? No te atrevas a esconderte bajo un color de pelo soso y unas pestañas normales. Ni se te ocurra mostrarte como una persona diferente a aquella que te ha costado años de trabajo duro llegar a ser. ¿Para qué? ¿Para apaciguar a gilipollas fanáticos e intolerantes que no tienen ni la mitad de tu coeficiente intelectual? Como has dicho, ni siquiera la muerte es suficiente para ellos, así que ¿para qué vas a intentar complacerlos?

River se quedó con la boca abierta.

—Así que vuelve a poner esa publicación en su perfil de Facebook y borra todos los comentarios de mierda. Haz que desaparezcan y celebra la vida de ese chaval de la forma que se merece.

River asintió y se enjugó los ojos por última vez.

Kim mantuvo la puerta abierta y observó cómo el chico volvía pavoneándose hacia el mostrador del pescado. Al pasar junto a su jefe, le guiñó un ojo, y aquel tipo alto estalló en una carcajada.

River la miró y le dedicó una sonrisa.

Ella asintió y se marchó.

Tenía que ir a atrapar a un Chacal.

Capítulo 70

—Bueno, Stace, ¿qué puedes contarme sobre este Chacal? —preguntó Kim una vez de vuelta en el coche. Sentía que se les iba la tarde y no habían logrado progresar mucho. Aparte de vincular un nombre con sus tres víctimas, no tenían nada concreto, no sabían quién era o dónde podría estar.

—Te puedo decir que es muy inteligente y que adapta sus métodos al objetivo. Los complace, les da todo lo que desean. Con Sarah, se tiró un par de semanas charlando y conociéndola. Habían intercambiado casi cien mensajes antes de proponerle quedar con ella. Fue muy suave, ligeramente persuasivo, coqueteó un poco. Con Liam Sachs, no podría haberse comportado de forma más diferente. Era pura adulación sexual, había insinuaciones por todas partes y no necesitó más de veinte mensajes para concertar una cita.

—O sea, Chacal se convierte en todo aquello que sus víctimas buscan, básicamente —observó Kim.

—Aunque no podamos encontrar ningún intercambio de mensajes entre él y Jamie, apuesto a que se mostró como un gay nervioso, inseguro y recién salido del armario.

—Seguro —concedió Kim. Eso atraería a Jamie. Alguien a quien se sintiera afín, alguien con quien hablar, con quien tomarse las cosas con calma.

La manipulación de cada una de las víctimas resultaba enfermiza.

—La cosa es, jefa —continuó Stacey—, que estoy revisando ahora mismo los portales de citas y he visto que está cerrando sus cuentas. Ha eliminado la de Thurst, la de Open, la de Fem, la de HER... Ah, no, espera, en esa aún está activo.

—¿Por qué? —preguntó Kim, sintiendo que el miedo se instalaba en su estómago. Que hubiera cerrado sus perfiles podría implicar que

su juerga se había acabado, y eso les permitiría buscarlo sin el riesgo de que muriera más gente.

—Dame un segundo —dijo Stacey, tecleando con urgencia—. Esta web es un poco más complicada. En manos menos expertas eso podría ser un problema, pero... Ya lo tengo. Vale, solo ha contactado con una persona en ese portal. Ha estado hablando con... ¡Joder, mierda!

—¿Qué pasa? —preguntó Kim.

—Esa persona es Stephanie Lakehurst.

—Mierda —dijo Kim mientras Bryant arrancaba el coche. La chica les había contado el día anterior que tenía una cita, por fin, con alguien en quien sentía que podía confiar. Era obvio que el Chacal también había logrado representar para Stephanie todo lo que esta necesitaba.

—Bryant, no te cortes y pisa a fondo —ordenó a su compañero, sabiendo que había cuarenta kilómetros y cuarenta y cinco minutos largos hasta el lugar en el que se cerciorarían de que Stephanie estaba a salvo.

—Intenta localizarla por teléfono, Stace, y si no lo consigues, llama a la comisaría local a ver si pueden llegar antes que nosotros para comprobar cómo está.

—Vale, jefa.

—Y, si consigues hablar con ella, dile que no acuda a esa cita y que se vaya con un vecino hasta que lleguemos.

—Entendido —dijo Stacey, que colgó después.

—Bryant, te juro que si no le pisas... —El sonido de su teléfono le impidió terminar su amenaza. Era un número que no reconocía.

—Stone —respondió.

—Inspectora, soy Charles Stamoran.

Hizo una mueca torciendo el gesto, pero no puso la llamada en

manos libres. Quería que Bryant se centrara en llegar a Much Wenlock lo antes posible.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor Stamoran?

—He estado... eh... pensando. Creo que me he equivocado en la conversación de hace un rato.

—¿Sobre qué? —preguntó Kim, bajando su voz un par de tonos.

—He revisado mi agenda y me he confundido acerca de los días que estuvimos trabajando hasta tarde, así que, bueno, no hace falta que confirmen nada con mi mujer.

—A ver, señor Stamoran, seamos claros. ¿Qué días dice que no estuvo con Lorraine Abbott?

—Ninguno de los que ustedes mencionaron.

Kim sintió un escalofrío recorriéndole todo el cuerpo. ¿Estaba simplemente cambiando su relato para evitar que hablaran con su mujer?

—¿Puedo preguntarle por qué está cambiando su versión de los hechos, retractándose de su coartada, señor Stamoran?

—Se lo acabo de decir. Me he confundido. Ha sido una semana extraña, pero estoy completamente seguro de que no estaba con Lorraine en ninguno de los días por los que preguntaron.

—Eso nos pone en una situación comprometida con su compañera. ¿Podría pedirle que nos llame para...?

—No va a ser posible. Se ha largado. Tenía planes y, no, no son conmigo —añadió para subrayar el mensaje que quería transmitirle.

—Gracias por la aclaración —dijo ella, poniendo fin a la llamada.

En aquel momento, no sabía qué creer.

—¿Quieres que demos la vuelta?

Kim se planteó ir inmediatamente a la dirección de Lorraine y enfrentarse a ella.

—No, continuamos —respondió, centrándose en la carretera.

No tenían la seguridad de que Lorraine fuera el Chacal, pero sí que

sabían que Stephanie era su próxima víctima.

Capítulo 71

Stephanie Lakehurst se miró al espejo por décima vez para ver su look. Se había cambiado de ropa ya dos veces antes de decidirse por unos vaqueros con parches recortados en las rodillas y un top de camuflaje con cuello de pico bajo una cazadora de cuero de color azul petróleo.

Había pasado horas reflexionando sobre su atuendo, analizando cada decisión por miedo a la imagen que pudiera proyectar de sí misma. ¿Debía darle volumen a su tupé hasta elevarlo al máximo? ¿Sería mejor ponerse un piercing con forma de anillo en la nariz o no llevar nada en ella? ¿Debería elegir el reloj deportivo enorme con la tecnología más moderna que su madre le había regalado en Navidad o el de oro, que tenía una correa fina y sutil y que le había regalado su tía cuando cumplió veintiún años? ¿Joyas delicadas de oro en las muñecas y el cuello o cadenas de plata de eslabones grandes? ¿Sería mejor decantarse por las zapatillas de diseño Tory Burch que se había regalado a sí misma o quizá mejor las Sports Direct, que eran más cómodas y llevaban años con ella? Todas esas decisiones eran trascendentales. ¿Qué decía cada una de ellas sobre sí misma y su personalidad? Su madre siempre le repetía que no existe una segunda oportunidad para causar una primera impresión, pero aún no sabía qué primera impresión quería causar.

¿Quería parecer gay o no? En caso afirmativo, ¿cómo de gay quería parecer? ¿Asustaría a la persona con la que había quedado por parecer demasiado gay? ¿Tal vez por no parecerlo lo suficiente? Era un campo lleno de minas, pero se le estaba haciendo tarde y tenía que empezar a tomar decisiones.

Mientras se engominaba el tupé, finalmente hasta una altura más o menos media, se enorgulleció de los progresos que había hecho hasta ese momento. Acudir a Megan y ser capaz de comprender de

verdad las razones por las que no quería llamar la atención había ayudado en su proceso de curación. Megan la había hecho darse cuenta de que, cuando somos pequeños, vemos cómo se acosa y margina a las personas que tienen un aspecto diferente o actúan saliéndose de la norma, cómo esa gente no para de recibir burlas. Eso nos provoca miedo a llamar la atención, a ser esa persona con la que la gente no para de meterse, temor a ser condenada al ostracismo. Megan le explicó que, como humanos, estamos programados para querer ser parte del grupo, para encajar, y por eso ocultamos partes de nosotros mismos, reprimimos la autoexpresión y la individualidad para permanecer dentro del colectivo y no desafiar la adecuación. Megan la animó a desafiarlo todo, a empezar de nuevo, a conocer esa parte de sí misma y aceptarla, abrazarla.

Con su ayuda, se registró en un único portal de citas y tuvo la suerte de congeniar con alguien bastante rápido. Chacal estaba exactamente en la misma situación que ella, con la diferencia de que tuvo novio durante un breve espacio de tiempo antes de darse cuenta de que se estaba mintiendo a sí misma. También estaba nerviosa por la primera cita, y eso suavizó algo los nervios que Stephanie sentía en su estómago.

Estuvieron semanas intercambiándose mensajes, hasta que Stephanie se dio cuenta de que chatear con Chacal era siempre lo último que hacía antes de acostarse y lo primero al levantarse. Al principio, temió la posibilidad de que le propusiera quedar. Con el tiempo, ese miedo se convirtió en esperanza, y cuando por fin Chacal sacó el tema, Stephanie levantó los puños al aire en señal de triunfo y disfrutó de la sonrisa estúpida que se le dibujó en la cara.

Mientras tomaba la decisión de ponerse el piercing de zafiro negro en la nariz, recordó el día que entró en la clínica. Confiaba ciegamente en salir de allí sin rastro de aquellos deseos que

entonces consideraba repulsivos. Su propia ingenuidad fue la razón de que pensara que allí podrían extraérselos, extirpárselos quirúrgicamente como si fueran un tumor dañino. Negó con la cabeza al recordar que era así más o menos como se lo vendieron.

Mientras al final elegía las zapatillas cómodas, se deshizo del sentimiento de culpa que tenía por no haber sido del todo sincera con la agente de policía el día anterior, aunque en realidad no le había mentido. La agente no le mencionó el nombre de Sarah, pero ella lo había escuchado en las noticias. Como mucho, evitó contar la verdad, pero no mintió abiertamente. Conocía a Sarah. Había almorzado con ella, había estado en la Clínica del Cambio a la vez que ella, la había acompañado hasta su habitación cuando la llevaron allí después de estar tres días completos en la tercera planta.

Aquel día, un poco después, Sarah abrió la puerta de su habitación para decirle que no quería hablar de lo que le había pasado, que estaba bien. Luego la cerró y literalmente dejó a Stephanie fuera, pero a esta le dio tiempo a ver en sus ojos una mirada vacía y atormentada, que parecía delatar que había experimentado algo de lo que nunca se podría recuperar.

Un día después, Eric les comunicó a todos los pacientes en una reunión de grupo que Sarah había terminado su tratamiento y había abandonado la clínica, ya curada y lista para empezar una nueva vida.

Se sentaron en círculo y aplaudieron como si acabara de graduarse en la universidad, y Stephanie disimuló como pudo la sensación de vacío que se apoderó de ella. Era una emoción extraña, como si una nube ligera hubiera tapado el sol. Se dio cuenta de lo mucho que había disfrutado con Sarah. Con cuantas ganas esperaba verla cada día. Los sentimientos que había desarrollado por ella la hicieron

entender que, después de tres semanas, su tratamiento no estaba funcionando.

Le preguntó a Jerry, el chico de la cocina, si había visto a Sarah antes de irse, y él le dijo que no. Al ver la decepción en la cara de la chica y percibir lo que eso significaba para su programa de recuperación, Jerry le reveló que a Sarah la habían violado durante el tiempo que pasó en la tercera planta. Al principio Stephanie no le creyó, pero luego recordó la expresión del rostro de Sarah justo antes de abandonar la clínica.

Por primera vez en su vida, Stephanie sintió verdadero miedo y estuvo a punto de hacer las maletas y escapar de allí, pero fue justo entonces cuando la recogieron y la acompañaron hasta la tercera planta.

Incluso a día de hoy no sabía con seguridad cuántas horas pasó en aquel sillón, pero fueron más que suficientes para que su cuerpo dejara de responder a cualquier cosa que le pusieran en la pantalla. Recordaba cómo se despertó en la cama, exhausta, dolorida y destrozada. Cuando le dijeron que se había curado y que ya había llegado su momento de irse, hizo las maletas y se marchó.

Llegó a casa y se encerró en su habitación durante semanas. No quiso ver ni hablar con nadie. Se odiaba a sí misma más que nunca. No solo seguía siendo gay, sino que el intento de cambiar su orientación sexual había sido un fracaso estrepitoso. Al final, su madre le suplicó que fuera a la consulta de Megan Shaw al menos una vez, y ella accedió. Y menos mal que lo hizo.

Stephanie se estremeció al recordar todo aquello. Se sentía aliviada por haber tomado distancia con todo lo que había vivido en la clínica. Una parte de ella siempre estaría de luto por Sarah, pero Megan la había animado a no obsesionarse con el pasado y a centrarse en avanzar hacia una nueva vida con una actitud distinta.

Y eso era exactamente lo que pretendía hacer.

Capítulo 72

Eran casi las cuatro y media cuando Bryant se detuvo en aquella calle en Much Wenlock.

Nadie había logrado contactar con Stephanie, y la policía local estaba ocupándose de un accidente que había involucrado a tres coches en Shrewsbury, lo que hacía que no les sobrara nadie para hacer una visita al domicilio de una mujer que no se sabía con certeza si estaba desaparecida.

Kim ya estaba abriendo la puerta del coche antes de que el vehículo hubiera dejado de moverse.

—¡Jesús! Creía que los días de comprobar que las cerraduras para niños están cerradas habían quedado atrás para siempre —dijo Bryant, parando del todo el coche.

Kim salió de un salto y corrió hacia la puerta principal. Llamó, golpeándola con fuerza, y esperó.

Bryant pasó junto a ella e intentó abrir la puerta lateral. Escuchó un sonido inconfundible, el traqueteo que se produce entre la madera y el pestillo.

—Cerrado —dijo el sargento, poniéndose a su lado.

Volvió a llamar a la puerta mientras una sensación de inquietud la atenazaba.

Siguió sin encontrar respuesta.

Bryant se inclinó y abrió la rendija que hacía las veces de buzón. Escuchó y esperó antes de volver a enderezarse.

—No se escucha nada. O no hay nadie en la casa, o quien haya no puede llegar hasta la puerta —dijo.

—Joder, Bryant. ¿Dónde estará?

—¿Quieres que hagamos lo de siempre?

Kim sabía que le estaba preguntando si quería tirar la puerta abajo.

Llamó de nuevo, aunque su instinto le decía que estaban perdiendo

el tiempo.

—¡Ey, ey, ey! ¿A qué viene tanto ruido? —preguntó una voz desde el otro lado del seto que delimitaba la propiedad. Un hombre de unos sesenta años los miraba con desaprobación.

—Somos policías —dijo Bryant, mostrando su identificación policial.

No pareció impresionarle.

—Da igual lo que sean, ¿no? Si no hay nadie en la casa, ya pueden dar todos los golpes que quieran y molestar al resto de la calle, que...

—¿Cómo sabe que no hay nadie? —preguntó Kim, acercándose al seto.

—Los viernes, Barry siempre se va a tomar algo directamente desde el trabajo, y Carole trabaja en el turno de tarde en el museo de la calle mayor, frente a la plaza.

Kim ni siquiera sabía que la población contaba con un museo.

—¿Y Stephanie?

—¿Qué pasa con Steph? —preguntó, entrecerrando los ojos.

—Me gustaría saber dónde está —respondió Kim de forma tajante, sintiendo cómo se escapaban los minutos.

—¿Ha hecho algo malo? ¿Está en peligro? —preguntó.

Kim se dio la vuelta y volvió a llamar a la puerta. Lo único que aquel hombre quería era satisfacer su propia curiosidad.

Demostrando un nivel superior de paciencia, Bryant respondió:

—Tan solo nos encantaría asegurarnos de que está bien y a salvo.

—Tenía buen aspecto cuando salió hará unos veinte minutos —ofreció—. Estaba muy guapa, de hecho, llevaba unos vaqueros y una chaqueta azul elegante.

—¿Se subió a un coche? —preguntó Bryant, que había hecho más progresos con su forma de ser desenfadada de lo que Kim nunca habría logrado.

El hombre negó con la cabeza.

—Creo que no.

—¿En qué dirección salió? —preguntó Kim, sintiendo un atisbo de esperanza por el hecho de que pudiera haberse ido a pie.

—Giró a la derecha al cruzar la puerta, pero ya no sé a dónde fue después.

—Vale, gracias por su ayuda —dijo Kim, dirigiéndose al coche y sacando su teléfono.

Capítulo 73

—Stace, estamos aquí. El vecino la ha visto salir andando hace veinte minutos —explicó Kim cuando la agente contestó su llamada —. Entra en sus redes sociales. Quiero saber qué fue lo último que publicó.

—No tiene Twitter —dijo Stacey—. Espera un momento, miro en Facebook.

Pasaron unos segundos lentos mientras iniciaba sesión.

—Nop, su último mensaje fue... Un momento, puede que Penn tenga algo.

—Pon el manos libres —dijo Kim.

—Ya está, jefa —dijo Stacey, que ahora parecía hablar desde dentro de un túnel.

—¿Penn?

—Ha hecho una publicación en Insta, hace un par horas. Sale vestida con dos conjuntos diferentes y formula una pregunta: «¿Cuál va mejor para una noche de ruinas?».

—¿De ruinas? —preguntó Kim.

—Se refiere a emborracharse —dijo Bryant, para quien la traducción resultaba obvia.

—Pubs —añadió Stacey, ya tecleando—. Por los alrededores más cercanos tenemos The Fox, The Talbot, The George y...

—Pero no sé, los pubs solo podrían servirle como punto de quedada —dijo Kim, sintiendo cómo aumentaba la frustración—. Ninguna de las muertes ha ocurrido en lugares tan públicos como un pub.

—Si ha salido de casa andando, no hay ningún otro por esa zona al que pueda haber llegado —dijo Stacey mientras continuaba tecleando en busca de información.

—O quizá no estemos hablando de un pub —dijo Penn.

—Desarrolla, Penn.

—«De ruinas». «Ruinas». El Monasterio de Wenlock está a un par de minutos de ahí.

A Jamie lo ahorcaron en un parque.

Liam había quedado con el Chacal en el bosque.

Sarah se citó con su asesino en un paraje natural.

El monasterio parecía algo mucho más plausible.

—Gracias, chicos —dijo Kim, y colgó a continuación.

—Yo estuve allí una vez —dijo Bryant, arrancando el motor del coche, y se alejó de la acera—. Está a un paso de aquí, pero, si no recuerdo mal, tiene un tamaño bastante considerable.

Giró a la derecha al salir de la calle y luego volvió a coger hacia la derecha en el cruce con la carretera principal. Pasaron junto a unas cuantas casitas de piedra antes de que la carretera se convirtiera en un camino estrecho de un solo carril.

Bryant entró en el aparcamiento.

Había dos coches aparcados, y Kim observó nada más llegar que había un Toyota azul aparcado junto a una pequeña brecha en la valla natural que formaban unos setos, por la que se podía acceder al recinto sin pasar por la entrada principal, y el punto de venta de entradas.

Bryant señaló con un gesto hacia aquella abertura.

—¿Deberíamos...?

Kim negó con la cabeza.

—Ve para la tienda. Si ha pasado alguien por allí, que te den una descripción por si se escapa.

—Voy, jefa —dijo, dirigiéndose hacia el edificio.

Kim se detuvo un instante para evaluar la imagen aérea del lugar en un tablero informativo que tenía un punto verde que rezaba «Usted está aquí». Por mucho que el cuerpo le pidiera colarse

rápidamente por la abertura de los setos y correr a toda velocidad hasta las ruinas, antes tenía que familiarizarse con el terreno.

Echó un vistazo al texto, que explicaba que el monasterio en ruinas de Wenlock databa del siglo XII y estaba situado en el emplazamiento de un monasterio anterior, del siglo VII. La abadía de Wenlock era una construcción de propiedad privada, pero el resto del monasterio estaba abierto al público.

En la foto ampliada del panel informativo comprobó que todo el recinto era un laberinto de ruinas en forma de cruz, con la iglesia del monasterio, la sacristía y la capilla de la Virgen en el extremo norte del recinto. Adosada a esta última se encontraba la casa de la capilla, que a su vez conducía al salón de la granja, a la capilla de la granja y al ala de dormitorios. A la derecha estaba el ala sureste, y al oeste, el claustro y el refectorio. Todo el recinto estaba salpicado de elaborados setos esculpidos con formas ornamentales.

Bryant tenía razón. Era una zona considerablemente grande para recorrer andando cuando se tenía prisa y la noche estaba a punto de caer.

Así que, ¿por dónde coño se suponía que tenía que empezar?

Capítulo 74

Una campanilla sonó por encima de la cabeza de Bryant cuando abrió la puerta del centro de visitantes.

Caminó entre mesas llenas de libros de historia local y llaveros hasta llegar a una mujer de mediana edad que lo miraba con mala cara desde detrás del mostrador de la recepción. El lugar no había cambiado nada desde que Jenny y él trajeron a Laura cuando apenas tenía diez años. Por desgracia, hizo mucho calor aquel día, y como la niña había visto el cartel de helados al entrar, no pudo centrarse en nada que tuviera que ver con las ruinas. Dieron un paseo rápido por el lugar y en apenas quince minutos estaban de nuevo en el coche, con unos conos de vainilla y chocolate ya derritiéndose.

—Lo siento, señor, ya hemos cerrado —dijo la mujer, dando unos toquecitos en el tablón de horarios de apertura que tenía delante de ella—. Solo se puede entrar hasta media hora antes del...

—Perdone que la interrumpa, Brenda —le dijo, leyendo su nombre en la placa que llevaba puesta—. No quiero acceder al recinto, lo que necesito es saber quién ha entrado en él en la última hora, aproximadamente. —Mostró su identificación policial para justificar su pregunta.

—Eh... Ha venido una pareja joven con una niña pequeña, pero se han ido hace unos minutos. La niña no paraba de llorar porque no la habían abrigado lo suficiente, y si le soy sincera, me parece que ya era un poco grande para ese cochecito, pero...

—¿Alguna otra persona? —presionó Bryant.

—Solo una chica que ha entrado hará unos diez minutos, no más.

A Bryant se le revolvió el estómago. Parecía que Penn había acertado.

—¿Pelo negro, hasta aquí arriba? —preguntó, poniéndose la mano

un palmo por encima de la frente.

Brenda asintió.

—Exacto. Un metro sesenta y cinco —confirmó.

—¿Está segura de que estaba sola y de que no ha entrado nadie más después de ella? —preguntó mirando alrededor de la tienda.

—Seguro, iba sola.

Señaló con la cabeza la cámara de la esquina.

—¿Puedo ver las grabaciones de seguridad?

—Por supuesto, pero no me he movido de esta caja desde hace más de una hora y esa es la única cámara que hay. Nadie va a intentar robar las ruinas —dijo, y esperó a que Bryant se riera de la broma que acababa de hacer.

Pero no lo hizo. Sí, podía entender que la atención se centrara probablemente en la caja, pero eso no le servía de ayuda en ese momento. Quienquiera que fuera la persona con la que había quedado Stephanie, había accedido al sitio sin pagar y no quería ser vista.

—¿No hay ninguna cámara fuera? —preguntó, agarrándose a un clavo ardiendo.

La mujer sacudió la cabeza.

—¿Sabe que hay una brecha en la valla de setos que permite que cualquiera pueda acceder directamente a las ruinas desde el aparcamiento? —preguntó.

—Sí, pero hay un solo encargado de mantenimiento en vez de los tres que deberíamos tener. Dice que se pondrá a ello cuando tenga tiempo. Mire, si alguien tiene tantas ganas de ver las ruinas, estoy seguro de que Patrimonio Inglés podría...

—Es una cuestión de seguridad —espetó Bryant, perdiendo la paciencia.

—¿Va todo bien, agente? —preguntó, torciendo el gesto.

—La verdad es que no. ¿Puede llamar a la policía? —preguntó.

—Pero usted es...

—Por favor, hágalo —dijo, dirigiéndose hacia la puerta.

Corrió a toda velocidad a través del aparcamiento y sacó el teléfono. La ayudante de detective contestó casi de inmediato.

—Stace, mándame refuerzos.

—¿Desde aquí? —le preguntó, con la intención de comprobar que lo había oído bien. Todo el mundo sabía que había cuarenta minutos en coche hasta aquel lugar.

—Por si acaso —respondió.

La policía local estaba liada y quizá no pudiera enviar a nadie en un buen rato. No estaba de más recibir ayuda de otra parte.

—Sabemos que Stephanie ha pasado por la taquilla —explicó al llegar al hueco entre los setos—. Pero no sabemos con quién está.

—Lo gestiono, Bryant.

—Y compruébame de quién son estos coches —añadió. Le leyó la marca, el modelo y las matrículas de los dos vehículos que seguían aparcados en el mismo sitio. Uno probablemente sería el de Brenda y el otro, seguramente, el del asesino que andaban buscando.

—Perfecto. Me encargo de mandarte refuerzos y te llamo cuando tenga la información —dijo, y colgó a continuación.

Guardó el teléfono y observó su entorno. Ni rastro de la jefa. Sin duda alguna, después de lo que había pasado la última vez, no habría sido tan estúpida como para jugársela y exponerse a un gran riesgo, ¿no?

«Hay una chica joven que está en peligro», pensó, respondiendo a su propia pregunta.

Dio un paso al frente, y justo entonces un dolor lacerante le atravesó la cabeza; todo se oscureció a su alrededor.

Capítulo 75

Kim se dirigió hacia las ruinas, y sus ojos iban recorriendo el enorme espacio a medida que se acercaba a ellas. Se aproximó al transepto sur de la iglesia. Su pared oriental tenía una arcada formada por tres arcos que se abrían hacia las capillas. El muro sur tenía dos arcos ciegos con ventanas de lanceta que se alzaban hacia el cielo. Además de la iglesia, había que escudriñar los restos de la nave, la biblioteca y la sala capitular.

Bryant debería estar a punto de alcanzarla, pero no se podía quedar quieta esperándolo sin más. La pequeña ansiedad que había empezado a notar en la boca del estómago se estaba convirtiendo en náuseas, y tuvo que hacer un esfuerzo por controlarlas. Sacudió las manos para aflojar la tensión que le empezaba a agarrotar los dedos. Fue precisamente su decisión estúpida de actuar sola lo que casi le había costado la vida en la ocasión anterior.

«¿Dónde coño estás?», se preguntó, mirando hacia atrás. Bryant ya debería estar con ella.

«Por el amor de Dios, mujer, compórtate», gruñó para sí mientras avanzaba lentamente. Era agente de policía. Le pagaban para hacer cosas como esa. No le resultaba placentero ir sola, pero quienquiera que estuviera por allí podría llevarse a Stephanie al coche sin que nadie viera nada y entonces sí que ya no tendrían ni idea de dónde habría ido a parar.

La joven le había caído simpática a Kim. A pesar de parecer un tanto irritada, se percibía que estaba a punto de brotar de ella una mezcla de humor y calidez. Había pasado por momentos durísimos, pero había salido adelante con la ayuda de Megan, y estaba dispuesta a darle una oportunidad al amor. ¡Y mira lo que estaba a punto de recibir como premio a todo su esfuerzo! La primera persona con la que se había atrevido a quedar probablemente iba a

intentar matarla. «Pero, mientras esté viva, podrá recuperarse», se dijo Kim a sí misma mientras se movía con cautela alrededor de los arbustos esculpidos que adornaban el jardín del claustro, adosado al ala que había hecho las veces de enfermería.

Pasó junto a una estructura octogonal adornada con tallas de Cristo y los apóstoles, que resultaban espeluznantes a la luz tenue del anochecer, tan escasa que jugaba malas pasadas a sus sentidos y la hacía ver sombras por todas partes. Pasó junto a un arbusto podado con la forma de dos cisnes. La sombra de sus cuellos largos le parecieron brazos que estuvieran a punto de agarrarla. Se estremeció y se movió fuera de su alcance.

«Vamos, Bryant», anhelaba en silencio. Estar con alguien más la ayudaría a no estar tan asustada, la haría dejar de ver peligro y tormento en la hierba y los animales esculpidos.

Rodeó el lado suroeste de las ruinas, con la espalda pegada a la piedra, deteniéndose cada dos segundos para escuchar atentamente. El corazón le latía con fuerza. ¿Y si no las había visto y habían esquivado también a Bryant? Stephanie podría estar ya de camino a cualquier parte.

El tiempo se le escapaba y era consciente de ello. Le daba que Woody no se refería a una situación como esa cuando le insistió en aquello de «tómatelo con calma». Mira que había intentado seguir las instrucciones después de lo que sucedió la última vez, pero no estaba dispuesta a poner en riesgo la vida de una chica solo porque ella estuviera un poco nerviosa.

Otra sombra que se movió entre las ruinas en el otro extremo de la iglesia del monasterio atrajo su atención.

Se le cortó la respiración. Esa sombra llevaba puesta una chaqueta azul.

«Bryant, ¿dónde cojones estás?» gritó en silencio. Las ondulaciones de las protuberancias de hierba le impedían ver el aparcamiento

desde su posición. Sacó el teléfono y buscó el número del sargento. Se lo acercó a la oreja y comprobó que daba tono; continuó haciéndolo hasta que saltó el buzón de voz.

—Mierda —susurró mientras se guardaba otra vez el teléfono en el bolsillo.

Si no se movía ya, perdería la pista de dónde se podría haber metido aquella chaqueta azul. Podrían rodear la biblioteca y el muro oeste del recinto y volver al aparcamiento.

—¡Joder! —maldijo, sabiendo que no tenía elección. Si la habían visto, no tardarían en empezar a perseguirla, en vez de suceder al revés.

Sacudió la cabeza con resignación antes de dirigirse en la dirección en la que había visto desaparecer la chaqueta azul.

Capítulo 76

—¿Por dónde vais, Pete? —preguntó Stacey desde el umbral de la puerta de la sala de la brigada.

La oficina del Departamento de Investigación Criminal estaba situada justo al lado de la sala de control, así que podía ir recibiendo información en tiempo real sobre los progresos de los refuerzos que había solicitado.

—Llegando a Six Ashes —respondió Pete.

Stacey soltó un pequeño gemido. Aún les quedaba media hora para llegar a Much Wenlock. Habían enviado dos coches patrulla. En momentos como aquel, deseaba tener permiso para despejar la carretera y dar vía libre a los agentes, permitiendo que pudieran saltarse los límites de velocidad.

Se apoyó en el marco de la puerta y se cruzó de brazos como si su presencia fuera a hacer que los refuerzos llegaran más rápido.

—¿Qué ha dicho Bryant cuando le has contado lo de los coches? —preguntó Penn, que no levantaba la vista de la nota de suicidio.

—No me ha contestado, le he dejado un mensaje. Debió olerse que la matrícula del Honda Accord era falsa —dijo Stacey, que no había tenido demasiada suerte al investigar las matrículas. Una pertenecía a un Volkswagen Polo que se había desguazado en Kidderminster tres semanas antes. La otra era la del coche de Brenda Hooper, que llevaba once años trabajado en las ruinas del Monasterio de Wenlock.

—¿Y ahora, Pete, dónde estáis ya? —preguntó.

—Saliendo de Six Ashes —respondió con un ruido de desaprobación.

Sí, Stacey sabía que solo habían pasado un par de minutos desde la última vez que había preguntado, pero se le habían hecho eternos.

Dirigió la atención a su compañero.

—¿Por qué sigues leyendo la nota?

Penn suspiró y frunció el ceño.

—¿Has sentido alguna vez que tienes algo obvio delante de tus narices que no eres capaz de ver?

—Sí. Tuve una sensación parecida con Gabriel Denton, y no se desvaneció del todo hasta que logramos vincularlo con la clínica; ahora ya solo espero que la jefa descubra dónde está.

—No tendrás esperanzas de encontrarlo con vida, ¿verdad? —preguntó Penn.

Stacey dudó, pero negó con la cabeza.

—Y esa es una conversación que no quiero tener. Beth ya me odió bastante cuando le dije que Gabriel podría haber entablado algún tipo de relación con otra mujer, así que, cuando le cuente que creemos que está muerto, voy a correr por...

—Espera un momento —dijo Penn, que cerró los ojos y los volvió a abrir—. Ven a echarle un vistazo a esto.

Se acercó desde la puerta y miró por encima del hombro de su compañero. Sus ojos escudriñaron el contenido de la carta que ya había visto.

Mi querida Monica:

Siento mucho hacerte esto. No te lo mereces. Has sido mi esposa fiel durante seis años, pero ya no soy capaz de seguir viviendo así.

Dentro de mí siento impulsos que no puedo controlar, por mucho que intente ignorarlos. Me doy asco a mí mismo, me repugnan los pensamientos que se me pasan por la cabeza. No puedo seguir mintiéndote, y no puedo haceros pasar a ti y a nuestro hijo por la vergüenza que mis indiscreciones implican, porque ya no soy capaz de ocultar esas acciones repulsivas. Soy

despreciable por no Jugar limpio, por no ser del todo honesto y por no tener la fuerza de voluntad ni la determinación para superar Esta enfermedad que llevo dentro de mí. Te mereces mucho más de lo que yo te podría ofrecer en toda mi vida.

Te querré eternamente, por favor, no dudes de eso.

Adiós, mi amor.

Se encogió de hombros.

—Es la misma carta que ya me...

—Stace, llama a la jefa. Me parece que ya sé a quién estamos buscando.

Capítulo 77

Kim avanzó lentamente por la sala capitular, con la espalda apoyada contra las arcadas ornamentadas que se entrelazaban en las columnas de piedra. Había una cabeza grotesca tallada en la entrada. Vaya ironía estar recorriendo un lugar en el que los monjes se reunían para gestionar asuntos y administrar castigos por desobediencia, teniendo en cuenta las características del caso que estaba investigando.

Puso el teléfono en silencio mientras se acercaba a la ventana por la que había visto desaparecer el abrigo azul.

«Bryant, date prisa», pensó a medida que avanzaba poco a poco pegada al muro de piedra hasta la siguiente puerta.

Según se acercaba, comenzó a oír un murmullo de voces.

Gracias a Dios. Las voces significaban conversación, y eso quería decir que aún seguía viva.

Con cuidado, dio otro paso.

—No sabía que sintieras eso por mí —dijo Stephanie.

Kim contuvo la respiración y esperó una respuesta, que sonó tan baja que no pudo distinguir a quién pertenecía.

—Pues ocultabas muy bien tus sentimientos —dijo Stephanie con asombro en la voz.

Kim se compadecía de ella por el engaño al que la estaban sometiendo. Se inclinó más para escuchar la siguiente frase.

—Era difícil que pudiera confesártelos, ¿no?

Kim se quedó estupefacta.

Sabía de sobra a quién pertenecía esa voz, y la falsa calidez que desprendía la estremeció profundamente.

Cruzó el umbral de la puerta y vio a Stephanie contra la pared, bloqueada en esa posición.

—Aléjese de ella, Jessica —ordenó, avanzando hacia ellas.

La coquetería sutil se desvaneció en los ojos de la mujer y su mano se dirigió al bolsillo.

Stephanie gritó cuando Jessica le acercó un cuchillo a la cara.

—Un paso más, inspectora, y se lo clavo.

Era imposible reconocer en esa mujer a la persona alegre y amable que les había enseñado la clínica. Ahora parecía más vieja, más malvada, más dura, y además tenía un arma en la mano.

Kim se quedó quieta mientras Stephanie recorría con la mirada el espacio entre ella y Jessica.

—Ins... Inspectora, p... por favor, ¿qué está pasando aquí?

—Jessica no ha venido para charlar con usted, sino para matarla —dijo Kim, sin apartar los ojos de la cara de Jessica.

Stephanie empezó a sacudir la cabeza. Jessica apretó el mango y acercó el cuchillo a su cara, lo que hizo que Kim ni se planteara la posibilidad de abalanzarse sobre ella. Las separaban unos tres metros y si fallaba, aquel cuchillo iba a hundirse en algún lugar del cuerpo de la chica, que estaba sujeta contra la pared, congelada por el shock.

Incluso con la prueba reluciente a un palmo de su mejilla, Stephanie protestó:

—No..., no..., ella solo es...

—Es la persona que se hace llamar Chacal —insistió Kim—. Y ha matado al menos a otras tres personas. Cualquier cosa que le haya dicho es mentira. Manipula a la gente en...

—Pongo a prueba, inspectora, por favor, explíquelo bien —dijo Jessica, con un gesto de fastidio.

Kim aprovechó la oportunidad para hacer contacto visual con Stephanie y hacerle un gesto con la cabeza. Esperaba que la chica hubiera entendido que le estaba pidiendo que no hiciera ningún movimiento brusco. Mientras Jessica continuara hablando, no estaría pensando en utilizar el cuchillo. Esperaba que Stephanie hubiera

comprendido el mensaje, pero con aquella mirada ausente que tenía era difícil saberlo.

—Pongo a prueba a la gente para comprobar si se han curado de verdad —continuó Jessica—. Y si no, mueren.

A Kim le sorprendió la simplicidad de su lógica.

—¿Me está diciendo que Jamie, Sarah y Liam merecían morir porque sucumbieron a la tentación?

—Por supuesto. No estaban curados. No se habían esforzado lo suficiente, y nuestro programa solo funciona para la gente que se esfuerza de verdad.

—O sea que, si hubieran ignorado sus mensajes, ¿aún seguirían vivos? —preguntó Kim.

—Pues claro, obviamente —dijo con una actitud que Kim no podía entender.

—Así que engañó a Sarah para que quedara con usted. Se comunicó con ella y se ganó su confianza. ¿Fingió ser todo lo que ella quería? —preguntó Kim.

—Fingí ser una chica, y con eso fue suficiente. A Sarah le faltó tiempo para quedar conmigo. Fue asqueroso. Se moría de ganas de presumir de su nuevo capricho, su recién asumida sexualidad. Me creyó cuando le dije que me había empezado a gustar cuando estuvo en la clínica. —Sacudió la cabeza con gesto de incredulidad —. Como si... Es asqueroso, repugnante. Intentamos ayudarla y el fracaso fue totalmente culpa suya. Igual que Jamie y Liam, que cayeron en la misma trampa. Es patético, todos merecían morir.

—¿Cómo coño puede un fracaso justificar la muerte de alguien? —preguntó Kim, porque, aunque ella sabía de sobra que nadie había fracasado en nada, para el juicio moral sesgado de Jessica, sí que lo habían hecho.

—No lo pilla, ¿verdad? —preguntó Jessica, que no aparentaba estar

demasiado perturbada porque la hubieran atrapado. Parecía esperar que Kim se sumara a su lógica en cualquier momento.

—Explíquese mejor.

—La clínica lo es todo, siempre lo ha sido. Es el trabajo de toda la vida de mi madre. La vivimos dentro y fuera del centro. Es a lo que nos dedicamos, es todo lo que somos.

—¿Es lo que los mantiene unidos como familia? —preguntó Kim.

—Claro. Todos estamos de acuerdo en que las relaciones de ese tipo son tóxicas. Dañan a las personas. Son obsesivas, exclusivas, dañinas, perjudiciales. Hacemos todo lo que está en nuestras manos para salvar a la gente, para ayudarlos a tener una vida mejor, y así es como nos lo pagan.

Lanzó una mirada de puro odio a Stephanie, que apartó la vista, pero Kim se dio cuenta de que estaba prestando atención a cada palabra de Jessica.

—Estoy escuchando a tu madre, no a ti —dijo Kim, sin perder de vista el cuchillo. Había oído prácticamente las mismas palabras saliendo de la boca de Celia unas horas antes.

—Todos pensamos igual. Mire, llevamos toda la vida recibiendo halagos por la importancia que tiene el trabajo que hacemos y lo magnífico que es, por las vidas que hemos cambiado. Mi madre es una visionaria. Convirtió el lugar en un santuario, un sitio donde...

—Aplican descargas eléctricas a la gente —interrumpió Kim—. Les dan palizas, las matan de hambre y las violan. No curan a las personas, Jessica: las hacen pedazos, les dejas cicatrices de por vida. Eso no es un santuario, es peor que un campo de concentración.

Jessica torció el gesto, y pareció auténticamente apesadumbrada.

De repente, Kim tuvo una relevación.

—Dios de mi vida, «si no puedes con el enemigo, únete a él» —dijo, ganando algo de tiempo, porque cada segundo era importante

para que Bryant las encontrara. Tenía que mantener la atención de Jessica sin incitarla a usar el cuchillo—. Ha competido contra la clínica toda su vida. El centro siempre ha recibido más atención que usted. La misión de su madre de curar a los homosexuales fue su primogénita, su pasión, y a usted no le ha quedado más remedio que subirse a bordo para recibir algo de atención.

—N-no, no es eso en absoluto, lo está tergiversando todo.

—Es la saboteadora de las fotos —dijo Kim, comprendiendo por fin —. La persona que se pone en medio de la cámara cuando alguien está enfocando el paisaje. Es la única forma de que alguien note su presencia.

El rostro de Jessica empezaba a tensarse.

—Lo hace por llamar la atención, buscando aprobación. Pintar un cuadro o escribir una buena historia no habría sido suficiente para conseguir ese objetivo, cosas de ese estilo habrían pasado desapercibidas. Me juego lo que sea a que su madre nunca asistió a una de sus jornadas deportivas en el colegio. Siempre estaba ocupada en la clínica. Quiere que su madre la vea, y...

—Todo eso es basura, inspectora —dijo Jessica, enderezándose y apretando con más fuerza el cuchillo—. No es la razón por la que hacemos esto.

Kim se dio cuenta de que entre esas últimas palabras había una que escondía una realidad que hasta ese momento no había considerado. Y, por la sonrisa que crecía en el rostro de Jessica, ese error estaba a punto de costarle muy caro.

Capítulo 78

Kim captó el plural tan solo un nanosegundo tarde, justo al sentir un pie en la espalda y caer al suelo. Al mismo tiempo, Jessica acercó el cuchillo a la garganta de Stephanie, a quien se le escapó un pequeño grito cuando pareció darse cuenta de que el peligro era real.

Kim miró a Eric a los ojos y, por fin, lo entendió todo. Formaban un tándem sincronizado, que actuaba dependiendo del género de la persona a la que intentaban manipular. Además, siempre habría tenido más sentido que hubiera dos personas implicadas en el asesinato de Jamie Mills, ya que habría sido muy difícil para una sola elevar su peso muerto hasta la rama donde apareció colgado.

Eric debía estar esperando en el coche a que Jessica volviera con Stephanie para, de alguna forma, volver a escenificar una muerte para hacer que pareciera un suicidio.

El coche. Bryant.

—¿Dónde está mi...?

—No se mueva —dijo Eric, poniendo uno de sus pies en la parte baja de la espalda de Kim, a quien el dolor se le irradiaba hacia las dos piernas—. No se preocupe por su compañero. No va a venir, ni él ni nadie.

¿Qué coño le había hecho a Bryant?

—Se lo advierto...

—No está en posición de advertir de nada a nadie —respondió, dejando caer aún más el peso de su cuerpo sobre el pie para presionar la espalda de la inspectora.

Kim gritó de dolor.

—¿Y ahora qué? —preguntó Eric a su hermana—. Tenemos que acabar con esa y encargarnos de esta otra también.

—¿Has bajado la cuerda? —preguntó Jessica.

Eric asintió y miró hacia el suelo.

—Vale, átala. Cuando encuentren su cuerpo, nos habremos ido, pero tenemos que ser rápidos.

Kim comprendió la razón del pánico que detectaba en la voz de ambos y su necesidad de actuar rápido. El plan para atraer a Stephanie a dondequiera que hubieran planeado matarla había sido preciso, con muy poco margen de maniobra en cuanto al tiempo. El monasterio estaba a punto de cerrar y aún quedaban dos coches en el aparcamiento. Alguien vendría a echar un vistazo a ver si aparecían los dueños. Kim no podía moverse bajo el peso del pie de Eric. La prótesis que tenía en su cadera derecha le impedía revolverse en el suelo. Cada vez estaba más frustrada. Necesitaba más tiempo.

—Estáis equivocados, ¿sabéis? —dijo Stephanie con un tono de voz muy bajo.

—Tú cállate —espetó Jessica—. No tenemos tiempo para...

—Vosotros no, pero yo sí —dijo Stephanie—. Vais a tener que arrastrarme hasta vete tú a saber dónde mientras yo pateo y grito, o matarme aquí mismo, pero, antes de hacerlo, tenéis que enteraros de que estáis equivocados. Y da igual lo que me hagáis a mí, eso no va a cambiar. No todas las relaciones entre personas del mismo sexo son así; tampoco las heterosexuales. Depende de las personas, no del género, imbéciles. Cualquier tipo de amor es aceptable siempre que no le hagas daño a la otra persona. Vaya par de idiotas. Soy gay y matarme no va a hacer que deje de serlo.

Kim se sintió emocionada al escucharla; estaba orgullosa de la chica, y su discurso la conmovió.

—Que sí, que sí —dijo Jessica, agarrando el brazo de Stephanie y empujándola hacia delante. Mantuvo el cuchillo a la vista para asegurarse de que la obedecía, y luego añadió—: Me llevo a esta al coche, apáñatelas tú con esa.

Kim sintió que le tiraban de las manos, poniéndoselas detrás de la espalda.

Cuando Jessica pasó por su lado empujando a Stephanie, Kim vio su oportunidad y lanzó la pierna izquierda para darle una patada a Eric. Falló por unos centímetros.

—Vaya, tiene espíritu de lucha, ¿no? —le dijo, sentándose sobre su trasero para atarle la cuerda a los tobillos.

—Eric, no se va a salir con la suya —dijo Kim, intentando zafarse de él desde debajo de su cuerpo.

—Hasta ahora no se me ha dado mal, y con usted fuera de escena, no hay razón para...

—Date prisa, Eric —advirtió Jessica, agarrando a Stephanie como podía a muy poca distancia de ellos.

—A estas alturas, mi equipo ya tendrá claro lo que está pasando, así que no tienen ni una opción de...

—Cállese—dijo, tratando de mantenerla en una posición fija para poder atar la cuerda.

—Eso es lo que usted quería, ¿verdad, Eric? Callarlos a los tres, ¿a que sí? Ninguno de los dos quería que hablaran mal de su madre. ¿Cómo han podido montar semejante espectáculo? —preguntó Kim, retorciéndose y sintiendo cómo la tela de la cuerda le rozaba los tobillos.

—Eric, por el amor de Dios, átala —gritó Jessica.

—¡Joder! O se está quieta, o...

Kim se dio cuenta de lo agitado que estaba Eric. Ella no paraba de moverse inquieta y forcejear, y Jessica lo apremiaba para que fuera más rápido.

—¿Cómo consiguió de forma tan eficaz parecer gay, Eric? —preguntó Kim—. Debió actuar muy bien para convencer a Jamie y a Liam de que lo era. ¿Seguro que no es...?

—Cállese. Lo digo en serio —dijo, tirando de sus piernas para

mantenerlas quietas.

—Eric, venga, soluciona esto de una vez —gritó Jessica.

«Bryant, date prisa», pensó.

—A la pobre Sarah le tocó la china, porque su hermana seguro que no...

—A Sarah ni la mencione —espetó Eric, dándole una patada en la rodilla.

—¿Por qué no...? ¡Oh, Dios mío! ¡Fue usted! —exclamó cuando encajaron en su mente las últimas piezas del puzle—. ¿La violó?

Como recompensa por su descubrimiento, recibió una torcedura en el tobillo.

—No la escuches, Eric —instó Jessica.

—No se lo diré una sola vez más. Cierre la puta boca.

—La violó. ¿Intentó cambiar su orientación sexual violándola? —preguntó Kim, sintiendo ganas de vomitar.

—No fue una violación —dijo él, confirmando las sospechas de la inspectora.

—¡Eric! —gritó Jessica.

—No le creo, Eric. Algo malo le pasó a Sarah que... —Kim se calló al sentir la fuerza de la cuerda alrededor de sus tobillos.

Sin previo aviso, su visión empezó a nublarse. Se le secó la boca y el corazón le empezó a latir como si se le fuera a salir del pecho. En su frente aparecieron gotas de sudor. Sentir sus tobillos atados e inmóviles la hizo entrar en pánico y la devolvió a un lugar que aún se esforzaba por dejar atrás.

«Vas a morir, zorra».

«Llevaba años esperando este momento, zorra».

«Puñetazo, patada, patada, patada, puñetazo, patada».

«Voy a romperte todos tus huesos, zorra».

«Patada, puñetazo, patada, puñetazo, puñetazo, patada».

«No voy a parar hasta que escuche tu último aliento».

«Patada, puñetazo, miedo, impotencia, dolor, miedo, patada, derrota, muerte».

—¡Noooo! —gritó, retorciéndose y volviendo a forcejear. El dolor que sentía por todo el cuerpo era desgarrador, pero le daba igual. Creó un poco de espacio entre ella y un Eric que se quedó aturdido, y trató de aprovecharlo.

Se levantó de un salto y le propinó una patada entre las piernas. Cayó doblado de dolor al suelo, y ella se alzó por encima de él. Salía saliva de su boca mientras le gritaba a la cara:

—No me vuelva a atar en su puta vida, maldito...

La expresión de Eric la hizo recomponerse. Su rostro estaba paralizado por la confusión y el terror.

Lo agarró del brazo, lo puso bocarriba y se sentó sobre la parte baja de su espalda. Le hundió las rodillas sobre las costillas. Con fuerza. «*Es Eric. Este es Eric* —se repetía una y otra vez—. Contrólate. Este es Eric».

Respiró profundamente para que le entrara aire en los pulmones y poder así despejar su cabeza.

Stephanie se resistía por completo y no ponía fácil que la movieran ni un centímetro, hundiendo los tacones en un césped blando, pero Jessica estaba decidida a hacerla avanzar. La expresión de su rostro indicaba que tenía la firme intención de sacar algo positivo de aquella situación, que no era otra cosa que la vida de Stephanie. Si la soltaba para ayudar a su hermano, existía la posibilidad de que la sometieran, y tener el cuchillo no le serviría de mucho.

—¡Eh! ¿Has oído eso? —preguntó Stephanie con un grito, mirando hacia la parte superior del recinto.

Jessica siguió su mirada.

Stephanie aprovechó para quitarle el cuchillo de la mano y empujarla hacia un lado. Cayó al suelo, y Stephanie se lanzó sobre ella. Por un momento, Kim no pudo ver dónde acababa una mujer y

empezaba la otra, pues un enjambre de brazos y piernas se movía frenéticamente a los pies de un arbusto podado con la forma de un mirlo.

Stephanie emergió triunfante agarrando firmemente el pelo de Jessica.

—¡Ay, ay, ay! —gritó, intentando recuperar su pelo mientras Stephanie la arrastraba hacia el suelo. La colocó de forma idéntica a como se encontraba su hermano y se sentó sobre su espalda para mantenerla en el suelo sin dejar de sujetarle el pelo.

—Suéltame, asquerosa, sucio pedazo de... —Jessica no terminó la frase, continuaba intentando zafarse.

—No te muevas —dijo Stephanie, flexionando las rodillas contra su costado.

El prisionero de Kim parecía haber visto el escándalo en la parte superior del recinto y había aceptado la derrota.

Kim apretó las rodillas contra él.

—¿Dónde está Gabriel Denton?

—¿Qué? —balbuceó sobre la hierba.

—Su contable. ¿Qué han hecho con él?

—¿Por qué íbamos a hacerle daño a Gabriel? ¡Si él no es gay!

«Negación hasta el final», pensó. Ya les volverían a preguntar cuando estuvieran detenidos bajo sospecha. Estaba segura de haber oído el comienzo de un llanto ahogado bajo su cuerpo.

Kim miró a Stephanie. No las separaban más de tres metros, cada una sentada exactamente igual, sobre la espalda de un prisionero.

—¿Está bien?

Stephanie asintió, justo cuando volvieron su mirada hacia la parte de arriba del recinto porque aparecieron unas personas ataviadas con uniformes verdes y negros, que empezaron a descender corriendo hacia ellos.

Kim se sintió aliviada al ver que la persona al frente de todas ellas

era su buen amigo Bryant.

Capítulo 79

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Kim a su compañero. Había dejado de sangrar por el corte que tenía en la nuca, pero ya se le estaba formando un chichón considerable.

—Estoy bien. ¿Y tú?

Asintió mientras unos compañeros metían a Jessica y Eric en coches patrulla separados.

—Ya sí.

Finalmente, los refuerzos que llegaron primero fueron los de su comisaría, y los detenidos iban a ser trasladados a Halesowen.

—Y no os precipitéis —gritó a uno de los agentes que se estaban subiendo al asiento del conductor. No quería que informaran a Celia, pues quería ser ella misma quien se lo contara. Estaban a apenas un par de minutos de la clínica.

—Vaya par, ¿eh? —dijo Bryant cuando el primer coche se alejó.

—Querrás decir que vaya par de peligros con patas, ¿no? —respondió Kim, porque ¿quién sabía cuándo iban a detener su serie de asesinatos? Los archivos estaban llenos de expacientes con los que contactar y a los que tentar o poner a prueba, como quisieran llamar a lo que hacían.

Kim se dirigió hacia Stephanie, que estaba acurrucada junto a la señora de la tienda de regalos, que al parecer se llamaba Brenda.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó.

—Cr-creo que sí —dijo Stephanie; su cuerpo temblaba ligeramente.

La señora le rodeó los hombros con un brazo reconfortante. El ímpetu impulsado por la adrenalina se había desvanecido, y su cuerpo le permitía ahora aceptar la gravedad de lo que acababa de vivir.

—Me siento tan... estúpida... —dijo, sacudiendo la cabeza sin dejar de hacer el gesto característico de la negación y mirando al suelo.

—¿Por qué? —preguntó Kim.

—Por caer en la trampa. Ha estado jugando conmigo y he caído de lleno. He sido una idiota.

—No ha sido ninguna idiota, y desde luego tampoco ha sido la única persona que ha caído en su trampa. No le envió mensajes al azar; la conocía de antes y luego trató de que se viera reflejada en ella.

Stephanie levantó la cabeza y la sacudió, sin comprender.

—Es una técnica poderosa para hacer que alguien se sienta cómodo. Apuesto a que fingió ser como usted. Vacilante, insegura, nerviosa... ¿algo así?

Stephanie asintió.

—Eso te da seguridad, te hace creer que se puede confiar en esa persona porque es igual que tú. Pero mírelos, ahora van camino de una cadena perpetua en prisión y usted no está muerta, así que no son tan buenos como creían.

Stephanie soltó una risita, pero volvió a temblar a continuación.

—Sé que aún se encuentra conmocionada, pero vamos a necesitar que acuda a Halesowen a prestar declaración. Ese último coche que ve allí...

—Yo la llevo —ofreció Brenda, abrazándola más fuerte—. Conozco a su madre y me quedaré con ella hasta que llegue.

—Gracias. Muy amable por su parte. ¿Le parece bien, Stephanie? —preguntó Kim.

La chica asintió.

—Y escuche, todo lo que le ha dicho a Jessica sobre el amor es absolutamente cierto. Si aún no se lo cree del todo, siga repitiéndoselo a usted misma, porque es una persona increíble, y la mujer con la que termine compartiendo su vida será muy afortunada. ¿Lo ha entendido?

Stephanie sonrió y asintió.

—Cuide de ella, Brenda —dijo Kim, antes de alejarse.

***

—Pero bueno, jefa, ¿te pasaste parte de tu tiempo de baja haciendo un curso intensivo de empatía? —preguntó Bryant mientras se dirigían al coche.

—¿Quieres otro chichón a juego con el que ya tienes? —preguntó mientras le hacía un gesto extendiendo la mano hacia él.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Las llaves del coche.

—¿Por qué?

—Tienes un bulto en la cabeza del tamaño de una montaña pequeña. No me fío de que conduzcas tú. Dame las llaves.

Bryant hizo lo que le pidió.

Kim subió al coche y ajustó el asiento.

—Llama a Stacey —le ordenó, dándole su teléfono.

Bryant marcó y puso la llamada en manos libres según salían del aparcamiento.

—¿Estáis todos bien, jefa? —preguntó Stacey a modo de saludo.

Bryant la había llamado en un segundo mientras Kim le leía los derechos a Jessica y a Eric.

—Si dejamos a un lado que a Bryant le está creciendo otra cabeza, estamos bien. Escuchad, van los dos para allá y Stephanie también. Penn, asegúrate de que esté cómoda y tómale declaración. Los dos hermanos están fingiendo no saber nada sobre Gabriel Denton, así que, Stace, necesito que vayas a ver a Beth y le cuentes la verdad, lo que sospechamos que le ha pasado a su marido. Intentaremos sacarles información durante el interrogatorio formal.

—De acuerdo, jefa.

—Antes de ponerte con eso, Stace, llama a Megan Shaw y pídele

que venga a la clínica. Hay algunas personas allí que van a necesitar su ayuda.

—Voy a ello, jefa —dijo Stacey para finalizar la conversación

—¿Qué vamos a hacer en la clínica que necesite la ayuda de una psicóloga? —preguntó Bryant—. Pensé que íbamos para informar a los padres.

—Y a eso vamos, Bryant. Pero, ya que estamos, vamos a aprovechar para llevar a cabo un servicio muy necesario para la sociedad.

—¿Eh?

—Vamos a cerrar ese puto lugar.

Capítulo 80

Eran casi las siete cuando llegaron a la puerta de la clínica.

—Oye, pues ya me había olvidado de lo divertido que era dejarte conducir —dijo Bryant, desenroscando los dedos del asa del techo.

Tenía que admitir que le sentaba bien volver a ver esa expresión de terror abyecto en la cara de Bryant. La había echado de menos. Su compañero llevaba demasiado tiempo con el control del volante.

Cerró el coche y se dirigió hacia la entrada de la clínica. Detrás del mostrador de recepción había un vigilante de seguridad. El lugar se había puesto en modo noche.

—Celia Gardner, por favor —solicitó Kim mientras ambos mostraban sus identificaciones policiales.

—Un segundo —dijo, cogiendo el teléfono.

Habló durante unos segundos antes de colgar. Pulsó el timbre para abrir la puerta.

—Los Gardner están en la oficina. Al parecer, ya saben dónde está.

—Así es, gracias —dijo Kim, entrando en el recibidor por segunda vez aquel día. Su cuerpo estaba magullado y se encontraba exhausta, pero había que llegar hasta el final, aquella clínica debería haber sido cerrada mucho antes.

—Una compañera nuestra, Megan Shaw, viene de camino —informó al vigilante al pasar junto a él—. Por favor, explíquele dónde está la oficina y mándela hacia allá.

Asintió, para después coger su novela de Stephen King antes de que desaparecieran de su vista.

—Las noches aquí deben hacerse muy largas —observó Bryant mientras Kim se dirigía al despacho situado al final del pasillo.

Llamó a la puerta y les indicaron que entraran.

—No esperaba volver a verlos tan pronto, inspectora —dijo Celia, limpiándose las manos en una servilleta.

—Buenas noches, agentes —saludó Victor desde su escritorio.

Las mesas de ambos estaban repletas de cajas de comida a domicilio. Olía a restaurante chino y a pizza. Una cena de un viernes de trabajo en la clínica; algo tan normal, tan corriente, tan a punto de pasar a la historia.

Kim se sentó mientras Celia salía de detrás de su escritorio. La mujer tomó asiento en los sofás informales, y al moverse hizo que Kim se fijara en las cajas de comida a domicilio que estaban sin abrir. Eran para sus hijos, para cuando volvieran de dondequiera que hubieran ido. Demasiado mayores para controlarlos, pero no para alimentarlos, eso nunca.

—No sé muy bien en qué más puedo ayudarlos, a menos que ahora quieran saber mi talla de sujetador y la medida del interior de mis piernas.

Kim no respondió.

—Lo siento, quería hacer una broma, es viernes por la noche. Ya saben, fin de semana y tal. Por favor, pregunten lo que quieran.

—No hemos venido con preguntas, Celia. Tenemos respuestas. Señor Gardner, ¿le importaría unirse a la conversación?

Mientras lo esperaba, Kim trató de analizar por qué no estaba exteriorizando la rabia interior que había acumulado. Enseguida se dio cuenta del motivo. Las cajas de comida a domicilio le habían quitado las ganas. El simple hecho de la existencia de una madre cariñosa que había pedido comida para unos hijos que no iban a volver a casa.

El matrimonio se sentó junto y esperó con impaciencia.

—Hemos venido a verlos en relación con Jessica y Eric.

Ambos se quedaron pálidos y se agarraron las manos entre sí.

—¿Están bien? —se adelantó Celia.

Kim asintió.

—No ha habido ningún accidente, ambos están en buen estado de

salud.

Se pudieron escuchar sus suspiros de alivio; ambos pensaron que nada de lo que pudiera decirles a continuación sería tan malo. Y tenían razón. O casi.

Celia puso un gesto de preocupación.

—Entonces, ¿qué... quién... por qué...?

—Siento lo que voy a contarles, pero hemos arrestado a sus dos hijos por asesinato; tres acusaciones: contra Jamie Mills, Sarah...

—¡Eso es ridículo! —estalló Victor, soltando la mano de su mujer y poniéndose en pie de un salto—. ¿Han perdido la cabeza?

—... Laing, Liam Sachs —continuó Kim—. Y otro cargo por el intento de asesinato de Stephanie Lakehurst.

Victor estaba fulminando a Kim con la mirada, pero Celia seguía observándola en silencio, en estado de shock.

—¿Es una broma, inspectora? —preguntó finalmente mientras Victor cogía su teléfono.

Kim negó con la cabeza mientras Victor pulsaba el botón para llamar y la miraba en plan «te lo voy a demostrar».

Escuchó el buzón de voz de Jessica. Victor colgó y volvió a intentarlo.

—No pueden responderle, señor Gardner. No llevan los teléfonos encima. Están bajo arresto por el asesinato de...

—No voy a seguir escuchando esas sandeces. No sé a qué está jugando, inspectora, pero créame cuando le digo que nos veremos en los tribunales por acusaciones infundadas antes de que mis hijos pongan un pie en un juzgado. Es evidente que los ha incriminado porque no le gustamos ni nosotros ni lo que aquí hacemos. —Sonrió triunfante como si acabara de encontrar una respuesta—. Es eso, ¿verdad? El asunto no va a llegar a los tribunales; ha cometido un error tratando de inculpar a esta familia, y cuando termine de

gestionarlo todo, voy a encargarme de que se quede sin placa, sin reputación y...

—Los dos van de camino a la comisaría de Halesowen —dijo Bryant, deteniendo su diatriba.

Victor miró a su mujer en busca de orientación, o tal vez permiso.

—Vete. Contacta con Donald e intenta estar allí todo lo rápido que puedas.

Kim pudo percibir que le temblaba un poco la voz.

Victor cogió su chaqueta, lanzó una mirada de asco a Kim y salió de la oficina.

—Ellos no lo han hecho, inspectora —dijo Celia cuando la puerta se cerró detrás de su marido—. Me da igual lo que parezca o lo que usted crea saber, pero mis hijos no han hecho nada. Ninguno de ellos es capaz de hacerle daño a nadie. No lo han hecho, se lo digo yo.

—Sí que lo han hecho, Celia —dijo Kim, con un tono de voz bajo pero firme—. No hay duda alguna al respecto.

Celia negó con la cabeza, luchando claramente por contener las lágrimas.

—Tenemos tres víctimas y todas tienen un vínculo con esta clínica: Jamie Mills, Sarah Laing y Liam Sachs. Los tres pasaron algún tiempo aquí intentando cambiar su sexualidad. Los tres fracasaron.

—¿Y eso qué tiene que ver con Jess y Eric?

—¿Ha oído el término «trampa de seducción»? —preguntó Kim.

Celia asintió.

—Eso es más o menos lo que Jessica y Eric han estado haciendo. Han estado contactando con expacientes, fingiendo ser homosexuales y tentándolos a quedar de forma clandestina. Los que se resistieron siguen vivos. Los que respondieron están muertos.

—¿Por qué aceptarían esas personas quedar con Jess o Eric? Eso no tiene ningún...

—Utilizaban un nombre en clave para todas las cuentas. Las víctimas ignoraban con quién se estaban mensajeando.

—O sea, que cualquier persona podría estar detrás de esa cuenta falsa. No tienen forma de probar que se trataba de Jess y Eric. Los ha incriminado por la clínica. Mi marido tenía razón.

—Podría haberla tenido si no fuera porque los hemos pillado con las manos en la masa hace poco más de una hora. Estaban intentando secuestrar a Stephanie Lakehurst.

—¿Stephanie?

Kim asintió.

—Si hubiéramos llegado diez minutos más tarde, habría sido la cuarta víctima.

—N-no la creo —dijo, pero ya con menos convicción.

—Es la verdad, Celia. Jessica lo ha admitido, todo, e incluso me ha contado los motivos.

Celia negaba con la cabeza, como si fuera una reacción de su cuerpo diciéndole que eso era lo que debía hacer en calidad de madre, pero escuchaba atentamente a Kim.

—Todo en su familia está ligado a esta clínica. Usted le dio vida, y la familia al completo la vive y la respira. Creen en ella y en usted incondicionalmente. A lo largo de los años les ha inculcado tan bien sus creencias sobre las relaciones entre personas del mismo sexo que no se atreven a tener una opinión diferente. Sienten que su amor por ellos depende de hasta qué grado apoyen y crean en su clínica, que es su primer hijo, su favorito.

—¿Me está diciendo que lo que ha pasado es culpa mía?

Kim se lo pensó un momento antes de asentir.

—Sí, Celia, así es. No les ha dado la oportunidad de cultivar sus propias creencias u opiniones sobre la homosexualidad. Les ha alimentado con la suya durante toda la vida. Estoy segura de que usted no tenía la intención de que las cosas acabaran así. De todas

las cosas de las que creo que es culpable, el asesinato no es una de ellas, pero piénselo: si no fuera por la fuerza de sus convicciones, su fe ciega en que la orientación sexual es algo que se puede cambiar, tres personas seguirían vivas y sus hijos no tendrían treinta años de cárcel por delante. Lo han hecho por usted, Celia. Querían destruir las pruebas vivas de su fracaso.

Celia hundió la cabeza entre las manos y lloró.

Kim intercambió una mirada con Bryant, cuya expresión contenía la misma poca simpatía que la suya. Sí, aquella mujer estaba sufriendo en aquel momento, pero ¿cuántas personas lo habían hecho antes a causa de su ideología y de sus métodos de tratamiento? No. Kim no mostraba ni un atisbo de simpatía por Celia.

Y las cosas iban a ir a peor. Ya le habían quitado dos de sus hijos y estaban a punto de arrebatarle el tercero y, posiblemente, el más importante de todos.

—Vamos a cerrar la clínica, Celia.

La mujer levantó la cabeza.

—¿Cómo?

—Dos trabajadores, que además resultan ser sus hijos, han llevado a cabo los asesinatos de tres antiguos pacientes de este lugar. Quizá los tribunales decidan que pueden reabrir, pero de momento mi prioridad es salvaguardar a los pacientes que tienen aquí ahora. Hemos redactado... —Kim dejó de hablar cuando llamaron a la puerta—. Ah, justo hablando de eso. ¡Adelante! —exclamó.

Megan Shaw entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí.

—Celia, me gustaría presentarle... —Las palabras de Kim se diluyeron al darse cuenta de que Celia conocía a la persona que tenía delante.

Las dos mujeres no podían dejar de mirarse entre sí, no parecía existir nada más alrededor de ellas.

Kim contuvo el aliento ante las emociones que veía circular entre

las dos. Ira, dolor, amor, deseo, pasión y arrepentimiento.

La electricidad que se generó en la estancia hizo que Kim lo comprendiera todo.

Kim se acordó de que Megan no llegó a responderle a la pregunta de si había conocido a Celia en su juventud. Le dijo que había perdido al amor de su vida en la adolescencia y Kim supuso que aquella chica habría muerto, pero Megan no se había referido a ese tipo de pérdida.

—¡Dios mío, fueron ustedes dos! ¿Verdad que sí? —preguntó Kim —. ¡Ustedes mataron a la madre de Celia!

Megan asintió sin apartar un segundo la mirada de la señora Gardner.

—Se acabó la farsa, Ceecee. Ya hemos tenido suficiente.

Celia tragó saliva y no dijo ni mu.

—Perdí el tren, Ceecee, perdí el puto tren.

Brotaron lágrimas de los ojos de Celia, y resbalaron por sus mejillas.

Kim captó la mirada de Bryant e hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta de la esquina, que daba a un aseo y a la cocina. La comisaría de West Mercia había llevado el caso del asesinato de la madre de Celia y había que informarlos.

—¿Puede explicarlo? —preguntó Kim mientras Bryant rompía el campo magnético que las atraía al pasar entre ellas.

—La madre de Ceecee nos pilló besándonos cuando teníamos dieciséis años —explicó Megan—. Le ordenó a Ceecee que rompiera conmigo, y ella fingió hacerlo.

—Me dijo que, si volvía a pillarnos, me mandaría lejos para que no volviéramos a vernos —añadió Celia.

Megan volvió a intervenir.

—No podíamos dejar que eso pasara. Nos queríamos, así que diseñamos un plan. Para nosotras en aquel momento iba a ser algo

tan simple como quitarla de en medio para que pudiéramos estar juntas. No contábamos con la sangre, el sonido, el darnos cuenta de que habíamos acabado con una vida. —Megan palideció al recordar aquello—. A pesar de lo que habíamos hecho, seguíamos queriéndonos. A Ceecee la mandaron a vivir con su tía. Conseguí su dirección y le envié una nota con una fecha y una hora para quedar. Entonces no había teléfonos móviles y vivíamos a más de sesenta kilómetros de distancia. El día de la cita perdí el tren. Me confundí de hora y lo perdí. No tenía forma de avisarla.

—Pensé que me había abandonado —continuó Celia—. Después de todo lo que habíamos pasado, no podía ni respirar cuando lo pensaba. El dolor era insoportable. No podía seguir adelante, mi vida se había acabado, solo quería terminar con aquella agonía. Estaba intentando asimilar lo que habíamos hecho y perdí a la persona por la que lo había hecho.

—La tía de Ceecee nos descubrió y la trajo a este...

—Le rogué que me trajera aquí, Meg —protestó Celia—. Me habló de este sitio y le supliqué que me dejara venir.

Megan trató de que no se le notara la decepción que cruzó por su rostro.

—Y me alegro de haberlo hecho —dijo Celia, haciendo el gesto bravucón de sacar la barbilla como si volviera a tener dieciséis años —. He vivido una vida feliz y normal. Tengo unos hijos preciosos y nunca me arrepentiré de la decisión que tomé.

Kim se preguntó si Celia se había enterado de lo que había sucedido en la última hora de su vida. Esos hijos preciosos suyos habían matado al menos a tres personas.

La tristeza inundó el rostro de Megan mientras negaba con la cabeza.

—Si esa es tu verdad, Ceecee, yo no voy a intentar hacerte cambiar de opinión.

Luego se volvió hacia Kim.

—Inspectora, estoy preparada para lo que tenga que pasar a continuación.

Bryant apareció de nuevo en la habitación y asintió. Ya venían de camino.

Kim se puso de pie.

—Megan Shaw, Celia Gardner, las arresto a ambas por el asesinato de Erin Thatcher. No están obligadas a decir nada. Sin embargo, sus defensas podrían verse perjudicadas si no mencionan durante el interrogatorio algo en lo que luego se basen en el juicio. Cualquier cosa que digan también podrá ser utilizada como prueba en su contra. ¿Entienden lo que les acabo de decir?

Ambas asintieron.

Kim las miró por separado, individualmente; ellas apenas podían mirarse la una a la otra.

Megan utilizó el sentimiento de culpa que padeció tras el terrible crimen que había cometido para hacer cosas buenas. Condujo sesiones de terapia y asesoró a cientos de adolescentes y jóvenes confundidos. Le dio a Stephanie el valor para aceptarse a sí misma y quizá encontrar el amor.

Celia había estado enamorada, profundamente, tanto como para asesinar a su propia madre por atreverse a amenazar ese amor; luego, se había rebelado totalmente contra sus propios sentimientos y deseos.

¿Cuántas vidas se habrían perdido o arruinado? ¿Cuál había sido el coste de verse obligadas a poner fin a una relación porque no encajaba con las convenciones sociales? ¿Qué se habría salvado si se les hubiera permitido seguir juntas?

Kim suspiró profundamente. No recordaba un momento en el que leerle sus derechos a un sospechoso le hubiera producido un nivel de tristeza tan grande como el que sentía en aquel momento.

Capítulo 81

Stacey llamó a la puerta de la casa de Beth Denton. No sabía si le iba a resultar más fácil decirle a la mujer que creían que su marido estaba muerto que cuando le aseguró que creían que estaba enamorado de otra. Y, francamente, tampoco estaba segura de si la reacción de Beth iba a ser parecida a la de la otra ocasión.

Abrió la puerta la segunda vez que Stacey llamó, y no se esforzó en ocultar lo frustrada que estaba.

—¿En serio, agente, ya está de vuelta?

—¿Puedo pasar? —preguntó Stacey, ignorando la irritación que percibió en su tono. Pronto iba a sentirse muchísimo peor.

Antes de entrar, indicó con la cabeza al conductor del coche patrulla que volvería enseguida.

Stacey siguió a Beth hasta la cocina, donde la mujer continuó enjuagando los platos y metiéndolos en el lavavajillas. Fregó con especial ahínco una mancha de tomate en una olla; Stacey se preguntó si ya podría ver su propia cara reflejada en el fondo.

—Beth, ¿puede sentarse?

No se movió.

—¿Lo han encontrado?

—De eso vengo a hablarle.

Esperó a que la mujer se sentara. Hablar con Beth era su último deber en una jornada laboral que había sido muy larga, antes de poder ir a casa a comer los tallarines chinos caseros que estaba cocinando Devon. Era su plato favorito, pero tenía noticias importantes que transmitirle a Beth, así que podía esperar un rato más.

—¿Y bien? —dijo Beth, acercando hacia Stacey una silla—. Cuénteme sin rodeos.

—Creemos que uno de los clientes de Gabriel podría haberle hecho

daño —dijo Stacey, haciendo exactamente lo que Beth le acababa de pedir.

—¿Daño?

—Los clientes para los que estaba trabajando la semana pasada dirigen una clínica que realiza tratamientos cuanto menos cuestionables a homosexuales. Alguien que trabaja allí trató de advertir al mundo exterior de lo que sucedía en la clínica, haciendo salir una carta de forma clandestina a través de su marido.

—Pero ustedes tienen esa carta —reaccionó.

—Pensamos que están seguros de que Gabriel la leyó y que, por tanto, estaba al corriente de las cosas que hacían. —Stacey tomó aire—. Esta tarde hemos detenido a personas importantes dentro de esa clínica por haber cometido varios asesinatos.

Beth se tapó la boca con la mano justo después de que se le escapara un grito de sobresalto.

—Les preguntaremos de forma exhaustiva sobre Gabriel en los interrogatorios oficiales, pero de momento no han admitido nada.

—¿Creen que le han hecho daño? ¿O incluso algo peor?

Stacey abrió las manos.

—Sin duda, es lo que parece, pero todavía no estamos en disposición de asegurarlo.

Beth pareció captar el mensaje que le quería transmitir.

—¿Me está diciendo que quizá nunca sepan con certeza qué le ha pasado a mi marido?

—Nunca dejaremos de intentar averiguarlo —le aseguró Stacey—. Su caso seguirá abierto en el registro de personas desaparecidas hasta que...

—¿Hasta que encuentren su cuerpo? ¿Es eso lo que me está diciendo?

Stacey no tenía respuesta. Empezaba a preguntarse si otro agente no habría sabido gestionar aquella situación mucho mejor que ella.

—Yo nunca dejaré de buscarlo, aunque ustedes lo hagan.

—Beth, ojalá...

—Por favor, no se ofenda, pero quiero que se marche ya. Tengo que procesar todo esto y, honestamente, usted es un recordatorio permanente de mi falta de determinación.

—Llámeme si necesita cualquier cosa —dijo Stacey, dirigiéndose a la puerta.

—Gracias por el ofrecimiento, agente, pero creo que ambas somos conscientes de que, a partir de ese momento, me quedo sola.

La puerta principal se cerró tras Stacey.

Anduvo despacio por el camino de salida de la casa en dirección hacia el coche. Había sido un buen día. Habían atrapado a algunos malos, y, sin embargo, pocas veces en su vida se había sentido tan mal como en aquel momento.

Temía que ni siquiera los tallarines chinos de Devon fueran a servir para mejorar su ánimo.

Capítulo 82

Los músculos de mis brazos se contraen. Me los han tensado con fuerza a la espalda. Tengo las piernas estiradas, atadas entre sí por los tobillos. El más mínimo movimiento hace que me rocen las ampollas. No puedo ver nada, todo es oscuridad. Mi boca está seca; la garganta, irritada. Siento llagas en los labios y la lengua.

Creo que sé dónde estoy.

Hoy no me han drogado tanto, pero solo hay silencio a mi alrededor. No escucho nada. Llevo horas sin oír nada, o puede que días, ya no lo sé. Quiero llorar. Me siento estúpido, pero quiero liberar todas las emociones: el miedo, la tristeza, el odio. Necesito desahogarme y llorar, pero contengo las lágrimas, rezando porque todo sea tan solo una horrible pesadilla y pronto me despierte. Si siento lágrimas saladas y calientes rodando por mis mejillas, tendré que aceptar que esto real. Intento fingir que no lo es.

Hay un ruido. Me resulta familiar. Es un tarareo.

La luz se enciende y todo resulta ser real. Mi sospecha es acertada.

Me encuentro en mi propio sótano y la persona que tengo delante es mi mujer. Está sonriendo.

—¡Ay, cariño, no te vas a creer lo que acaba de pasar! ¡Piensan que estás muerto, de verdad!

Dejo que perciba el odio en mis ojos y gruño a través de la mordaza.

—No seas tonto, cariño. Sabes que no puedo quitártela todavía, tengo que asegurarme de que se hayan ido. Entonces, podrás tomarte esta taza de té. Bueno, lo que te decía, mi plan ha superado mis mejores expectativas. Primero, vienen y me dicen que te has largado porque necesitabas aclarar tus ideas. Precisamente lo que yo quería que pareciera. En un par de semanas, los habría llamado y les habría dicho que te habías puesto en contacto conmigo y me habías

pedido el divorcio. Pero ahora resulta que ni siquiera te están buscando. ¿No es genial? No nos van a volver a molestar nunca más.

Se me cae el corazón a los pies. Mi última esperanza se desvanece. ¿Cómo puede un hombre desaparecer, así, sin más? En realidad, sé exactamente cómo puede hacerlo. Soy consciente de que mi mujer me ha ido aislando poco a poco de mi familia y amigos hasta dejarme solo. Durante todos estos años me he preguntado si Craig tenía tanta culpa como ella me ha hecho creer, pero no me había permitido a mí mismo dudarlo de verdad, llegándome a sentir incluso infiel por el mero hecho de que se me ocurriera pensar algo así.

—No necesitamos a nadie más, ¿a que no, mi amor? —me pregunta, sentándose en el taburete a poco más de un metro de mí —. Puede que se te pasara por la cabeza cuando la puta esa de tu trabajo se abalanzó sobre tus brazos, pero creo que ya te has dado cuenta de que su única intención era separarnos, interponerse entre nosotros. Pero nunca permitiríamos que suceda algo así, ¿verdad?

Debería haber percibido las señales hace años. Todos los amigos que hacíamos le terminaban cayendo mal en cuestión de días, por cualquier motivo que se inventara. Si nos poníamos a hablar con otra pareja en un restaurante, nunca volvíamos a comer en él. Tenía migrañas cuando había algún evento con la gente del trabajo y síntomas de ataques de ansiedad si le decía que me apetecía practicar algún hobby fuera de casa.

—Me alegro mucho de haberte pedido que retiraras el dinero del banco, porque ha sido la guinda del pastel. ¿Te creíste de verdad que quería que nos compráramos un coche nuevo?

Sí, me lo creí. Me rogó que me cogiera el día libre para ir juntos a mirar coches. Me dio mucha pena no poder ver a Wendy ese día,

pero ya me sentía culpable por las emociones que estaba sintiendo, aunque no he hecho nada malo.

Volví de sacar dinero y nada más entrar por la puerta sentí que me golpeaba algo pesado. Cuando me desperté, estaba aquí abajo, atado y drogado, en un lugar que yo mismo ordené hace poco.

—Me pregunto si a tu puta del trabajo también le habrá llegado ya la noticia.

Pensar en Wendy hace que me duela nuevamente el alma. Congeniábamos. Esperaba con impaciencia nuestros almuerzos juntos. Le mandé un mensaje. Mi mujer revisó mi teléfono.

Y ahora estoy convencido de que nunca la voy a volver a ver. No sé cuánto tiempo llevo aquí abajo, pero no creo que vaya a poder salir de aquí. Estoy muerto para todo el mundo, y la verdad es que ahora mismo ojalá lo estuviera.

—Así que estamos los dos solos otra vez, como siempre ha sido. No nos hace falta... —Sus palabras se desvanecen cuando se oye un ruido arriba de las escaleras.

De repente, aparece una mujer, una mujer negra con una mochila, que observa la escena con horror. Ya no sé qué es real. ¿Será esta mujer un sueño?

La expresión de Beth se vuelve agresiva.

—No puede bajar aquí sin...

—Oh, vaya si puedo, señora Denton, siempre que tema por la seguridad de alguien. Después de verla meter los platos en el lavavajillas, he recordado que esta mañana estaba haciendo lo mismo. Usted misma me dijo que no tiene familia ni amigos, y me parecían demasiados platos, tazas y cacerolas para una sola persona. Sabía que Gabriel se estaba alejando de usted. Se las ha apañado para ir aislándolo durante años y deshacerse de cualquier persona cercana para que estuvieran permanentemente solos. El hecho de que no pudieran concebir un hijo la impulsó a mantenerlo

todavía más cerca de usted. Podía soportar aquella decepción siempre que se tuvieran el uno al otro, los dos solos. Pero entonces vio el mensaje que le había mandado a Wendy y eso fue la gota que colmó el vaso. Se dio cuenta de que lo estaba perdiendo.

Esa mujer me mira mientras habla; luego, vuelve a fijarse en mi mujer.

—¿Cómo ha podido tratarlo así?

—Es mi marido —suelta Beth—. Nadie lo va a alejar de mi lado.

—No, vamos a alejarla a usted de su lado.

La mujer se adentra en el sótano, y me doy cuenta de que hay un agente de policía detrás de ella.

—Llévatela arriba y espósala —le ordena.

Mi mujer protesta de todas las formas posibles, pero el agente ni se inmuta.

Cuando se han ido, la mujer se arrodilla en el suelo, que está muy frío, a mi lado. Aún no me termino de creer que sea de carne y hueso.

—Gabriel, soy la ayudante de detective Stacey Wood y llevo un tiempo buscándolo.

Ha estado buscándome. Alguien lo ha estado haciendo. Me embarga la emoción.

Me quita la mordaza de la boca.

—Tranquilo, Gabe, ahora estás a salvo —me dice, tocándome el brazo.

De nuevo, siento lágrimas queriendo salir de mis ojos, y esta vez no hago ningún esfuerzo por evitarlo.

Capítulo 83

—Joder, ¡vaya semanita! —exclamó Kim a la lápida de su hermano. Había ido a verlo todos los domingos por la mañana desde que salió del hospital, buscando siempre la misma respuesta.

La semana la había dejado exhausta, y no solo físicamente. Desde el primer minuto de su reincorporación al trabajo, tuvo que morderse la lengua, reprimir su irritación y contemplar al vivo y palpitante recuerdo de lo que le había ocurrido en los meses anteriores. Además, fue testigo de cómo el hombre empezaba a cagarla con otra investigación. Y, por si fuera poco, había intentado agredirla en el aparcamiento de la comisaría.

«Poco a poco», le había dicho Woody. Habría sido genial que hubiera tenido la oportunidad de ir así.

Su primera tarea importante había de ser visitar a los padres de Jamie. Aún sentía rabia al pensar en su intolerancia y en cómo había afectado a su hijo. Pero no les dio la satisfacción de informarles en persona. Delegó esa responsabilidad; no se veía capaz de volver a estar en su compañía sin contemplar la posibilidad de que la cosa acabara en violencia o en una queja formal.

Sí que se tomó algo de tiempo para visitar a los padres de Sarah, sobre todo porque la hija de esta había sido la clave para esclarecer el caso y cerrar las acusaciones.

Kim se hizo cargo del interrogatorio de Eric el sábado por la mañana, ya que ambos hermanos no dudaban ni un segundo en repetir una y otra vez «sin comentarios», por consejo del tristemente célebre equipo jurídico de la clínica.

Le explicó a Eric que iba a cotejar la muestra de ADN que les había proporcionado con el ADN de la hija de Sarah Laing. La noticia de que Sarah tuviera un bebé lo había dejado aturdido y boquiabierto, haciendo que Kim no tuviera ninguna duda de que el resultado de

las pruebas sería positivo. Se aprovechó de su confusión y empezó a dispararle preguntas rápidas hasta que él mismo se contradijo en varias respuestas.

Culpó a su hermana por haberlo empezado todo, y ella lo culpó a él. Tras el silencio, vino el intento de supervivencia. Eric no iba a admitir que había violado a Sarah, y no había forma de que pudieran probarlo. Kim tenía su propia opinión sobre aquello, pero como solo era eso, su opinión, prefirió no compartirla con los padres de Sarah. La niña no debía cargar con esa mochila durante el resto de su vida.

La visita a domicilio más dura del día anterior fue la que hizo a Monica, la mujer de Liam Sachs, que no estaba al tanto de su doble vida.

Al cotejar las fechas, habían descubierto que la estancia de Liam en la clínica había coincidido con un viaje de trabajo, supuestamente inevitable, por Asia. Ocurrió de repente, de un día para otro, cuando su hijo tenía apenas siete meses.

Monica comprendió que Liam había querido ser el mejor marido y padre posible y que los había querido mucho a ambos. La mujer se derrumbó con una mezcla de pena y orgullo cuando Kim le explicó que, incluso sabiendo que iban a ser los últimos minutos de su vida, su marido había intentado darles alguna pista. Tal y como Penn observó al leer una y otra vez la nota de suicidio, Liam había utilizado dos letras mayúsculas donde no eran necesarias, una J y una E, tratando de comunicar a quien la leyera que sus asesinos eran Jess y Eric.

Kim le pidió a Woody que el equipo jurídico del cuerpo revisara los acuerdos de confidencialidad que habían firmado los pacientes. Esperaba que pudieran encontrar la forma de romper el silencio impuesto, para que todas las personas que habían pasado por la clínica fueran libres de contar su experiencia. Tenía la esperanza de que algún día hasta John Dermot pudiera aceptar la historia de Jack

como la suya propia, recuperarse de esa realidad y encontrar la fuerza necesaria para ser la persona que quisiera ser.

Sorprendentemente, la persona que más simpatía le inspiraba era Victor Gardner, un hombre confuso y destrozado que el día anterior le había pedido disculpas en la recepción de la comisaría. Kim no sabía por qué estaba allí sentado si ningún miembro de su familia iba a volver pronto a casa. Bryant le pidió un taxi poco antes de medianoche.

Sus pensamientos se dirigieron a Celia y Megan. Qué desperdicio de vidas. Habían cometido un asesinato para poder estar juntas y luego echaron todo a perder por el simple hecho de que Megan había perdido un tren. Celia se pasó toda la vida huyendo de lo que habían hecho, y Megan, en cambio, se pasó la suya tratando de compensarlo. Ambas confesaron todo. Sin consultar con Megan, Kim y su equipo se pusieron en contacto con todos los psicólogos y terapeutas con los que habían trabajado en alguna ocasión para poder ofrecer apoyo a los pacientes que la clínica tenía en la actualidad. Habían cerrado el centro, y Kim deseaba que nunca volvieran a abrirlo.

Se realizó un registro completo de la planta de pacientes una vez que el edificio quedó vacío. Había una habitación al final del pasillo, una suite de invitados que no se utilizaba por un supuesto problema de fontanería. Allí encontraron el sillón real que usaban para la terapia de aversión, así como varios instrumentos de inmovilización empleados para una multitud de métodos de tratamiento. También encontraron cinturones de cuero, látigos y botellas llenas de sustancias nocivas que también se utilizaban en la llamada terapia de aversión. Al parecer, a pesar de no haber revelado nada importante durante la visita guiada de Kim y Bryant, la familia había decidido ir sobre seguro y retirar el equipo de tortura apenas dos horas después de que los agentes abandonaran las instalaciones. No

era pues de extrañar que se hubieran mostrado tan complacientes durante la ejecución de la orden de registro una vez que vieron aliviados que las dependencias de los pacientes debían permanecer al margen de la búsqueda.

La empleada de la semana tenía que ser Stacey, sin duda. Sin su observación aguda y sin su intuición, Gabriel Denton seguiría aún atado en el suelo de su sótano. Kim se estremeció solo de pensarlo. Stacey se tomó la libertad de llamar después al hermano de Gabriel y a su compañera. Wendy llegó al hospital apenas unos minutos después y, aunque no fue capaz de decir gran cosa debido a una infección provocada por la mordaza mugrienta, los ojos de Gabe delataron que se alegraba de verla.

Stacey permaneció a su lado el tiempo suficiente para ver llegar a Craig y presenciar el emotivo reencuentro que se produjo entre ellos. Una vez que saliera del hospital e hiciera su declaración, Gabe pretendía irse a Bristol para pasar un tiempo con su hermano.

¿Y qué había de ella? Sí, la semana había sido agotadora, pero también estimulante. Había vuelto a estar con su equipo haciendo el trabajo que le gustaba. Era obvio que no estaba totalmente recuperada, no era tan estúpida como para creer eso. Además, le quedó muy claro cuando Eric intentó atarla. Pero bueno, iba progresando. Había hecho lo que Frost le sugirió, aunque nunca lo confesaría abiertamente. Aún no estaba mejorando realmente, pero era pronto y tenía que darse una oportunidad.

Habría momentos en los que el calvario que sufrió volvería a atormentarla, pero tenía que empezar a dejarlo atrás, cosa que intentaría hacer tras hablar con el hombre que en ese momento estaba aparcando su Astra Estate junto a su Ninja.

Salió del coche y lo cerró con llave.

Kim miró alrededor del cementerio.

—¿Quién coño va a robártelo aquí?

—Es la costumbre —respondió él, poniéndose a su lado. Señaló con la cabeza hacia la lápida—. Ey, Mikey, ¿te ha estado dando la tabarra otra vez?

—Sí —respondió ella—. No he parado de hablarle. Le cuento lo coñazo que es mi compañero. Y más cosas. Le hago una pregunta cada semana.

—Cuéntame —la instó.

Respiró hondo. No era fácil confiarle a otra persona los rincones más profundos de su mente. No lo habría compartido con un terapeuta, por supuesto tampoco con Frost, ni siquiera con Ted. Tan solo, con su único y verdadero amigo.

—Crees que las pesadillas que sufro tienen que ver con el dolor, los golpes y el miedo, ¿verdad? —le preguntó—. ¿Crees que están relacionadas con Symes?

—Por supuesto —respondió Bryant—. Me sorprendería mucho que no vieras su cara en tus sueños cada noche.

—Pues no es así. Ni una sola vez han tenido nada que ver con Symes —dijo Kim, señalando con la cabeza hacia la tumba de Mikey —. Son siempre sobre él. Yo morí, Bryant, y él no estaba allí. No estaba allí —dijo, apartando la mirada.

—Lo estará —dijo Bryant con firmeza—. No era tu momento. Si hubiera estado allí, habrías ido en su dirección. Él lo sabe, pero no era tu momento. Cuando lo sea, estará.

—¿Lo piensas de verdad? —preguntó ella, queriendo creerle.

—Por supuesto que sí, pero todavía no va a pasar. Aún te quedan muchos delincuentes que atrapar.

Kim esperaba que tuviera razón, y se alegró de haberlo expresado por fin en voz alta, aunque no era por eso por lo que le había pedido que quedara con ella.

Se alejó de la tumba y se apoyó en la parte trasera del coche de Bryant.

—¿Recuerdas el otro día cuando paraste en el área de servicio y charlamos en el aparcamiento?

—Para que conste, ¿hablamos del momento mágico en que te disculpaste conmigo?

—Sí, pero no te jactes demasiado de ello porque yo también tenía algo que decirte aquel día, pero decidí que podía esperar.

—De acuerdo.

Se volvió hacia él y lo miró fijamente.

—¿Por qué me mentiste?

—¿En qué?

—Cuando me contaste quién me salvó la vida. Leanne no pudo haberlo hecho. ¿Cómo me iba a dar un masaje cardíaco con un hombro dislocado? ¿En serio? Fuiste tú, ¿por qué me mentiste?

Bryant desvió la mirada hacia el suelo.

—Pensé que podría ser incómodo que, siendo tú la jefa, tuvieras que sentirte agradecida conmigo eternamente. Ya sabes, para siempre.

Kim se echó a reír.

—Puede que te hubiera invitado a una taza de Colombian Gold, pero ya está. En fin, gracias, y ten por seguro que te habría hecho la vida imposible si no hubieras logrado resucitarme.

—No me cabe la menor duda.

—Bueno, me alegro de que lo hayamos hablado. Venga, nos vemos ahora en mi casa.

—¿Eh?

—Me vas a ayudar a quitar todas las mierdas que tengo en el garaje para hacer ejercicio.

—¿Y por qué querría ir yo ahora a ayudarte con eso?

—Porque es lo que los amigos hacen el uno por el otro, Bryant. Es lo que hacen los amigos.

Carta de Angela

En primer lugar, quiero expresar mi más sincero agradecimiento por que hayas decidido leer *Cicatrices ocultas*, la decimoséptima entrega de la serie de Kim Stone, y a muchos de vosotros por acompañar a Kim Stone y a su equipo desde el principio.

Si quieres estar al día de todas mis novedades, solo tienes que registrarte en el siguiente enlace:

www.bookouture.com/angela-marsons

Desde el momento en que escuché el término «terapia de conversión», supe que quería explorar el concepto. Cuanto más pensaba en la idea, más me preguntaba hasta qué punto está arraigada la creencia de que es posible cambiar tu propia sexualidad. Además de ese concepto, me interesaba explorar las motivaciones que nos llevan a querer cambiar en general. Vivimos en una época en la que hay cirugía disponible para cambiar/mejorar/realzar casi todos los aspectos físicos de las personas, ¿qué es lo que nos impulsa a cambiar en lugar de aceptar?

Además, fue difícil escribir la vuelta al trabajo de Kim tras la experiencia en la que estuvo a punto de morir a manos del asesino Symes. Cualquier experto en la materia sabría que era imposible que estuviera preparada para volver al trabajo, pero, como siempre hace, ha guardado su experiencia en el fondo de un cajón, ocultándola de la vista de los demás.

Hablando de algo más ligero, ha sido divertido revelar por fin el nombre de pila de Bryant justo al final del libro.

He disfrutado de principio a fin escribiendo *Cicatrices ocultas* y, si a ti también te ha gustado, te estaría eternamente agradecida si escribieras una reseña. Me encantaría conocer tu opinión, que además puede ayudar a otros lectores a leer uno de mis libros por

primera vez. Quizá también puedas recomendárselo a tus amigos y familiares...

Me encantaría tener noticias tuyas, así que ponte en contacto conmigo en mi página de Facebook o de Goodreads, en Twitter o a través de mi página web.

Muchas gracias por tu apoyo, lo agradezco enormemente.

Angela Marsons

www.angelamarsons-books.com
facebook.com/angelamarsonsauthor

Agradecimientos

A nadie sorprenderá que mi primer GRACIAS y el más enorme de todos sea para mi compañera tanto en la vida como en el crimen, Julie. Después de andar dándole vueltas a un problema durante un par de días, la llamé para vernos y en diez minutos estaba de vuelta en mi escritorio con entusiasmo y una dirección clara. Cuando estoy trabajando en el primer borrador, siempre lo hago con la confianza de que hay una persona que me orientará con delicadeza hacia la idea que tenía originalmente en la cabeza. Se implica tanto en los personajes y la trama como yo, y me lleva de la mano durante todo el proceso.

Gracias a mi madre y a mi padre, que siguen corriendo la voz con orgullo a todo el que los escucha. Y también a mi hermana Lyn, a su marido Clive y a mis sobrinos Matthew y Christopher por su apoyo.

Gracias a Amanda y Steve Nicol, que nos apoyan de muchas maneras, y a Kyle Nicol, por encontrar y reconocer mis libros allá donde va.

Me gustaría agradecer al cada vez más numeroso equipo de Bookouture su entusiasmo inagotable por Kim Stone y sus historias.

Un agradecimiento especial a mi editora, Claire Bord. A veces me pregunto si esta pobre mujer sale de nuestras «reuniones de ideas» negando con la cabeza con desesperación, preguntándose qué idea será la siguiente que se me ocurra. Si alguna vez tiene dudas sobre mis intenciones, no las expresa y me deja libertad creativa para explorar todas las ideas locas que se me vienen a la cabeza, y luego acoge el resultado con una pasión desbordante, lo que hace que cada publicación sea tan vibrante y emocionante como la primera.

A Kim Nash (Mamá Osa), que trabaja incansablemente para promocionar nuestros libros y protegernos del mundo exterior. A Noelle Holten, que tiene un entusiasmo y una pasión ilimitados por

nuestro trabajo, y a Sarah Hardy y Jess Readett, que también defienden nuestros libros en cada ocasión que tienen.

Un agradecimiento especial a Janette Currie, que ha llevado a cabo la corrección de estilo de los libros de Kim Stone desde el principio. Su conocimiento de las historias ha garantizado una continuidad que le agradezco enormemente. Mención especial también para Henry Steadman, responsable de las fabulosas cubiertas de los libros, que me encantan.

Gracias a la fantástica Kim Slater, que lleva muños años siendo un apoyo y una amiga increíble y que, a pesar de escribir novelas excepcionales, siempre encuentra tiempo para charlar. Muchísimas gracias a Emma Tallon, que me ayuda a seguir adelante con historias divertidas y un apoyo infinito. También a las fabulosas Renita D'Silva y Caroline Mitchell, escritoras a las que sigo y leo con voracidad y sin las cuales este viaje sería imposible. Gracias infinitas a la familia de autores de Bookouture, cada vez más grande, que siguen divirtiéndome, animándome e inspirándome a diario.

Gracias a Cornell Charles Stamoran, que se ganó la oportunidad de ser un personaje con nombre propio tras una subasta en apoyo de la organización Aid for Ukraine. Aprecio mucho tu generosidad.

Mi eterna gratitud a todos los maravillosos blogueros y críticos que se han tomado el tiempo necesario para conocer a Kim Stone y seguir su historia. Estas personas estupendas alzan la voz y comparten con generosidad, y no lo hacen porque sea su trabajo, sino porque es su pasión. Nunca me cansaré de agradecer a esa comunidad su apoyo tanto a mí como a mis libros. Muchas gracias a todos.

Muchísimas gracias a mis fabulosos lectores, especialmente a los que han sacado tiempo en su ajetreado día a día para entrar en mi página web, mi perfil de Facebook, Goodreads o Twitter.



La hora de matar

Gardner, Lisa

9788742813409

400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Sabrá descifrar las pistas a tiempo para salvar una vida? Durante tres años, un asesino en serie sembró el terror en Atlanta. Cuando la temperatura se elevaba hasta máximas abrasadoras, él atacaba,

siempre secuestrando a dos chicas jóvenes. A una la mataba y dejaba en su cuerpo todas las pistas que los investigadores necesitaban para encontrar a la segunda, que aguardaba… presa de una muerte lenta pero segura. La salvación era posible, pero la policía siempre llegaba demasiado tarde y nunca lograron dar con el perpetrador. Han pasado los años, pero para el asesino su trabajo no ha terminado, y cuando desciende una ola de calor de proporciones épicas, todo vuelve a empezar. Cuatro chicas han desaparecido… y el plazo para encontrarlas con vida se agota. La recluta del FBI Kimberly Quincy se empleará a fondo para descifrar las pistas, incluso saltándose algunas reglas, en el intento de vencer a este criminal vicioso en un juego que ha tenido años para perfeccionar. El tiempo corre y para el asesino ha llegado la hora de matar… --- «Con una trama bien estructurada, un gran perspicacia para los detalles forenses y una pizca de romance, esta novela es una emoción verdaderamente irresistible en la línea de Tess Gerritsen y Tami Hoag». Publishers Weekly «Los detalles forenses son magníficos, y Gardner incluye algunos momentos realmente espeluznantes, sobre todo al centrarse en una víctima que lucha contra unas probabilidades horribles». Booklist «¡Es fascinante! Lisa Gardner nunca falla a la hora de ofrecer una historia de suspense que te pone la piel de gallina». Reseña en Goodreads «Una novela superentretenida y llena de suspense que resultaba difícil de soltar». Reseña en Goodreads «Sin duda, Lisa Gardner sabe cómo crear y mantener la intriga… Sus personajes son convincentes y reales (incluidos los malos), los interludios románticos escasos pero genuinos, y su ritmo incesante. Este thriller está a la altura de lo que se ha dicho de él. Es un libro emocionante, imposible de soltar, que te hará morderte las uñas y perdurará en tu mente mucho tiempo

después de haberlo cerrado». Reseña en Goodreads «¡Guau! ¡Simplemente, guau! Si te gustan los misterios de asesinatos o las novelas de suspense, ¡elige este libro! La autora hace un trabajo increíble manteniendo al lector expectante y añadiendo giros que no verás venir». Reseña en Goodreads «¡¡¡Me enganché por completo a este libro!!! ¡Es increíble!». Reseña en Goodreads

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El ahorcado

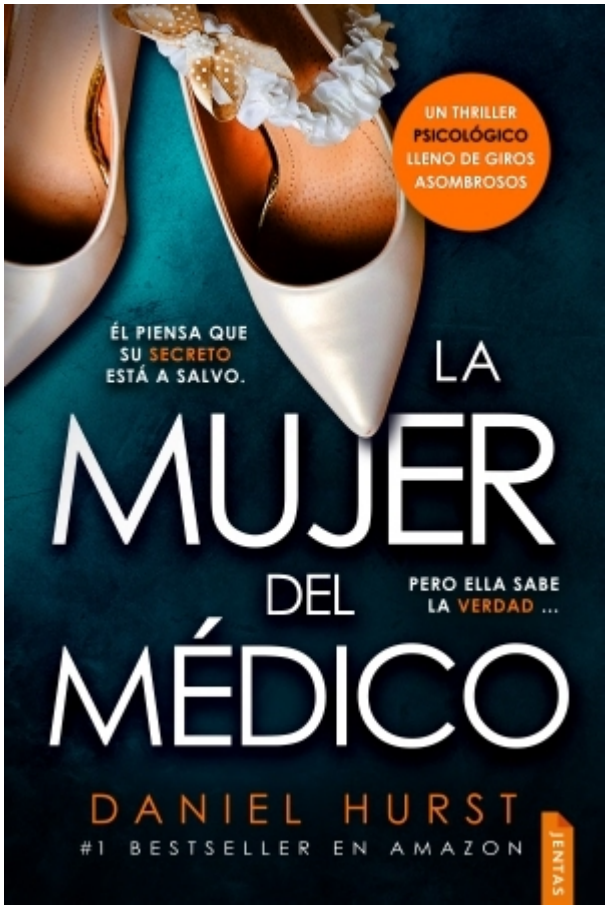
Kernick, Simon

9788742813522
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Siete víctimas, tres asesinos y el secreto que los une. Tres meses después de encontrar los restos de sietes mujeres en una granja remota en lo que los medios han bautizado como el Campo de Huesos, las víctimas siguen sin ser identificadas. Un testigo que puede ser clave ha desaparecido. El agente Ray Mason y la detective privada Tina Boyd deben encontrarlo antes de que lo hagan los asesinos. En una carrera a contrarreloj repleta de cadáveres y traiciones a cada paso, Ray está dispuesto a arriesgarlo todo para dar caza a los culpables. Pero a veces el precio a pagar es demasiado alto… --- «Brutal, contundente y brillante». The Sun ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ «Kernick tiene una habilidad envidiable para crear thrillers policiales de fácil lectura, con grandes escenas de acción, personajes cautivadores y un argumento sólido, y "El ahorcado" no es una excepción». Crime Review ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ «Cada vez que leo uno de sus libros, me sumerjo en un viaje sin respiro y sin pausa, repleto de pura acción cargada de adrenalina…, ¡y me encanta!». The Crime Warp ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ «Tiene suficiente acción y suspense para ser un libro de lo más adictivo». Sunday Mirror ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ «Aumenta el ritmo y la tensión hasta que no puedes más… Un thriller policíaco espectacular que deja margen para seguir la serie». Sunday Sport ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La mujer del médico

Hurst, Daniel

9788742812716

282

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Él piensa que su secreto está a salvo. Pero ella sabe la verdad… Mi marido es médico. Es inteligente y encantador, y todo el mundo confía en él. Excepto yo. A simple vista, parece que lo tengo todo: el matrimonio perfecto, el marido perfecto, la vida perfecta. Pero nada

más lejos de la realidad. El doctor Drew Devlin no es la persona respetable que parece ser. La razón por la que nos mudamos a esta preciosa y antigua propiedad con vistas al mar fue porque necesitábamos dejar atrás nuestro pasado. Debería haber sido un nuevo comienzo para los dos. Sin embargo, he descubierto que ha empezado a mentirme de nuevo. Está usando el poder que le proporciona su trabajo para manipular a las personas y conseguir exactamente lo que quiere, sin importarle a quién hace sufrir. Pero me ha subestimado. Sola en esta casa grande y aislada, he tenido mucho tiempo para pensar en todos sus errores. Y mi marido no tiene ni idea de lo que soy capaz y de lo que está a punto de suceder… "La mujer del médico" es un thriller psicológico lleno de giros asombrosos que te mantendrá leyendo hasta altas horas de la noche.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Desaparecida

Gardner, Lisa

9788742813447

400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La pesadilla comienza en un abrir y cerrar de ojos… Cuando alguien a quien amas desaparece sin dejar rastro, ¿qué serías capaz de hacer para recuperarlo? Un coche abandonado en un tramo desierto de la autopista de Oregón, con el motor encendido y un bolso en el

asiento del copiloto marcan el inicio de la peor pesadilla del experfilador del FBI Pierce Quincy: su mujer, Rainie Conner, ha desaparecido. ¿Acaso uno de los fantasmas del turbulento pasado de Rainie finalmente la ha alcanzado? ¿O podría su desaparición estar relacionada con uno de los casos en los que han estado trabajando? Junto con su hija, la agente del FBI Kimberly Quincy, Pierce lucha contra las autoridades locales, corriendo contra el tiempo y buscando frenéticamente respuestas a todas las preguntas que ha temido formular. Un hombre sabe lo que sucedió esa noche y ya se ha puesto en contacto con la prensa. Sus términos son claros: quiere dinero, quiere poder, quiere fama. Y, si no lo consigue, Rainie desaparecerá para siempre. Mientras el reloj avanza hacia un aterrador plazo límite, Pierce se sumerge de lleno en la búsqueda más desesperada de su vida: una desgarradora investigación para encontrar a un asesino, una verdad letal y al amor de su vida, a la que podría perder para siempre… --- «Los giros te harán adivinar hasta la última página. ¡De primera categoría!». Refresh ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ «Un libro que te pondrá los pelos de punta». More ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ «Un thriller de ritmo rápido con muchas sorpresas». Woman ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ «Personajes conmovedores, un fuerte sentido del lugar y una trama excelente distinguen el nuevo thriller de Gardner». Publishers Weekly ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ «A medida que se forjan amistades y se desarrolla la trama, Gardner mantiene el suspense al máximo». Booklist ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ «Gardner sabe cómo crear una buena historia». Kirkus Reviews ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La amante del médico

Hurst, Daniel

9788742813263

300

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La mujer o la amante. ¿Quién se vengará? Yo era la otra, la amante. Todos me culparon de la muerte del doctor Drew Devlin, y he pagado el precio por tener una relación con el hombre equivocado. Lo perdí todo: mis amigos, mi familia, mi casa e

incluso mi libertad. Fern, la retorcida mujer de Drew, destrozó mi mundo. Y cree que se ha salido con la suya. Pero se equivoca. Es hora de vengarse. Por mí… y por mi bebé. La nueva vida de Fern en la costa de Cornualles está a punto de derrumbarse a su alrededor. Estoy decidida a que todos descubran lo que pasó en realidad. Porque, después de todo, Fern siempre me ha subestimado. Y, para cuando se dé cuenta, será demasiado tarde para la mujer del médico… --- « La mejor trama de la historia. Por no hablar del final. Fue impactante y me dejó totalmente sin palabras » . Blue Moon Blogger, ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ « Trepidante, intenso e imposible de soltar. Fantástico. Ha sido un viaje apasionante y he disfrutado de cada segundo » . KKECReads, ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ « El final perfecto para esta serie. Este thriller psicológico es adictivo y de ritmo rápido. Confía en mí, no te decepcionará » . @stamperlady50 « Este tercer libro es tan bueno y sorprendente como todos sus otros relatos. Lo he disfrutado mucho. Cinco estrellas » . B for Bookreview « Al autor se le dan muy bien los giros inesperados » . The Book Review Crew « Los lectores pueden prepararse para otro trepidante, enrevesado y alocado viaje al borde del asiento » . Totally Addicted To Reading

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)